

AUTORA BEST-SELLER
SARAH MACLEAN

LAS DEBUTANTES

VERSATIL
Romántica

LAS DEBUTANTES

Sarah MacLean

Table of Contents

<u>·PRÓLOGO·</u>
<u>·CAPÍTULO 1·</u>
<u>·CAPÍTULO 2·</u>
<u>·CAPÍTULO 3·</u>
<u>·CAPÍTULO 4·</u>
<u>·CAPÍTULO 5·</u>
<u>·CAPÍTULO 6·</u>
<u>·CAPÍTULO 7·</u>
<u>·CAPÍTULO 8·</u>
<u>·CAPÍTULO 9·</u>
<u>·CAPÍTULO 10·</u>
<u>·CAPÍTULO 11·</u>
<u>·CAPÍTULO 12·</u>
<u>·CAPÍTULO 13·</u>
<u>·CAPÍTULO 14·</u>
<u>·CAPÍTULO 15·</u>
<u>·CAPÍTULO 16·</u>
<u>·CAPÍTULO 17·</u>
<u>·CAPÍTULO 18·</u>
<u>·CAPÍTULO 19·</u>
<u>·CAPÍTULO 20·</u>
<u>·CAPÍTULO 21·</u>
<u>·CAPÍTULO 22·</u>
<u>·CAPÍTULO 23·</u>
<u>·CAPÍTULO 24·</u>
<u>·LA NOBLEZA·</u>
<u>·TÍTULOS NOBILIARIOS QUE APARECEN EN LAS DEBUTANTES·</u>
<u>·AGRADECIMIENTOS·</u>
<u>·SOBRE LA AUTORA·</u>

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *The Season*

Published by arrangement with Scholastic Inc., 557 Broadway, New York, NY 10012, USA. This Book was negotiated through Ute Körner Literary Agent, S.L.U., Barcelona —www.uklitag.com

© 2009 by Sarah MacLean

Traducción: María José Losada Rey

Diseño cubierta/Fotomontaje: Eva Olaya

Fotografías cubierta @Shutterstock

1ª edición: junio 2016

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:

© 2016: Ediciones Versátil S.L.

Av. Diagonal, 601. Planta 8

08028 Barcelona

www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

Para Lisa, por creer.

Para Eric, por recordarme que el amor existe y es real... incluso aunque los chicos no se vuelquen tanto en él como me gusta pensar.

Para las mujeres de mi vida, que se encuentran retratadas en estas páginas.

·PRÓLOGO·

Enero, 1815, Blackmoor Estate, Essex, Inglaterra.

La lluvia caía sin tregua sobre las resbaladizas rocas que delimitaban los acantilados de la campiña de Essex, donde el terreno terminaba en escarpados precipicios frente a un gélido mar invernal.

La inseguridad que mostraba su caballo le había hecho renunciar a avanzar por la dirección exacta a cambio de pisar terreno más firme y estable. Por lo general, le irritaban los animales asustadizos y consideraba que eran firmes candidatos para la venta o el sacrificio, pero ese día los peligrosos acantilados hacían que también él mostrara cautela. No había planeado viajar ese día en particular, pero algunas cuestiones no admitían demora.

Esa misma mañana, un mensajero le había entregado una nota; contenía una información crítica que indicaba que la trama que había puesto en marcha estaba a punto de verse descubierta. Alguien parecía decidido a arruinarlo... y era preciso detenerlo.

Había hecho todo lo posible para mantener su labor en secreto, pero el conde se las había arreglado para descubrirlo todo. Bueno, no exactamente todo. No sabía el importante papel que jugaba su precioso condado en el plan. ¿Le sorprendería? Apenas podía esperar para ver la cara de asombro que pondría el conde cuando se enterara. Era lo único que conseguiría que ese desagradable paseo bajo la lluvia, por aquel lugar perdido de la mano de Dios, mereciera la pena.

Volvió la mirada hacia el océano, donde un barco permanecía anclado muy cerca de los inhóspitos acantilados de Essexshire. A treinta metros de donde se encontraba en ese momento, el camino se dividía en dos. A la izquierda se iniciaba el escabroso descenso hacia el mar, demasiado peligroso para un caballo y apenas lo suficientemente ancho para que pasara un hombre. A la derecha, el sendero serpenteaba hacia lo alto de los acantilados. No muy lejos de la bifurcación existía una especie de mirador, el lugar perfecto para observar la vista que se extendía a sus pies. Sería allí donde esperaría a su presa.

Desmontó justo antes del desvío y aseguró su caballo antes de continuar a pie por el camino de la derecha. Sin montura, poseería toda la ventaja. Siguió avanzando, moviéndose por instinto; conocía cada palmo de esas tierras, las había recorrido cientos de veces, le proporcionaban la protección adecuada para el trabajo que debía realizar, el punto perfecto para encontrarse con sus socios y, casualmente, el lugar más propicio para atacar.

El conde había cometido un error, ¡por fin!, e iba a empezar a pagar.

·CAPÍTULO 1·

Abril, 1815. Londres, Inglaterra

—¡Ay! ¡Me ha clavado la aguja!

La duquesa de Worthington no levantó la vista del bordado.

—Quizá eso te enseñe a estarte quieta mientras la modista te ajusta el vestido. — Miró de soslayo a su hija menor—. Además, dudo mucho que madame Fernaud te haya «clavado la aguja».

Lady Alexandra Stafford, única hija de los duques de Worthington, suspiró al tiempo que ponía los ojos en blanco. Se frotó la zona de la cintura, donde estaba ajustándole la prenda la mejor modista de Londres.

—Tal vez no me haya clavado la aguja, pero sí me ha pinchado. —Al no conseguir ninguna reacción, ni por parte de su madre ni de la imperturbable modista, Alex dejó caer los hombros—. De todos modos, no entiendo por qué tengo que soportar esta prueba de vestuario —murmuró.

—Alexandra, hay un montón de jovencitas que se mostrarían encantadas de estar en tu lugar, sobre esa plataforma, mientras «soportan» que se les ajuste el vestido —argumentó la duquesa continuando con su labor.

—¿Podría sugerir que alguna de ellas ocupara mi lugar?

—No.

Alex sabía cuándo una batalla estaba perdida.

—Ya suponía yo que no.

La duquesa de Worthington llevaba diecisiete años esperando a que llegara la temporada en que su hija fuera presentada en Londres.

Durante los últimos tres años, las clases que Alex recibía diariamente se habían reducido para dar cabida a horas de ridículas lecciones en las que la instruían para resultar más atractiva a aquellos solteros que su madre consideraba «buenos partidos»; caballeros ricos, con título y muy aburridos.

El riguroso programa diseñado por su madre y su institutriz para eliminar de su carácter todas sus peculiaridades —es decir, cualquier aspecto de su personalidad que pudiera encontrar interesante alguien con un mínimo de inteligencia— había acaparado todo su tiempo disponible. Había recibido desde lecciones de «aplomo y postura», que consistían en media hora de tortura para que supiera mantener la espalda recta y la barbilla ligeramente inclinada, a otras para mantener una «conversación adecuada», donde simulaban conversaciones con la idea de ayudar a Alex a saber qué decir y qué no decir a los diversos hombres con los que socializaría en el transcurso de su primera temporada. Pero las más interesantes eran las de «sutileza de la danza», durante las cuales aprendió los pasos de las contradanzas, el vals, el cotillón... y otros innumerables bailes que le darían la oportunidad de tratar de «parecer elegante y encantadora» mientras practicaba todo lo que había aprendido en las clases de «conversación adecuada». En lo que a Alex concernía, todas esas lecciones eran una pérdida de

tiempo. Por desgracia, ni siquiera la irrupción de un pequeño ejército de Napoleón en el salón de Worthington House podría disuadir a su madre del objetivo de casar a su única hija. E, incluso, si fuera así, no le extrañaría que la duquesa decidiera interrogar al capitán de la guardia francesa para averiguar su linaje y su herencia antes de rendirse.

Después de todo, conseguir un matrimonio adecuado era mucho más importante que cualquier asunto de Estado.

De todos modos, las lecciones habían enseñado a Alex algunas de las reglas de la aristocracia de Londres, por ejemplo, cómo fingir estar interesada cuando los hombres la agasajaran con aburridos detalles sobre caballos, caza y ellos mismos, o cómo no revelar cualquier atisbo de inteligencia.

Era evidente que *eso* asustaría a los caballeros elegibles. Además, había aprendido a abstenerse de sugerir que deberían existir hombres que buscaran una mujer que supiera diferenciar el griego del latín. Esa observación en particular ponía histéricas a las institutrices.

Sin tener en cuenta las consecuencias, Alex dejó escapar un profundo suspiro de resignación, que hizo que se ganara un alfilerazo en la espalda.

—¡Ay!

Madame Feraud podía ser considerada la modista de más renombre de toda Inglaterra, pero a Alex no la engañaba. Era evidente que la francesa libraba una silenciosa batalla contra los enemigos británicos pinchando a las jóvenes debutantes inglesas hasta llevarlas a la muerte.

Esta era la última prueba para ajustar el más importante de sus nuevos vestidos, el que debería usar cuando asistiera a su primer baile en Almack's, para el que faltaba una semana. Ser presentada allí era esencial para cualquier debutante; los aristócratas más venerados de Londres echaban un vistazo a las nuevas caras de la temporada. «Igual que si compraran ganado», pensó Alex, enarcando una ceja ante la divertida ironía, al tiempo que curvaba la comisura de los labios. El símil era muy acertado. Por supuesto, la mayor parte de las chicas que la acompañarían en su puesta de largo llevaban toda su vida soñando con ese momento. Por desgracia, para ella no era tan interesante.

Al escuchar un silencioso carraspeo proveniente de la puerta de la habitación, y procurando no moverse demasiado por temor a verse pinchada de nuevo, Alex giró la cabeza para mirar a Eliza, su doncella.

—Disculpe, su excelencia. —Eliza dirigió sus palabras a la duquesa, mientras hacía una rápida reverencia—. Lady Alexandra tiene visita. Se trata de lady Eleanor y lady Vivian. La esperan en la salita de la planta baja.

—Gracias a Dios. Estoy salvada —murmuró Alex en voz baja y volvió la cabeza para lanzar una mirada suplicante a su madre—. ¿Puedo? ¿Por favor? Llevo muchísimo tiempo aquí de pie. El vestido debe de estar ya perfecto.

Madame Feraud se apartó de su trabajo y habló por primera vez.

—Está perfecto, mademoiselle. —Se volvió hacia la duquesa—. *Et voilà*. Su

excelencia, es una obra maestra... ¿no cree?

Alex se aferró a esta declaración.

—Una obra maestra, mamá. Prefiero pensar que no deberíamos contradecir tal *tour de force*, ¿no?

La duquesa, siempre perfeccionista, se puso de pie y la rodeó lentamente mientras echaba una mirada crítica a una costura aquí, un detalle allá. Después de lo que pareció una eternidad, alzó la mirada hacia la de ella.

—Estás preciosa, Alexandra. Vas a provocar un enorme revuelo.

Alex supo que había ganado. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—Bueno, con una madre como tú, ¿cómo podría no hacerlo?

La duquesa se rio ante aquella descarada adulación.

—Eso es demasiado exagerado, Alexandra, incluso viniendo de ti.

Alex batió palmas y saltó de la plataforma elevada donde llevaba tanto tiempo de pie para arrojarle a los brazos de su madre y besarla en la mejilla.

—¡Gracias, mamá!

Corrió hacia la puerta, deshaciéndose en cumplidos.

—¡*Merci*, madame Fernaud! ¡El vestido es simplemente fantástico! ¡*Oui, c'est magnifique*! ¡Gracias!

Mientras ella salía, su excelencia habló sin dirigirse a nadie en particular.

—¿Qué voy a hacer con esa chica?

Si madame Fernaud no hubiera estado perdida en la indignación ante el atroz trato que estaba sufriendo su brillante creación a manos de Alexandra, habría detectado un indicio de risa en la voz de la duquesa.

·CAPÍTULO 2·

Alex bajó corriendo la amplia escalera de Worthington House y se deslizó hasta detenerse frente a las puertas de la sala. Harquist, el sufrido mayordomo que llevaba con la familia Stafford desde que el abuelo de Alex heredó el ducado, se encontraba apostado junto a la puerta y la abrió para dejarla entrar en la habitación en cuanto la pesada falda dejó de ondular a su alrededor.

Fulminándolo con la mirada, Alex se enderezó para mostrar una pose contenida, más adecuada para una dama.

—Gracias, Harquist —dijo al tiempo que entraba en la habitación contoneándose de manera exagerada. El sombrío «milady» del mayordomo flotaba todavía en el aire cuando estallaron dos risitas en el otro extremo de la habitación. La seria expresión de Alex se transformó en una sonrisa mientras se dejaba caer sin delicadeza alguna en la silla más cercana, frente a las que eran sus mejores amigas, Ella y Vivi.

Las tres eran amigas desde que nacieron. Sus padres habían entablado amistad en la adolescencia, y el destino quiso que cada uno tuviese una hija. Las niñas habían nacido con una semana de diferencia. Fue algo lógico y natural que se convirtiesen en amigas, confidentes y cómplices en mil travesuras.

Lady Vivian Markwell, única hija del marqués de Langford, era la mayor de las tres. Alta y esbelta, tenía los ojos color violeta y el pelo oscuro de su padre. La belleza de Vivi escondía una mente sagaz y una voluntad tenaz, también heredada de su padre, que no solo era rico y encantador, sino también un héroe nacional y miembro de alto rango en el Ministerio de la Guerra.

La madre de Vivi había muerto cuando ella tenía solo siete años, y su padre no había vuelto a casarse.

El marqués se había volcado en Vivi y en su hermano gemelo, Sebastian. Mientras este pasaba los días en Eton, formándose para heredar el título de su padre y convertirse en par del reino, Vivi había madurado hasta convertirse en una damita educada, poseedora de una impactante y exótica belleza.

La más joven de las tres, por apenas cinco días, era lady Eleanor Redburn, la hija mayor de los condes de Marlborough. Sus rasgos y figura delicados eran, junto con su sedoso pelo, dorado como el maíz, y sus ojos, azules, los atributos que constituían el canon de belleza ideal por el que la mayoría de las damas venderían sus almas. De todas formas, su personalidad difería por completo de su aspecto de muñeca de porcelana. Prefería los libros a los bailes y sentía aún menos interés que Alex por los entresijos de la sociedad londinense.

Aunque Ella sabía —y asumía— que sus intereses probablemente la privarían de marido, a su madre la exasperaba que ese pudiera llegar a ser el futuro de su hija.

Sin embargo, la reacción de su madre no molestaba a Ella en absoluto; de hecho, Alex tenía la sospecha de que su amiga consideraba el estado de irritación de la condesa como una ventaja añadida.

Vivi y Ella habían acompañado a Alex en cada etapa de su vida y no podía imaginar un día sin ellas, por lo que no podía haberla hecho más feliz contar con su presencia en ese momento.

—¡Estoy muy contenta de veros! Me acabáis de salvar de la prueba de vestuario más larga de la historia. ¡Habéis llegado justo a tiempo!

Las chicas se miraron de reojo.

—Eso explica tu extraño atuendo —intervino Ella secamente.

Alex se miró y gimió.

—Tenía tanta prisa por salir de esa habitación, que me olvidé de que todavía llevaba puesto el vestido. —Se sentó en el diván y ahuecó las faldas—. Iré a cambiarme dentro un momento. No quiero arriesgarme a volver allí hasta que madame Fernaud se haya ido. Disfruta haciéndome sufrir.

—A tu madre le dará un ataque si se entera de que andas por ahí con el vestido que lucirás en la puesta de largo —observó Vivi—. Pero ya que estás aquí... ponte de pie para que podamos echarle un vistazo.

Alex se levantó, hizo una reverencia y giró sobre sí misma delante de sus amigas. Vivi esbozó una amplia sonrisa.

—Es precioso, Alex. Y el color te queda perfecto. Sea cruel o no, madame Fernaud sabe cómo manejar la aguja.

Alex hizo una mueca al recordar la aguja en cuestión.

—¡Ojalá fuese tan cuidadosa con la piel como lo es con la seda! —dijo con ironía. Las chicas compartieron una carcajada, todas habían sufrido la aguja de la modista.

Alex miró el vestido que había cubierto su cuerpo durante la mayor parte de la tarde y tuvo que admitir que era hermoso. La elegante seda de color esmeralda poseía el tono perfecto para resaltar su tez de pelirroja, sus ojos verdes y el cabello castaño rojizo; la prenda se ajustaba perfectamente a su cuerpo desde los hombros a su cintura, con un escote muy favorecedor, un estilo que nunca había podido llevar antes porque no era adecuado utilizar un modelo tan revelador antes de ser presentada en sociedad. Desde la cintura, el vestido se abría en pliegues de suntuosa tela hasta el suelo. Pero lo que hacía realmente especial aquella prenda eran los cientos de pequeños capullos de rosa hechos a mano, meticulosamente cosidos a la tela, que formaban una cascada en diagonal. Las flores, de la misma seda verde, empezaban en la parte superior del corpiño y aumentaban su número poco a poco a medida que descendían por la falda. El diseño favorecía la inusual altura de Alex, acentuándola y estilizando su figura.

Realmente era una obra maestra.

—Si crees que vas a ser capaz de mantener alejados a los posibles pretendientes con ese vestido, estás muy equivocada —dijo Ella, haciendo que dejara de estudiar el vestido.

Alex hizo una mueca. Ella no era muy delicada a la hora de decir las cosas. Y casi siempre tenía razón.

Por desgracia, esta ocasión no era una excepción. El vestido estaba diseñado con un único objetivo... pescar marido. Durante más de un año, su madre se había concentrado en las preparaciones para este momento, en la primavera de 1815, cuando Alex cumpliría diecisiete años y sería «presentada» en sociedad. No era que no hubiera frecuentado la sociedad durante esos diecisiete años, pero esto era diferente. Sería su primera temporada, cuando desfilaría como si fuese un trozo de carne delante de todos los hombres elegibles de Londres, aquellos que contasen con un patrimonio considerable y un título aceptable. El objetivo de su madre era tenerla casada para el otoño. ¿Podía haber algo peor?

—Bien, me limitaré a intentar no hacerle justicia al vestido. —El tono de Alex estaba lleno de determinación—. Mi madre ha puesto su corazón en conseguir que mi vida sea tan sosa y aburrida como pueda. Es decir, ¿hay alguien en la tierra cuya única aspiración sea terminar casada en Surrey? ¡Menuda pesadilla! —exclamó sin dirigirse a nadie en particular.

Apoyó la cabeza en la suave tapicería de la silla y miró hacia el techo con desdén.

—Nadie. Por lo menos, nadie que sea capaz de pensar por sí mismo. Mis hermanos son todos mayores que yo, pero ¿mi madre anda fastidiándolos para que sienten la cabeza y se casen?

—Sí —intervino Vivi.

—Eso es porque mi madre disfruta molestándolos. ¡Pero ellos no le hacen caso! La única razón por la que han aceptado asistir a alguno de los bailes de este año es porque así tienen munición para burlarse de su hermana pequeña.

—Bueno, no se les puede culpar. —En esta ocasión intervino Ella—. Eres un blanco fácil.

Vivi se rio al ver que Alex fulminaba a su amiga con la mirada antes de continuar con sus diatribas.

—¡Es totalmente injusto! A los chicos de nuestra edad ni siquiera se les pide que asistan a bailes. La idea de que ellos tengan que casarse a los dieciocho años es inconcebible en nuestra sociedad. Solo ocurre en zonas rurales. Sin embargo, a nosotras nos toca desfilas por todos esos bailes... como... como... ¡como si fuéramos ganado que vender al mejor postor!

—Bueno, para ser justos, quizá es mejor que los chicos no tengan que casarse a los dieciocho años. ¿Has asistido a alguna reunión del sexo masculino donde la edad media sea esa? —comentó Vivi secamente, interrumpiéndola de nuevo.

—Mmm... Todavía estoy tratando de no ofenderme al verme comparada con animales de granja.

—Vamos, Alex...

Esta suspiró.

—Lo sé, esto es una tontería. Pero así es como me siento. En especial, cuando he crecido con tres hermanos mayores que parece que se rigen por reglas diferentes.

—Tienes razón —tomó de nuevo la palabra Ella—, pero creo que en realidad no nos queda otra elección. Nuestras opciones son bastante limitadas.

Y Ella lo sabía bien. Siendo la hermana mayor de una familia que solo había tenido hijas, tenía la obligación de casarse... y de casarse bien, estableciendo así una pauta para sus hermanas menores... a menos que pudiera encontrar una manera de apartarse de la competición.

Ella había sopesado infinidad de opciones para ser considerada poco apta para el matrimonio. Las chicas habían discutido todas las posibilidades hasta la saciedad antes de llegar a una conclusión: la forma más rápida de ser arrinconada y convertirse en una mujer florero era que su reputación se viera arruinada.

Por desgracia, esta no era una opción, sin importar lo tentadora que fuera, pues parecía que caer en desgracia era el castigo para cualquiera lo suficientemente atrevido para probar algo emocionante. Las damitas londinenses podían destruir su reputación de muchas maneras, pero los mayores delitos eran besarse en público en los labios —o en otra parte del cuerpo aún más atrevida—, bailar tres o más bailes con el mismo chico y visitar a un hombre en su casa sin llevar acompañante.

Ella había considerado esas opciones una y otra vez, incluso había llegado tan lejos como para hacer una lista con los hombres a los que creía que podría convencer para ayudarla a caer en desgracia, pero no se atrevió a comprometer a su familia, haciéndola objeto de chismes y críticas. Después de todo, la ruina no la afectaría solo a ella. La sociedad era, al mismo tiempo, devastadora y cruel con sus miembros.

—A menos que me decida a provocarle a mi madre un ataque de histeria y destruir las posibilidades de mis hermanas, tengo que conformarme con pasar desapercibida —dijo Ella sin dirigirse a nadie en particular.

Vivi se rio y sacudió la cabeza.

—¡Lo haces parecer fácil! Eres preciosa y posees una dote envidiable. No es algo que te garantice una vida de soltería, Ella.

—Ah, pero te has olvidado de mi defecto más horrible. Nadie quiere una esposa inteligente. —Ella simuló estremecerse—. ¡Qué cosa tan terrible!

Alex se echó a reír.

—Lamentablemente, creo que tienes razón. Si revelas tu inteligencia lo suficiente, impedirás que te cortejen. En especial cualquiera de los bobos que querrán pasear con nosotras alrededor del salón en Almack's.

Su amiga sonrió.

—Esperemos que sea así, porque ese es el mejor plan que tengo; la única forma que encuentro para poder escribir mi novela.

No era solo que Ella encontrase de mal gusto la idea de casarse con un hombre apropiado, es que eso era contrario a lo único que había querido desde que tenía memoria. Soñaba con convertirse en una gran novelista y escribir un libro con la historia de su generación. Había leído todo lo que había caído en sus manos y raramente se la

veía sin un cuaderno de notas, donde transcribía las ideas y observaciones que pensaba que le serían útiles cuando por fin tuviese la oportunidad de contar su historia.

Era consciente, evidentemente, del reto que suponía ser mujer y escritora. Eran pocos los novelistas respetables que en los últimos cincuenta años habían admitido ser mujeres, al menos públicamente. Pero Ella era muy consciente de que las pequeñas probabilidades de llegar a ser publicada siendo soltera eran ligeramente superiores a las posibilidades de que lo hiciera siendo una mujer casada. Y estaba dispuesta a apostar por esa diferencia.

—Eso me recuerda algo —intervino Vivi—. Tengo una idea para tu libro; creo que podría ser perfecta. —Las chicas siempre estaban dando ideas o argumentos para incluirlos en el cuaderno de notas de Ella—. He escuchado hablar a mi padre sobre la inminente captura de una serie de espías ingleses que han estado vendiendo secretos de Estado a los franceses.

Alex se acomodó en la silla, sentándose encima de los pies. Le encantaba escuchar las historias de espionaje de Vivi.

—Oooh... continúa.

Vivi se inclinó hacia delante. Poseía un don natural para contar historias.

—Por lo que pude entender, la Armada Real debe de haber tenido algún problema con las misiones secretas, pues están siendo interceptadas por los franceses. Resulta muy irritante para los hombres del Ministerio de la Guerra. Napoleón escapó del exilio el mes pasado, es obvio que han preparado una operación a gran escala para derrocarlo; han estudiado todas las posibilidades de que los franceses hayan interceptado y descifrado los mensajes de nuestros buques, pero parece que solo hay una conclusión: espías ingleses.

Alex soltó una palabra nada apropiada en una dama, aunque perfecta para describir a cualquier inglés que vendiese secretos de Estado en tiempo de guerra.

Ella ya estaba garabateando notas en su cuaderno, haciendo caso omiso del lenguaje grosero de su amiga.

—Fascinante. ¿Quién lo hizo? —preguntó sin levantar la vista.

Vivi sacudió la cabeza y agitó una mano.

—Todavía no lo saben. Debe de ser alguien con un cargo importante en el Ministerio de la Guerra, alguien con acceso a este tipo de información. Asignaron recientemente este caso a mi padre y a William. —Buscó con la mirada a Alex al mencionar al hermano mayor de su amiga—. Estoy segura de que entre los dos esclarecerán pronto los hechos. Pero si alguien puede hacer este caso más interesante, eres tú, Ella.

Ella no parecía prestarles atención, concentrada en las palabras que escribía en su diario. Mientras mordisqueaba delicadamente el extremo del lápiz, su mente maquinaba la historia que podría tejer alrededor de esa información.

Dejando por fin su ensoñación, la conversación giró en torno a Vivi y a sus preparativos para ser presentada en sociedad.

Las tres muchachas asistirían a Almack's para su puesta de largo oficial la noche del miércoles. Vivi, la única que no tenía una madre que la importunase, era la que sentía menos animosidad hacia ese tipo de eventos, aunque tampoco era que no sintiese la presión social que padecían sus amigas. Siendo la deslumbrante hija de un marqués rico y condecorado, se esperaba que se casara bien, aunque no pudiera heredar el título de su padre. Sus entrometidas tías llevaban años diciéndoselo, y también se lo había oído a los padres de sus amigos, pero tenía una cosa a su favor: su padre. Él era de la opinión de que casarse por interés era una idea terrible.

Las damas de la alta sociedad, preocupadas por el hecho de que Vivi y su hermano gemelo estuvieran siendo criados por un padre viudo, habían aconsejado al marqués que dejara el cuidado de sus hijos a cualquier mujer de la familia o que volviera a casarse rápidamente. El marqués había plantado cara a todos los convencionalismos y se había negado de plano a hacer caso a ninguna de esas recomendaciones. El matrimonio de los padres de Vivi había sido un enlace por amor —algo que era considerado asquerosamente vulgar, y más en un marqués, ya que los nobles no se enamoraban—, y había prodigado a su hija el mismo cariño que le habría dado su madre, animándola a casarse por la misma razón por la que se había casado él: amor.

—¡Eres una chica increíblemente afortunada! —se quejó Alex—. No tienes permiso de tu padre... o mejor dicho, tienes permiso para evitar a toda clase de cuell cortos, paliduchos y dandis afectados que se atrevan a solicitar tu mano en matrimonio. ¿Estás segura de que a tu padre no le gustaría adoptarme?

—No estoy segura de que mi padre pudiera vérselas contigo —se rio Vivi—. Pero, con toda honestidad, no planeo evitar que soliciten mi mano. Mi plan consiste en tratar de conseguir la mayor cantidad de propuestas posibles. Quiero perfeccionar mis habilidades en el flirteo, las necesitaré si quiero atrapar al elegido.

El elegido. Vivi había sido siempre la única chica en el trío que creía en «el elegido». Alex pensaba que era porque sus padres se habían casado por amor.

Sin embargo, no podía evitar pensar que Vivi ya había puesto sus ojos en el hombre que quería.

Vivi, siempre misteriosa, se había negado a responder a cualquier interrogatorio o presión para obtener más información sobre el tema, evitando a sus amigas con un simple: «Todo el mundo tiene un elegido. Simplemente, no todas estamos dispuestas a esperar por él».

Alex resopló de forma indecorosa.

—Yo no creo que sea falta de voluntad para esperar, Viv... Estoy más que dispuesta a esperar. ¡Años! ¡Décadas, incluso! —Sus ojos brillaban por la risa.

—¡Siglos! ¡Milenios! —añadió Ella.

—Solo hay un problema. —Alex se inclinó hacia delante y, guiñándole un ojo a Ella, habló con gran seriedad—. Madres. —Las tres chicas estallaron en carcajadas.

—¡Alexandra Elizabeth Stafford! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Oh, oh...

—Estábamos hablando de... —empezó Ella.

Alex bajó los pies de la silla y se sentó.

—Mamá...

Para ser una mujer menuda, la duquesa podía aparecer tan regia e imponente como su título sugería.

—¿Qué te he dicho sobre ese vestido? ¿Qué demonio te ha poseído para tumbarte con él como si estuvieras en camisón en tu dormitorio? Por no mencionar este comportamiento tan impropio de una... ¿tienes alguna idea de cuánto tiempo les llevó a madame Fernaud y a sus ayudantes confeccionar un atuendo realmente digno de tu puesta de largo? ¡Se trata de un vestido de baile... no de un traje de montar!

—Pero... —Alex trató de intervenir, pero la duquesa no estaba de humor para escuchar las débiles excusas de su hija.

—¡Nada de peros, jovencita! Vete a tu habitación, pide disculpas a Eliza por molestarla a esta hora del día y quítate ese vestido.

De repente, Ella encontró muy interesante el tejido de la tapicería del sillón en el que estaba sentada. Vivi parecía estar buscando un tesoro dentro de su bolsito, dada la enorme atención que estaba prestando al contenido: un pañuelo, un pintalabios y un peine de viaje. Ninguna de las chicas quería ser la próxima destinataria de la ira de la duquesa.

—Y vosotras dos. —Ambas se miraron y se levantaron al unísono—. ¿Creéis que no me he dado cuenta de que estáis animando y fomentando su ridículo comportamiento?

Vivi abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor y la cerró.

—Excelente idea, Vivian. Confío en vosotras para que mantengáis a Alex alejada de cualquier comportamiento indecoroso. No me decepcionéis.

—Sí, su excelencia —dijo Ella.

—Estoy segura de que no me decepcionaréis de nuevo... en especial durante vuestra primera temporada. —A pesar de cómo se había expresado, la duquesa no había hecho una sugerencia, más bien había decretado una orden.

—No, excelencia. —Fue Vivi quien respondió esta vez.

Desde detrás de la espalda de su madre, Alex miró boquiabierta a sus amigas.

—¡Traidoras!

La duquesa no se giró para mirar a su hija.

—Las buenas amigas saben que no deben contradecir a las madres, Alexandra. —Había un brillo alegre en sus ojos mientras estudiaba a las mejores amigas de su hija.

—Sobre todo cuando la madre en cuestión es una duquesa —intervino Vivi, segura de que la tormenta había pasado.

Alex gimió, arrancando una sonrisa de su madre.

—¿Vais a quedaros a tomar el té?

·CAPÍTULO 3·

Cuando Alex regresó a la salita, llevaba un vestido más adecuado para pasar la tarde con sus amigas. Era un modelo de corte imperio que poseía un encantador matiz azul pálido, cuya falda caía hasta cubrir los escarpines a juego.

Resultaba cómodo y seguía la moda imperante; era otra de las nuevas adquisiciones de su guardarropa, diseñada para hacerla parecer más adulta y menos desgarbada. Aunque, por supuesto, un vestido por sí solo no podía transformarla en una dama.

Irrumpió en la sala, de golpe.

—¿Me he perdido algo? —Pero sus amigas ya no estaban solas. Y las habían superado en número. Habían llegado sus hermanos. Con una altura superior al metro ochenta, hombros anchos y piernas largas, sus hermanos empujaban incluso a la chica más alta de la habitación, que ya era más alta que la media.

Y las sillas tapizadas en satén y los delicados divanes a la última moda —lo que significaba que tenían un diseño más bien cursi— no resultaban muy apropiados para unos hombres tan grandes.

Aunque aquello no parecía importar demasiado a los tipos en cuestión. Estaban recostados cómodamente con las largas piernas extendidas, sin importarles en lo más mínimo que el mobiliario fuera diminuto.

Durante generaciones, los hombres Stafford habían llamado la atención por su apariencia; claros ejemplos de hombres altos, morenos y guapos. Tanto era así, que el padre de Alex había sido objeto de las burlas de sus hermanos y primos por medir *solo* uno ochenta, e incluso había recibido el apodo de «duque diminuto». Sus hijos no sufrían el mismo problema, todos medían más de uno ochenta y cinco; sin duda, la siguiente generación de Stafford podía presumir de su espectacular herencia genética. William, de veintitrés años; Nicholas, de veintiuno, y Christopher, de diecinueve, también compartían otros rasgos de la familia de su padre. Eran endiabladamente guapos, con el pelo negro como la medianoche, la mandíbula cuadrada, la nariz patricia y los labios carnosos que habían hecho legendarios a los Stafford desde los inicios de la historia del reino.

Pero no era solo su buena apariencia lo que hacía que las mujeres cayeran rendidas a su paso, sino los famosos ojos Stafford.

Desde hacía más tiempo del que nadie podía recordar, los hombres Stafford habían sido bendecidos con ojos de un cristalino tono esmeralda. La gente se podía perder en esos iris, eran ventanas a la emoción, brillaban con el humor, relampagueaban con la furia... ardían con la pasión. Esos ojos causaban estragos en cualquier mujer que estuviese a su alrededor, a no ser, claro está, que la mujer en cuestión fuera su hermana, en cuyo caso, solo servían para provocar exasperación.

—Ah, hablando del diablo...

Alex se adentró en la habitación y se acomodó en el borde del diván quedando a la misma altura que sus hermanos. Los miró con frialdad.

—¿Qué es lo que os divierte tanto? —preguntó.

—Solo que, ni siquiera en nuestro peor momento, hemos enfurecido a mamá de la forma en que tú lo consigues, y sin aparente esfuerzo por tu parte. Una cualidad, sin duda, admirable —respondió con ironía William Stafford, que ostentaba ya el título de marqués de Weston y era el heredero del ducado.

—Mamá tiene diferentes expectativas para vosotros, idiotas. ¿No se supone que deberíais haberos puesto en pie al entrar una dama? —Alex estaba empezando a arrepentirse de haber regresado a la salita.

Christopher le lanzó una mirada interrogante.

—¿Ha entrado una dama? —Ante la expresión fulminante de su hermana, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa mientras se ponía más cómodo en la silla—. Vamos, Allie... que estés a punto de sufrir tu primera temporada no significa que tengas que perder el sentido del humor.

—Al contrario, Kit; mi sentido del humor está intacto. —Lanzó una mirada cómplice a Vivi y Ella, y habló con franqueza—: Sencillamente, no sois graciosos.

Llegó una estentórea carcajada desde la puerta.

—En eso tiene su parte de razón, Kit.

Alex se dio la vuelta para mirar al recién llegado primero con sorpresa y después con deleite.

—¡Nadie me dijo que habías vuelto! Por supuesto, no lo consideraron necesario... —dijo señalando a sus hermanos, ninguno de los cuales parecía impresionado al ver al recién llegado.

—No debería sorprenderme. —Gavin Sewell cruzó la habitación para tomarle la mano a modo de saludo—. Y parece que mi vuelta era totalmente innecesaria, ya que estás creando tantos problemas como la última vez que te vi —añadió, mirándola con una sonrisa.

—No lo hago a propósito —se defendió Alex con voz aguda—. ¿Cómo se supone que voy a acordarme de todas esas estúpidas reglas de la sociedad?

—Sinceramente, recordar que no se debe usar el vestido destinado al primer baile de la temporada para recibir una visita parece una cosa bastante sencilla. —Gavin se rio entre dientes ante la mirada furiosa de Alex y fue incapaz de resistirse a burlarse de ella un poco más—. Aunque yo qué sé, nunca he tenido que usar un vestido de baile, así que no puedo garantizar que no me hubiera confundido del mismo modo.

—Eso no sería tan malo, ya que estoy segura de que no sobrevivirías a tener que usar un corsé.

Él arqueó una ceja ante la rápida réplica de Alex y se acercó a saludar a Ella y Vivi. Mientras Gavin hacía una reverencia con las manos en la espalda, Vivi tomó la palabra.

—Buenas tardes, lord Blackmoor

Sus palabras sorprendieron a Alex.

—¡Oh! —exclamó por lo bajo, recordando sus modales. Hizo una reverencia—.

Discúlpeme, milord. Me he olvidado de su nuevo título.

Gavin se volvió hacia Alex, sorprendido.

—No hay necesidad de ser tan formales, Alex. Yo me olvido durante la mayor parte del tiempo de que soy conde. No me he hecho aún a la idea de que poseo un título. Nick ha sido conde durante toda su vida, y eso no cambia el modo en que lo tratas —le recordó él, al tiempo que le lanzaba una sonrisa sardónica, señalando con la cabeza a su hermano.

Nick, como siempre, se apresuró a aprovechar la ventaja.

—¡Eso es cierto! Nunca has mostrado respeto alguno por mi título —dijo inflando el pecho y fingiendo cierta pomposidad—. ¿Por qué deberías mostrarlo por el de Blackmoor? —continuó con su furiosa bravata—. He sido el conde de Farrow desde antes de nacer y eso no me ha hecho ganar ni una pizca de tu estima.

Todo el mundo se rio, haciendo desaparecer la incomodidad del momento. Gavin se sentó junto a los hermanos de Alex, metiéndose de lleno en su conversación sobre una subasta de caballos a la que planeaban asistir a la semana siguiente.

Alex se juntó con Vivi y Ella, que prosiguieron con su discusión sobre una novela que las tres habían leído recientemente, *Mansfield Park*, pero no pudo evitar seguir sintiéndose rara por lo que acababa de pasar. Se había dado cuenta de que, incluso cuando Nick estaba llamando la atención sobre su propio título, se había referido a Gavin informalmente como Blackmoor, el nombre que era suyo ahora por derecho, junto con el condado y todos sus privilegios, como si fuese la cosa más natural del mundo. Pero cuando lo había visto en la puerta, a ella no se le había ocurrido que Gavin fuera diferente, había pensado que nada había cambiado.

Prestando atención a medias a la conversación, Alex estudió al objeto de sus pensamientos.

El padre de Gavin había sido el mejor amigo de su padre desde que eran niños, algo normal, dado que las tierras de los Blackmoor y las de los Stafford lindaban tanto en la campiña de Essex como en Londres, donde sus casas compartían jardines traseros en Park Lane. La cercanía y la edad habían convertido a Gavin en compañero natural para los niños Stafford. Los cuatro habían trepado juntos a árboles, estudiado y hecho todo tipo de trastadas.

Gavin había formado parte de todas las meriendas, refrigerios y cenas; Alex pensaba en él como en un cuarto hermano que llegaba a ser, a veces, un exasperante hermano mayor, y otras, un maravilloso defensor. Cuando, a la edad de siete años, se había subido a un árbol en el jardín trasero tratando de imitar a sus hermanos y se había quedado atrapada entre sus ramas, fue Gavin —que entonces contaba con trece años— quien había acudido a rescatarla, hablándole con suavidad para convencerla de que se soltara y confiase en que él la atraparía cuando cayese. Por supuesto, cuando todo terminó, Gavin volvió a burlarse de ella; nunca había permitido que olvidara que «se subía a los árboles como una chica».

Para su sorpresa, ella lo había echado de menos durante los últimos meses, y durante ese corto periodo él había cambiado mucho.

La última vez que lo vio fue en enero, hacía ya tres meses, en el funeral de su padre, el difunto conde. El anterior conde había muerto de manera trágica al caerse del caballo junto al acantilado rocoso en la finca de los Blackmoor, en Essex.

Toda la sociedad había llorado la pérdida del padre de Gavin, un hombre maravilloso, inteligente, que era querido y admirado por todos.

Alex recordaba haber observado a Gavin en el funeral mientras permanecía de pie, junto a su madre, con la tristeza reflejada en sus ojos, silencioso y, aun así, fuerte. Había querido acercarse, hablar con él, pero debido a la aglomeración tras el funeral y al trasiego de los días posteriores fue incapaz de encontrar un momento para decirle cómo lamentaba su pérdida, aunque imaginaba que aquellas palabras no habrían supuesto mucho consuelo para un hijo que había perdido a su padre de forma tan inesperada.

En ese momento, mientras lo veía hablar con sus hermanos, notó que había adelgazado, que su gesto era más serio y que se adivinaba un profundo cansancio en sus ojos. Ella se sentía feliz de que hubiese terminado el periodo de luto oficial y de que se hubiese reunido con ellos en Londres para la temporada, aunque parecía estar sobrellevando mal el cambio de pasar de ser un despreocupado heredero a un conde, con todas las responsabilidades que ello conllevaba. Sin embargo, no podía dejar de preguntarse por el precio que se habían cobrado en él los últimos meses.

Como si hubiera oído sus pensamientos, Gavin se volvió y la miró fijamente. Pasaron varios segundos hasta que él le guiñó un ojo, como para asegurarle que sus preocupaciones eran innecesarias. Con una comisura elevada en una sonrisa ladeada, él se volvió hacia sus hermanos y ella centró su atención en la conversación con Ella y con Vivi, guardando esas preguntas en el fondo de su mente por el momento, prometiéndose que buscaría un rato para estar a solas con él más tarde.

—No me pareció tan interesante como *Orgullo y prejuicio* —decía Vivi.

—¡Por supuesto que no! Nunca he leído *Orgullo y prejuicio* —replicó Ella, apasionadamente—. Pero si es mejor o peor es realmente irrelevante, Vivi. Lo más trágico de este libro es que, incluso ahora, después de la publicación de otros tres libros maravillosos, siendo cada uno tan brillante en sí mismo como si estuviera escrito por un hombre, ¡su autora no puede revelar su verdadera identidad por temor a las repercusiones! Es inexcusable que, como sociedad, mostremos esta demoledora falta de progreso.

—Es molesto. Pero no será siempre así —señaló Vivi—. Esta «dama» en particular ha obtenido demasiada relevancia para permanecer en el anonimato.

—Solo se puede esperar que lo que dices sea cierto —dijo Ella, girándose para mirar a Alex—. ¿Qué opinas del libro, Alex?

Antes de que tuviera la oportunidad de responder, la conversación fue interrumpida por un exagerado gemido de angustia.

—No podemos ir al teatro esa noche. Es la puesta de largo de nuestra picaresca en Almack's. Mamá nos rebanará el cuello si no estamos allí.

Al escuchar el odioso apodo que usaban sus hermanos para referirse a ella, cortó la conversación con sus amigas, levantó la mano y miró a los chicos.

—En caso de que lo hayas olvidado, Will, estoy en la habitación, y podéis creerme, encuentro el evento de Almack's tan entretenido como vosotros.

—Tonterías —interrumpió Nick—, a todas las chicas les encanta la idea de ser presentadas en Almack's. Se pasan la mayor parte de la infancia imaginando, con todo lujo de detalles, cómo les gustaría que fuese su primera noche allí. Todas idealizan el lugar e imaginan cómo será el primer hombre que robe su corazón.

—No estas chicas —afirmó Ella.

—Por mi parte, no tengo ningún interés en que me roben el corazón —intervino Alex, con creciente ira.

Gavin se reclinó en su silla y estudió el trío de amigas, tomando nota del enfado de Alex.

—Para ser sinceros, Nick, con una actitud como esta, me sorprendería escuchar decir a alguna de estas chicas que les han robado el corazón. Supongo que la cuestión es más quién será el primer hombre al que se lo roben ellas; no parece que vayan a convertirse en floreros.

Alex explotó, irritada.

—¿Por qué los hombres creen que a todas las mujeres les preocupa toda esa parafernalia del romance y el amor? ¿De verdad no tienen en cuenta la posibilidad de que nos interesen más cosas?

Los chicos se miraron y les respondieron articulando la respuesta sin usar la voz.

—Qué tontos... —murmuró Alex en voz baja—. En realidad, caballeros, creo que a todos nos gusta mantener nuestro corazón a salvo de cualquier tipo de perpetrador —continuó Alex—. Por supuesto, no podéis entenderlo. Nunca vais a veros obligados a bailar con un estúpido que vuestras madres consideran un buen partido.

Will bufó de risa.

—Hablas como alguien que nunca ha estado en un baile con nuestra madre. Te lo juro, Alex, con nosotros es exactamente así. La duquesa quiere bodas, todas las que pueda conseguir.

—Puedo jurarlo —intervino Gavin—. La temporada pasada tanto vuestra madre como la mía se aliaron contra mí, os lo aseguro. Me vi obligado a bailar docenas de cuadrillas con un sinnúmero de señoritas desesperadas. En serio, sería más inteligente dejar de asistir a esos bailes. —Su tono se volvió pensativo—. Había planeado desaparecer este año... pero observar como Alex arrasa Londres puede ser lo suficientemente divertido como para hacerme asistir a un par de eventos.

—Ten cuidado con lo que desees, Blackmoor —interrumpió Nick—, fui yo quien se vio obligado a ser su pareja durante sus clases de baile. No es precisamente la más

elegante de las damas.

—Ni la más ligera. Ten cuidado con tus pies cuando bailes con ella, amigo —dijo Kit, lanzándole una sonrisa a una Alex cada vez más irritada—. Al menos —se rio—, siendo sus hermanos, estaremos a salvo de su torpeza. Ya no tendremos que bailar con ella de nuevo. El miércoles por la noche, será presentada a los hombres de Londres. Estoy seguro de que entre todos ellos alguno habrá al que no le importe ser su pareja de baile.

Con un gruñido de exasperación, Alex retó con la mirada a los hombres presentes en la habitación.

—Bueno, me queda un consuelo; no importa con quién tenga que bailar, ¡es imposible que pueda ser más grosero que vosotros tres! ¡Que Dios tenga misericordia de vuestras futuras esposas!

El grupo alcanzó una tregua y la conversación giró en torno a la próxima temporada y los sempiternos cotilleos sobre quién sería la comidilla de la sociedad durante las siguientes semanas, quién se había fugado con quién mientras estaban fuera de la ciudad para pasar el invierno, qué notorios libertinos iban a la caza de esposa esta temporada, a qué bailes acudirían las personas más brillantes de la sociedad. Mientras la conversación continuaba, Alex se dio cuenta de que Gavin estaba cada vez más callado, encerrándose en sí mismo. No se sorprendió cuando él se levantó, se excusó y salió de la estancia. Nadie se dio cuenta de que ella lo seguía fuera de la habitación.

En el amplio vestíbulo de Worthington House, Alex puso la mano en el brazo de su amigo.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja, una vez que reclamó su atención.

Gavin se percató de la cautela en sus palabras.

Buscó la clara mirada esmeralda de Alex con media sonrisa en los labios. Extendió la mano y le golpeó la barbilla con el dedo, un gesto fraternal que había realizado durante la mayor parte de su vida.

—No hay necesidad de andar pisando huevos, picaruela —dijo con ironía—. Estoy bien.

Clavó la mirada en algún punto lejano antes de continuar.

—Me sienta bien estar de vuelta en Londres... Lejos de Essex y de todo lo que supone. —Volvió su atención hacia ella—. Y que tú estés a punto de disfrutar de tu primera temporada es... —La media sonrisa se convirtió en otra mucho más pícara—. No me gustaría estar en ningún otro lugar... Estoy ansioso por ver los fuegos artificiales.

Alex se dio cuenta de que Gavin había cambiado de tema. Sacudió la cabeza como si rechazase cualquier cosa respecto a la temporada y lo miró de forma comprensiva.

—Si alguna vez necesitas hablar, sobre lo que sea... Aquí estoy... Espero que lo sepas.

La sonrisa de Gavin desapareció cuando apretó los labios con firmeza, formando una línea determinada. Sus siguientes palabras no admitían réplica.

—Una vez más, estoy bien, Alex. Gracias por tu ofrecimiento, pero te aseguro que no hay necesidad de hacerlo. Ahora, si no te importa... tengo una reunión importante a la

que no debería llegar tarde.

Se fue tras realizar una corta reverencia, haciéndole sentir la clara impresión de que la había despachado. Y a Alexandra Stafford no le gustaba nada ser despachada.

·CAPÍTULO 4·

El bebió un gran trago de whisky y se recostó en la silla, mirando a lo lejos. Para un espectador desinformado, el documento que sostenía despreocupadamente en la mano le parecería carente de importancia y lo descartaría al instante. Pero era justo lo contrario. Había una nota de dos líneas garabateadas en el papel:

«El joven Blackmoor ya no está de luto. Averigua lo que sabe».

Su mente barajaba las diferentes posibilidades, sopesando qué elecciones podía tomar. Aunque el joven conde se había estado preparando para ese momento desde su nacimiento, seguramente no había esperado tener que asumir el gobierno del condado tan repentinamente ni tan pronto. Las probabilidades de que hubiera estado informado sobre las sospechas de su padre eran escasas, pero incluso las más ínfimas probabilidades podían hacer que fuera descubierto. No podía arriesgarse a ello.

La muerte del antiguo conde había llevado al límite a sus socios franceses. Se habían enfadado mucho por su gestión, y había tenido que trabajar muy duro para demostrarles que merecía seguir siendo su colaborador; sin duda le había resultado difícil recuperar su confianza.

Juró con fuerza por lo bajo. Su primer pensamiento había sido acabar también con el nuevo conde, pero se dio cuenta de que eso forzaría una investigación y podrían acabar recayendo sobre ellos todas las sospechas, sobre todo si encontraban la información oculta en algún lugar de Blackmoor House. El fallecido conde había sido desagradable pero no estúpido. Lo que hubiera averiguado, lo habría documentado. Si esos papeles llegaban a encontrarse, todos correrían peligro.

Les había dicho a sus socios que no creía que pudieran llegar a ser descubiertos... por el momento, pero estaban empezando a dudar de él. Lo percibía en sus ojos, lo oía en su voz. Tenía que andar con cuidado. La única manera de garantizar su seguridad era hacer lo que le ordenasen.

Debía descubrir exactamente qué sabía aquel conde novato sobre la vida de su padre, y su fallecimiento.

—Es fantástico que tengas la casa para ti solo, Blackmoor —comentó Christopher Stafford apoyándose en su taco de billar mientras miraba al otro lado de la mesa—. ¿Quién necesita un club de caballeros cuando tu mejor amigo posee un lugar como este justo al lado?

El nuevo conde de Blackmoor miró a su alrededor, observando los paneles de roble, el intenso verde de la mesa de billar y las sillas de cuero que indicaban claramente que esa sala era territorio masculino. Había heredado la habitación y la casa de Londres junto con el título, pero encontraba poco placer en saber que era el dueño de todo aquello. Antes de que pudiera responder, el sonido de la bola anunció un buen tiro. Nicholas, el hijo mediano de los Stafford, se enderezó tras meterla en la tronera y se dirigió a su hermano menor, el menos discreto de los tres.

—¡Por Dios, Kit! No es como si lo hubiese ganado en el juego. Ten un poco más de tacto.

Kit se sonrojó cuando vio una expresión disgustada en Blackmoor.

—Lo siento, viejo amigo. No tenía intención de sugerir...

Blackmoor salvó a su amigo de tener que terminar su disculpa, interrumpiéndolo con brusquedad.

—No me has molestado, Kit; nunca has sido el más discreto de la familia. Siempre espero comentarios así de ti.

—Me alegra que sea hábil con los números —se rio Nick a expensas de su hermano—, le da algo más que hacer. Además de hablar de sí mismo en cualquier lugar.

—¿Tienes oporto por aquí? —preguntó el futuro duque de Worthington reconduciendo hábilmente la conversación, como le habían enseñado a hacer desde su nacimiento, para aliviar la situación en la que se veían inmersos su amigo y su hermano.

Blackmoor echó una última mirada a la mesa de billar y, viendo que estaba a punto de ganar, como de costumbre, se volvió hacia una sección de la estantería.

—Una copa de oporto es una idea excelente. Por aquí, señores. —Accionó un interruptor oculto que abrió una sección de la pared del fondo para revelar la habitación que había sido el lugar de reunión para la parte masculina de los Blackmoor durante generaciones. La estancia era enorme; ocupaba una de las esquinas traseras de la casa, contaba con dos paredes de ventanas de suelo a techo, desde las que se podían apreciar unas fabulosas vistas a los jardines, perfectamente cuidados, así como parte de las fachadas lateral y trasera de la casa.

Nick y Kit entraron en la habitación mientras Will y Gavin se detenían en el umbral del estudio.

—No parece correcto, ¿verdad? —comentó Will en voz baja, lanzando una mirada cómplice a su viejo amigo.

La expresión de Blackmoor fue pétrea.

—No. Aunque no me queda más remedio que adaptarme a ello.

Siguieron a los Stafford más jóvenes al interior del estudio, y la mirada de Gavin cayó sobre el enorme escritorio de caoba y el hombre sentado detrás de él que, de inmediato, se puso en pie y comenzó a organizar los papeles que estaba leyendo.

—Tío Lucian. —Blackmoor lo miró al tiempo que señalaba con el brazo a los demás hombres presentes en la habitación—. No creo que te haya presentado formalmente a mis amigos. Me gustaría presentarte a William Stafford, marqués de Weston; Nicholas Stafford, conde de Farrow; y Christopher Stafford, barón de Baxter. Caballeros, mi tío, el capitán Lucian Sewell.

Los jóvenes dieron un paso adelante para estrechar la mano del capitán, que parecía deseoso de perderlos de vista. Este los saludó uno a uno con un rápido «milord», y se dirigió a su sobrino en tono seco.

—Dejaré que disfrutéis en paz, Blackmoor. ¿Podemos hablar mañana sobre lo que he

descubierto en relación con la hacienda?

—Claro, tío. Mañana hablaremos. —Blackmoor ofreció a su tío una cálida sonrisa—. Buenas noches. Y gracias.

—Por supuesto. Hasta mañana. —Haciendo una pequeña reverencia a los chicos Stafford, el anciano salió.

Kit se sentó en una silla de cuero.

—¿Así que ese es tu tío Lucian? Parece bastante solemne.

Blackmoor se acercó al aparador para servir varias copas de oporto.

—Es un tipo tranquilo. Mi padre siempre dijo que era el vivo ejemplo de que las apariencias engañan. Al parecer, nunca estuvieron muy próximos mientras eran niños, pero Lucian se apresuró a ponerse en contacto con nosotros en cuanto recibió la noticia de lo que... De lo que sucedió.

Will asintió con solemnidad.

—No importa qué diferencia hubiera entre ellos, los hermanos siempre son hermanos. No hubiera esperado menos.

Blackmoor cruzó la habitación y le entregó un vaso a su amigo.

—Esa opinión nunca fue más cierta que hace tres meses. Sin duda, una destacable demostración de lealtad familiar. En el momento, me quedé muy sorprendido. No lo he visto más que un puñado de veces desde que era niño. Siendo capitán de la Marina, ha pasado gran parte de la última década en el mar y luchando en la guerra, en el continente. Nunca habría esperado que lo dejase todo para reunirse con nosotros tan deprisa.

Miró su vaso, observando el remolino de líquido ámbar que hizo girar dentro de la pesada copa.

—Pero ha sido una gran bendición —continuó, saliendo de su ensimismamiento—. No importa lo que opine sobre su personalidad que, siendo totalmente sincero, me resulta poco cautivadora, pero me ha ayudado mil veces en los últimos meses. Como sabéis, no estaba preparado para asumir los deberes del condado; me resultó útil tener cerca a alguien que conociera tan bien los entresijos de la finca.

Nick lo interrumpió.

—También él ha sido afortunado, si tenemos en cuenta que estaba en la guerra. ¿Cómo logró venir a casa tan pronto? ¿Resultó herido?

Blackmoor sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa. Me encontraba en Oxford cuando regresó, así que no estuve al tanto de las circunstancias que lo llevaron a dejar su puesto. Sé que fue un héroe en la batalla de Lyngor. Quizá tú sepas más que yo sobre él.

—¿Lyngor? —preguntó Nick—. ¿No está en Dinamarca?

Will asintió, mirando a su hermano menor.

—Exacto. Me temo que no sé nada sobre tu tío, Blackmoor. Comencé mi mandato en la Oficina de Guerra varios meses después de esa batalla. Lo que sí sé es que Lyngor fue

una batalla particularmente sangrienta y unilateral. Los daneses fueron derrotados allí de forma aplastante y perdieron más hombres de los necesarios ese día. Se retiraron de la guerra de inmediato, dejando a Napoleón con un aliado menos en el mar.

—Desafortunadamente, eso no ha detenido a Bonaparte, que sigue presionando. Parece como si esta guerra no fuera a acabar nunca —comentó Nick, haciendo referencia a la reciente fuga del general francés de su exilio forzoso y la reactivación de un enfrentamiento que duraba ya dos décadas.

Echó una mirada inquisitiva a su hermano mayor.

—Sabes que tengo prohibido hablar de ello, Kit. Todo lo que puedo decir es que las tropas del Imperio son las mejor entrenadas y que la inteligencia británica es de primera categoría. Hemos vencido a Napoleón en el pasado... lo haremos de nuevo.

—También se podría argumentar que Napoleón nos ha derrotado antes y podría hacerlo de nuevo —puntualizó el siempre lógico Kit, provocando deliberadamente a su hermano para enfadarlo—. Ya ha escapado del exilio y derrocado al rey Luis, al mismo tiempo que reunió a sus tropas y atrajo simpatizantes de todos los rincones de Francia. No parece que estemos haciendo un buen trabajo para llevarlo de vuelta al exilio.

—Si no te conociera... —comenzó William en tono amenazador, pero fue interrumpido por Nick, que, reconociendo el principio de una discusión sobre política que ya había oído cientos de veces antes, llevó la conversación hacia un terreno neutral.

—Bueno, parece que la sociedad londinense no está tan preocupada por Napoleón o la guerra como debería. Se intuye que esta temporada va a ser más ajetreada que cualquier otra en los últimos años. A juzgar por el número de invitaciones que he recibido, las madres están volcadas en pescar un buen marido antes de que comience la temporada. —Se inclinó hacia atrás en su silla y miró hacia el techo—. Estoy empezando a quedarme sin excusas para evitar los dichosos eventos.

—Mmm. —Kit, siguió el hábil cambio de conversación de su hermano—. No ayuda que Alex debute este año. Yo ya he renunciado a la idea de evitar discutir con mamá. —Su tono cambió de repente de resignado a inspirado—. ¡Ya lo tengo! Intentemos casar a Alex lo antes posible. Eso nos facilitará las cosas.

—No estoy seguro de que eso fuera lo mejor para Alex —dijo Nick en tono seco.

Kit fingió decepcionarse.

—Tampoco lo sería para su marido, supongo.

—Si soy sincero, no espero que muchos hombres se muestren emocionados ante la perspectiva de cortejar a Alex, teniendo que lidiar con nosotros —dijo Will—. Lo confieso, lo único que me apetece es aterrorizar a sus futuros pretendientes.

Kit se rio entre dientes.

—El beneficio adicional es que, aterrándolos a ellos, la enfureceremos a ella.

Los tres se rieron y se dieron cuenta al mismo tiempo de que Blackmoor permanecía en silencio, perdido en sus pensamientos, sin participar en la conversación. Con una mano apoyada en el marco de la ventana y la vista clavada en el jardín oscuro,

iluminado por la luz de las velas que se reflejaba en el cristal, el joven conde estaba a kilómetros de distancia, lejos de sus amigos, de su mundo y de su conversación.

Cuando la risa se apagó, los tres hermanos se miraron y William se inclinó hacia delante en su silla, apoyando los codos sobre las rodillas.

—¿Blackmoor? —llamó a su viejo amigo. Una pregunta sin respuesta—. ¿Blackmoor? —gritó, más fuerte esta vez, pero aún sin respuesta—. ¿Gavin? —El nombre atravesó la habitación y consiguió su objetivo.

Blackmoor se volvió hacia sus amigos, con expresión sombría.

—¿Qué pasa? —preguntó.

En el silencio que siguió, Nick se levantó y se dirigió al aparador para servirse otro vaso de oporto.

—Estabas a mucha distancia de nosotros. —Fue hasta el joven conde y le ofreció el vaso. Cuando Blackmoor tomó la copa, Nick cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la ventana, midiendo a su amigo con la mirada—. Somos nosotros los que deberíamos preguntarte qué pasa.

Blackmoor maldijo por lo bajo y se volvió hacia la ventana.

—Perdonadme, parece que tengo la mente en otro lugar esta noche. Me temo que estoy siendo un pésimo anfitrión.

—Yo iba a decir lo mismo, por esa notable sala de billar y este excepcional oporto —intervino Kit en tono irónico desde su asiento al otro lado del cuarto—. Vas a tener que mejorar si quieres llegar a ser un buen conde.

Apreciando de forma involuntaria las burlas de su amigo, Blackmoor curvó un poco los labios.

—Bien, eso es parte del problema, ya ves... Yo no debería ser conde todavía.

Will se recostó en el respaldo de la silla y dejó escapar un largo suspiro.

—No, no deberías. Ha sido muy insensible por nuestra parte no reconocer lo difícil que debe de ser para ti aceptar la situación y adaptarte a lo que ha ocurrido. Deberíamos disculparnos nosotros, no tú.

El nuevo conde miró a sus amigos.

—No, no podíais saber la noticia que recibí esta mañana... —Hizo una pausa y luego se inclinó hacia delante—. El alguacil de Essex, junto con varios miembros de alto rango del Ministerio de la Guerra, ha llegado a la conclusión de que la muerte de mi padre fue accidental.

Atravesó la habitación hacia el escritorio, levantó un pedazo de papel y leyó en voz alta en un tono rápido y carente de emoción.

—Esta comisión concluye que el conde fue arrojado de su caballo probablemente porque el animal perdió el equilibrio por culpa de la lluvia. No existen pruebas de ninguna artimaña sucia, y la comisión considera que la muerte de Richard Sewell, sexto conde de Blackmoor, fue un trágico error debido a un cúmulo de desgraciadas circunstancias. El equipo de investigación envía sus más sentidas condolencias a la

familia, en particular a la condesa viuda y al actual conde de Blackmoor.

Los movimientos de Blackmoor al dejar la carta sobre la mesa fueron totalmente calculados.

—Se supone que yo soy ese actual conde de Blackmoor al que se refiere la carta. — Soltó lo que, en otras circunstancias, podría haber sido descrito como el comienzo de una carcajada—. Así que eso es todo, supongo.

Nick, que siempre había sido el más sensible de los Stafford, tomó la palabra con prudencia.

—¿Habías esperado que la conclusión fuese diferente?

Blackmoor buscó los ojos de su amigo con una mirada oscura y luego cambió la vista hacia el techo mientras se apoyaba en el escritorio.

—Para ser honesto, no sé lo que esperaba. Mi padre era un jinete experto. Yo estaba allí el día que salió a caballo en la finca, le oí decir a mi madre que iba a montar y le explicó también que tenía que comprobar cómo funcionaba el sistema de drenaje con la lluvia. Vi su cara cuando salía de la casa. Era un hombre con una misión.

Fue William el que rompió el silencio que siguió.

—Tu padre fue un gran hombre. Tomaba muy en serio todas las partes de su vida. Creo que habría considerado que esa pequeña tarea era vital.

—Por supuesto, tienes razón. —Blackmoor se miró las manos—. Supongo que solo quiero creer que había una razón para su muerte, algo más importante que un pasto anegado de agua. Sencillamente, no había ninguna razón para que mi padre estuviera en esos acantilados, ni para que su caballo se asustase. Incluso si el animal se asustó, parece mentira que mi padre se cayera de la montura. En todos nuestros años de amistad, ¿habéis visto alguna vez caer a mi padre? —Miró a los demás, que sacudieron la cabeza—. Este informe —añadió con serena convicción— es erróneo. No puedo probarlo, pero lo sé.

Miró a los demás; todos tranquilos, todos esperando a que fuera otro quien hablase primero. Vio el impacto en sus rostros, su preocupación, su incertidumbre, y se contuvo.

—Dios, la situación comienza a pasarme factura, ¿verdad?

Con un profundo suspiro, se acercó a la puerta oculta que llevaba de nuevo a la sala de billar y accionó el interruptor para hacer pivotar la mampara. Luego se volvió de nuevo hacia sus amigos.

—Dejemos esta conversación tan macabra. ¿Os apetece jugar otra partida?

Hubo una larga pausa mientras los Stafford meditaban sobre el impacto de la noticia que acababan de conocer y de cuáles serían sus próximos pasos. Will se levantó primero y fue él quien rompió el silencio, pues reconoció la incomodidad de Blackmoor y su deseo de poner fin a aquel embarazoso momento.

—Claro, a todos nos apetece acabar derrotados... otra vez —dijo con su habitual arrogancia.

Con expresión de rechazo y un gruñido, Kit y Nick buscaron con la vista a su hermano mayor, que se puso en pie para seguir a Blackmoor de vuelta a la mesa de billar, como los buenos amigos que eran.

·CAPÍTULO 5·

—Todo este proceso es bastante ridículo, ¿no? —Alex salió del baño de agua caliente y se inclinó hacia la gran toalla de lino que le ofrecía Eliza, que la envolvió con la tela y, sin dilación, la acompañó hasta que se sentó enfrente del crepitante fuego de la chimenea, al otro lado de la habitación.

—Inclina la cabeza.

Alex bajó el pelo hacia el calor de las llamas, y Eliza empezó a peinar los mechones para eliminar los nudos, mientras el fuego secaba los húmedos rizos.

—¿Ridículo? —preguntó la doncella.

—Absolutamente —respondió Alex, con la voz amortiguada por la cortina de cabello y la extraña posición de su cuerpo—. Quiero decir, ¿cuánto tiempo llevo en la bañera? ¿Una hora?

—No, ni siquiera has estado un cuarto de hora —repuso Eliza, sin poder ocultar su diversión.

—Bueno, me ha parecido una hora —respondió Alex malhumorada—. Me siento como si cada centímetro de mi piel hubiera sido frotado hasta sacarle brillo. ¿Y todo para qué?

—Para estar guapa —contestó la doncella, totalmente concentrada en su tarea—. Incluso el príncipe debería considerar que eres la mujer más hermosa que haya visto nunca.

—Esperemos que no sea ese el caso —respondió Alex con ironía—. La historia nos ha enseñado, Eliza, que las cosas nunca terminan bien cuando la realeza se fija en una dama porque sea «la más hermosa». No hagas tu trabajo demasiado bien o podrían acabar cortándome la cabeza en la Torre de Londres, como le ocurrió a Ana Bolena.

Miró a su doncella entre los mechones, con los ojos brillantes por aquella broma que Eliza no encontraba graciosa, y recibió un empujón para que se acordara de que debía mantener la cabeza gacha.

—Bien. Para estar guapa, entonces —continuó, agitando un brazo con voz aburrida. Durante unos instantes, se mantuvo en silencio, mientras se veía envuelta por el olor a lavanda que emanaba del jabón que Eliza había frotado con fuerza contra su piel. Finalmente, alzó la cabeza—. ¿Has terminado ya?

—No. Baja la cabeza.

Alex suspiró.

—Odio esto.

—Estás deprimida.

—No lo estoy.

Eliza chasqueó la lengua y Alex volvió a levantar la cabeza para mirar a su doncella, ganándose un tirón de pelo.

—¡Ay!

—Eso no habría pasado si hubieras mantenido la cabeza hacia abajo.

Alex resopló con incredulidad, pero mantuvo la postura. Era cierto que estaba deprimida. Eliza tenía razón, siempre la tenía. A pesar de ser solo tres años mayor que Alex, Eliza había crecido junto a los niños Stafford en la campiña de Essex; era hija de la cocinera y del maestro de Stafford Manor.

Si bien la diferencia social siempre había sido clara, cuando las dos chicas estaban solas se comportaban como iguales. Desde sus primeros días juntas, la joven doncella había poseído la extraña capacidad de comprender los estados de ánimo de Alex, percatándose a menudo de sus cambios de humor antes que ella misma.

—¿Por qué no me dices por qué estás de tan mal humor? —indagó Eliza, sin dejar de peinarle el cabello, que estaba secando rápidamente gracias al calor abrasador de las llamas.

—Confieso que no lo sé —admitió Alex—. Me siento bastante asustada por lo que va a ocurrir hoy..., la presentación, todos los preparativos...

—¿Por qué? Es el día en el que te convertirás en una dama de verdad. Nunca había visto a tu madre tan... bueno... tan orgullosa, parece un pavo real. Lo normal sería que te sintieras emocionada. Arriba.

Alex se incorporó y se dio la vuelta en el pequeño taburete en el que ella estaba sentada, y se acomodó para secar el resto de su pelo. Eliza siguió peinando los largos tirabuzones hasta dejarlos brillantes.

—El día que me convertiré en una dama de verdad —repitió en tono burlón—. ¿Qué demonios significa eso? Y mi madre está emocionada porque estoy un paso más cerca del matrimonio.

—Sabes que no piensa eso.

—No conscientemente. Pero esa idea está ahí, latente. Siempre ha querido un buen partido para mí. Y ese futuro está al alcance de su mano. —Hizo una pausa, estirando las piernas y acercándose al calor del fuego—. Ojalá yo desease eso tanto como lo desean mis padres.

—Tal vez esta noche conozcas a alguien que te haga desearlo también.

Alex puso los ojos en blanco ante la idea.

—Es una noche en Almack's, Eliza, no un baile mágico. No hay que dejarse llevar por las fantasías.

—Nunca se sabe, cielo.

—Lo sé.

—Arriba.

—¡Por fin! —Alex se levantó del taburete y se paseó por la alcoba, contenta por haber puesto fin a la tediosa tarea de secar el cabello—. ¿Y ahora qué?

—Bueno... —Eliza ladeó la cabeza y la miró pensativamente—. Creo que estar envuelta en una toalla húmeda no será bien visto en la presentación ante el príncipe.

Alex sonrió de oreja a oreja.

—Creo que no.

—Medias. —Eliza señaló las dos piezas de seda que colgaban en el biombo, y Alex se acercó a cogerlas, mientras la doncella buscaba en el armario el resto de las prendas necesarias para el «día más importante» de la vida de una jovencita.

Cuando Alex estaba terminando de asegurar las ligas en la parte alta de las piernas, Eliza apareció con un enorme montón de prendas de algodón blanco y lino entre sus brazos.

Alex volvió a poner los ojos en blanco otra vez.

—Lo que estamos obligadas a hacer en nombre de la moda —gimió en voz alta.

Sin embargo, había buenas razones para que Eliza fuera considerada como una de las mejores doncellas en la historia de la familia Stafford. Sin hacer caso de las pocas ganas que mostraba su ama para vestirse, entregó a la joven unos pololos. Alex dejó caer la toalla y se los puso antes de girarse para que Eliza tuviese acceso a los lazos y cintas de la prenda, y los pudiese asegurar a su cintura.

—Cuéntame algo jugoso —pidió a Eliza mientras la joven realizaba su trabajo. Eliza siempre contaba cotilleos interesantes, que guardaba para compartir con ella en momentos como ese.

—Bueno, me he enterado de algo, pero no sé si mis fuentes son de fiar.

—Un cotilleo de fuentes poco fiables es todavía mejor que si procediera de fuentes fidedignas, Eliza —contestó Alex con una amplia sonrisa—. Continúa...

Eliza se inclinó hacia el montón de ropa interior y tomó una camisola, que le puso dejándola caer a su alrededor como un saco de tela. Esa prenda en particular no tenía forma, y a Alex siempre le había parecido muy divertido que una prenda diseñada específicamente para mujeres pudiera ser tan poco femenina.

—Bueno, parece que John, el cochero, está enamorado —confesó Eliza mientras amoldaba la camisa a la figura de Alex, doblando la tela aquí y allá cuidadosamente.

A Alex le costó imaginarse enamorado al cochero de su padre, un inmenso gigante que rara vez hablaba con alguien distinto a los caballos.

—¿De quién?

—De Margaret, la hija del carnicero.

—¿De verdad?

Eliza asintió, agarrando un corsé lleno de ballenas que había sobre la cama. De la pequeña caja en el tocador, seleccionó una aguja de corsé y se puso a enhebrar las cintas mientras regresaba junto a Alex.

—Debo decir que se muestra más predispuesto de lo habitual a llevar a las criadas de la cocina hasta el mercado de la carne.

Alex se colocó el corsé, centrándolo sobre su torso y pasando los extremos de las cintas a Eliza, que unió con habilidad las dos mitades mientras hablaban.

—¿Y ella le corresponde? —preguntó Alex, sosteniendo el corsé contra la curva de su cintura mientras esperaba pacientemente a que Eliza terminase su tarea.

—No estoy segura, pero Mary, ¿sabes quién es? —Alex asintió—, dice que Margaret

siempre trata a John con mucha amabilidad cuando lo ve, y que siempre pregunta por él cuando no va. Sujétate —ordenó Eliza.

—¡Qué maravilla! ¡El amor es tan maravilloso como el sol después de la lluvia! ¡Uf! —Alex extendió la mano y se agarró a uno de los postes de la cama en el momento en que Eliza comenzó a apretar los cordones del corsé.

—Te he dicho que te sujetaras. —Eliza siguió tirando, apretando el corsé con más fuerza, hasta que ambas comenzaron a respirar de forma entrecortada—. Pensaba que no creías en el amor.

—¡Nunca he dicho eso! —exclamó Alex con todo el énfasis que pudo reunir mientras luchaba por respirar—. Claro que creo en el amor.

—¿Ah, sí? Respira.

Alex respiró hondo y sintió como el corsé se tensaba hasta el punto de hacerle daño, y no pudo reprimir una maldición entre dientes.

—¡Es suficiente!

—Terminado. —Eliza se volvió para tomar la siguiente capa de ropa—. Voy a ignorar que acabas de maldecir como un marinero de los muelles.

—La culpa es de mis hermanos. —Alex abrió la boca en busca de aire, apoyada en el borde de la cama—. Está muy apretado.

—Se te aflojará. Ya lo sabes.

Lo sabía.

—No me gusta la moda. —Alex frunció el ceño.

—Háblame entonces de lo que opinas del amor —dijo Eliza, distrayéndola mientras sostenía la enagua. Esa prenda era más elaborada que cualquiera de las demás, era una creación de madame Feraud en batista y lino, con una impresionante franja de hermosa tela verde en la parte inferior, diseñada para que coincidiese con el vestido que usaría esa noche.

Alex se tomó un momento para admirar los delicados capullos de rosa que se habían añadido a la ropa interior antes de que Eliza se la pasase por la cabeza.

—No es nuevo. No es al amor a lo que me opongo. ¡Es al matrimonio! El amor hace libres a las mujeres, les permite ser como quieran, porque alguien las amará como sean —dijo Alex; su voz provenía desde el interior de una masa de tejido que le impedía ver la luz de la habitación—. Y el matrimonio roba esa libertad.

Eliza comenzó asegurar la parte superior de la enagua, atando una pequeña hilera de lazos que cerraban el corpiño.

—El matrimonio podría aumentar esa libertad aún más, ¿no?

Alex inclinó la cabeza hacia un lado, meditando la sugerencia de Eliza.

—Supongo que sí..., pero ¿cuántos matrimonios de ese tipo conoces?

—Tus padres tienen uno así, ¿verdad? Y tus abuelos lo tuvieron antes que ellos.

La criada se trasladó a la cama, cogió el elegante vestido de fiesta color verde y lo sacudió un poco para ahuecar los pliegues de satén de la tela antes de sostenerlo ante

Alex.

—Eso es diferente —respondió Alex, entrando en el vestido y ayudando a Eliza a subirlo para colocarlo correctamente, primero en sus brazos y después ajustándolo al torso. Mantuvo el corpiño derecho mientras la criada iba a buscar un abotonador. Después, Eliza comenzó a abrochar la larga fila de botones en la parte posterior.

—Mi madre y mi abuela eran muy guapas e inteligentes. Y mi padre y mi abuelo, hombres que no tenían miedo a que sus esposas los igualasen a nivel intelectual. Pero no hay hombres así fuera de la familia Stafford.

Eliza resopló.

—Está claro que no ibas a decir otra cosa; a fin de cuentas, eres una Stafford. Pero, de verdad, Alexandra, no puedo creer que en toda la historia solo haya habido un hombre en cada generación dispuesto a dejar que su pareja se desarrolle plenamente. — Sus dedos volaron cerrando los botones de forma experta.

Alex suspiró, agitando un brazo.

—De acuerdo. Sin embargo, tienes que estar de acuerdo conmigo en que no hay muchos hombres así. Y no me apetece arriesgarme.

—Mírame. —Eliza esperó a que Alex se girase hacia ella, luego alisó las ahuecadas faldas del vestido—. Bueno, Alexandra, me atrevería a decir que vas a correr el riesgo esta noche, ya que con este vestido volverás locos a todos los jóvenes que te miren. Y eres tan guapa como inteligente, lo mismo que todas las mujeres Stafford que te antecedieron. —Eliza señaló el tocador cercano—. Siéntate.

Alex suspiró de nuevo, sabiendo que comenzaba otra parte del tedioso proceso, en la que Eliza domaba sus largos rizos castaños, sujetándolos en lo alto de su cabeza para aplicar los toques finales para acudir a la presentación ante el príncipe. Sin embargo, antes de que pudiera seguir las instrucciones de la criada, Alex captó su reflejo en el espejo junto al armario. No pudo evitar jadear ante lo que vio.

Allí, bañada por la luz dorada del sol que entraba por las ventanas de su dormitorio, su pelo brillaba como la seda y tenía las mejillas sonrosadas por el calor del baño y el esfuerzo de vestirse. Aquel vestido estaba hecho para ella en todos los sentidos —corte, color, tela; todo—. Por un breve momento, no pudo creer lo que veía; era la belleza que aparecía en el espejo.

Le gustara o no, no olvidaría esa noche fácilmente.

La duquesa de Worthington colocó su mano elegantemente enguantada sobre la rodilla de su hija.

—Hemos llegado —le dijo en voz baja.

Bajo la tenue luz del gran carruaje, donde llegaban amortiguados los sonidos de la calle, Alex apretó la mano de su madre. Volvió sus brillantes ojos verdes hacia ella y le ofreció una trémula sonrisa.

—Va a comenzar.

—En efecto. Va a ser maravilloso.

Y, como si fuera una señal, se abrió la puerta y reveló a un lacayo vestido con una librea, y el duque, sentado frente a ellas, bajó primero del imponente coche negro, que llevaba el escudo de Worthington grabado en la puerta.

Una vez en tierra, el padre de Alex se dio la vuelta para ayudar a bajar a la duquesa; su madre le apretó de forma tranquilizadora la mano antes de aceptar la ayuda de su marido.

Luego fue su turno. Alex se deslizó por el asiento de terciopelo drapado y miró los sonrientes ojos llenos de orgullo de su padre durante un momento, antes de aferrarse a su mano. Su agarre era firme y constante cuando la ayudó a bajar a la calle, e hizo que se sintiera animada; no importaba cómo se sentía ese día, porque algo que hiciera sentir orgullosos a sus padres no podía ser algo tan horrible, ¿verdad? Cuando sus pies tocaron el suelo, se vio asaltada por la imagen y los sonidos que salían del legendario Almack's.

Lo primero que registró fue el ruido. Un estruendo cacofónico de voces, más fuerte que cualquiera que hubiera oído al aire libre, la envolvió de inmediato. Ella no podía entender nada de la enorme conversación, salpicada de risas y gritos de reconocimiento de las damas y los caballeros de la sociedad que disfrutaban de todo eso... El primer gran evento de la temporada de 1815.

El edificio en sí no era demasiado impresionante, una simple estructura de piedra que no mostraba indicios de ser uno de los lugares más importantes en la vida social londinense. Alex había pasado ante ese local docenas de veces y nunca le había dedicado una segunda mirada. Sin embargo, todo eso cambiaba cada miércoles por la noche durante la temporada.

Mirando el carruaje con anhelo, Alex sintió el intenso deseo de volver a él, de cerrar la puerta y esperar a que sus padres terminaran de hacer sus rondas. En cambio, se mantuvo erguida, sin revelar ni pizca de su inquietud, y echó un vistazo hacia King's Street, atascada por carruajes con un objetivo común: llevar hasta los escalones del salón a los miembros más destacables y respetados de la sociedad. Era una noche para ver y ser vistos.

La luz de los faroles de los carruajes bañaba las aceras y las escaleras del edificio, que reflejaban una luz deslumbrante, como si el sol no pudiese permanecer lejos de la atractiva gente que llenaba la calle.

Alex respiró hondo con nerviosismo, sintiendo un nudo de inquietud en el estómago. No había sido plenamente consciente hasta ese momento de lo mucho que temía su presentación oficial en sociedad. Esa tarde había sido presentada en el palacio de Buckingham al príncipe regente, un hombre mayor y encantador, con conocida inclinación por las mujeres bellas y las mejores fiestas de Londres. Pero aunque en la ceremonia había estado presente toda la pompa y el boato propios de una visita a la corte, no se había sentido tan insegura como en ese momento, rodeada de multitud de personas pertenecientes al Londres más elegante, que se atropellaban alocadamente

hacia la entrada del salón de baile. Después de todo, todo el mundo sabía que, en realidad, las opiniones de las damas que patrocinaban Almack's eran las más valoradas en los asuntos sociales.

Con un suspiro, Alex se dio la vuelta y recibió una rápida sonrisa de su padre cuando él se inclinó en una reverencia y le ofreció el brazo.

—Aterrador, ¿no es cierto?

—Bastante. —Se colgó del brazo que le ofrecía su padre y respondió a su sonrisa—. ¿Cómo lo soportas?

—¡Es el deber de un duque hacer feliz a su duquesa, mi pequeña! —respondió él, señalando con una breve inclinación de cabeza casi imperceptible a su madre, que estaba esperándolos unos pasos más adelante.

La sonrisa de Alex se extendió de oreja a oreja al escuchar su respuesta.

Su madre habló en voz baja cuando llegaron junto a ella, de forma que solo pudieran escucharla ellos dos.

—A tu derecha, Alexandra, está lady Jersey. —Alex volvió la cabeza para echar un vistazo a una mujer pequeña y poco atractiva que había sido apodada la Reina de Londres por ser la más exigente de las patrocinadoras de Almack's.

—Trata de ser discreta, Alexandra —añadió su madre exasperada—. Las damas no miran de esa manera.

Alex volvió la cabeza y ofreció una disculpa avergonzada a su madre antes de bajar la voz hasta convertirla en un susurro para hablarle a la duquesa al oído.

—¿Es esa mujer la que vetó al duque de Wellington? —preguntó refiriéndose al legendario cotilleo que había hecho entrar a lady Sarah Jersey en los anales de la historia social de Londres. El duque de Wellington, un héroe de guerra de primera línea, y nada menos que duque, ¿había sido vetado por esa minúscula mujer? ¿Ella le había negado la entrada en Almack's? Un lugar que era famoso por los volantes de satén y la limonada aguada. ¿Qué tipo de reglas perpetuaba esa sociedad?

—En efecto. Llegó usando pantalones largos en lugar de pantalones hasta la rodilla.

Alex no pudo evitar poner los ojos en blanco ante tamaña ridiculez de infracción.

—No temas, chiquilla —dijo secamente su padre al percibir su gesto—. Tengo entendido que la lección de lady Jersey le ha sido útil para las batallas. Después, se enfrentó a Napoleón vestido a la moda más actual.

—Demos gracias a Dios por ello —respondió Alex, fingiendo seriedad y arrancando una carcajada de su padre.

—Me gustaría que no la alentases —le dijo la duquesa, disimulando su evidente diversión con un suspiro de exasperación antes de volverse hacia su hija.

—¿Estás lista para tu debut, Alexandra?

—¿Tengo la opción de decir que no? —preguntó ella. El toque de sarcasmo de su voz provocó una mirada de reproche en el rostro de su madre.

—Ni en broma. Llevo esperando este momento demasiado tiempo. Lo que vas a...

—Sí, sí. A impresionarlos —interrumpió Alex, respirando hondo para ganar confianza. Había llegado el momento, le gustara o no.

—Bien, entonces. Es la hora. Esto va a empezar, ¿no?

—¡Está abarrotado!

Alex tomó la mano de Ella y tiró de su amiga hacia un hueco en la sala principal de baile de Almack's, protegiéndose de los ojos de la nobleza de Londres.

—¿Y la gente hace esto cada semana?

Asegurándose de que estaban bien ocultas detrás de la maceta de un helecho gigante, Alex se apoyó en una columna de mármol.

—Yo no pienso volver aquí de nuevo si puedo evitarlo.

Ella se rio y se acercó a Alex con un brillo pícaro en los ojos.

—«Sí, y más bobo yo por estar en Almack's. Cuando estaba en palacio vivía en mejor sitio».

Alex se rio cuando su amiga declamó una línea de su obra favorita de Shakespeare: «Como gustéis».

—«Pero el viajero ha de amoldarse» —continuó Alex—. ¡Oh... lo que daría por estar en un bosque lejos de títulos de ningún tipo! —Ella bajó la voz hasta que fue un susurro cómplice—. Si vuelvo a verme acorralada una vez más por lord Waring, fingiré que estoy enferma. ¡Fingiré desmayarme para no tener que hablar con él de nuevo!

—Entonces, tendré las sales aromáticas a mano. —Ella se asomó a través de la planta para tener la certeza de que nadie las estaba escuchando—. Lo he visto buscándote. Tu madre ha debido de sentirse feliz. Después de todo, es marqués.

—En efecto. El marqués más soso e insoportable del mundo. Lord Waring está acabando con mi paciencia.

Las chicas se rieron demasiado alto, y al darse cuenta, se contuvieron.

—Como sigas así, Alex, acabaremos metiéndonos en problemas —aseguró Ella—. ¡Qué dirían nuestras madres si nos descubrieran riéndonos demasiado fuerte! ¡Y solo unas horas después de ser presentadas al príncipe regente!

—¡Me ha parecido haberos oído reír! —Vivi asomó la cabeza desde el otro lado de la planta—. Me preguntaba dónde os habíais escondido.

Observó el lugar y asintió con la cabeza en señal de aprobación. Se introdujo en el reducido espacio con una sonrisa burlona.

—Muy bien. ¡Es muy espacioso!

—Hay más espacio que ahí fuera —bromeó Alex moviendo la cabeza como una gallina—. ¿Ha mejorado algo?

—Ni por asomo. Pero son las once, lo que significa que no puede entrar nadie más, así que ya es algo.

Vivi miró a través de las hojas del helecho para escudriñar la habitación.

—La razón de por qué alguien está interesado en pasar una velada en Almack's está más allá de mi comprensión. Me han pisado los pies dos veces, la duquesa viuda de

Lockwood me dio con el bastón, a propósito, y estuve a punto de derramar la limonada en las manos de lord Waring.

Ella suspiró y miró de nuevo a sus amigas.

—No parece que lo hayas estado haciendo mejor que nosotras.

Reanudando su observación de la sala de baile, Vivi vio a un joven alto y apuesto, y arqueó una ceja mirando a Alex.

—Sin embargo, noté que lord Stanhope te hacía reír durante una cuadrilla. ¿Hay algo que te gustaría compartir con tus mejores amigas?

Alex negó con la cabeza.

—Me temo que nada interesante. Hace años que conozco a Freddie. Él y Will fueron juntos a la escuela. Freddie solo estaba siendo amable y asegurándose de que tenía llena mi tarjeta de baile.

Ella miró por encima del hombro de su amiga a través de la planta para ver como el objeto de su conversación ofrecía un vaso de limonada a una de las grandes damas de la sociedad.

—Sin embargo, es encantador —comentó con una pícara sonrisa antes de hacer una pausa—. Y divertido, y muy atractivo.

Alex se volvió hacia sus amigas.

—Y un solterón empedernido.

Vivi asintió.

—Nada más cierto que eso. —Al joven conde de Stanhope lo precedía su fama—. Pero si alguien está seguro con Stanhope, esa eres tú, Alex. Tus hermanos le cortarían la cabeza si se excediese contigo.

—Hablando del rey de Roma... —Ella estaba mirando a través del helecho—. Han llegado tus hermanos. Los tres. —La risa brilló en su voz—. Y están siendo acorralados.

—¿De veras? —Alex se acercó para unirse a Ella en su puesto de vigilancia.

Allí estaban sus tres hermanos, rodeados de una manada de madres empalagosas e hijas emperifolladas, todas queriendo captar su atención.

Nick, siempre caballeroso, estaba esforzándose por parecer interesado. Kit parecía aterrorizado, sus ojos iban de un lado a otro, obviamente desesperado por escapar. Sin embargo, fue Will quien le hizo soltar una risa. Como futuro duque, estaba rodeado por todos lados por hembras ansiosas. Pero el mayor de los Stafford no era la estrella emergente del Ministerio de la Guerra por casualidad. Alex percibió que estaba poniendo en práctica una estrategia de retirada mientras se mostraba encantador ante la multitud. En cuestión de segundos, desvió la atención de toda aquella gente hacia un nuevo y desprevenido blanco, y se alejó hacia su madre, que estaba llamándolo.

—Notable —susurró Alex. Había sido una distracción táctica que habría hecho sentirse orgulloso al propio Wellington.

Tras tomarse un momento para admirar la habilidad de su hermano para escabullirse, Alex anotó mentalmente que debía pedirle unas lecciones cuando lo

volviese a ver. Clavó los ojos en la masa femenina que había eludido Will y esperó que el involuntario sustituto volviese la cara hacia ella. Se preguntó quién podría capturar con tanta facilidad las atenciones que originalmente estaban dirigidas al heredero de un ducado, ¿o era simplemente que la maniobra evasiva había sido brillantemente ejecutada? Quienquiera que fuera, poseía la misma altura que Nick y Kit, que sobresalían por encima de las mujeres que los rodeaban. La forma en que estaba colocado hacía imposible reconocerlo, pero no pudo dejar de percibir sus anchos hombros y el pelo rubio que caía de forma atractiva sobre el cuello del chaleco.

Se preguntó desde cuándo encontraba atractivo el pelo largo. Irritada consigo misma por fijarse en algo tan estúpido, se apartó de su puesto de vigilancia para reanudar la conversación con Ella y Vivi, que estaban consultando sus tarjetas de baile.

—¿Estáis listas para volver a la refriega? —pregunto Ella con cierta urgencia, aunque confió en que sus amigas no se diesen cuenta.

Las chicas estuvieron de acuerdo en que era hora de salir de su escondite, por temor a que alguien pudiese encontrarlo y ya no pudieran utilizarlo en futuras noches. Tan casualmente como les fue posible, salió Vivi, seguida por Ella, dejando a Alex en último lugar. La locura comenzó al instante.

—¡Lady Vivian, he llegado a pensar que quizá se había ido! ¡Casi perezco ante tal pensamiento! —Vivi fue virtualmente abordada por el mayor, y más dramático, hijo del vizconde de Sudberry.

Ella se encontró retenida al instante por lord Sumner.

—Mi querida lady Eleanor, he estado buscándola por todas partes. ¿No me diga que no tiene usted un baile libre en su carnet?

—¡Lady Alexandra! ¡Creo que este es mi baile!

Alex se volvió hacia la voz nasal y, conteniendo una mueca, compuso una brillante sonrisa en su rostro.

—Lord Waring, creo que tiene usted razón. —Se volvió hacia sus amigas—. ¡Ayudadme!

Vivi se inclinó.

—Nos vemos en el otro lado de la habitación después del cotillón —susurró.

Sin tiempo para responder, Alex se vio escoltada hasta la pista de baile.

Durante los siguientes minutos, tuvo un agradecimiento especial para el creador de los bailes que estaban de moda en Londres este año. El cotillón consistía en varios grupos de parejas unidas, por lo que ella fue capaz de evitar la tediosa conversación con lord Waring. Cuando, al final de la danza, sugirió que dieran un paseo por el salón de baile, tragó saliva con rapidez.

—Eso suena encantador —respondió—. Sin embargo, me parece que tengo mucha sed. ¿Le importaría mucho escoltarme a la zona de los refrescos?

Con ganas de agradar, Waring se ofreció a llevarla directamente hasta Ella y Vivi, que habían escapado de alguna manera de sus pretendientes y estaban enfrascadas en

una conversación en un aparte de la sala de baile. Desde allí, insistió él, iría a buscar la limonada y todo lo que ella necesitase; así no se vería obligada a sentir más sed por haber caminado para acercarse a los refrescos.

Alex, que reconocía una oportunidad cuando la veía, se tragó la sarcástica respuesta a la teoría de que diez metros más pudieran suponer más sed y se apresuró a aceptar la amable oferta de lord Waring.

Concentró su atención en sus amigas y el hombre con quien conversaban.

Era el mismo al que había visto a través del helecho. Él seguía de espaldas a ella, una espalda que le gustaba mucho. Sus hombros eran más amplios todavía de lo que le habían parecido cuando lo había observado por primera vez. Resultaban, sin duda, un rasgo que lo definía, y tomó nota con satisfacción de la forma en que el sastre había cortado la chaqueta negra para que se ajustase a ellos como una segunda piel. Después de admirar el corte de la chaqueta, fue su pelo lo que atrajo su atención; se dio cuenta de que era de un tono más dorado que rubio.

Se reprendió para sus adentros, irritada con su propia idiotez. Se había pasado la mayor parte de su vida rodeada de hombres con un aspecto similar, este no era diferente de sus hermanos en edad o clase. ¿Por qué estaba siendo tan tonta? ¿Quién era, de todos modos? ¿Por qué conocía a Vivi y Ella? Cuando se acercó con Waring, Vivi los vio y les brindó una brillante sonrisa.

Siguiendo el ejemplo de Vivi, el hombre se volvió y Alex trastabilló por la sorpresa. Se soltó involuntariamente del brazo de Waring y, en un intento por superar aquella extrema torpeza, se agarró al de aquel hombre de cabellos dorados, cuyos anchos hombros habían captado su interés.

Miró aquellos ojos que conocía tan bien como los suyos propios, y que la observaban sonrientes.

—Blackmoor —murmuró sin aliento. ¿Blackmoor? ¿En serio? ¿Era Blackmoor el hombre al que había estado observando? No era posible. ¿O sí lo era? Mientras miraba aquellos ojos grises, Alex sintió que el calor inundaba su cara. Presionó una fría mano enguantada contra la cara, deseando mitigar el rubor. Ella nunca se sonrojaba. ¿Qué le estaba pasando? Compuso una sonrisa y se unió al grupo. Vivi trataba de mantener una sonrisa serena a pesar de su claro deseo de reír, y Ella la miraba con una expresión extraña, como si fuera una criatura digna de ser estudiada en un laboratorio.

En un intento de recuperar la compostura, miró a Blackmoor y habló, su voz le resultó extraña incluso a ella.

—Lord Blackmoor. Buenas noches.

—Lady Alexandra, como siempre, su presencia hace que la noche se vuelva más entretenida.

Tras asegurarse de que había recuperado el equilibrio, retiró la mano del brazo de Blackmoor.

—Waring. —Él inclinó la cabeza para saludar a aquel viejo conocido.

—Buenas noches, Blackmoor. Lady Vivian, lady Eleanor. Tienen que disculparme. Si lady Alexandra se encuentra bien, me he comprometido a ir a buscarle un poco de limonada. ¿Puedo traer algo también para ustedes?

—De hecho, lord Waring, lady Eleanor y yo estábamos a punto de acudir allí también. Si puede soportar nuestra compañía, iremos con usted.

Más impresionada que nunca por la elegancia y el tacto que mostró su amiga, Alex observó, un poco atónita, como Vivi tejía aquella historia para asegurarse de que lord Waring no podía negarse a acompañarlas, sin parecer el tipo más grosero del mundo. Por supuesto, él ofreció su brazo a Vivi haciendo gala de sus buenos modales.

Alex estaba dispuesta a apostar que Waring se olvidaría del recado en el mismo momento en que se alejase.

La habilidad que poseía Vivi para conseguir que los hombres cumpliesen sus deseos era digna de estudio, pero Alex estaba demasiado agradecida por la intervención de su amiga con Waring para hacerse preguntas al respecto. Se limitó a rezar una silenciosa oración de agradecimiento por lady Vivian Markwell y su maravilloso talento.

Viéndose atrapada por la habilidad de su amiga, Alex ignoró que había sido abandonada con Blackmoor sin contemplaciones. Casi lo ignoró. Casi. Por el rabillo del ojo, vio que él tomaba aire; estaba a punto de hablar. Se armó de valor para lo que estaba segura de que sería una observación burlona sobre su torpeza y ensayó una mirada de educado desinterés, preparándose para su comentario.

—¿Te gustaría bailar, Alex?

Su educado interés hizo que se sintiera confundida. No era eso lo que esperaba. Antes de que pudiera ser capaz de responder, Blackmoor, la llevó a la pista de baile y la rodeó con sus brazos para el primer vals de la noche. En realidad era su primer vals, porque siempre lo había bailado con uno de sus hermanos. Estaban dando vueltas por la habitación cuando, por fin, fue capaz de hablar.

—Me encantaría bailar, Blackmoor —dijo con ironía—. Qué amable has sido al preguntar. ¿Te gustaría que comprobase mi carnet de baile?

Haciendo caso omiso de su sarcasmo, Blackmoor evitó con habilidad a otra pareja y giró con Alex entre sus brazos.

—No esperarías que no bailara contigo el día de tu presentación, ¿verdad, Alex? Y teniendo en cuenta tu evidente intento de escapar de Waring, me pareció el momento ideal. ¿No te parece?

—Francamente, no he tenido mucha elección —comentó ella con una sonrisa—. Pero supongo que podría haber sido mucho peor.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Podrías haberme pisado el vestido; Waring lo hizo dos veces.

Blackmoor admiró su vestido durante unos momentos antes de hablar, su voz parecía más tranquila, más reflexiva de lo habitual.

—Eso ha sido un crimen. Me parece un vestido impresionante.

Alex no pudo ignorar cómo la hizo sentir su admirativo comentario. Reprimió el impulso de acicalarse y le sonrió.

—Agradezco esa muestra de aprecio hacia mi persona, milord.

Él se aclaró la garganta de forma casi imperceptible.

—Estás muy guapa, Alex. Has crecido —reconoció.

Alex notó que los ojos grises de Blackmoor se oscurecían al observar detenidamente su figura, hasta que elevó la mirada para encontrarse con la de ella. Nunca había visto una mirada así en él y la emoción que eso le hizo sentir consiguió que se estremeciera y que se le calentaran las mejillas.

Él miró hacia otro lado, aunque volvió a estudiarla con rapidez, y la emoción que había percibido desapareció tan rápido que no pudo asegurar que hubiese estado ahí alguna vez. Forzó una sonrisa, tratando de llevar la conversación hacia un terreno más cómodo.

—Gracias, milord.

—¿Me permites hablarte con franqueza?

—Por supuesto.

—Sé que quieres probar todas tus habilidades, pero ten cuidado con las personas con quienes las pruebas. Me he dado cuenta de que Stanhope te estaba mirando antes de forma poco apropiada.

—Lord Stanhope fue un compañero encantador. —Alex buscó los ojos de Blackmoor, desafiándolo a mostrar su desacuerdo—. No sé a qué te refieres.

—Creo que sabes muy bien a qué me refiero. Un hombre tendría que estar ciego para no darse cuenta de que ese vestido está diseñado para atraer a un león. Pero te aseguro que ese león muerde.

—¿Qué estás diciendo?

—Simplemente que preferiría no tener que ser tu protector esta noche. Por eso, te aconsejo que te lo pienses dos veces antes de relacionarte con Stanhope o cualquiera como él.

Alex enderezó la espalda en respuesta y su tono se volvió helado.

—Como de costumbre, milord, tu preocupación ¿o debería decir tu interferencia? es innecesaria. ¿Necesito recordarte que conozco a Freddie Stanhope desde que usaba pantalones cortos?

La risa de Blackmoor no contenía rastro de humor.

—Sigue mi consejo, Alex. Tu *Freddie* ya no está en el colegio. Y estás fuera de su liga; que creas que puedes «manejarlo» solo porque uses un vestido que demuestra cómo has crecido, no significa que estés preparada para enfrentarte a él.

El temperamento de Alex se encendió.

—No he pedido tu consejo ni tu opinión, milord. Y me gustaría recordarte el hecho de que no eres mucho mayor que yo, y que ya tengo un padre y tres hermanos. No necesito otro macho dominante que me diga qué hacer y con quién hacerlo.

—Más bien lo que no debes hacer. Y con quién no hacerlo.

Ella inhaló con fuerza, entrecerró los ojos y se detuvo para plantarle en medio del vals. Para un observador externo, sus movimientos no habían cambiado, pero Alex sintió que los brazos de Blackmoor se ponían rígidos como si fueran de piedra mientras la sostenía con fuerza.

—Vas a terminar de bailar el vals conmigo, Alexandra —dijo él en voz baja—. No pienso darte el placer de dejarme plantado en tu primer baile.

Dándose cuenta de lo perjudicial que sería para la reputación de Blackmoor abandonarlo en la pista de baile, por no hablar de la suya, Alex se quedó entre sus brazos, aunque sus pensamientos estaban hechos un lío. ¿Por qué reaccionaba de esa manera tan extraña con él esta noche? Por lo general, se habría reído de su preocupación. Así que era evidente que algo andaba mal. Después de todo, ¿no se había fijado en el corte de su chaqueta y en la anchura de sus hombros? Durante diecisiete años, nunca había notado nada especial en Gavin. Y, sin embargo, en ese momento, a pesar de la irritación y la ira, era muy consciente de su palma en la parte baja de la espalda, del calor de su mano enguantada a través de la seda de su vestido, de la sensación de sus dedos descansando contra los de ella. ¿Qué le pasaba?

Lo miró, buscando alguna pista en sus ojos de lo que realmente estaba pensando. Por lo general, él se mostraba imperturbable y tranquilo, pero, sin embargo, había parecido tenso y enfadado ante la idea de que Stanhope estuviera interesado en ella. ¿Sería posible que estuviera experimentando la misma mezcla de extraños sentimientos que sufría ella esa noche? ¿Podría ser que también él hubiera sentido cómo pasaba entre ellos aquella temblorosa emoción? Ahora sus ojos grises eran ilegibles tras una máscara civilizada.

—No sé qué decir —confesó en voz baja—. La emoción de la noche parece haber afectado un poco a mi inteligencia.

La mirada de Gavin se suavizó.

—No debería haberme tomado tales libertades. Tienes razón, por supuesto. No soy ni tu padre ni tu hermano. No pensemos en ello otra vez.

Hubo algo en su comentario que hizo que Alex se sintiera aún más inestable. Ellos siempre habían sido como hermanos, ¿se estarían alejando? Se estremeció. Aquel nuevo mundo ya estaba convirtiéndola en un repollo, y solo había formado parte de él una noche.

—Eso me parece una excelente idea —contestó, relegando aquella inquietud al fondo de su mente.

Él sonrió y respiró hondo.

—A veces se me olvida que ya no eres esa niña que subía a los árboles, picaruela. Es difícil no tratar de salvarte cada vez que creo que debería hacerlo.

Hubo una pausa antes de que a Alex se le ocurriera una réplica.

—Bueno, no se te ocurra eludir tus deberes como salvador. —La sonrisa se hizo

cómplice—. Después de todo... ¿quién más va a mantenerme a salvo de pretendientes ansiosos?

Las parejas de alrededor se volvieron para mirarlos cuando se rieron a carcajadas.

·CAPÍTULO 6·

Al terminar el vals, Blackmoor y Alex se reunieron con Vivi, Ella y Will en el otro extremo del salón de baile. La orquesta se había tomado un descanso, y Alex aprovechó el momento para empaparse con las imágenes y los sonidos del salón, de su primera experiencia en un evento de la temporada. La sala estaba iluminada con miles de velas colocadas en lámparas colgadas por encima de la multitud. A nadie parecía molestarle la cera caliente que goteaba desde las alturas; parecían demasiado deslumbrados por los satenes y las sedas de todos los colores imaginables que llenaban la habitación.

El murmullo de las charlas resultaba ensordecedor y hacía casi imposible la conversación a no ser que se estuviera muy cerca de la persona con la que se estaba charlando. Aun así, Alex podía captar algunos sonidos entre la multitud: la risa de Ella y Vivi hablando con Blackmoor y Will, el susurro de las faldas de las jóvenes debutantes que la rozaban al pasar, el estruendo que producían las voces masculinas de un cercano grupo de hombres hablando sobre la caza del zorro prevista para finales de la semana siguiente.

Alex observó a los cientos de hombres y mujeres que se dirigían a la sala de descanso a través del salón de baile y también a los que regresaban deteniéndose cada pocos pasos para hablar con viejos conocidos o para presentarse a nuevas personas.

Esa noche, la sociedad londinense mostraba su mejor cara; las mujeres, tras haber gastado en sus vestidos cantidades suficientes para alimentar a docenas de londinenses menos afortunados, estaban listas para otros cuatro meses de chismes y para competir por alcanzar la mejor posición social; los hombres, por su parte, parecían ansiosos por sumergirse en otra temporada que mantendría entretenidas a las mujeres durante un tiempo y que los pondría fuera de su alcance.

Alex era muy consciente del elaborado juego que se desarrollaba a su alrededor mientras observaba la escena.

En Londres, importaba sobre todo con quién hablabas, especialmente en Almack's, y la noche ofrecía un amplio abanico de posibilidades para incrementar la visibilidad de los que poseían menos títulos y menos dinero; podrían ser vistos conversando con los miembros más poderosos de la sociedad.

Sacudió la cabeza, todavía sorprendida por las rígidas normas del juego mientras observaba a la odiosa duquesa de Barrington, cuya opinión importaba por encima del resto solo porque había celebrado un matrimonio muy ventajoso. La duquesa observaba a un grupo de jóvenes debutantes con devastador desinterés. Su lengua mordaz era el contrapunto de los padres de Alex; eran las dos familias más poderosas de la sala.

Observó como sus padres agradecían con amabilidad que les presentaran a una joven que seguramente no había tratado antes con unos duques. La chica, que aparentaba tener su misma edad, se ruborizó de una manera encantadora y realizó una profunda reverencia cuando habló con la duquesa de Worthington. Alex sonrió orgullosa cuando su madre presentó a la debutante a Nick que, como caballero que era,

respondió con una relajada elegancia.

«Esto es pura exhibición —pensó, lanzando una mirada disimulada en dirección a la duquesa de Barrington—, un título no garantiza ni elegancia ni encanto».

Su ensoñación se vio interrumpida por la llegada de Penelope Grayson. El padre de Penelope era el marqués de Haverford, un viejo conocido del duque de Worthington, y las chicas habían pasado juntas gran parte de su juventud. Las dos habían sido víctimas inocentes del cruel error de sus padres, firmes creyentes de que si los adultos disfrutaban en mutua compañía, sus hijos debían seguir los mismos pasos. Por culpa de eso, Alex había sufrido la compañía de Penelope en las habitaciones de los niños durante su infancia, viéndose obligada a soportar sus quejas, sus insulsas disertaciones sobre moda y belleza, y su cansina tendencia al acoso. Alex podría haberse olvidado por completo de las transgresiones juveniles de Penelope si la otra chica no hubiese crecido hasta convertirse en una impresionante, hermosa y consentida mujer que nunca se había dignado a modificar sus desagradables hábitos. Suspiró e intercambió una mirada con Vivi, que esbozó una generosa sonrisa en dirección a Penelope.

—¡Penelope! ¡Cómo me alegro de verte!

Lady Penelope ni siquiera miró a Vivi. Sabía lo que era, o más bien quién era, después de todo, y no desperdiciaba el tiempo.

—Lord Blackmoor. —Su voz era rica y suave como el sirope de caramelo—. Temía haberlo perdido entre el gentío, y me quedaría destrozada si no pudiéramos disfrutar de nuestro baile.

Alex arqueó una ceja ante el flagrante atrevimiento de Penelope. Sus ojos se encontraron sorprendidos con los de Ella, antes de volver a centrar su atención en la escena que se desarrollaba ante ellas.

Blackmoor había tomado con calma la audacia de Penelope, y cuando la orquesta comenzó una nueva melodía, ofreció el brazo a su pareja.

—Lady Penelope, sería un placer para mí que bailase conmigo la siguiente cuadrilla. ¿Me acompaña?

Y dicho eso, se pusieron en marcha hacia la multitud que llenaba la pista de baile, dejando a Alex sin habla, mirándoles la espalda.

—¿Has visto eso? —exclamó, casi sin palabras.

Vivi miró a Blackmoor y a Penelope.

—Debo decir que ella me ha parecido un tanto presuntuosa. Y también bastante grosera. ¿Soy yo o nos ha ignorado por completo?

—No eres tú —dijo Alex—. Te aseguro que nos ha ignorado. Pero si somos sinceras, debemos reconocer que Penelope nunca nos ha hecho mucho caso. Me gusta creer que es porque nuestra conversación resulta demasiado intelectual para su gusto.

Vivi soltó un bufido muy poco femenino.

—Esto ha sido por él. Ha convertido a Blackmoor en su objetivo. ¡Míralos! Es realmente divertido que se haya lanzado a por Gavin. —Observó como la pareja en

cuestión se alejaba entre la multitud, con Blackmoor sonriendo por algún chiste de Penelope.

Entrecerrando los ojos con irritación, se volvió de nuevo hacia sus amigas.

—Realmente no creo que nadie nos pueda culpar por no querer formar parte del mercado matrimonial si es la reina de la temporada —dijo Ella—. Mi madre incluso tuvo la audacia de preguntarme antes si no creía que debía llevar un vestido como el suyo. ¡Dios mío, líbrame de la temporada!

Vivi sonrió.

—Es suficiente para hacer que nos escondamos detrás de un macetero por el resto de la noche, ¿verdad?

—¿Alguna de vosotras puede dignarse a salvarme de otra pareja de baile aburrida? —intervino Will, recordando a las chicas que estaba con ellas—. ¿Lady Vivian? ¿Me acompaña? —Le tendió una mano enguantada a Vivi, que sonrió sorprendida al ver que hacía uso formal de su título.

—Con mucho gusto, milord —bromeó Vivi, tomando su mano—. Trataré de que no me aburra, ¿verdad?

—Lo intentaré con todas mis fuerzas, milady —aseguró Will con fingida seriedad—. En caso de que se aburra, será culpa mía.

Ella y Alex se rieron mientras ellos desaparecían en la pista de baile. Las chicas charlaron alegremente, paseándose alrededor de la sala hasta que se toparon con sus padres, que estaban enfrascados conversando con un hombre al que no conocían.

El duque de Worthington vio a las chicas e hizo las presentaciones.

—Mi hija, Alexandra, y lady Eleanor Redburn; lady Eleanor, ¿puedo presentarle al barón Montgrave?

Alex acompañó a Ella en una profunda reverencia cuando el francés hizo lo propio.

—*Enchanté*. Siempre es un placer para un anciano conocer a jóvenes y hermosas damas.

Ella fue la primera en dirigirse al carismático barón cuando él besó sus nudillos.

—Me siento honrada de conocerlo, milord. ¿Puedo preguntarle cómo ha acabado en Londres esta temporada?

—Un buen golpe de suerte, por supuesto —respondió el barón con una mirada brillante en sus cálidos ojos castaños—. La temporada londinense es lo más cerca que me atrevo a estar de París y su grandeza, mis queridas señoritas —continuó ante las sonrisas alentadoras de las chicas—. Han pasado muchos años desde la última vez que tuve la oportunidad de disfrutar ociosamente. Ha llegado el momento de que me reencuentre con el mundo que tanto he echado de menos.

Alex y Ella compartieron una mirada de complicidad. Estaba claro que el barón era uno de los muchos aristócratas franceses que escaparon de Francia durante la Revolución. Cuando Napoleón fue desterrado un año antes a la isla de Elba, en Italia, los fugitivos que habían buscado refugio en Inglaterra comenzaron a aparecer por

Londres, tratando de reconstruir su vida en un nuevo país, como parte de la sociedad. El barón, concluyeron en silencio Alex y Ella, era uno de esos nobles desplazados, uno importante, ya que el padre de Alex lo estaba acompañando públicamente.

—Ha hecho bien, milord —dijo Ella—, nos alegramos de que se haya unido a nosotros, y todavía más después de la reciente fuga de Bonaparte y su aparición en la corte del rey Luis.

Alex intervino:

—Sin duda. Ese bribón puede conseguir apoyo en Francia, pero no se le debe permitir que siga marcando las vidas de aquellos en los que ya ha tenido un impacto tan terrible.

—Aunque estoy segura de que no es apoyo lo que está buscando —añadió Ella—, está pidiendo a dos millones de franceses que vayan de nuevo a la guerra.

Alex asintió con la cabeza.

—Cierto. Pero con Wellington al mando, y siendo tantas las naciones aliadas contra el ejército de Bonaparte, confío en que reciba pronto lo que se merece. —Se volvió hacia el barón, y continuó—. Basta con decir que es bienvenido, milord.

El franco discurso político hizo que el barón no pudiera ocultar la sorpresa; parecía anonadado ante el apasionado patriotismo de las muchachas y su impresionante conocimiento de los acontecimientos actuales.

El duque de Worthington, sin embargo, estaba acostumbrado a su hija, sus amigas y sus actividades intelectuales.

—Como puede ver, barón Montgrave —intervino— estas señoritas en particular tienen una visión poco común y mucho más amplia del mundo de lo que uno podría imaginar a primera vista. —Sus palabras denotaban orgullo, y Alex dio gracias de que hubiera sido su padre quien había escuchado la conversación, ya que si fuera su madre se habría desmayado.

—Una notoria cualidad, sin duda —aseguró el barón—. ¡El resto de las debutantes podrían tomar ejemplo de ustedes dos!

—¿Crees que el barón consideraría proporcionar lecciones a otros caballeros de la alta sociedad? —dijo Alex en voz baja a su amiga.

El comentario fue seguido de la risa incontenible de Ella, y menos privado que de lo que tenía pensado Alex, provocando que su padre entrecerrara los ojos para mirarla.

—Alexandra, estoy seguro de que no debo hablar con tu madre sobre tu franqueza, ¿verdad?

—No, padre. —Alex reconoció el profundo brillo de orgullo en la mirada verde de su padre y, a pesar de su severa actitud, supo que no cumpliría su amenaza. Sin embargo, entendió que debía intentar portarse correctamente delante de él e hizo saber a Ella con la mirada que deberían dejar este tema en particular. Casi al unísono, ambas chicas hicieron unas amplias reverencias y se despidieron del barón. Las dos enlazaron los brazos y bordearon de nuevo la repleta pista de baile, decididas a encontrar de

nuevo a Vivi en medio de la aglomeración.

—El barón es una persona fascinante —comentó Ella de una manera distraída que Alex conocía demasiado bien.

—Ya estás pensando en incluirlo en tu libro, ¿verdad? —bromeó Alex—. ¿A que te mueres por tener aquí uno de tus diarios?

—Oh —ironizó Ella—, ¿y tú prefieres estar aquí, buscando en la multitud a alguien... a cualquiera... para disfrutar de su compañía o en casa haciendo algo que te guste?

Alex inclinó la cabeza y sonrió a su amiga.

—Buena reflexión. —Recorrió la multitud de nuevo—. No veo a Vivi por ninguna parte... ni tampoco a Will... hay demasiada gente en el salón para encontrar a nadie. —Se volvió hacia la pista de baile y se esforzó para ver la oscura cabeza de su hermano entre las de los que bailaban el vals.

—No creerás que están bailando dos veces seguidas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No... Vivi no se arriesgaría a provocar los chismes de esa manera, sobre todo el día de su presentación... —Se interrumpió y Alex se volvió hacia ella queriendo saber qué era lo que había detenido las palabras de su amiga.

Los ojos de Ella estaban clavados en una pareja en particular, que se encontraba entre la multitud.

—¿Qué estás mirando? O, más bien, ¿a quién estás mirando? —Siguió la mirada de Ella, pero los cuerpos giraban bloqueando su visión.

—Parece que Penelope no considera que bailar dos veces seguidas con el mismo muchacho sea un problema —dijo en voz baja—. Todavía está bailando con Blackmoor... y parece un gato tras haberse zampado a un canario.

Como si fuera una señal, su línea de visión se aclaró y vio a la pareja en cuestión. Allí estaba Gavin sosteniendo entre sus brazos a la hermosa Penelope. Sus gráciles movimientos solo servían para mejorar la buena pareja que hacían; él, alto y de cabellos dorados; ella, pequeña y encantadora. Al verlos, casi se podría olvidar lo desagradable que era Penelope. ¿Sería capaz Gavin de olvidarlo también? Alex frunció el ceño mientras consideraba que Penelope era una experta en lo que se refería a mantener la conversación apropiada mientras disfrutaba de las sutilezas del baile. ¿No estaría pensando Gavin en considerarla una candidata adecuada?

—... es un conde. —Los pensamientos de Alex se vieron interrumpidos por el comentario de Ella.

—¿Disculpa?, no te he oído por culpa del volumen de la música —mintió Alex.

—He dicho que no me extraña que parezca tan orgullosa de sí misma... después de todo, Blackmoor es conde, y conseguir dos bailes seguidos tras un duelo tan reciente, haciendo tan poco que ha heredado el título... —Se interrumpió de nuevo.

No era necesario que terminara la frase. Alex la comprendió perfectamente. Las malas lenguas de la alta sociedad ya estarían charlando sobre ello; un conde de nuevo

cuño y la hija de un marqués bailando dos bailes seguidos era una especulación excitante, sobre todo porque estaba en juego un posible matrimonio.

—Por supuesto, Penelope es odiosa —añadió Ella—. Blackmoor debería darse cuenta de que...

Alex apartó la vista del objeto de su conversación cuando otras parejas entorpecieron la visión una vez más.

—Solo nos queda rezar —dijo en voz baja, haciendo caso omiso de la desconocida sensación que notaba en el estómago. Miró a su amiga con una sonrisa demasiado brillante—. ¿Limonada?

·CAPÍTULO 7·

—No... —gimió Alex y tiró de la sábana hasta cubrirse la cabeza, envolviéndose en el cálido capullo de mantas y almohadas para escapar de la brillante luz del sol que se filtraba en su dormitorio—. Eliza, estoy durmiendo. ¿Podrías cerrar las cortinas e irte... por favor?

—Eso podría funcionar con Eliza, Alexandra. Pero la pobre ha ido en busca de refuerzos y soy tu madre. Insisto en que te levantes ya. Estás perdiendo el día.

Alex bajó las mantas y abrió un ojo para mirar por encima de la tela. Vio a su madre de pie bajo la luz del sol, con los jardines a su espalda, reprendiéndola con la mirada. Al reconocer la expresión en el rostro de la duquesa, gimió y empujó las mantas para sentarse en la cama.

—¡Oh, no! Me vas a poner una tarea.

La duquesa se volvió hacia su hija.

—Sí, en efecto, una tarea. Pero una tarea que creo que encontrarás intrigante.

Alex miró con ironía a su madre y esperó.

—Vístete —ordenó la duquesa con una sonrisa—. Después ven a buscarme y desayunaremos juntas en la salita de las mañanas.

Alex observó con escepticismo a su madre mientras salía con aire regio del dormitorio, sin ofrecerle ni una sola pista de lo que quería. Por un breve momento, Alex consideró ignorar su orden y volver a dormirse, pero su curiosidad y el hambre se impusieron. Se levantó con un exagerado suspiro.

Tres cuartos de hora más tarde, cuando entró en la salita de las mañanas para reunirse con su madre, el hambre superaba con creces las demás emociones. Atravesó el umbral y avanzó hacia el aparador, donde estaban expuestas las viandas del desayuno. Había avanzado varios pasos en la habitación antes de que el entorno la hiciera frenar en seco. Había flores. Por todos lados. De todos los colores y formas imaginables. Y también cubrían mesas y estanterías. Había ramilletes encaramados en el escritorio de la duquesa, en los percheros e incluso había tres ramos de flores colocados en el suelo de mármol frente a la chimenea de habitación. Trazando un lento círculo, Alex contempló la estancia antes de detener la mirada en su madre que, a pesar de estar sentada con la majestuosidad de una reina, sonreía de oreja a oreja.

—¡Dios mío! —dijo Alex sin salir de su asombro.

—Ese lenguaje, Alexandra. Las señoritas no utilizan esas expresiones. Tu padre y tus hermanos han tenido demasiada influencia sobre ti.

—Madre, admite que es apropiado en esta situación. ¡Habéis dejado vacíos todos los invernaderos de Gran Bretaña!

—No; nosotros no, hija. —La duquesa no se movió de su asiento—. Ellos. Cada una de estas flores llegó con la tarjeta... de un pretendiente.

Alex arqueó las cejas.

—¿Pretendientes de quién?

—Sabes muy bien que anoche causaste sensación, justo como yo esperaba que hicieras.

Su estómago hizo un sordo ruido para recordarle que tenía hambre. Haciendo caso omiso de la expresión de suficiencia que inundaba el rostro de su madre, se acercó al aparador y llenó un plato con pasteles y rodajas de fruta recién cortadas mientras respiraba hondo, considerando su siguiente paso.

—Mamá, no sé qué he podido hacer para fomentar la atención de todos estos «pretendientes». De hecho, incluso los evité, no quería animarlos.

Cogió una tarjeta de visita de uno de los ramos de flores que habían sido precariamente colocados entre las bandejas de desayuno y leyó el mensaje.

—¿El vizconde St. John? Tiene la inteligencia de una cabra. Si esto es una indicación del tipo de pretendientes que me persigue, tenemos un problema significativo con respecto a la calidad exigida

—Alexandra, hay unos cuarenta ramos solo en esta sala, y he tenido que enviar varios a la salita de arriba, debido a las limitaciones de espacio. Estoy segura de que habrá notas de caballeros perfectamente elegibles. —Su madre le mostró un montón de tarjetas que había recopilado antes de su llegada. Cuando comenzó a leerlas en voz alta, Alex se desplomó en una silla cercana y picoteó su desayuno mientras escuchaba los comentarios sobre los remitentes en cuestión.

—Lord Denton. Es apuesto, y marqués.

—Y no deja de mencionar ni el dinero ni el título a la mínima oportunidad.

—La arrogancia no es una cualidad terrible en un hombre, Alexandra.

—Lo es cuando el marqués en cuestión te aburre hasta morir.

La duquesa suspiró y pasó a una nueva tarjeta.

—Simon, lord St. Marks.

—Madre, no voy a ser emparejada con alguien que es veinte centímetros más bajo que yo.

La duquesa volvió a suspirar.

—Lord Wentworth. Es el primero en la línea de sucesión de un ducado

—También lo es Will y tampoco me casaría con él.

—¿Qué pasa conmigo? ¡Dios mío! ¿Es que estamos en un funeral?

Alex se salvó de la abrasadora advertencia de su madre gracias a la llegada de Will, que se ganó una mirada irritada con sus comentarios.

Alex se metió una fresa en la boca y la masticó bien antes de hablar.

—No, aunque seguramente lo preferiría. —Abrió los brazos y señaló las flores que cubrían la habitación—. Todo esto... —hizo una pausa para imprimir a sus palabras un énfasis dramático— lo han enviado mis admiradores. Parece que estoy de moda...

—Bueno, niña, sobre gustos no hay nada escrito —dijo su hermano con buen humor.

Alex frunció el ceño a su hermano mayor y hubiese mantenido el drama si no se hubiera visto interrumpida por la llegada de lord Blackmoor. Aunque la mayoría de

Londres estaría de acuerdo en que visitar una casa antes del mediodía era algo muy poco apropiado, Gavin era casi un familiar y no un invitado, y su entrada no causó ninguna sorpresa. Sonrió a la duquesa y se inclinó sobre su mano.

—Bueno, menos mal que no he traído flores —comentó con ironía—, hubiera sido lo que faltaba para una decoración realmente excesiva de la habitación.

La duquesa le devolvió la sonrisa mientras Will y Alex se reían a carcajadas.

—Tu simple presencia ya es en sí un regalo —dijo la duquesa—, aunque me atrevo a decir que estás aquí por el desayuno y no para ver a Alex.

Gavin fue al aparador y comenzó a llenarse un plato.

—De hecho, me da la impresión de que el resto de la población masculina de Londres corteja a Alex, y que a mí solo me queda el desayuno.

Lanzó una sonrisa de soslayo a Alex, que barajaba las tarjetas recibidas mientras fingía que sus bromas no le afectaban.

Y, en verdad, no era el tipo de bromas que la irritaban. Estaba acostumbrada a ellas. Era el recuerdo de la noche anterior y el torbellino de emociones confusas que había sentido cuando tenía cerca a Gavin lo que la preocupaba; aquellos enfrentamientos verbales eran lo normal. A la luz del día, se dio cuenta de que el hombre por el que se había sentido amenazada la noche anterior había desaparecido; su viejo amigo estaba de vuelta. Su pelo estaba todavía húmedo por el aseo matutino y, a pesar del chaleco, los pantalones perfectamente cortados y el impecable nudo de su corbata, volvía a ser el chico relajado e informal de siempre.

Parecía que la noche anterior había sido una aberración y todos los pensamientos peculiares que había tenido eran simplemente eso, peculiaridades. En pasado. Gracias a Dios.

Al regresar con el plato de la comida en la mano, Gavin se detuvo justo detrás de la silla donde estaba sentada Alex para mirar por encima del hombro las tarjetas que ella sostenía en la mano.

—Por supuesto —comentó—, lord Douglass te ha enviado una invitación para verte esta tarde. Está deudas de juego hasta las cejas. No estarás considerando seriamente la posibilidad de aceptar, ¿verdad? —La manera en que hablaba, mezclada con su tono superioridad, bajó por su espalda, haciendo que deseara desafiarse a pesar de que era muy consciente de las deficiencias del vizconde Douglass. Reprimió la airada respuesta que tenía en la punta de la lengua, se encogió de hombros con elegancia y pasó a la siguiente tarjeta.

Blackmoor soltó una risotada.

—¿Crane? Es un imbécil. Te lo comerías en el desayuno.

Alex le lanzó una mirada de soslayo.

—Lord Blackmoor, no me había dado cuenta de que te interesaban tanto mis pretendientes —comentó con frialdad.

—Simplemente estoy señalando que todas estas flores son en vano si consideras a

Crane y Douglas como candidatos elegibles. Seguro que hay algunos hombres dignos de consideración en el grupo, ¿no?

Alex abrió la boca para responder, pero fue interrumpida por la duquesa.

—Tengo que hablar con la cocinera sobre el menú para la cena. Alexandra, tienes por lo menos quince invitaciones para montar en el Serpentine esta tarde, espero que aceptes alguna de ellas antes de que yo vuelva.

Ante el gemido de su hermana, Will se echó a reír.

—Me gustaría poder quedarme y ver tu tormento, Alex, pero debo irme al Ministerio de la Guerra. —Se volvió hacia Blackmoor y le brindó una sonrisa de medio lado—. Supongo que te quedarás al menos hasta que hayas terminado de desayunar, ¿no? ¿Me puedes poner al tanto de cualquier cosa que sea digna de saber?

Blackmoor se acomodó en un sofá cercano y extendió las piernas, cruzando sus tobillos de forma relajada.

—Claro. —Pasando una mirada amable a Alex, le preguntó—: ¿Quién es el siguiente en esa interminable lista de hombres casaderos?

Reconociendo su sarcasmo, Alex puso los ojos en blanco.

—Mamá... no me dejes sola con él.

—En realidad, creo que lord Blackmoor podría ser la persona perfecta para ayudarte a clasificar las invitaciones, Alexandra. Sabe cuáles son los hombres elegibles de la sociedad y te ayudará a separar los sinvergüenzas de los partidos valiosos. —Mirando a los ojos del joven, la duquesa asintió en señal de aprobación—. Te daré mi aprobación cuando regrese. —Se despidió antes de salir con Will de la habitación.

A solas en la habitación con Gavin, Alex dejó escapar un suspiro.

—Me temo que no voy a ser capaz de encontrar una manera de salir de esta. ¿Cómo ha podido suceder? Pensaba que anoche los había eludido a todos.

Recostándose en su silla, Gavin miró a Alex con seriedad.

—Has aprendido la primera lección, picaruela. Los hombres persiguen lo que parece inalcanzable.

—No. Lo que aprendí fue que a los hombres les gusta que los castiguen. ¿Por qué pretenderme a mí cuando podrían elegir a cualquier otra debutante?

—Qué tonta eres... Porque perseguirte se convierte en un desafío. Y mayor es la recompensa.

Alex soltó un resoplido divertido.

—Te aseguro que si tuvieran en cuenta lo que siento al verme perseguida, no deberían esperar ninguna recompensa.

Aunque mantuvo su cuerpo relajado, él la miró con los ojos entrecerrados.

—Por el contrario, Alex —dijo con voz profunda—. Tu resistencia al matrimonio hace que sea mucho más dulce la recompensa de cortejarte con éxito. Tu deseo por conservar la soltería supone un gran golpe para el ego de cualquier hombre. ¿Cuál es la razón de que todos estos hombres —señaló la habitación con una perezosa ondulación

de mano— hayan lanzado sus guantes al *ring*?

Sintiéndose un poco desconcertada por las palabras de Gavin, Alex se puso de pie y se acercó al aparador para servirse una taza de té.

—Seguramente no todos los hombres se sienten así —dijo de espaldas a él—. Después de todo, que Penelope Grayson te mostrara claramente que estaba disponible no pareció alejarte de ella.

—No, es cierto. —No había disculpa en la respuesta.

—Y supongo que le has enviado flores a su casa esta mañana, al igual que todos estos hombres me las han enviado a mí.

—En realidad, no lo hice. Pero si lo hubiera hecho, no sería un problema. ¿Por qué estás tan interesada en eso, Alex?

Ella se dio la vuelta mientras revolvía el té.

—Si te soy sincera, me siento fascinada por el proceso. ¿Quién podía imaginar que un baile podría causar estragos románticos en tantos hombres a la vez? —Sentándose de nuevo en el sofá, reanudó la lectura de las tarjetas e invitaciones que habían llegado esa mañana—. Lord Fairfax piensa que mi pelo es del color del sol naciente.

—Lord Fairfax es de la edad de tu padre.

—De acuerdo, pero es un sentimiento halagador. —Al escucharlo carraspear, continuó—. ¡Oh, Dios mío! El marqués de Jonesborough me pide que me una a él para pasear en su faetón esta tarde; aunque teme que mi belleza pueda llegar a cegar a sus caballos. —El final de la frase fue ahogado por la propia risa incrédula de Alex—. No pensará que voy a tomarlo en serio, ¿verdad?

—Teniendo en cuenta la gravedad con la que Jonesborough se toma a sí mismo, no puedo imaginar que haya pensado lo contrario.

Barajando las tarjetas rápidamente, Alex clavó los ojos en el techo y gimió.

—¿Qué voy a hacer? De hecho, ¡tengo que ir a pasear con uno de estos imbéciles! —Mirándolo a los ojos, le preguntó con ojos brillantes—: Dime que no escribes este tipo de cosas a las mujeres que te interesan, por favor.

—Espero que no —respondió algo irritado—. ¡Dios mío, yo soy mucho más original! Es evidente que estos hombres no han meditado cuál es la mejor manera de captar tu interés.

—¿Qué significa eso?

—En pocas palabras, no eres el tipo de mujer que se conquista con poemas o falsos elogios.

—¿No lo soy? —Ahora estaba interesada—. Pero si me gusta la poesía...

—No, no así. —Su respuesta no admitía réplica—. No han acertado en absoluto.

—Ilumíname, Blackmoor, ¿cómo crees que debo ser cortejada? Me siento intrigada por tu evidente experiencia.

Él se apresuró a responder:

—Eres demasiado vibrante para ellos. Demasiado fuerte. Posees una mente aguda,

una personalidad excitante y un sentido del humor sorprendente. Si estos hombres fueran la mitad de lo que te mereces, ya habrían reconocido todas estas cosas y actuado en consecuencia. Estarían trabajando para intrigarte, sorprenderte e inspirarte como tú haces con ellos. Deberían saber que solo cuando hayan conquistado tu mente, tendrán la oportunidad de ganar tu corazón.

En la habitación hizo de repente más calor y Alex tuvo que resistir la tentación de abanicarse y tratar de ignorar el rápido aumento de su pulso, así como el color que inundó sus mejillas. En el silencio que siguió a su apasionado discurso, Gavin se puso de pie y se acercó a ella. Una sonrisa arrogante se extendió por toda su cara.

—Así es como me dirijo a las mujeres cuyo interés quiero captar, Alex.

Ella intentó darle una fría respuesta.

—Quizá... —Su voz se quebró y se aclaró la garganta, comenzando de nuevo—. Quizá deberías considerar la posibilidad de dar clases. Conozco a un buen número de hombres que deberían entrenarse. Por lo que parece, al menos cuarenta. ¡Que Dios me ayude!

Él se rio entre dientes y le quitó el montón de tarjetas de los dedos para ponerlas en una mesa cercana.

Ofreciéndole una mano, tiró de la muchacha para levantarla, y ella permaneció de pie ante él.

—Solo hay una manera de salvarte hoy de ellos.

—¿Sí? —Una sola sílaba era todo lo que podía pronunciar. ¿Siempre había sido tan grande? ¿Tan alto? ¿Sus ojos habían tenido siempre ese matiz gris oscuro?

—Ven a pasear conmigo.

·CAPÍTULO 8·

Alex tomó asiento en el carruaje y sostuvo el sombrero con una mano para evitar que saliese volando cuando los caballos comenzaron a trotar a toda velocidad desde Park Lane hacia Hyde Park. Sonrió a Blackmoor desde debajo del ancha ala con un intenso brillo en sus profundos ojos verdes.

—Desde luego, prefiero pasear contigo.

—Imaginé que lo preferirías.

—¿Puedo conducir?

—¿De verdad piensas que voy a permitir que otra persona lleve las riendas de este valioso carruaje? —respondió él con aire de fingida superioridad.

Durante generaciones, los condes de Blackmoor se habían enorgullecido de estar a la última en modelos de transporte. Y el más reciente conde no era una excepción; el impresionante carruaje en el que viajaban provocaba la envidia de muchos transeúntes.

—De hecho. Estoy segura de que te encantaría enseñarme a conducirlo.

—Hace menos de una semana que me lo entregaron, Alex. No vas a conducirlo.

Alex le respondió con un mohín travieso.

—Te lo advierto, acabaré convencéndote, milord.

—¿De veras? Sin duda puedes intentarlo, milady. —Él esbozó una amplia sonrisa y arreó a los caballos, haciendo un rápido giro para entrar en el parque—. ¡Sujétate bien! —advirtió. El vehículo se ladeó un poco, y ella se agarró al asiento con un grito cuando redujeron la velocidad bruscamente para, a continuación, moverse a paso de tortuga. Era tanta la gente que caminaba y montaba junto al Serpentine esa tarde que tuvieron que esperar para ocupar un lugar entre la multitud.

—¿Estás bien? —preguntó él, esbozando una sonrisa perezosa.

—Sí, ahora que no hay en peligro de que vuelque el carruaje. —Lo miró de soslayo y lo pilló riéndose disimuladamente—. ¡Querías asustarme!

—¡Jamás! —se defendió él, que en ese momento parecía el vivo retrato de la inocencia—. Te dije que te agarraras, ¿no?

Exasperada, puso los ojos en blanco y se volvió para mirar a su alrededor. Pasear por Rotten Row, en Hyde Park, a hora punta, era una de las tradiciones más veneradas por la aristocracia londinense. Era la oportunidad de ver y ser visto, de presumir de la posición que cada uno ocupaba en la sociedad y, sobre todo, de ser testigo de los últimos chismes de la aristocracia y propagarlos. El camino estaba lleno de miembros de la *beau monde*; ya fuera en carruajes descubiertos, a caballo o a pie a lo largo del camino de tierra, los hombres movían sus bastones y las mujeres paseaban con sus sombreros de seda y sus pálidas sombrillas de lino. Cuando la condesa de Shrewsbury inclinó la cabeza y extendió una mano para saludar a Alex, ella le brindó una brillante sonrisa.

—Lady Alexandra, lord Blackmoor —saludó la mujer cortésmente en el momento en que Gavin se quitó el sombrero—. Una tarde muy agradable para dar un paseo, ¿no creen?

—Sin duda, milady. ¡Qué placer verla aquí! —respondió Alex, luego bajó la voz—, no estaba segura de lo que iba a encontrarme —añadió casi en un susurro.

La condesa, siempre el vivo retrato del decoro, respondió con educación.

—Estoy segura de que Blackmoor la protegerá de cualquier suceso inusual, querida.

Alex miró a su compañero y ladeó la cabeza, fingiendo tener en cuenta la declaración antes de volverse hacia la condesa.

—Supongo que tendrá que servir.

Fue evidente que a la mujer le sorprendió que hiciera ese tipo de declaración en público, porque miró a los risueños ojos de Blackmoor.

—¡Estos jóvenes! —sacudió ligeramente la cabeza—. Se comportan de un modo muy diferente a como se hacía en mis tiempos —añadió con cierta reprobación.

Alex bajó la cabeza de inmediato, avergonzada.

—Disculpe, milady.

La condesa asintió brevemente, despidiéndose, y se alejó para saludar a los siguientes conocidos que encontró en el camino. Alex miró a Blackmoor con preocupación.

—Bueno, parece que le ha sentado mal.

Blackmoor trató de ocultar su humor, sin éxito alguno.

—No debes permitir que su opinión influya en tu comportamiento.

Alex hizo una mueca.

—Lady Shrewsbury no anda desencaminada. Debería esforzarme en parecer más una dama y menos en ser..., bueno... yo. Debería intentar ser como ella.

—Lady Shrewsbury —Blackmoor pronunció el nombre como si acabase de oler algo muy desagradable— siempre ha sido el vivo retrato de la rigidez y la seriedad, nunca intentes parecerle a ella.

—Su opinión sobre mi... franqueza... es compartida por muchos de nuestros mayores.

—Tonterías —insistió él, inclinando el sombrero para saludar al marqués de Houghton, que viajaba junto a la hija mayor del vizconde Grosvenor—. Tu sinceridad resulta encantadora y no del todo desagradable. Los amigos de nuestros padres te adoran. Estás llena de vida.

—Llena de vida... —Alex repitió sus palabras—. Ni que fuera un impredecible caballo de carreras.

Una amplia sonrisa apareció en la cara de Blackmoor y Alex tuvo que resistir el impulso de pegarle. Eso sí habría sido impredecible.

—¿Me ves como un caballo, milord? —Al darse cuenta de la amenaza implícita, Blackmoor borró la sonrisa de su cara.

—No, en absoluto —la corrigió—. Ya te he dicho que te considero encantadora.

—Buen comienzo...

—Agradezco tu exuberancia. —En sus ojos bailaba una risa apenas contenida.

—Eres igual que un niño. —Los ojos de Alex brillaron por la irritación.

—Y, por supuesto, resultas muy entretenida.

—Excelente. No solo eres igual que un niño, sino que me consideras un juguete.

Blackmoor no pudo ocultar una sonrisa.

—No, en absoluto. Eres mucho mejor compañía que cualquiera de los juguetes que tenía cuando era pequeño.

—Vaya, me siento muy halagada.

—Deberías estarlo. Tuve algunos juguetes magníficos.

Abriendo los ojos, se giró a mirarlo, captando la risa en su mirada.

—¡Oh! ¡Eres incorregible! Entre tú y mis hermanos, no es de extrañar que no pueda comportarme como una delicada flor.

Blackmoor se detuvo un momento para saludar a la vizcondesa de Hawksmore, que iba acompañada por su enorme caniche negro. Cuando continuaron su paseo, se volvió hacia Alex arqueando una ceja.

—¿Perdón? —dijo en tono de guasa—. ¿Una delicada flor?

—«Una joven debe ser como una delicada flor» —citó Alex con voz cantarina, al tiempo que recolocaba las faldas a su alrededor de manera puntillosa—, «un frágil capullo que florecerá gracias al amor».

Blackmoor abrió los ojos como platos.

—¿Quién demonios te enseñó ese horror?

—Mi institutriz...

—Normalmente no hablo mal de las mujeres, pero tu institutriz es muy repipi. —Alex se rio mientras Blackmoor continuaba hablando horrorizado—. ¡Qué sentimiento más ridículo! No puedes tomártelo en serio, ¡si hasta rima, por amor de Dios!

Ella se inclinó para saludar con la mano a lady Redding cuando pasó por delante de una magnífica yegua gris.

—Claro que rima —convino, volviéndose hacia Blackmoor—. Se supone que así es más fácil recordarlo.

—Pues debes olvidarlo. Lo más rápido posible.

—Ah..., e imagino que vas a decirme que no es cierto. Los hombres quieren esposas que puedan modelar a su gusto. ¿Acaso no somos meras flores que adornan a nuestros esposos?

—La metáfora de la flor es insultante en cualquiera de sus formas. Principalmente para nuestra inteligencia. Te ruego que dejes de usarla.

—Está bien. Pero la cuestión es que los hombres se niegan a considerar la posibilidad de que las mujeres tengan sus propias opiniones, su propio carácter. Y las mujeres... bueno, nosotras somos igual de culpables. Os permitimos creer que esperamos ser guiadas por vuestra inteligencia y superior sentido de la lógica. Ya has visto las cartas que recibí esta mañana, Blackmoor. Todos esos tipos me quieren porque soy rica. O quizá porque soy joven. O lo bastante atractiva. Pero ¿realmente piensas que

esos hombres continuarán cortejándome cuando vean que bromeo y me meto con mis hermanos? ¿Cuando se den cuenta de que estoy mucho más a gusto en los establos que en el cuarto de costura? ¿Cuando descubran que leo el periódico y disfruto discutiendo sobre política?

—Creo que si no aprecian todas esas facetas tuyas, estás mejor sin ellos.

Alex puso los ojos en blanco.

—Ese es el problema. Sin duda, estoy mejor sola. Tal vez consideraría casarme con alguien a quien no le importasen mis poco femeninas cualidades, pero de momento creo que podré esquivar el matrimonio, ya que es un hecho que ningún hombre quiere una mujer que pueda equipararse en el plano intelectual.

—Tus generalizaciones me hieren —suspiró él con ironía mientras se quitaba el sombrero ante el duque de Nottingham, que levantó su bastón en respuesta.

—No deberían. No deberías aspirar a ser distinto del resto de los miembros de tu sexo.

—Pues reniego de mi sexo —aseguró él.

Alex resopló incrédula.

—¿Crees que miento? —insistió él.

—Creo que tú *crees* que no mientes. Pero recuerda que te vi anoche.

—¿Anoche?

—En efecto. Penelope Grayson captó tu atención —explicó ella—. Ya lo has admitido. Y conociéndola, imagino que no lo hizo comportándose como una delicada flor. Lamento informarte de que tengo serias dudas sobre que sea tu igual intelectual.

Las palabras brotaron de su boca antes de que pudiese pensar lo insultantes que resultarían, tanto para Penelope como para Gavin. Notó que se ruborizaba y se mordió el interior de la mejilla, sin saber cómo salir del lío en el que se había metido con tanta inocencia. Optó por permanecer sentada en silencio, esperando a que fuera Blackmoor quien hablara mientras levantaba cada poco tiempo su mano enguantada en respuesta a los saludos de los cientos de personas que, de repente, parecían concentrarse a su alrededor.

En realidad, lo que Blackmoor sentía por Penelope no era de su incumbencia. Entonces ¿por qué le irritaba tanto la idea de que él disfrutara en la compañía de esa joven? Ignoró aquella molesta voz en el fondo de su mente y trató de convencerse de que su arrebató respondía a su larga amistad. Después de todo, no quería que Blackmoor tomase una decisión que podría llegar a lamentar. Eran amigos y estaba preocupada por él. Sí, estaba preocupada como lo estaría cualquier amiga.

Deseó que dijese algo.

Su declaración había sido ofensiva, sin duda. Era más insultante para Penelope que para Blackmoor. A fin de cuentas, no había cuestionado su inteligencia, sino la de la mujer a la que había estado agasajando. Empezó a darle vueltas a la idea. Gavin no estaba cortejando a Penelope, ¿verdad? Era imposible. Si estuviera haciéndolo, no

habría dispuesto de tiempo para pasear hoy con Alex. Sin duda, si fuera así, no la habría llevado a Rotten Row, donde serían vistos por todo el mundo. Por supuesto, nadie iba a pensar que ella y Blackmoor eran pareja. Ni siquiera llevaban una acompañante, por el amor de Dios. Estaba claro que su relación era más fraternal que otra cosa. Una razón más para que ella se atreviera a expresar su disgusto ante el hecho de que se hubiera fijado en Penelope. Sí, había hecho lo correcto. Incluso aunque a él le hubiera dolido un poco.

¿Cómo se las arreglaban los hombres para permanecer tan tranquilos cuando querían?

Lo miró por el rabillo del ojo. Él estaba concentrado en el tráfico; su mandíbula permanecía firme mientras manejaba con soltura las riendas de la pareja de castrados que tiraban del carruaje.

Pero el humor que caracterizaba sus pullas había desaparecido. Era evidente que ya no estaba contento. Lo que quedaba por ver era la magnitud de su enfado.

El silencio comenzó a hacer mella en su cordura. Sin duda.

Y entonces, justo cuando pensaba que no iba a hablar, lo hizo.

—Desacreditas a Penelope.

De todas las cosas que podría haber dicho, esa era la única que no había querido escuchar. Comenzó a sentirse culpable.

—¿Disculpa?

—No has sido testigo de mis interacciones con Penelope. No tienes ni idea de su intelecto ni has oído nuestras conversaciones. ¿O lo has hecho?

—Yo...

Él levantó una mano para que dejara de hablar.

—No, Alexandra. No hay excusas. ¿Sabes algo sobre mi relación con Penelope?

—No.

—Sin duda la has prejuizado, y debería decir que erróneamente; creo que le debes una disculpa.

Alex se sonrojó, avergonzada, y parpadeó para contener las lágrimas que afloraban a sus ojos en respuesta a su reprimenda. Se mostraba apasionado y parecía sentirse insultado, y todo por el honor de Penelope. Si le hubiera quedado alguna duda del interés de Gavin, su mordaz respuesta se la habría borrado. Su tono no revelaba ira, pero sí decepción por ella, y al mismo tiempo la había hecho sentirse consciente de su posición; ya no era solo su amigo, sino un caballero bien educado que defendía el honor de una mujer. Y, por un fugaz momento, envidió un poco a Penelope.

¿Cómo sería que Blackmoor la defendiera? —Sobre lo demás que has dicho— continuó él, ignorando de forma deliberada su vergüenza—, quizá no te falte razón con la mayoría de los hombres. Nos sentimos inicialmente atraídos por lo superficial. Por la belleza, la riqueza, la juventud; todo lo que tú posees. Cada uno de nosotros tiene su propia debilidad. Pero sin inteligencia, ingenio y sentido del humor, la atracción no

dura mucho. Por lo menos, en mi caso. Y no soy el único. De eso estoy seguro.

Había desplazado con destreza sus críticas hacia Penelope, sin discutir, argumentando su postura en el debate con fría razón, concediéndole la poca razón que pensaba que tenía y concluyendo con una imperturbable certeza.

Era como si nunca lo hubiera insultado. Por supuesto, lo había hecho, y tenía que pedir disculpas. Hizo una mueca ante la idea. Odiaba pedir perdón. Respiró hondo.

—Mis disculpas. No he querido dar a entender que el intelecto de Penelope fuera inferior.

Sonrió, llegando a tocarla en la barbilla.

—Por supuesto que querías, picaruela. Sin embargo, agradezco que pidas perdón; sé que es algo muy difícil para ti, así que aceptaré tus disculpas sin discutir más.

Sabía que estaba ruborizada y se sentía avergonzada. Él entrecerró los ojos y los clavó en un punto por encima de su hombro.

—Además, tampoco siento demasiado aprecio por ciertos miembros de tu legión de pretendientes.

Confusa, Alex volvió la cabeza para seguir la dirección de su mirada y esbozó una amplia sonrisa cuando vio a lord Stanhope montando un hermoso caballo negro, junto a su carruaje. Stanhope inclinó su sombrero en un saludo.

—Blackmoor, vaya carruaje más impresionante. ¡Me gustaría tener uno igual! —Se volvió hacia Alex—. Y eres doblemente afortunado, porque has logrado que te acompañe la única joven digna de ese transporte. Lady Alexandra, como siempre, es un placer verla. —Con bastante petulancia, Stanhope la examinó con lentitud antes de continuar—. La encuentro particularmente encantadora esta tarde, ese color realza su belleza.

Alex miró el traje de montar de color azul oscuro que se había puesto para el paseo, apreciando la rica textura de la tela y el profundo color, que contrastaba con su piel brillante. Sonrió con calidez a los brillantes ojos castaños de Stanhope, tomando nota del corte de su abrigo oscuro, del nudo perfecto en su corbata y de la inclinación de su brillante sombrero negro.

—Gracias, milord. Usted también se ve muy apuesto —respondió.

Él se inclinó como si fuera a contarle un secreto.

—Puse especial cuidado al prepararme para este paseo, lady Alexandra. Uno nunca sabe cuándo podría encontrarse con una mujer de tan extraordinaria belleza.

Ella se rio ante su halago y respondió con un movimiento de cabeza.

—¡Eres incorregible!

Él se unió a ella en su risa y devolvió la atención a Blackmoor.

—Tu acompañante parece creer que soy algo mucho peor que incorregible, milady —añadió, imitándola y volviéndola a tutear, como era su costumbre.

—Cierto —coincidió Blackmoor, con aire sombrío—. Incorregible no es la primera palabra que usaría para describirte, Stanhope.

—Vamos —bromeó Stanhope—, siempre has disfrutado de mis hazañas en el pasado, viejo amigo. —Se volvió hacia Alex con una amplia sonrisa—. Después de todo, ¿qué hay de malo en coquetear un poco con una amiga?

Alex intervino antes de que Blackmoor hablara.

—No hay nada malo en ello, Freddie. Blackmoor está de mal humor por mi culpa. Me temo que lo he provocado.

Stanhope la miró con fingida sorpresa.

—¡Claro que no! Tú no pones de mal humor a la gente. ¿Quieres que te diga por qué?

—¡Por favor, hazlo! —Alex comenzaba a disfrutar de verdad, Stanhope se acercó.

—Eres demasiado guapa.

Blackmoor puso los ojos en blanco, evidentemente irritado, cuando ella se rio.

—Stanhope, ¿no te esperan en otro lugar? ¿Quizá donde alguien aprecie más tu encanto e ingenio?

Su rudeza era innegable, y Alex se sintió obligada a hablar.

—Me gusta disfrutar del encanto e ingenio de lord Stanhope. Me resulta muy refrescante, la verdad.

El rostro de Stanhope se relajó en una devastadora y hermosa sonrisa.

—Bien dicho, milady. Sin embargo, ha sido lord Blackmoor quien ha reclamado tu compañía esta tarde, y odiaría privarlo de tu atención. Dicho esto, ¿puedo pedirte permiso para invitarte el domingo a una excursión similar? —dijo, tendiéndole la mano y arqueando las cejas—. Intentaré comportarme con decoro... —añadió.

Ella no pudo controlar la risa que se le escapó ante su broma y puso los dedos sobre su palma para ver como él se inclinaba sobre ellos sin esfuerzo, a pesar de la incómoda posición.

—Me gustaría mucho, milord. Nos veremos el domingo.

Cuando Blackmoor instó al carruaje hacia delante y la mano de Alex fue arrancada de los dedos del otro hombre, ella se asomó por el lateral del carruaje para despedirse de su amigo y después se volvió hacia su compañero.

—Eso no ha sido muy agradable. Freddie ni siquiera ha tenido la oportunidad de decir adiós.

—¿No? Creo que lo hizo mientras te pedía de esa forma tan impropia que pasaras la tarde del domingo con él, a pesar de que estabas en compañía de otro hombre.

—Por amor de Dios, Blackmoor, no sé por qué te molesta tanto. Después de todo, no es como si esto fuera una cita.

Se volvió para mirarla y agitó una mano para señalar el entorno.

—¿No? ¿Cómo que no es una cita?

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Hemos salido a dar un paseo, pero no de la misma forma en que pasea la mayoría de esas personas. Mira allí. —Señaló una pareja que se acercaba a ellos en sentido contrario, el hijo mayor del marqués de Budleigh y la

hija menor del conde de Exeter. La joven estaba mirando a su pareja con soñadora adoración, y él le devolvía sus atenciones.

—Están cortejándose y, viéndolos, pienso que bien podrían ser el primer emparejamiento de la temporada. Uno muy apropiado, además —añadió, distraída ante la imagen que ofrecía la feliz pareja.

—¿De qué manera está relacionado esto con el impropio comportamiento de Stanhope? —preguntó Blackmoor arrancándola de su ensimismamiento.

—No ha habido nada impropio en el comportamiento de Stanhope, y lo sabes. Nosotros no somos como ellos. Todo el mundo, y en especial Stanhope, que es amigo de los dos desde hace años, sabe que estamos solo paseando. No estamos cortejándonos.

Él la miró antes de sacudir la cabeza, confuso.

—Las mujeres sois realmente criaturas extrañas y misteriosas.

Ella le sonrió, con las mejillas sonrojadas.

—En efecto. Pero no os gustaríamos tanto si fuésemos totalmente transparentes.

Después de pensarlo un momento, él asintió con la cabeza.

—Eso es cierto, Alex. Sin duda. —Pasearon en silencio durante unos minutos antes de que él insistiera en el tema—. Entonces, ¿estás... estás realmente interesada en Stanhope?

—¿Interesada en él?

—En efecto. ¿Lo encuentras...? —Blackmoor hizo una pausa.

—¿Interesante? —bromeó ella.

Él le lanzó una mirada de exasperación.

—Lord Stanhope es un buen amigo y un mejor compañero. Es entretenido, interesante, inteligente y está lleno de energía. No se me ocurren muchos hombres con los que prefiera pasar la tarde. Sin embargo, conoces mi opinión sobre el matrimonio y sus trampas. No estoy interesada en casarme. Ni con Freddie, ni con otro. Y él lo sabe tan bien como cualquiera, diría yo.

—Imagino que él tampoco está interesado en casarse, por el momento —respondió secamente Blackmoor.

—¿Qué significa eso?

—Simplemente, que los hombres como Stanhope no son de los que se casan. A riesgo de repetir nuestra conversación de la noche pasada e iniciar otra batalla dialéctica, te advierto que lo conozco. Stanhope rara vez tiene intenciones respetables, y eso hará que tu reputación corra peligro.

—No voy a volver a discutir por lo mismo, Gavin. Voy a limitarme a recordarte que Stanhope y yo somos amigos. Lo somos desde hace años. Igual que soy amiga tuya. Sí, es un libertino. Sí, se enorgullece de su mala reputación. Pero tú y yo sabemos que es «mucho ruido y pocas nueces», y que tiene las mismas posibilidades que tú de arruinar mi reputación. —Su tono se volvió burlón—. Si te sientes en la obligación de defender el honor de Penelope, ¿no puedo yo defender el de Freddie?

Blackmoor emitió un gruñido evasivo; eso era lo más lejos que llegaría para admitir que ella tenía razón en este caso, pero Alex supo que había ganado. Por el momento... Y por ello, una vez que pasaron unos momentos, se volvió hacia él.

—Ahora en serio, milord, ¿cuándo voy a tener la oportunidad de conducir este carruaje? —le preguntó con picardía

Él se rio antes de responder.

—No será en un futuro próximo, milady.

·CAPÍTULO 9·

—¿Tu madre permitió que fueras a pasear con Blackmoor en vez de hacerlo con un pretendiente con el que podrías llegar a casarte? —Los ojos de Ella se agrandaron debido al asombro.

Alex elevó una de las comisuras de la boca.

—Pues sí. Cuando me preguntó a quién había elegido, Gavin se adelantó y la convenció de que él era la mejor opción, porque durante nuestro paseo vería a casi todos los candidatos. Según él, cuando los observara a la luz del día, podría decidir mejor quién llegaría a ser un buen marido. Mi madre aceptó sin protestar. Fue algo realmente increíble. ¿Qué tal vosotras? ¿Cómo os fue la mañana después del baile?

Alex miró a Ella y a Vivi mientras caminaban por Hyde Park buscando el mejor sitio para hacer un pícnic bajo el sol del mediodía.

Vivi fue la primera en hablar.

—Yo me pasé toda la tarde recibiendo visitas tan aburridas como me imaginaba; dos de mis tías hicieron de chaperonas. —Alex y Ella gimieron mostrando su simpatía antes de que Vivi continuara—. Por separado pueden resultar llevaderas, pero juntas son insufribles. Sonreían como estúpidas ante cualquier caballero que viniera, sin importar quién fuera ni el motivo de su visita. Al parecer, esperaban alguna señal. Os juro que cuando por fin llegó mi padre a casa y terminó con aquella charada, no pude sentirme más feliz.

—Entonces, imagino que no recibiste la visita del elegido, ¿verdad? —preguntó Ella con sorna.

Vivi se rio y sacudió la cabeza.

—¡Eso espero! —Señaló una zona soleada bajo un enorme roble—. Ese lugar parece perfecto para un pícnic.

A Alex también le gustó.

—Y se ve la entrada del parque, por lo que Nick y Kit nos encontrarán con facilidad en cuanto atraviesen la verja.

Las chicas continuaron charlando alegremente mientras dos criados extendían un gran mantel de lino sobre la hierba, tibia por el sol, y lo clavaban al suelo para que la brisa primaveral no lo hiciera volar. Luego pusieron encima la gran canasta de mimbre que habían traído en el carruaje.

—Señoritas, ya están hechos los preparativos para que tengan un buen día en el campo —anunció uno de ellos.

Vivi se volvió con una sonrisa.

—Muchas gracias, George, John. Todo está perfecto. No hay necesidad de que se queden con nosotras... Por favor, disfruten también de este maravilloso día.

Haciéndoles una breve reverencia, los dos lacayos se alejaron unos metros para reunirse con las criadas de las muchachas, que actuaban como chaperonas esa tarde. Los sirvientes abrieron una segunda cesta de comida y comenzaron a disfrutar de su

propia merienda.

Las chicas acababan de acomodarse y empezaban a sacar las cosas de la cesta cuando oyeron un fuerte sonido al otro lado del prado y vieron que Nick y Kit corrían hacia ellas sin tener en cuenta las formas. Alex sacudió la cabeza, observándolos.

—Son como niños. Un chelín a que Nick desafió a Kit para ver quién llegaba antes.

Ella levantó la vista de la tarea y sonrió.

—Kit ganará, como siempre.

—Y Nick pondrá mala cara, como siempre. —Vivi miró hacia la pradera en la dirección en la que llegaban los chicos.

—Parece que los acompaña alguien...

Alex entrecerró los ojos para protegerse de los rayos de sol y distinguir la figura.

—¿No es lord Stanhope? —dijo, intentado reconocer la complexión del caballero a pesar de la distancia—. No cabe duda, es Stanhope... quizá debería andarme con cuidado —añadió en tono sarcástico—. Blackmoor piensa que es peligroso para mi reputación que pase mucho tiempo con él.

—Ese tema se mide con doble rasero —aseguró Ella acomodándose en la manta y alisándose la falda antes de ponerse a colocar los platos del almuerzo sobre el mantel—. Los libertinos siempre son considerados peligrosos para las mujeres, pero cuando llega el momento resultan perfectamente aceptables, siempre que tengan el título adecuado.

Vivi miró a su amiga, pensativa.

—Creo que quizá Stanhope sea un libertino dispuesto a reformarse.

—¿Estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo? —Alex miró con los ojos muy abiertos a su amiga—. Es obvio que tu cerebro no funciona bien.

—Piensa lo que quieras —dijo Vivi con una mirada de suficiencia—. Apuesto a que podré demostrártelo a lo largo de esta tarde.

Alex contuvo una réplica inteligente cuando Kit subió como una flecha el último tramo de la cuesta y casi chocó contra un macizo roble. Su hermano se dio la vuelta con rapidez para recostarse contra el árbol con los brazos cruzados y aparentó estar aburrido cuando apareció Nick.

—Oh, Nick, por fin has llegado. Estábamos preguntándonos si te había pasado algo.

Nick miró a su hermano mientras recuperaba el aliento.

—Lo lograré la próxima vez; hoy no he desayunado demasiado.

—¿Y cuál es la excusa para todas las demás veces que has perdido una carrera con él? —bromeó Alex—. En serio, Nick... ya deberías haber aprendido la lección. Es más rápido que tú.

Kit sonrió a su hermano.

—¿Ves? Lo sabe incluso nuestra hermanita.

—Sin embargo —continuó Alex, tras coger el vaso de limonada que le tendía Ella—, dado que había que elegir entre velocidad e inteligencia, yo diría que te llevaste la mejor parte.

Todo el mundo se rio cuando Kit entrecerró los ojos y Alex le tendió con una sonrisa un plato de codorniz asada como una ofrenda de paz.

—¿Lord Stanhope ha venido con vosotros? —preguntó Alex—. ¿O es una coincidencia que esté aproximándose?

Nick movió la cabeza.

—Stanhope llegó esta mañana de visita a Worthington House. Después de charlar un rato con nosotros, decidió acompañarnos.

Vivi miró a Alex.

—¿Ah, sí? —intervino en tono inocente—. ¿Y fue una casualidad que se pasara por Worthington House esta mañana?

Alex lanzó a su amiga una mirada de reproche. Vivi se metió una uva en la boca y sonrió.

—¡Qué interesante! —exclamó después de tragar, sin apartar la mirada de su amiga.

La llegada de Stanhope puso fin a la conversación.

—Espero que no os importe mi intrusión, mis queridas damas —dijo mientras recorría los últimos metros hasta la manta. Hizo una leve reverencia al tiempo que ofrecía una de sus mejores sonrisas de medio lado y dejó la mirada clavada en Alex—. Cuando me enteré de que estarían las tres aquí, tuve que venir.

—Por supuesto, Stanhope, hay de sobra para compartir, y el paisaje es encantador —dijo Ella sentada en una esquina de la manta. La joven había sacado el diario y comenzado a dibujar el lugar que se extendía ante ellos.

—Sin duda. —La voz de tenor de Stanhope se hizo más profunda y guiñó exageradamente un ojo a Alex, que no pudo contener la risa ante su evidente coqueteo. Él correspondió con otra amplia sonrisa antes de sentarse en la manta y apoyar la espalda en el tronco de una encina cercana. Aceptó la torta de avena que le ofrecía Vivi, que intentaba disimular su mirada de suficiencia sin conseguirlo.

Alex puso los ojos en blanco ante la actitud de su amiga y se giró para que Vivi no quedara en su línea de visión.

—Stanhope, me parece recordar que posees talento para el dibujo. ¿Sigue siendo una de tus aficiones?

Stanhope negó con la cabeza.

—Para ser sincero, Vivi, han pasado muchos años desde la última vez que dibujé algo. Lamento decepcionarte. —Su mirada fue hasta Ella, y continuó—. Pero, por lo que veo, Ella posee mucho talento. ¿Crees que estaría dispuesta a mostrarnos los contenidos de su cuaderno de dibujo?

Ella levantó la vista de su trabajo; parecía una cervatilla que hubiera sido pillada por un cazador. Después de aclararse la garganta con delicadeza, algo que los que la conocían de verdad sabían que hacía para ganar tiempo y pensar una respuesta adecuada, pareció darse cuenta de que Stanhope no era el tipo de persona que aceptase un no por respuesta.

Y Nick se sumó a la petición.

—Ella es demasiado modesta, tiene muy buena mano para el dibujo al carboncillo.

Ella supo que no tenía escapatoria.

Girando el cuaderno para mostrárselo desde la primera hoja, pasó rápidamente las páginas; había paisajes, escenas cotidianas...

—En realidad, es todo muy aburrido... —se disculpó.

Llegó finalmente a una página en el que había un impresionante retrato de Alex.

—No es nada aburrido —aseguró Stanhope en voz baja.

Vivi ahogó una risa con la mano, provocando que Alex le lanzara una mirada exasperada.

—¿Puedo? —Stanhope cogió el cuaderno de bocetos, que Ella entregó a regañadientes.

—Es de una semejanza notable, Ella —comentó lord Stanhope mientras estudiaba el dibujo con voz admirativa—. Has sabido capturar el movimiento y la vida, algo que es prácticamente imposible para la mayoría de los aspirantes a pintores. —Sonriendo a Ella, continuó—. Ahora entiendo por qué rara vez te veo sin lápiz y papel en las manos.

Continuó hojeando el cuaderno de bocetos, señalando las mejores sombras y líneas que Ella había dibujado. Los dos acabaron absortos en la conversación sobre la afición de Ella, y sus elogios sonaban tan sinceros que a Alex no le cupo duda alguna de que Freddie Stanhope no era tan libertino como dejaba entrever. Incluso Nick y Kit, que se habían mostrado absortos hasta ese momento con la discusión que mantenían sobre un nuevo carruaje que acababa de pasar, estaban un poco atónitos ante la formalidad que había desplegado su amigo. Alex no pudo resistirse a lanzarles una pulla.

—¿Veis? No estaría de más que vosotros dos mostraseis algo de interés por algo distinto a caballos, caza y cartas. Quizá deberíais considerar la posibilidad de aficionaros a materias más «cultas».

—A riesgo de traicionar nuestra amistad, Alex —dijo Vivi, riéndose de ella—, tampoco es que tú seas gran amante de las artes.

Alex sonrió ampliamente.

—Al contrario... Solo que no se me dan bien, así os las dejo a Ella y a ti. Y en su lugar, me esfuerzo en ser una excelente defensora de las artes. Creo que ese es el campo en el que destaco.

Stanhope levantó la vista del trabajo de Ella y le devolvió la sonrisa.

—Los protectores son, sin duda, tan importantes como los propios artistas.

Alex rio.

—Gracias, Freddie, eres muy amable, aunque admito que no estoy segura de creer tus palabras.

Él respondió con una sonora carcajada, recordándole lo mucho que había disfrutado siempre en su compañía.

Se acercó más, mostrando un intenso brillo en sus expresivos ojos castaños.

—Entonces tendré que intentar convencerte.

Vivi se aclaró la garganta con delicadeza y desplegó sus dotes de casamentera.

—Ella, deberías pintar una composición con varios modelos, ¿quizá Nick y Kit podrían posar para ti esta tarde? —Con un grácil movimiento, se acomodó más cerca de los hermanos Worthington, convenientemente de espaldas a Alex y lord Stanhope, con una baraja de cartas.

—No es el más masculino de los juegos, caballeros, pero ¿os puedo tentar a jugar una partida de whist?

Y, de esa manera, Vivi alejó la atención de Alex y Stanhope, que se quedaron a solas sobre la manta de pícnic. Sin embargo, Nick se dio cuenta.

—No voy a apartar los ojos de ti, Stanhope —amenazó en tono burlón—. Recuerda, estás coqueteando con mi única hermana.

Stanhope asintió con seriedad fingida:

—Jamás se me ocurriría hacer algo inapropiado, lord Farrow —respondió.

Que utilizara el título de Nick era tan extraño que todos se rieron, y Stanhope se volvió hacia Alex mientras sus risas flotaban sobre la pradera.

—Tu reputación te precede, Freddie —dijo Alex en voz baja, haciendo referencia a la broma de Nick, en tono medio burlón—. Confieso que al haber crecido juntos, no me lo esperaba.

—Podría hacer ver que no capto tu indirecta, pero sería una tontería pretender tal cosa. Supongo que te refieres a mi fama como libertino. No se debe creer todo lo que se oye.

—Oh, no te preocupes. No lo hago.

—¿No?

—Ni por asomo. Teniendo en cuenta los recuerdos que tengo de ti desde la infancia, me parece muy difícil creer que puedas ser un peligro para mí o mi reputación.

Él se rio.

—Ten cuidado, Alex —contestó en voz baja—. Hay una delgada línea entre halagar a un caballero y herir su ego.

Ella le sonrió con picardía y se mostró un poco más formal.

—Mis disculpas, lord Stanhope. Lo que quería decir, por supuesto, es que no creo que planees hacer algo que ponga en peligro mi reputación. Sin embargo, debería pensarme dos veces permitir que un notorio libertino sea mi acompañante.

Con una carcajada que hizo que los otros cuatro miembros del grupo volvieran la cabeza hacia ellos, él lanzó una mirada de admiración.

—Mucho mejor, y eso es exactamente lo que imagino que las viejas damas de la sociedad querrán que pienses. Después de todo, si hay que creer los rumores, devoro jóvenes debutantes para desayunar.

—Ah, bueno; entonces, no corro peligro contigo. No estoy interesada en el matrimonio.

—Oh, ¿no lo estás? —preguntó él con interés.

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa:

—No. No lo estoy. No estoy interesada en el matrimonio.

Él arqueó una ceja.

—¿De verdad?

—Sí. ¿Cuando tenías diecisiete años pensabas en el matrimonio?

—Te aseguro que no —repuso él con humor.

—¡Ajá! —señaló ella con énfasis—. ¿Ves? ¡Tu respuesta me da la razón! ¿Verdad que consideras que es totalmente incomprensible que un chico de diecisiete años piense en el matrimonio?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué debería planteármelo yo?

—Una excelente pregunta.

Su franca respuesta la sorprendió y ella se echó hacia atrás para estudiarlo.

—Lo dices en serio.

—Puedes estar segura. Nunca he entendido ese interés por que los hombres y las mujeres deban cumplir diferentes normas y protocolos cuando se trata de noviazgo y matrimonio. Te animo a que escapes de las ataduras tanto como puedas. Dados los matrimonios que he visto a lo largo de mi vida, la institución no es exactamente tan buena como pretenden hacernos creer. —Se inclinó hacia ella y movió las cejas imitando a un villano—. No me gustaría que te casaras demasiado pronto, milady.

El descarado coqueteo provocó una carcajada en Alex, lo que también hizo que Stanhope se riera.

—Bueno, ¿qué esperabas? ¡Tengo una reputación que mantener!

Alex sonrió ampliamente, con los ojos brillantes.

—¡Vaya! Frederick..., lord Stanhope. ¡Eres un fraude!

Él se acercó a su oído para que sus palabras no fueran escuchadas por sus acompañantes.

—*Shh...* No dejes que se corra la voz. Sería mi ruina.

Tan entretenida estaba Alex con aquel intercambio de bromas que no se dio cuenta de que se habían sumado al pícnic dos recién llegados. Los vio cuando alzó la mirada detrás de Stanhope, justo cuando estallaron en carcajadas, y la risa se le quedó congelada en la garganta. Allí, al pie de la manta, con expresiones que solo podían describirse como, respectivamente, aburrido desinterés y molestia suprema, estaban Penelope Grayson y Gavin, lord Blackmoor.

Desde su lugar en la manta, lord Stanhope, con curiosidad por el repentino cambio de actitud de Alex, siguió la dirección de su mirada y, como exigía la etiqueta, se levantó inmediatamente para saludar a Penelope y a Blackmoor; lo mismo que Nick y Kit, que estaban ya de pie.

—Lady Penelope, como siempre, es un placer verla. Su sola presencia ha hecho esta

agradable tarde aún más hermosa.

Alex arqueó las cejas.

—Gracias, milord. Tengo que admitir que no me apetecía mucho dar un paseo por el parque. Me gusta más montar, pero el día era demasiado luminoso y soleado para no disfrutarlo, aunque debo hacer constar que hace un poco de frío. Espero no coger un resfriado.

Al oír aquello, Alex puso los ojos en blanco, algo que captó la afilada mirada de Blackmoor. Fingiendo no darse cuenta, se alisó la falda y miró a Ella, que había dejado de dibujar para enviarle un razonable «¿En serio?» con la vista.

—¡Tenéis que uniros a nosotros! —exclamó Nick—. ¡Qué bien que nos hayáis encontrado!

Con un suspiro de resignación, Alex se levantó para acercarse a Ella, temerosa de que el espacio vacío de la manta fuese ocupado por la odiosa Penelope; si se viera obligada a interactuar con la desagradable joven, aquella jornada tan encantadora se vería arruinada.

Sin embargo, Blackmoor la interceptó antes de que pudiera moverse, inclinándose sobre su mano.

—Alex —le dijo en voz baja—, confío en que no te opongas a nuestra compañía esta tarde. Odiaría arruinarte el pícnic. —Sus miradas se encontraron y Alex tomó nota de la advertencia que brillaba en los ojos grises; sabía que la estaba retando a que dijera algo negativo sobre su llegada con Penelope. Se tensó, deseando poder borrar esa expresión del rostro de Gavin sin provocar una escena de la que se hablase en los salones de baile durante años. Por supuesto, no lo hizo. Haciendo gala de unos modales que rivalizarían con los de la mismísima reina Charlotte, Alex forzó una sonrisa y habló con toda la alegría que pudo fingir.

—Por supuesto que no, Blackmoor. No puedo pensar en dos personas que sean más bienvenidas a nuestra pequeña reunión. —Retiró la mano de su agarre antes de continuar—. Creo que voy a dar un paseo; me encanta caminar, en especial cuando hace fresco. —Su observación, pensada para subrayar lo ridícula que era su acompañante, acertó de pleno en el objetivo, y él entrecerró los ojos ante su audacia.

Vivi, que había escuchado la conversación, se puso de pie

—Me gustaría acompañarte, Alex —comentó—. Me vendrá bien pasear por el campo.

— ¡Yo iré también! —dijo Ella desde su lugar en la manta.

Y dicho eso, las tres bajaron la pequeña colina por el césped. Alex marcaba el ritmo, sus largas piernas avanzaban con rapidez, alejándola del grupo. Ella y Vivi tuvieron que correr para alcanzarla.

—Es absolutamente increíble cómo una tarde perfecta y agradable puede verse arruinada por la llegada de una persona odiosa.

—¿Te refieres a Penelope o a Blackmoor? —preguntó Vivi en todo seco.

—Como sigamos a este ritmo —intervino Ella—, no podré hablar... necesitaré todo mi aliento para no desmayarme por falta de aire.

Alex bajó el ritmo de sus zancadas.

—¡Me refiero a ambos! Aunque, si soy sincera, ella siempre ha sido desagradable. Lo que me confunde es que él se va volviendo más desagradable cuanto más se enamora de ella.

—Con el debido respeto, Alex, no creo que estés confundida. Pareces... —Vivi hizo una pausa, buscando la palabra adecuada.

—Furiosa. —Aportó Ella con su habitual franqueza.

—No estoy furiosa —dijo Alex frustrada—, pero es que además de no entender lo que ve en ella... me parece simplemente increíble que piense que me puede hablar como si fuese una cría. Me hace sentir... —se interrumpió al no encontrar las palabras adecuadas.

—¿Furiosa? —sugirió Ella.

Alex le lanzó una mirada airada.

—Irritada.

—A mí, Blackmoor me parece tan caballeroso como siempre —comentó Vivi—. Aunque considerando las advertencias previas que te había hecho sobre Stanhope, no me sorprende que estés nerviosa por la imagen que estabais mostrando.

—¡Eso le serviría de lección! —Entonces, olvidando su ira momentánea, Alex se volvió hacia Vivi—. ¿Qué imagen? Solo estábamos disfrutando de nuestra mutua compañía. Stanhope se ha comportado como un perfecto caballero.

—Es posible, Alex, pero los dos mostrabais una actitud... —Vivi dejó la frase en el aire.

—Íntima. —Intervino Ella.

—¿Tienes que terminar todas sus frases? —Alex le lanzó a Ella una mirada exasperada.

Ella sonrió brillantemente.

—Es una habilidad innata.

—Stanhope y yo no mostrábamos una actitud «íntima». Estábamos manteniendo una conversación perfectamente inofensiva hasta que apareció Blackmoor con esa horrible...

—Penelope. —En la pausa que siguió, Ella lanzó una inocente mirada a Alex y le guiñó uno de sus ojos azules.

Incapaz de enfadarse con su amiga, Alex se rio y movió un dedo en señal de advertencia.

—Ella, que sepas que estás en la cuerda floja.

—Ah, pero tienes que admitir que la capacidad de exasperarte forma parte de mi encanto.

—¡Ah! ¿Es que posees encanto? —intervino Vivi en tono burlón—. Si lo tienes, es

muy poquito. Como parpadees, es posible que lo pierdas.

—¡Oye! —gritó Ella fingiéndose ofendida, y las tres se rieron juntas.

—Supongo que no debo dejar que me estropeen un día que había sido encantador hasta ahora —dijo Alex—. No lo permitiré.

Vivi asintió.

—Muy inteligente por tu parte.

—Gracias. Opino lo mismo.

Ella entornó los ojos al ver la figura que se aproximaba.

—¿No es ese el barón Montgrave? ¡Lo es! ¡Vivi, tienes que conocerlo! Cuenta unas historias fascinantes; lo adorarás, te lo aseguro.

—Bueno, teniendo en cuenta tu afán de encontrarte con él... Me parece que comienzo a estar ansiosa yo también.

Vivi miró hacia el alto francés antes de continuar hablando.

—Si lo que ambas comentáis del barón es verdad, está destinado a ser la parte más interesante del día —intervino en voz baja mientras el caballero se acercaba.

—Aunque tampoco es mucho decir, teniendo en cuenta la reciente incorporación de Penelope.

Ella se giró ante el sarcasmo de Alex.

—Como amiga tuya que soy, debo decirte que estás empezando a obsesionarte.

—¡No estoy empezando a obsesionarme! Simplemente...

—¡Barón Montgrave! —exclamó Ella con alegría mientras el francés recorría los pasos que faltaban para llegar a ella—. ¡Qué placer encontrarnos! Acaba de rescatarnos de una tarde llena de conversaciones aburridas.

De pie ligeramente detrás de su amiga, Alex dio a Ella un ligero toque en la espalda para que se callara.

—¡Ay! —Ella esbozó una sonrisa que rivalizaba con la de su amiga—. Le aseguro, milord, que es un placer habernos encontrado con usted.

Haciendo una profunda reverencia, el barón les respondió con otra sonrisa.

—Mis queridas damas, y yo les aseguro que son ustedes quienes me han rescatado. La fortuna parece haberme sonreído al proporcionarme tan elegante compañía.

Alex se volvió hacia Vivi.

—Milord, ¿puedo presentarle a mi querida amiga lady Vivian Markwell? Vivi, te presento al barón Montgrave.

—*Enchanté*. —El barón se inclinó sobre la mano de Vivi—. Conozco bien a su padre; siempre habla con mucho orgullo de usted. Es un honor conocerla por fin.

Vivi hizo una profunda reverencia al tiempo que sostenía la mirada cálida del barón.

—Es un placer conocerlo, milord. ¿Qué le trae hoy a pasear junto al Serpentine?

—Nunca se dan demasiados paseos cuando hace buen tiempo. Eso es algo que he aprendido en el campo y que soy reacio a olvidar cuando me absorbe el bullicio de la ciudad.

Alex sonrió.

—Bien dicho, barón. Imagino que después de vivir en Francia, debe de encontrar Inglaterra bastante húmeda.

—Tenemos que aprovechar el buen tiempo —dijo Ella. El barón asintió con la cabeza—. ¿Quiere unirse a nuestro pequeño grupo, milord? —Extendió la mano para indicar al grupo de jóvenes que continuaban charlando en lo alto de la loma.

Siguiendo su mirada, el barón declinó la invitación con elegancia.

—Gracias, pero no, milady. Me temo que arruinaría su pícnic.

—¡Tonterías! —Soltó Alex en un arrebato muy poco femenino que atrajo las miradas sorprendidas de sus acompañantes. Mirando a sus amigas, bajó la voz a la defensiva—. Bueno, es que...

—Lo que lady Alexandra quiere decir, milord —comentó Vivi sin poder ocultar una amplia sonrisa de diversión—, es que es usted más que bienvenido a nuestra pequeña reunión; nos gustaría mucho disfrutar de su compañía.

—¿No es eso lo que dije? —intervino Alex en tono guasón.

El barón se rio de nuevo.

—Sin duda, milady —convino con calidez—, eso había oído. —Ofreciéndole un brazo, continuó—. ¿Puedo escoltarla hasta la reunión, aunque lamentablemente no pueda unirme a ustedes?

Alex apoyó la mano en el brazo del francés.

—Gracias, milord, tanto por la escolta como por no dar importancia a mi mal comportamiento —le susurró en tono conspirador—. Le aseguro que mis padres han hecho todo lo que está a su alcance y que todos mis defectos son culpa mía.

—Le aseguro, lady Alexandra, que no he visto ninguno de esos defectos de los que habla. Estoy seguro de que no existen.

Alex se echó a reír.

—Mi familia, en especial mis hermanos, no estarían de acuerdo con usted en ese punto, barón. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro cómplice—. No me importa lo que diga, su presencia sería una bienvenida incorporación a nuestro pequeño grupo, en especial por mi parte.

—Con mucho gusto la defenderé ante sus hermanos, lady Alexandra. Siendo yo mismo hermano, estoy seguro de que puedo hablar ese idioma. Son cuatro, ¿verdad?

Alex sacudió la cabeza con una risita.

—Por suerte, no, solo tengo tres hermanos, y algunos días tres me parecen demasiados.

—Por supuesto... no sé por qué creí que eran cuatro.

—No es el único. Mucha gente lo ha llegado a pensar. Lord Blackmoor y mis hermanos son como uña y carne, lo que explica su constante presencia y la confusión sobre el número de hermanos Stafford.

El barón se quedó inmóvil, mirando a Alex con curiosidad.

—Lord Blackmoor, dice usted..., y ¿es muy amigo de sus hermanos?

—En efecto.

—Ah, eso es muy interesante.

—¿De verdad? Después de diecisiete años disfrutando de su compañía, buen señor, me temo que me resulta más tedioso que interesante.

Él se rio de buen humor ante su respuesta antes de continuar, ya serio.

—Si se me permite, ¿cómo se encuentra el joven conde después de la muerte de su padre?

Era una pregunta bastante común, una que Alex había oído muchas veces y respondió sin pensar.

—Bastante bien, creo. No habla mucho al respecto, y parece haber madurado de golpe después de lo ocurrido, si eso tiene sentido. Nuestras familias han estado siempre muy unidas y sé lo estrecha que era la relación de lord Blackmoor con su padre. —La voz de Alex se suavizó y su mirada, por voluntad propia, se trasladó a Gavin, que seguía en lo alto de la colina, sonriendo a algo que Kit estaba diciendo. No pudo dejar de pensar que incluso su sonrisa resultaba más dura en comparación con la de un año antes—. Lamento el dolor que debe sentir... —Se interrumpió, al darse cuenta de que Ella y Vivi la miraban con expresiones de sorpresa.

Estaba compartiendo demasiado con un simple conocido, demasiado sobre Blackmoor, pero, sobre todo, demasiado de sus propias emociones. Se suponía que las jóvenes damas inglesas no debían expresar sus opiniones ni sus pensamientos. No debían hablar con tal libertad. Al mirar al francés, Alex percibió su evidente malestar ante la situación, e incluso le pareció un poco desesperado por escapar.

Suspirando para sus adentros, Alex cambió de táctica y pintó una sonrisa irónica en la cara.

—Me temo, milord, que es demasiado fácil hablar con usted. No debería haber compartido mis sentimientos. Le debo de estar aburriendo.

—No, en absoluto, milady. —El francés miró a lo lejos distraídamente, perdido en sus pensamientos—. El antiguo conde era un buen hombre, un gran héroe. Lamenté enterarme de su pérdida.

—No es usted solo. Era muy apreciado por todos los que lo conocían.

—¿Puedo preguntarle...? —La cuestión quedó flotando en el aire, el barón pareció dudar sobre cómo formular la pregunta.

Alex se apiadó de él y no esperó a que terminara. Era consciente de lo que quería saber. Hizo un leve gesto.

—Fue un accidente, se cayó del caballo en su propiedad, en Blackmoor. La caída provocó su muerte. Me resulta difícil creer que fuera un accidente —añadió sin pensar. Agitó una mano desestimando su mirada de sorpresa—. Es una tontería, por supuesto. El conde tenía pocos enemigos, si es que tenía alguno.

Alex se dio cuenta de que el anciano se había puesto blanco como el papel.

—Barón, ¿se encuentra bien? —Volvió la cabeza alarmada hacia Vivi y Ella.

—Me siento muy bien, milady. Por desgracia, se me ha hecho tarde y, muy a mi pesar, debo marcharme.

Haciendo una reverencia a las tres chicas, se despidió a toda velocidad y caminó de forma acelerada, como si no pudiese alejarse lo suficientemente rápido.

Su abrupta decisión de partir subrayó la evidente incomodidad que había demostrado ante la franca conversación de Alex.

Esta observó su rápida carrera a través del césped, sintiéndose un poco mal y, con un suspiro, se volvió hacia el pequeño grupo en la colina.

Al oír risitas de Penelope y las carcajadas de los chicos, sintió el repentino deseo de estar muy lejos de allí, apartada de ese lugar donde requería tanto esfuerzo hacerlo todo bien. Se sentía agotada por todo lo que había tenido que fingir durante su primera semana en la sociedad. Siempre había sabido que sería una prueba difícil ser la acompañante perfecta, decir lo correcto sin parecer demasiado obstinada, demasiado franca, demasiado ella misma, pero ahora, viendo a sus amigos y a sus hermanos riéndose y bromeando juntos, todos tan perfectamente cómodos en los papeles que les habían tocado, no podía dejar de preguntarse si ella tendría algo malo.

Observó que Blackmoor se inclinaba para decirle algo a Penelope al oído y sintió un destello de irritación cuando ella respondió con una sonrisa recatada, que se adivinaba ensayada hasta la saciedad, y una tímida inclinación de cabeza. Agg...

Sí. Definitivamente había tenido suficiente por un día. Llamó a Stanhope con una seña y él, galante como siempre, se levantó y se acercó a ella.

—¿Te encuentras mal?

Volvió a mirar más allá de sus anchos hombros, donde estaba Blackmoor, cuya mirada permanecía clavada de forma impasible en las cartas. Cuando él la alzó de forma casual, en sus ojos grises brilló por un momento una advertencia; fue tan breve y desapareció tan rápido que Alex pensó que debía haberla imaginado. Así que hizo caso omiso.

—No, en absoluto, Freddie —respondió—. Solo un leve dolor de cabeza. Creo que voy a volver a casa, y así esta noche estaré fresca como una rosa. ¿Te importaría mucho acompañarme a Worthington House? No me gustaría arruinar la tarde a los demás.

·CAPÍTULO 10·

El miedo es mala compañía, en especial por la noche.

Se paseó por sus habitaciones a oscuras, repasando mentalmente sus acciones una y otra vez, tratando de descubrir si había dado algún paso en falso que fuera necesario rectificar o que le proporcionara las respuestas que estaba buscando. Tenía que averiguar qué sabía el nuevo conde.

Curvó un labio en una mueca inconsciente mientras se paseaba por la alfombra. Lo que sabía, por el momento, a través de múltiples fuentes era que el cachorro no estaba del todo convencido de que la muerte de su padre hubiese sido un accidente y seguía buscando alguna prueba que diera como resultado el fatal desenlace. Él no estaba preocupado por la información que el muchacho podía obtener de la gente sobre aquel frío día de enero. Era bastante fácil, después de todo, sobornar a un policía local o dos. Lo que le preocupaba era que la búsqueda del joven Blackmoor pudiera sacar a la luz la información que el anterior conde había descubierto... Datos que revelarían su participación en el delito, que podrían acusarlo no solo de asesinato, sino también de traición.

Al pasar delante de un espejo, se quedó mirando su reflejo, observando la palidez de su piel y sus ojos hundidos. Había pasado una eternidad desde que había dormido durante toda la noche sin verse perseguido por los demonios que lo acechaban en la oscuridad. Había sido capaz de paladear un leve placer por la muerte de Blackmoor... pero ahora, envuelto en la sofocante oscuridad, eso no era consuelo. El temor lo estaba consumiendo: temor a sus poderosos jefes, que estaban perdiendo la paciencia cada día que pasaba y que no tardarían en cansarse de escuchar sus excusas; entonces reclamarían su venganza por todos los medios necesarios... incluyendo la violencia.

Maldijo con ferocidad por lo bajo y, con la fuerza nacida de la frustración, cogió un candelabro de una mesa cercana y lo arrojó a su reflejo. Se regocijó de aquel sonido de cristales rotos y disfrutó mirándose en el cristal fragmentado. Se veía repetido en cada trozo y, por primera vez en meses, sintió que no estaba solo.

Por todo el continente estaban teniendo lugar sucesos ajenos a su voluntad. Napoleón presionaba en el norte y la guerra era más que inminente. El tiempo se agotaba. Si no encontraba las respuestas que sus poderosos socios querían, todo aquello por lo que había trabajado se iría al traste. Estaba quedándose sin opciones; no era que estuviese apesadumbrado por lo que ocurriría a continuación. No podía permitir que otro conde de Blackmoor arruinase sus bien trazados planes. No, debía evitarlo a toda costa, por cualquier medio. Si el joven conde sabía algo, lo compartiría pronto... o pagaría el precio.

Sonrió con malicia al espejo roto y habló en voz alta.

—No nos engañemos. El cachorro pagará el precio, da igual lo que sepa.

—¡Es difícil creer que sea mi pelo! —Alex no pudo esconder la sorpresa en su voz cuando estiró el cuello para ver la parte posterior de la cabeza en el espejo, a la luz de las velas de su dormitorio—. Es sumamente difícil creer que sea producto de la madre naturaleza —concluyó secamente.

Era la primera cena en Worthington House esa temporada, una velada que había

alcanzado cierto renombre debido a que eran muy pocos los afortunados que recibían una invitación. Además, era la primera cena formal de Alex. Por alguna razón, esa fiesta, cenar en la casa en la que había crecido, le resultaba un tanto desconcertante. Pero pensar en ello no iba a cambiar nada. Envuelta en otra de las geniales creaciones de madame Fernaud, esta vez de seda color rosa pálido, que caía en lujosas ondas hasta los escarpines de seda a juego, pasaba ahora por las altamente cualificadas manos de Eliza. La muchacha le rizaba el cabello en un intrincado diseño que dejaba expuesto su largo cuello siguiendo uno de los estilos de moda esa temporada.

Alex no podía evitar sentir que todos estos elaborados preparativos eran innecesarios, en especial si tenía en cuenta que conocía a la gente que iba a asistir de toda la vida, pero ya había aprendido en lo que iba de temporada que tenía que elegir qué batallas pelear contra su madre. Y esta no era importante.

Un golpe en la puerta del dormitorio la arrancó de sus pensamientos. Invitó a entrar a quien fuera y sonrió cuando vio a su padre reflejado en el espejo. Se volvió hacia él y se dejó caer en una exagerada reverencia.

—Excelencia —dijo con una amplia sonrisa—. Confío en que me dé el visto bueno.

Su padre se rio entre dientes por el uso de su título y le ofreció una mano para ayudarla a incorporarse.

—No pienso responder a esa cuestión en particular —contestó con una voz llena de humor, ladeando la cabeza—. No voy a correr el riesgo de opinar sobre algo que compete a tu madre. Ya lo sabes. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro antes de continuar con aire cómplice—. Solo te diré, cariño, que creo que eres la más guapa de mis descendientes.

Alex se echó a reír y se inclinó para besar a su padre en la mejilla.

—Bien dicho... siempre tan diplomático. Aunque pienso que no es tan difícil ser la más guapa si me comparas con esas descomunales bestias a las que llamas hijos.

—No soy diplomático en absoluto, hija. Estás preciosa. Y, por desgracia, te has hecho mayor. ¿Cuándo creciste tanto?

Alex era solo unos centímetros más baja que su padre; sonrió ante la pregunta.

—Se debe a la fuerte sangre de los Stafford, papá. ¿Estás seguro de que no somos descendientes de vikingos?

—Uno se lo podría preguntar, mirándoos a vosotros cuatro. Pero resulta que aquí estoy yo, el duque diminuto... patéticamente pequeño y con un aspecto muy poco nórdico. —Habló con exagerada autocompasión para hacer reír a su hija, después cambió de tema—. ¿Estás lista para hacer una entrada triunfal a la cena que damos hoy en tu honor en Worthington House?

—Me temo que tan dispuesta como siempre —respondió Alex, arrugando la nariz—. Me sorprende que hayas venido a buscarme tú en vez de mamá. Pensaba que querría revisar mi aspecto una última vez.

—Tu madre está ocupada haciendo cambios de última hora en la distribución de los

asientos. Ya sabes que quiere que todo salga perfecto. —Hizo una pausa cuando Alex puso los ojos en blanco—. Y como duque de Worthington, recae sobre mí el deber de escoltar a la más hermosa damita de la celebración.

Alex sonrió.

—Ah, te olvidas, papá, de que me he graduado en conversación adecuada tras un número obscuro de horas de lecciones, todo hay que decirlo. Y en ellas están incluidas las reglas y regulaciones relativas a cenas y acompañantes. Así que sé que mientes. Como anfitrión, debes acompañar a la mujer de más alto rango que asista a la celebración. Tal vez te gustaría que te organizase un curso de actualización —preguntó con inocencia.

—Pero se te olvida, hija mía, que lo mejor de ser duque es que se pueden cambiar las reglas según tu capricho... y nadie se atreve a discrepar.

—Excelente opción, por cierto.

—Siempre lo he considerado así. ¿Vamos? —Le ofreció el brazo a su hija, pero se detuvo cuando ella posó la mano en él—. Espera. Se me olvidaba algo.

Sacó una larga hilera de piedras preciosas del bolsillo de la chaqueta y la levantó para que Alex la viera. Ella jadeó y miró a su padre con incredulidad.

—¿Los zafiros de la abuela? —No pudo evitar tocar la impresionante cadena de zafiros—. Pero, papá... eran muy importantes para ella... son casi un icono. Creo que no...

—Tonterías. Tu abuela era testaruda y brillante, tan indomable como una tormenta. Me han dicho que durante su primera temporada rompió muchos corazones y daba su opinión aunque no se la pidiesen. Francamente, me recuerdas mucho a ella, y se sentiría tan orgullosa de ti esta noche como lo estoy yo. Querría que hicieras tu debut en el salón de Worthington llevando esos zafiros. Estoy seguro de ello. Date la vuelta —añadió después, con aquel tono ducal que había perfeccionado con los años.

Cuando lo hizo, sintió el peso frío del collar que había sido tan representativo de su abuela. Al volverse hacia el espejo, vislumbró a alguien a quien apenas reconoció. ¿Era realmente ella? El duque asintió con firmeza a la imagen en el espejo.

—Ahora estás preparada para hacer tu presentación como la Stafford que eres.

Había algo en ese momento que la impactó, algo que llenaba su corazón de nerviosismo y orgullo a partes iguales; nervios por la responsabilidad que suponía, no solo ante sus padres, sino ante todo su linaje de hombres y mujeres honorables que se remontaba a los primeros tiempos de Gran Bretaña, y se sintió orgullosa de pertenecer a tan noble casta.

Agarró el brazo de su padre e hizo la silenciosa promesa de hacerlo lo mejor posible para que se sintieran orgullosos de ella.

Había una razón que convertía una invitación para cenar en Worthington House en una de las más codiciadas de la temporada. Los Stafford habían sido anfitriones durante siglos, cumpliendo una tradición que se había transmitido de duquesa en duquesa

durante generaciones. En estas veladas, los títulos nobiliarios más importantes se sentaban a la enorme mesa del comedor acompañados por las personas más interesantes. Por esa razón, cualquiera que tuviese un antiguo título o grandes propiedades se enfurecía si quedaba fuera de la lista de invitados... Y por eso mismo era una invitación que no podía ser rechazada.

Durante siglos, a las cenas de los Stafford habían asistido algunas de las personas más famosas y más respetadas de la historia británica; desde dramaturgos y poetas a políticos y miembros de la realeza, y todos aquellos que hubiese entremedias. Contaba una leyenda familiar que a una cena habían asistido William Shakespeare y la reina Isabel; se decía que fue esa noche cuando la reina encargó al famoso dramaturgo una obra que representar durante los festejos del duodécimo aniversario de su reinado, dando lugar a una de las comedias más famosas del dramaturgo. ¿La prueba? Los entonces duques de Worthington se llamaban Sebastian y Olivia, que casualmente eran los nombres de dos de los personajes principales de la obra, unos que estaban profundamente enamorados.

Alex había oído la historia innumerables veces y nunca la había creído del todo; la encontraba un poco demasiado extravagante para su gusto, pero esa noche estaba haciendo que cambiara de opinión. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que en esa ocasión su madre se había superado a sí misma. En un rincón, el duque de Sunderland —conocido por sus cuabras, que reunían los mejores caballos de carreras en Inglaterra— estaba siendo presentado a Marcus Sinew, editor del periódico *The Times*, del que se rumoreaba que era uno de los hombres de negocios más inteligentes y con más encanto del país. En otro lado, la duquesa de Sunderland, poderosa portavoz del movimiento contra el trabajo infantil, era presentada a un joven miembro del Parlamento que se esperaba ver convertido en primer ministro como fruto de su fulminante carrera.

Mirase donde mirase, había muchas personas diferentes pero con atrayentes cualidades. Todo el mundo parecía enfrascado en interesantes conversaciones, riendo, charlando y divirtiéndose. No había coqueteos estúpidos ni aburridas discusiones sobre la moda o el ganado. No, estos eran los intelectuales y los poderosos de la sociedad londinense. Su madre había logrado lo que pocas anfitrionas conseguían, una conversación interesante y honesta en fascinante compañía, y Alex se sintió aliviada ante lo cómoda que se encontraba en esa sala. Cogió una copa de champán de una de las bandejas que ofrecía el servicio y tomó un pequeño sorbo mientras se empapaba del ambiente. Al otro lado de la habitación, vio a Ella en una acalorada conversación con Will y el padre de Vivi, el marqués de Langford. Sonrió ante la evidente admiración reflejada en los rostros de los hombres; supuso que debían de estar hablando de política... y Ella estaba defendiendo su opinión. El sonido de su estómago interrumpió sus pensamientos. Intentando disimular, miró hacia el antiguo reloj en el extremo de la habitación y se preguntó cuándo comenzaría la cena.

—¿Hambrienta?

Un rubor rosa cubrió sus mejillas cuando se volvió para encontrarse con la mirada divertida de Blackmoor.

—Me has pillado. Estoy hambrienta, pero no debes decírselo a mi madre. Se supone que las damas no tenemos necesidades físicas. O al menos, se supone que no las expresamos.

—Ya veo. Bien, entonces haré lo que esté en mi mano para distraer tu mente.

Ella lo miró, tomando nota de su atractivo aspecto. Llevaba una chaqueta con un corte impecable de un profundo azul noche tan oscuro que era casi negro. El blanco de la camisa y de la corbata resaltaba su tez bronceada y el azul grisáceo de sus ojos; se veía muy serio y adulto. Pero en el fondo de sus ojos, por debajo de aquella fachada dura, vio un atisbo del chico que había sido su salvador durante toda su vida. Soltó un pequeño suspiro. Aunque fuera agotador discutir con él, lo echaba de menos. El reto que suponía la temporada para ella, junto con los demonios contra los que él estaba luchando, se había llevado lo mejor de ambos. Estaba a punto de decir algo al respecto, cuando fue él quien habló con voz clara y seria.

—Parece que hemos empezado esta temporada con el pie izquierdo.

Ella se sintió aliviada al ver que compartía sus sentimientos.

—Milord, pienso exactamente lo mismo.

Sus miradas se encontraron, verde claro y gris profundo, y Alex sintió que se ruborizaba ante la honestidad del momento. La suya era una amistad que hasta hacía poco nunca había tenido momentos de tensión, nunca había sido complicada; había estado siempre llena de diversión, humor y tonterías. Ella todavía no alcanzaba a comprender cómo o por qué sufría ese extraño cambio emocional. ¿Era él consciente de ello?

—Me alegro de que estemos de acuerdo. ¿Firmamos una tregua?

Estaba claro que estaba menos preocupado que ella sobre el cambio que había sufrido su relación, y ahora, sin duda, no era el momento para hablar. Volvió al terreno seguro que era tomarle el pelo e inclinó la cabeza, como si pretendiera considerar la propuesta con seriedad. Él se rio, atrayendo la atención de los otros invitados.

—Picaruela... —susurró.

Alex lo recompensó con una sonrisa y todo fue perdonado, su mal comportamiento con Penelope, la arrogancia de él; todas las confusiones mutuas de las últimas semanas.

Compartieron un momento lleno de silencioso placer, un momento que duró el tiempo suficiente para que ella se ruborizara una vez más.

De pronto sonaron las campanas avisando para la cena, interrumpiendo su momento privado, y Alex, a pesar de los años de lecciones sobre cómo ser escoltada a la cena, se encontró perdida de repente... una extraña en su propia casa. Vio que la gente se emparejaba a su alrededor, el hombre de mayor rango, con su correspondiente femenina. Sintió que el pánico comenzaba a inundar su pecho cuando se dio cuenta de que no tenía idea de cuál era su posición en ese momento. ¿Quién iba a acompañarla en

la cena? Su padre escoltaba a la duquesa viuda de Lockwood al comedor; iba seguido por su madre, acompañada por el duque de Sunderland. Vio como Vivi y Ella tomaban del brazo a sus respectivos escoltas. Will y Kit no eran de ninguna ayuda. No podía ir acompañada a la cena por Kit, era su hermano. Era como verse obligada a bailar una elaborada danza de la que se había olvidado de los pasos, sabía que debería haber prestado más atención a las sabias lecciones de su institutriz. Su madre iba a matarla. Quizá fingirse enferma, resolvería el problema. Perdida en su propia histeria, se había olvidado de que Blackmoor estaba de pie a su lado. Se volvió y vio su tranquila sonrisa, parecía claramente divertido por su pánico.

Esperaba a que ella se diera cuenta de lo que había sabido todo el tiempo... que él, como conde sin relación, era un escolta perfectamente adecuado para la hija de un duque. Con un suspiro de alivio, puso la mano en el brazo que él ofreció.

—Eso ha sido cruel —susurró—. ¿No habíamos hecho una tregua?

—Al contrario —respondió él mientras se abrían paso hacia el comedor—. Yo ofrecí una tregua, tú no la has aceptado.

—Palabras, palabras...

—Puede ser, pero esto es Londres en plena temporada. Las palabras son de suma importancia.

Ella se rio entre dientes.

—De cualquier manera, tengo que darte las gracias; parece que estás siempre disponible para salvarme cuando estoy a punto de meterme en problemas.

—Esa es una tarea a la que me he resignado hace mucho tiempo, Alex —respondió él con un exagerado suspiro.

Ella no podía dejar de pensar en la primera vez que la había salvado.

—Por suerte para ti, ya no tienes que bajarme de un árbol. Me atrevería a decir que tus últimas misiones han sido bastante más fáciles.

—Yo no estaría tan seguro —contestó él de forma enigmática.

No tuvo la oportunidad de preguntarle a qué se refería, porque habían llegado al comedor y la energía de la conversación y la extraordinaria comida los había absorbido de inmediato.

Alex se encontró sentada en el otro extremo de la mesa, a la izquierda del marqués de Langford, que seguro sería un fascinante compañero de mesa. Que fuera el padre de una de sus amigas más cercanas sirvió para que se sintiera más a gusto. Envío una silenciosa oración de agradecimiento a su madre por el arreglo. A su izquierda estaba el señor Sinew, y casi de inmediato decidió que le gustaba; el editor era un hombre inteligente y sin pretensiones, un refrescante cambio frente a casi todos los miembros de la alta sociedad.

Al otro lado de la mesa estaba lady Charlotte Twizzleton, una mujer brillante que con veintiséis años era considerada una solterona, cosa que no parecía importarle demasiado. A cambio, había viajado por el mundo, frecuentado salones visitados por

las mentes más preclaras de la época y pasaba los días hablando con quien ella elegía, sobre lo que quisiera.

Alex siempre había considerado a lady Charlotte como su inspiración particular y estaba encantada de que, aunque su madre estuviera obsesionada con verla casada sin tardanza, siguiera sintiendo una gran admiración por una joven de libre pensamiento... ¿por qué si no la habría sentado tan cerca de una influencia potencialmente peligrosa?

Vivi y Ella estaban ubicadas más lejos, algo que Alex notó con cierta decepción, pero se integró en la animada conversación que versó sobre una amplia variedad de temas fascinantes, desde el arte a la política, con la guerra siempre presente. A su entusiasmo e interés por la conversación, pronto se le unió la agradable sorpresa de comprobar que estos caballeros en particular parecían escuchar realmente las opiniones de las mujeres que los rodeaban. ¿Cuál era este extraño nuevo mundo que sus padres habían estado escondiéndole?

Alex miró al lugar de la mesa donde estaba su madre, al otro extremo de la habitación. Observó con fascinación que la duquesa decía algo ingenioso, provocando las risas de sus acompañantes. Su madre se dio cuenta de que la estaba observando y, con un gesto lento de reconocimiento, compartió una mirada de complicidad con ella, como si estuviera diciéndole «tu madre no es solo lo que parece, ¿verdad?».

Sintió una profunda admiración por ella. Por frustrante que resultara, su madre era, sin duda, una gran anfitriona. Por segunda vez en la noche, se sintió muy orgullosa de ser una Stafford y muy honrada de haber recibido una invitación para esa cena en particular.

·CAPÍTULO 11·

Después de la cena, los invitados se trasladaron a la sala de música, donde continuaron las conversaciones mientras se iban mezclando los diferentes grupos. A pesar de haber disfrutado mucho de sus acompañantes en la mesa, Alex se sintió feliz cuando pudo escabullirse en un rincón con Vivi y Ella, a las que había echado de menos durante toda la noche.

—Llevo años oyendo hablar de estas cenas —dijo Vivi en voz baja, incapaz de ocultar la emoción—. Pero nunca me imaginé que serían tan...

—¿Diferentes a cualquier otro evento al que hayamos asistido? —terminó Alex por ella—. ¡Lo sé! Imaginaos cómo os sentiríais si esta cena la hubiesen organizado vuestros padres. ¡Apenas si soy capaz de reconocerlos! ¿Qué tal resultó la gente que teníais alrededor?

—Yo estaba sentada con Lucian Sewell, el tío de Blackmoor, y la duquesa viuda —respondió Vivi—. Él es muy callado pero encantador, y ella, por el contrario, es horrible. ¡No os imagináis las cosas que dijo!

Mirando a través de la habitación, Alex observó como la dama en cuestión le daba un golpe al padre de Ella con la punta de su sempiterno bastón.

—Oh... creo que sí lo podemos imaginar —replicó al tiempo que señalaba la acción a sus amigas.

Ella se rio al ver la indignación de su padre.

—Espero que no la molestases, Vivi. No me gustaría que me pincharan con ese bastón.

—Me han pinchado con él y es tan puntiagudo como te imaginas —dijo Alex—, pero no se puede comparar con la reprimenda que recibirías como castigo si la desairases.

Se encorvó y elevó el tono de su voz, imitando a la anciana, haciendo reír a sus amigas por lo certero de la imitación. La risa llamó la atención del resto de la sala, y recibieron una mirada de complicidad por parte de la duquesa viuda de Lockwood.

—Mmm..., creo que me han pillado —dijo Alex con cierto reparo, lo que hizo que sus amigas se rieran de nuevo.

Una voz masculina las interrumpió.

—Te ha pillado, definitivamente. He recibido esa mirada un par de veces. Prepárate para un buen sermón la próxima vez que estés a su alcance.

Alex se volvió hacia Blackmoor.

—Primero tendrá que atraparme —replicó Alex.

—No dejes que el bastón te engañe. Puede llegar a ser muy rápida si lo desea. Me han enviado la duquesa y la condesa a separaros —añadió Blackmoor, dirigiéndose a las tres—. Es evidente que vuestras madres piensan que podéis meteros en problemas.

Vivi se rio entre dientes.

—Por desgracia, tienen razón. Y no son las únicas. Mi padre también parece preocupado. Y me ha visto. Creo que no me queda más remedio que acercarme a él.

¿Alguien quiere acompañarme?

Ella sonrió.

—Yo; después de todo, tu padre no me va a reprochar nada y mi madre sí.

Al quedarse sola con Blackmoor, Alex se volvió hacia él.

—Bueno, realmente me has estropeado la diversión, milord —dijo con falso reproche.

—Parezco poseer ese don —concluyó él con una reverencia—. ¿Me acompañas a dar una vuelta por el salón? Quizá eso pueda entretenerte.

Ella puso la mano en el brazo que le ofrecía.

—Supongo que, si tengo que dar una vuelta por el salón, eres mejor que el resto —respondió casualmente.

—Tu habilidad para los halagos es absolutamente abrumadora.

—Es un don, milord.

Él se rio al darse cuenta de que había usado sus propias palabras.

—Me pareció que pasabas un buen rato en la cena. Aparentabas participar en una conversación muy interesante.

—Tuve la suerte de que me tocara una compañía fascinante. Me siento un poco sorprendida ante la experiencia.

—¿Sorprendida?

—Nunca me imaginé que mis padres pudieran ser tan diferentes en su papel de anfitriones. Es una tontería, la verdad. Quiero decir, por supuesto que sus vidas no son solo sus hijos.

—No es una tontería, Alex. —La voz de Blackmoor se hizo más grave—. No es fácil descubrir que tus padres son más de lo que parecen.

Alex tuvo la sensación de que se refería a algo más. Al darse cuenta de que habían llegado a la entrada de la terraza que daba a los jardines de atrás, vio la posibilidad de mantener una conversación privada.

—Me parece que tengo un poco de calor. ¿Te importaría acompañarme afuera? —le preguntó.

La miró un poco sorprendido, pero asintió con la cabeza, y atravesaron las puertas de cristal para disfrutar de la fría noche londinense.

Sin embargo, no estaban solos en el balcón e interrumpieron al barón Montgrave y Lucian Sewell, que estaban enfrascados en una conversación.

—No hay nada que hacer —decía Lucian en voz baja.

—¡Hay mucho que hacer! —respondió el barón, más fuerte; parecía algo excitado.

No les dio tiempo a escuchar nada más antes de que los hombres se percataran de su presencia.

—Lamento la interrupción —se disculpó Blackmoor—. Tío Lucian, barón... No era nuestra intención. —Hizo un movimiento para alejarse con ella y regresar al interior.

—No es necesario que te disculpes —intervino su tío antes de que hubieran dado un

paso—. El barón y yo estábamos hablando de la guerra. —Se volvió hacia su sobrino con media sonrisa—. Francamente, me has salvado de un momento embarazoso.

—Solo discutíamos sobre el notable papel que ha jugado su tío en la guerra, lord Blackmoor —añadió el barón sin apartar la vista de Sewell.

Lucian inclinó la cabeza con afectada humildad.

—El barón Montgrave exagera. Apenas soy el héroe que insinúa.

—No es así. Supongo que su tío no lo tiene al tanto sobre sus acciones de los últimos años, lord Blackmoor. Pero espero que algún día lo ilumine sobre sus hazañas...

Lucian sacudió la cabeza, y Alex se dio cuenta de que buscó los ojos del barón. Sus siguientes palabras fueron dirigidas al francés.

—Mi sobrino no tiene que conocer mi pasado, barón. Es solo eso, pasado. Lady Alexandra —continuó, dirigiéndose a ella—. Ha sido un placer, como siempre. Creo que volveré al interior.

Sewell se despidió, y el barón lo siguió, dejando a Blackmoor y Alex solos en la terraza. La fresca brisa nocturna los envolvió.

Alex tuvo la nítida sensación de que la conversación que habían presenciado era más importante de lo que parecía... aunque no sabía por qué. Ignorando ese pensamiento, buscó la manera de aligerar el momento con Blackmoor, que parecía perdido en sus propios pensamientos.

—Sin duda, son una pareja poco convencional.

—Mi tío parece ser aficionado a frecuentar compañías que no le pegan —convino Gavin, mirando hacia el oscuro jardín—. Como iba diciendo... —continuó de forma distraída—, no es raro descubrir que tus mayores son diferentes a lo que pensabas. Mi tío Lucian es un ejemplo de ello.

—¿Esa idea no ha cambiado en el tiempo que habéis pasado juntos?

Blackmoor emitió una risita.

—En lo más mínimo. Es tan misterioso ahora como lo recuerdo de cuando yo era un niño, solo que ahora... —Se calló.

Alex tenía intención de guardar silencio hasta que estuviera listo para continuar. Lo intentó de verdad, pero, desgraciadamente, no pudo lograrlo.

—¿Ahora... ?

Él permaneció callado, por lo que ella pensó que ignoraría su pregunta, se encontraba muy lejos de allí en ese momento, de esa noche.

—Ahora él es el único vínculo que tengo con mi padre —respondió por lo bajo, cuando ella estaba a punto de cambiar de tema—. Y, por mucho que lo intente, no encuentro nada de mi padre en él. Imagino que dirá lo mismo de mí.

—¿Por qué dices eso? —presionó ella antes de poder detenerse. Una vez dicho, matizó sus palabras con rapidez—. Que no veas a tu padre en él, lo entiendo, ya que eran dos hombres muy diferentes. Pero ¿por qué dices que él debe de pensar lo mismo?

Se dio la vuelta para mirarla y ella se sorprendió por la expresión de preocupación

en sus ojos, más oscuros en la tenue luz.

—Nunca tuve la oportunidad de aprender a ser como él. —Esta vez, ella se quedó callada, viéndolo tragar, tratando de encontrar las palabras apropiadas—. Murió demasiado pronto. Mucho antes de lo que esperaba. Por la noche, cuando estoy en casa, en esa maldita casa, solo puedo pensar que debería haber estado más atento, que debería haberle prestado más atención.

Las palabras parecían surgir solas de sus labios, y Alex quiso consolarlo.

—No podías saberlo...

—Ya lo sé. Pero me gustaría... haber pasado mucho más tiempo con él. —Blackmoor respiró hondo, haciendo una pausa lo suficientemente larga como para hacer que ella se preguntase si iba a hablar de nuevo—. ¡Ojalá hubiera sido un hijo mejor! —susurró él, justo cuando Alex pensaba que iba a tener que romper el silencio para tranquilizarlo.

Su respuesta fue inmediata.

—Fuiste un hijo maravilloso. Eres un hijo maravilloso. Él lo creía, lo sé con la misma certeza que sé mi propio nombre.

—No lo sabes.

—Sí.

—¿Cómo es posible?

Él la miró, la miró de verdad, por primera vez desde que habían salido a la terraza, y ella se sorprendió por lo masculino que parecía en la oscuridad. La tenue luz arrancaba sombras a su rostro, endureciendo los ángulos de su nariz recta y su fuerte mandíbula. En sus ojos brillaba algo que no sabía definir y no supo si se trataba de un truco de la luz, pero no podía apartar la mirada de él.

Extendió la mano, poniéndola sobre la suave y cálida tela de la chaqueta, donde más se ajustaba a su brazo, sin saber qué añadir para que todo volviese a estar bien. Tuvo que conformarse con una gentil y apasionada afirmación.

—He pasado gran parte de mi vida con padres e hijos. Sé cuándo su relación va bien. Él te quería, Gavin. Estaba orgulloso de ti. De hecho, te pareces mucho a él; posees su misma fuerza, su humor, su carácter.

Su contacto pareció arrancar a Blackmoor de su aturdimiento, y miró su blanca mano, colocando la de él encima antes de volver a capturar su mirada. Intentó curvar los labios en una sonrisa de medio lado antes de hablar.

—Esta es la primera vez que me has llamado Gavin desde que comenzó la temporada. —Soltó una risita—. He llegado a pensar que te habías olvidado de mi nombre.

Ella trató de ignorar lo que sintió cuando la tocó.

—Solo estoy tratando de acostumbrarme a que seas conde —respondió—. Tengo que recordármelo continuamente.

—No eres la única. Hago lo mismo casi todos los días. Y te aseguro que preferiría no ser Blackmoor. —Hizo una pausa antes de continuar—. No sabes lo que daría por

volver a ser simplemente Gavin.

Alex buscó las palabras adecuadas.

—No quiero imaginar lo difícil que debe de ser para ti. En mi opinión, creo que eres un conde excelente... Siempre supe que lo serías. Es más, estoy segura de que tu padre está muy orgulloso, donde quiera que esté.

Él giró la cabeza para mirarla, pero se mantuvo en silencio.

Una emoción que no podía definir brilló en sus ojos, algo que nunca había visto antes en ellos.

—Y, a pesar de que es posible que no lo reconozcas ahora —continuó ella—, sigue ahí. Tan fuerte como siempre.

Los ojos de Gavin se oscurecieron cuando se enderezó y la miró. Movi6 el brazo debajo de su mano, girándolo para entrelazar sus dedos. Ella fue muy consciente del calor de su piel sobre la de ella, de la intensidad de su mirada. El momento se alargó y Alex tuvo la sensación de que estaba sucediendo algo que no entendía. Lo miró a los ojos y él se acercó, dejando poco espacio entre ellos. Cuando la miró, le caía un mechón de su pelo sobre la frente. Alex sintió un hormigueo en los dedos por la necesidad de retirarlo de su rostro.

—¿De verdad crees eso?

—Cada palabra.

Ella contuvo el aliento cuando él llevó la mano libre a su cara para obligarla a subirla hacia la luz. Su contacto provocó una extraña sensación, algo que no había sentido nunca.

—Haces que me den ganas de creerlo. —Ella percibió sorpresa en su voz.

Estaban a pocos centímetros y sus miradas se enlazaron.

De repente lo supo. Gavin iba a besarla. Y ella lo deseó más de lo que hubiera imaginado nunca. Contuvo el aliento cuando la mirada de él bajó de sus ojos a sus labios, y sintió que todo su cuerpo se tensaba cuando vio que se acercaba.

Sus labios estaban tan próximos a los suyos que podía sentir el roce de su aliento en la piel. Cerró los ojos y esperó, con todos los sentidos gritando «¡Te va a besar!».

Solo que no lo hizo.

En vez de eso, justo cuando estaba segura de que iba a experimentar su primer beso, oyó una suave maldición. Abrió los ojos al tiempo que él retrocedía, soltándole la mano. Se sintió mareada por el rápido movimiento y la repentina pérdida de su calor.

—No podemos hacerlo.

—¿No podemos hacer qué? —Las palabras salieron jadeantes y desconcertadas.

—¡No! —Lo vio pasarse los dedos por el pelo mientras respiraba profundamente, mirando a cualquier parte menos a ella.

Alex no sabía qué decir ni cómo actuar; después de todo, no todos los días está a punto de besarte uno de tus mejores amigos. Así que se quedó callada.

Él se aclaró la garganta y habló.

—Somos como hermanos. —Y eso fue todo—. Debería acompañarte al interior.

Alex rezó para que su voz sonase firme y se sintió muy agradecida cuando su respuesta fue tranquila, casi como si experimentase este tipo de situación todos los días.

—Por supuesto. No me gustaría perderme ninguna de las actividades.

Ignorando el brazo que le ofrecía, pasó junto a él para dirigirse a las brillantes luces de la sala, dejando que la siguiese.

·CAPÍTULO 12·

—Todo es culpa de Alex. Si no fuera por ella, habríamos sido capaces de evitar que mamá nos obligara a cumplir sus órdenes, como siempre. —Kit miró a Will por encima de la mesa, y él asintió con firmeza, mostrándose de acuerdo mientras analizaba su próxima jugada al *vingt-et-un*.

Nick miró sus cartas con aire de superioridad.

—Yo, al menos, tengo una razón para perderme el baile de los Salisbury. Mamá no puede impedirme que regrese a Oxford; llevo semanas planeándolo. Con ese dos me paso. —Arrojó las cartas sobre la mesa con una mueca al ver que había perdido.

—Debo decir que preferiría arrancarme una muela —comentó Blackmoor, que ocupaba el cuarto puesto ante la mesa—. ¿No os pasa lo mismo? ¿Kit? ¿Will?

Todos se rieron y continuaron la conversación mientras Will recogía sus ganancias del centro de la mesa y empezaba a barajar las cartas.

—Mamá no puede obligarnos a ir al baile —insistió Kit—. ¡Somos adultos, por el amor de Dios!

Will arqueó una ceja mirando a su hermano menor.

—¿De verdad crees que no nos puede obligar? Estamos hablando de la misma madre, ¿verdad? ¿Bajita y con carácter?

Kit suspiró y se recostó en la silla, sosteniendo la mirada de su hermano.

—¿Cómo vamos a librarnos?

—No lo haremos —repuso Will—. Este es uno de esos bailes a los que tendremos que asistir. Nicola Salisbury es amiga de Alex desde hace años. Y ella no se lo perderá por nada del mundo.

—Es posible —intervino Nick—, pero estoy empezando a pensar que Alex está todavía menos interesada que nosotros en asistir al baile de los Salisbury. Durante los últimos días ha estado más callada de lo habitual, ¿no creéis?

—No, no me había dado cuenta —contestó Kit con aire distraído.

—¿Te ha dicho qué es lo que le preocupa? —intervino Blackmoor, disimulando su interés.

Nick sacudió la cabeza, agitando la mano con desdén.

—No, no con tantas palabras. Simplemente parece haber desarrollado más desdén por los eventos de la temporada. No ha querido asistir a muchos durante los últimos días.

Will resopló.

—Alex nunca ha estado demasiado interesada en los eventos de la temporada, así que no me preocuparía por ella. Como ya he dicho, Nicola es su amiga; querrá asistir. Uno de nosotros tiene que acompañarla. Y, dado que soy el mayor, y el de un rango más alto, debo decidir quién será. ¿Adivinas quién? —Sus ojos verdes brillaban de diversión.

—¡Mierda! —Eso era algo que Kit no iba a aceptar sin pelear—. ¡No voy a ser yo!

—¿Por qué no?

Kit se mantuvo en silencio un momento, buscando una excusa viable para evitar asistir al baile en cuestión. Sus ojos se iluminaron cuando se le ocurrió una.

—La cacería. Tengo una invitación y es el lugar perfecto para buscar una esposa adecuada. Se lo insinuaré a mamá. —Parecía realmente satisfecho.

Will gimió; conocía a su madre lo suficientemente bien como para saber que pensaría que detrás de la declaración de Kit había una dama en particular.

—Buena jugada, hermanito.

Kit asintió con la cabeza aceptando el cumplido. Will suspiró, barajando lentamente las cartas mientras se sumía en sus pensamientos. Debía idear una buena excusa para escapar de los deberes fraternales.

Blackmoor, que había estado bastante silencioso durante la conversación, se aclaró la garganta antes de interrumpir con suavidad los pensamientos de sus amigos.

—Yo asistiré al baile. Si queréis puedo ser su acompañante.

Los ojos de Will se iluminaron al escuchar esas palabras.

—¿En serio? ¡Magnífico! —dijo al ver que Blackmoor asentía—. De todos modos, todo el mundo cree que eres uno de sus hermanos, y prácticamente lo sois.

Blackmoor se aclaró la garganta de nuevo.

—Claro.

Tratando de contener su emoción al tener una vía de escape, Will trató de parecer preocupado por su amigo. No fue fácil que la satisfacción no se reflejara en su expresión.

—¿Estás seguro, Blackmoor? No se me ocurre nada peor que pasarme la noche vigilando a Alex mientras atrae a una multitud de pretendientes. Es como si fueran polillas y ella la llama.

Blackmoor soltó una carcajada.

—Yo tampoco —respondió. Tras hacer una pausa se dio cuenta de que debía decir algo más—. Pero tengo que asistir de todos modos, así que... me parece la solución más lógica.

—Ya sabía yo que había una razón para que fuéramos amigos —dijo Will.

Nick sacudió la cabeza, mirando con asombro a su hermano mayor.

—Es simplemente increíble la suerte que tienes. Si me hubiera tocado a mí, estoy seguro de que habría terminado acompañando a Alex, Vivi y Ella durante el resto de la temporada.

El reloj del pasillo de Blackmoor House dio las horas de forma ruidosa, anunciando que eran las seis en punto. Los tres Stafford se pusieron en pie.

Will lanzó las cartas sobre la mesa.

—Muchachos, esa es la señal —dijo—, mamá nos quiere en casa para la cena de esta noche; quiere discutir los planes para el baile de Worthington.

Nick se levantó suspirando.

—Cualquiera pensaría que no hay nada más importante en todo el Imperio británico que la temporada —comentó exasperado—. Dios nos libre de las madres ociosas.

—¿Te gustaría unirme a nosotros esta noche, Blackmoor? —lo invitó Kit—. Después de todo, parece que vas a facilitarnos bastante la vida esta temporada.

—Creo que ya he hecho suficiente por vosotros —dijo—. ¿O debo pasarme también la noche discutiendo con vuestra madre sobre un baile? Creo que no.

Will le dio una palmada en el hombro.

—Bien dicho, Blackmoor. Dejaremos que te escapes esta vez, pero solo porque eres un buen amigo.

Dicho eso, los tres hermanos se despidieron y Blackmoor tuvo que enfrentarse una vez más a la soledad en su estudio, envuelto en la luz del atardecer.

Maldijo por lo bajo por haber sido tan estúpido como para ofrecerse a ser el acompañante de Alex en el baile de los Salisbury. ¿En qué había estado pensando?

—Es evidente que no pensaba —dijo en voz alta.

Aquella situación iba a ser un desastre. Como si no fuera lo suficientemente malo haber estado peligrosamente cerca de comprometer el honor de Alex, con su familia a solo unos metros de distancia, ahora se había ofrecido a ser su acompañante.

—¡Es como si fuese tu hermana! —insistió una vez más en voz alta con patente disgusto. Salvo que no era su hermana, y lo sabía. Las emociones que había sentido en el balcón la semana anterior no habían sido nada fraternales. Nada. Por eso había intentado evitarla durante toda la semana. Ocho días. No era que los hubiera contado; bueno, sí, los había contado. Pero solo porque eran amigos, solo amigos. E iban a seguir siéndolo. Los Stafford habían hecho demasiado por él y su familia para tirarlo todo por la borda y estropear años de amistad besando a Alex. Confiaban en él, y no iba a traicionar esa confianza. Además, probablemente Alex no había dedicado ni un segundo de su tiempo a pensar en el incidente del balcón. Solo eran amigos.

—Bien. Eso es todo.

Hizo una pausa y luego sacudió la cabeza. Realmente tenía que dejar de hablar solo.

Alex se detuvo ante la sala de Worthington House y respiró hondo, reuniendo coraje para entrar. Sabía que Blackmoor estaba al otro lado de esa puerta, esperándola para acompañarla al baile de los Salisbury como si no hubiera pasado nada entre ellos; como si no hubiese hecho el ridículo pensando que iba a besarla y luego mostrándose de mal humor durante el resto de la noche... de la semana... o de las dos semanas siguientes.

Había tratado de mantener la calma durante todo el día, prometiéndose que ignoraría el hecho de que Gavin había desaparecido prácticamente de su existencia durante las dos últimas semanas. Dieciséis días. Y no era que los hubiera contado. Se había pasado la tarde repitiendo para sus adentros que la relación entre ellos era normal y no increíblemente incómoda, que ir al baile con él esa noche era algo que deseaba y no algo que temía, y que nunca había pensado en Gavin de ninguna otra manera que no fuese un muy querido y dulce amigo. Había elegido «querido» y «dulce», porque eran

las palabras que se usaban para describir a los niños, a los cachorros y a los ancianos.

Por supuesto, pensar en Gavin como un cachorro no había sido suficiente para apaciguar su ira. Más bien lo contrario. Mientras se vestía, su irritación había ido creciendo y creciendo. Estaba enfadada con él por ser la única persona dispuesta a acompañarla al baile esa noche... irritada con sus hermanos por faltar a este evento en particular... y furiosa con Nicola Salisbury, que había sido su amiga desde que habían empezado a andar, por tener una madre que sería la anfitriona de un importante baile.

—Bueno, terminemos con esto —se dijo antes de entrar—. Solo será un paseo en carruaje; después voy a ignorarlo durante el resto de la noche.

Respiró hondo, cuadró los hombros y forzó una falsa y brillante sonrisa antes de girar el pomo de la puerta para abrirla.

—Buenas tardes, lord Blackmoor. —Las palabras le salieron un poco agudas, pero no dio importancia a ese hecho y continuó hablando de manera formal—. Espero que se encuentre bien esta noche.

Blackmoor se volvió desde donde estaba, junto a la ventana, y abrió los ojos casi imperceptiblemente al ver la imagen que ella presentaba, enmarcada por la brillante luz del pasillo. Alex lo vio tragar saliva y se recreó durante unos segundos en el hecho de que pareciese que tenía la boca llena de serrín, aunque fingió que no se había dado cuenta. Ni que sabía exactamente por qué parecía tan incómodo.

Mientras se vestía, había tomado la decisión de vengarse de Blackmoor de la única forma en que podía hacerlo una jovencita en su primera temporada sin provocar una escena: ponerse un vestido diseñado para volver locos a los hombres.

Madame Feraud y su madre habían creado este vestido en particular con el estilo más en boga esa temporada. La tela era de un intenso tono violeta; uno de sus colores favoritos, que realzaba su belleza. El corte seguía la última moda, con un enorme escote que habría escandalizado a su padre y seguramente también a sus hermanos, así que esa noche —que no había ninguno presente y Blackmoor haría de niñera— era la noche perfecta para estrenarlo.

No fingió que no existiera otra razón para que hubiera decidido llevar ese vestido en particular en esta noche. Blackmoor estaba de pie en esta sala, mirándola entre irritado y atónito. No podía ocultar que la deseaba. Sabía que el vestido le quedaba como un guante. Y si causaba revuelo esa noche, tendría que lidiar con ello y hacer como si todo estuviese bien. Y los dos lo sabían.

Alex sonrió de oreja a oreja cuando se dio cuenta de que él miraba a cualquier parte menos a ella.

«*Cobarde* —pensó para sus adentros—. Voy a demostrarte que casi me besas, que esa es la razón por la que has desaparecido durante quince días».

Cuando lo vio tragar saliva, la sonrisa se hizo aún más amplia.

—¿Nos vamos, milord? No me gustaría perderme el primer vals.

Sus palabras hicieron que se moviera, y atravesó la estancia con elegancia para

ofrecerle el brazo.

—Por supuesto. No podemos permitir que te pierdas el primer vals.

«¿Había detectado cierto sarcasmo en su tono?».

Mientras cruzaban el vestíbulo, Gavin se recordó que se había prometido que esa noche permanecería al margen e intentaría actuar de forma fraternal.

—Estás muy guapa, Alex, pero ¿no crees que el vestido revela demasiado?

—No me había dado cuenta, milord.

Gavin arqueó una de sus cejas doradas ante su respuesta; sabía que era mentira.

Reconociendo una conversación que sería mejor evitar, Gavin emitió una especie de gruñido desde el fondo de su garganta, sin comprometerse, y se pusieron en marcha.

En el carruaje, los dos parecieron acordar tácitamente no abordar los incidentes de la semana anterior. A ella le parecía bien, ya que a pesar de sentirse satisfecha por haberlo dejado sin palabras con el vestido, todavía seguía avergonzada por lo acontecido en la cena en Worthington House y habría preferido no haber vuelto a dirigirle la palabra.

Se había quedado allí, en la oscuridad de la noche, esperando a que la besara. ¡Qué tonta debió de parecerle! No le habría sorprendido que Gavin hubiera bromeado sobre ello con sus hermanos. Podía imaginárselo diciendo: «¡Tenemos que conseguir que esa mocosa se case!».

Sí, la experiencia había resultado mortificante. Sentía que se sonrojaba con solo pensar en ello. Con una silenciosa oración de agradecimiento por que estuviera oscuro dentro del carruaje, deseó poder borrar el color de sus mejillas. Era evidente que él no estaba pensando en la cena, así que ella tampoco pensaría sobre ello. ¡Aunque eso acabara con ella!

Se aclaró la garganta para hablar.

—Gracias por acompañarme esta noche —se obligó a decir.

—No es necesario que me des las gracias, Alex. Tenía pensado asistir, y sé lo mucho que hubieras odiado perderte el baile de Nicola.

—Sí, quería asistir. Pero ¿por qué vas tú?

Gavin se recostó en el asiento y estiró sus largas piernas delante de él.

—Me imagino, que por la más común de las razones.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Cuál es?

—Madres. Y su búsqueda infernal para emparejar a sus hijos.

Ella sonrió. La primera auténtica sonrisa desde el comienzo de la noche.

—¿La tuya también?

—Por supuesto. Y, como está de luto esta temporada, tiene poco más que hacer aparte de maquinarse dónde puedo asistir para conocer a mi futura esposa. Opino que el período de luto para las viudas con hijos en edad casadera debería verse reducido considerablemente.

—Entonces, ¿por qué asistes al baile? ¡Por amor de Dios! Si está en el norte, en el

campo. No puede obligarte.

—En primer lugar, parece olvidar la capacidad de mi madre para utilizar la culpa como arma. Está desesperada por conocer noticias sobre la temporada, así que me siento obligado a proporcionárselas. Además —continuó—, ahora no para de acosarme para que cumpla con mis deberes como conde y, aunque si estuviera aquí la ignoraría, el hecho de que esté fuera hace que quiera que esté de buen humor. Por no hablar del ejército de espías que tiene, mayor que el del Ministerio de la Guerra, y de que tengo miedo de su ira.

Alex agachó la cabeza.

—Sin duda, eres un buen hijo.

—Mmm. —Fue su evasiva respuesta—. Además, hay una razón que no tiene que ver con mi madre.

Alex arqueó las cejas con curiosidad mientras el carruaje bajaba la velocidad hasta detenerse.

—No podía permitir que asistieras al baile sin escolta.

Las palabras permanecían en el aire cuando la puerta del carruaje se abrió y Gavin descendió a la pasarela de grava que conducía a Salisbury House. Se volvió para ofrecerle su mano y ayudarla a bajar.

—Imagina los problemas en los que me podría meter si no estuvieras tú ahí, para vigilarme —dijo ella con humor. Luego hizo una pausa, como si considerara el problema en cuestión, y suspiró de manera exagerada—. Ese abrumador deseo que sientes de protegerme resulta un tanto molesto, Blackmoor.

Sintió una oleada de placer al oír su risa, y permitió que la escoltase al interior, donde fueron anunciados en la puerta del baile antes de ser recibidos por lord y lady Salisbury, una extraña pareja no solo porque eran polos opuestos —lord Salisbury alto y delgado con una personalidad un tanto anodina y su esposa más bien pequeña, de formas rotundas y el alma de las fiestas de la sociedad—, sino porque también estaban total y públicamente enamorados, incluso después de haber tenido seis hijos, que se sentían muy avergonzados de sus padres.

—¡Queridos! —dijo lady Salisbury tan exuberante como siempre mientras besaba a Alex en las mejillas—. Alex, ¡estamos encantados de recibirte! ¡Nicola estaba aguardándote! Aunque vas a tener que esperar para verla, has llegado justo a tiempo para el primer vals. ¡Empieza ahora! No vayas a perdértelo.

Tras saludar con rapidez a lord Salisbury, fueron arrastrados por una marea de gente que se dirigía hacia la pista de baile. Lady Salisbury tenía razón, la música comenzó inmediatamente.

—¿Alguna vez has notado —comentó Blackmoor— que lady Salisbury no dice frases, sino exclamaciones?

Alex soltó una risita y le lanzó una mirada traviesa.

—¡Blackmoor! ¿Qué insinúas?

Su profunda risa la envolvió.

—¡Que me aspen! Parece que después de llamar tu atención sobre ello vas y la imitas.

Bailaron relajadamente en un silencio cómplice. Ella lanzó una mirada furtiva a Gavin, intentado descubrir alguna señal de que los acontecimientos de las semanas anteriores le habían afectado. No fue capaz, y en ese momento, allí, bailando entre sus brazos, se dio cuenta de que había sido tonta al pensar que Gavin, el Gavin que conocía de toda la vida, podía haberla considerado aunque fuera por un momento algo más que una querida amiga.

Suspiró con una mezcla de alivio y decepción; alivio, porque no tendrían que comentar el incidente y podrían seguir adelante como si nunca hubiera pasado nada, y decepción, por las mismas razones.

Esta última emoción la asustó un poco y la llevó a despedirse de él después del vals para salir en busca de Nicola Salisbury, a quien encontró sin mucha dificultad, enfrascada en una conversación con Ella y Vivi. Nicola siempre había sido bienvenida a su círculo de tres porque era una chica perversamente divertida que siempre estaba dispuesta a decir algo descabellado. El pedigrí y la inmensa riqueza de Nicola Salisbury hacían que el resto de la sociedad londinense tolerase su personalidad única. Aunque a ella le importaba un bledo; era una de las pocas personas que hacía y decía lo que quería sin importarle en absoluto lo que los demás pensaban de ella, una rara cualidad en un miembro de la sociedad que a Alex siempre le había gustado mucho.

Al acercarse a sus amigas, Alex no pudo evitar sonreír. Ninguna de ellas tenía interés en el hecho de que estaban prácticamente rodeadas por jóvenes elegibles, que intentaban aparentar confianza y tranquilidad mientras trataban de llamar la atención de las tres de forma desesperada.

Movió la cabeza con algo de compasión por los jóvenes pretendientes. Ninguno de ellos conseguiría más que una sonrisa amable esa noche, estaba segura.

—Deberíais estar circulando —susurró por lo bajo al llegar al lugar donde se encontraban—, estáis atrayendo a una multitud.

Las tres levantaron la vista a la vez y observaron su entorno, lo que hizo que sus admiradores sonrieran e hicieran elaboradas reverencias, poniéndose en ridículo.

Nicola puso los ojos en blanco y se inclinó para abrazarla.

—Es ridículo. ¿Realmente piensan que la adulación va a ayudarlos en su causa? Hola, lady Alexandra —dijo el título en un tono exagerado, sosteniendo a Alex con los brazos extendidos para estudiarla—. Este color te queda genial. El escote también. ¡Dios mío, si ya estaban interesados en nosotras, ahora se pondrán fuera de sí! Creo que Waring necesita sales aromáticas. ¿Has venido acompañada de Blackmoor? ¡No dará abasto durante toda la noche!

Alex se rio por los exagerados elogios.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado para que haya tantos moscones? —preguntó Vivi—.

¿Por cuál de nosotras se supone que están aquí?

—Para ser sinceras, no estoy segura de que hayan llegado a un consenso sobre ello —opinó Alex con una sonrisa—. Yo diría que si alguna de vosotras mostraseis el mínimo interés, cualquiera se acercaría corriendo.

—¡Dios mío, entonces no lo hagáis! —respondió Nicola fingiendo estar alarmada.

—Interesantes sujetos —intervino Ella, entonando las palabras como si fuera un científico y haciendo que todas rieran.

Vivi miró por encima del hombro de Alex y bajó la voz para que nadie la escuchara.

—Cuidado, Alex; por ahí viene alguien que sí sabe a quién está «buscando»...

Antes de que Alex pudiera saber a quién se refería Vivi, escuchó la voz de tenor de Freddie Stanhope.

—No deberíais estar aquí todas juntas —comentó en tono divertido—. Los tiburones os acechan...

Alex sonrió a su amigo con verdadero placer.

—Ya nos habíamos dado cuenta. Bienvenido, milord.

—Sin duda —convino Nicola con audacia—, a no ser que tú también estés perdido, Stanhope.

Freddie se llevó la mano al pecho fingiendo estar dolido.

—Por supuesto que no, milady. Me hiere que sugieras tal cosa —contestó moviendo las cejas con picardía, haciéndolas reír—. ¿Me permitís escoltaros a un lugar lejos de todos estos moscones? —continuó en un susurro cómplice.

—No estoy segura de que no nos vayan a seguir —respondió Ella con evidente diversión—, pero tu plan parece tan bueno como cualquier otro.

Freddie se inclinó hacia Ella.

—Si fuera tú no me preocuparía. Ninguno de ellos parece estar interesado en un cortejo formal, y si alguno valiera la pena, habría tenido que abrirme camino a codazos para llegar aquí.

—Es curioso —comentó Alex—. Entonces, ¿ahora que nos has reclamado tendrán que abrirse paso a codazos?

Freddie le brindó una hermosa y pícaro sonrisa.

—Alex, no pretendo ser capaz de defender a cuatro mujeres a la vez, solo estoy ofreciendo mi protección. —Hizo una pausa como si estuviese considerando algo de vital importancia—. Por ahora me limitaré a llenar vuestras tarjetas de baile.

Procedió a hacer precisamente eso, dejando a Alex para el final. Al mirar la pequeña tarjeta que colgaba de su muñeca, él sacudió la cabeza simulando decepción.

—¿Cómo es posible, Alexandra Stafford, que tengas libre el próximo vals? ¿Acaso lo estabas reservando para un pretendiente especial?

—De hecho, milord, así es. —Alex ladeó la cabeza evaluándolo—. Imagino que harás algo al respecto.

Dicho eso, la llevó del brazo a la pista de baile. Una vez allí, comenzó a coquetear

descaradamente con ella.

—Eres la mujer más hermosa en la sala, Alex.

Ella sonrió.

—Y tú, el mayor sinvergüenza, Freddie.

—Cierto. Sin embargo, disfrutas en mi compañía. Admítelo.

—Nunca dije que no lo hiciera... pero me han dicho que eres peligroso. Ella y Vivi piensan que me tienes en el punto de mira.

—¿Y si tuvieran razón? —Su voz fue más profunda de lo habitual, y ella imaginó que ese era exactamente el tono que utilizaba para hacer que las jovencitas cayesen rendidas a sus pies.

—Resérvate, Stanhope —se burló ella—. Si pensaras por un momento que podría enamorarme de ti, habrías corrido lo más lejos y rápido que hubieras podido.

—Cierto, mi brillante y perspicaz amiga. Muy cierto.

—Algún día, Freddy... algún día, alguna joven te sorprenderá. Y no serás capaz de resistirte a ella.

—Nunca.

—Y viendo tu exceso de confianza, ocurrirá con certeza.

—Entonces coquetearé descaradamente contigo para espantarla.

—¿Es que no lo estás haciendo ya?

—¡No, en absoluto! Solo estoy empezando. —Giraron bajo las luces centelleantes, como la risa de Alex, y continuaron evolucionando a través de la pista—. Pero, milady —dijo él de forma casual—, parece que tienes otro admirador que no puede quitarte los ojos de encima. Y, en este momento particular, no parece demasiado contento al ver lo bien que lo estás pasando en mis brazos.

Miró a su alrededor para ver a quién se refería, pero él la detuvo con rapidez.

—No hagas eso, gatita. Porque, si no, él sabrá de qué hemos estado hablando.

—¿Quién es?

—¿Quieres decir que no lo sabes? ¿No has notado que te ha estado vigilando toda la noche? ¿Toda la temporada?

—Freddie, ¿de quién se trata?

—Blackmoor, por supuesto.

—Estás loco. —Alex se echó a reír, sacudiendo la cabeza—. Él no me ha vigilado durante toda la temporada, y si está haciéndolo esta noche, es solo porque se siente obligado. Me ha acompañado al baile.

Freddie se rio brevemente.

—¿De verdad? ¿Es tu acompañante? Me parece que tu familia está loca, Alex. Están sirviéndote prácticamente en bandeja al león.

—No sabes lo que dices, Freddie. Blackmoor no tiene ningún interés en mí, salvo de una forma fraternal.

—¿Ah, sí? Por si no lo recuerdas, Alex, tengo dos hermanas. Y nunca las he mirado

de la forma en la que está mirándote en este momento.

Alex tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no volver la vista hacia Blackmoor.

— ¿A qué forma te refieres?

— Como si no supiera si matarte o besarte.

Ella jadeó y notó que sus mejillas enrojecían.

— ¡Freddie!

— Cielo, no dispares al mensajero.

— Estás muy equivocado.

— Quizá. — La música llegó a un *crescendo*, haciéndolos girar antes de detenerse bruscamente. Freddie se inclinó sobre su mano, reteniéndola un rato más de lo que era correcto.

— Vamos a comprobarlo, ¿de acuerdo? — le susurró, guiñándole un ojo antes de elevar el tono de voz con una sonrisa libertina—. Milady, ¿qué le parece si salimos al jardín? Me atrevería a decir que ambos debemos... tomar el aire.

— No creo que sea necesario, Stanhope.

La declaración fue cortante como un cuchillo, y Alex sintió que le daba un vuelco el corazón al comprender que Blackmoor estaba de pie tras ella. Miró a Freddie con los ojos abiertos, sin saber muy bien qué hacer.

— Blackmoor, qué sorpresa — contestó Stanhope en tono aburrido—. ¿Qué quieres?

— Quiero que te mantengas alejado de Alex, Stanhope. No se le ha perdido nada en los jardines, y menos pasear con alguien como tú. — El tono de Blackmoor no admitía negativa, pero fue sorprendentemente bajo, y solo lo pudieron escuchar ellos tres.

— Supongo que crees que serías un compañero mejor — contestó Freddie, arrastrando las palabras.

Alex percibió que esa conversación no iba a terminar bien, pero tenía la fuerte sospecha de que Freddie estaba disfrutando bastante.

— Sin duda alguna. Es como si fuera su hermano. — Freddie soltó una breve carcajada ante aquella respuesta, provocando que Blackmoor se mostrara todavía más irritado—. Y más importante — continuó —, soy su acompañante esta noche y yo digo adónde va y con quién. Te aseguro que no va a ir a ninguna parte contigo.

— ¿Perdón? — dijo Alex, que mantuvo la voz baja, aunque se irguió en toda su estatura antes de dar un paso entre los dos hombres. Tenía el rostro rojo de indignación cuando retó a Blackmoor con una mirada—. ¿Qué acabas de decir? — Él la miró en silencio mientras continuaba—. Estoy casi segura de que has dado a entender, o mejor dicho, asegurado, que tienes algún tipo de control sobre mi comportamiento.

Abrió la boca para hablar, pero ella lo interrumpió.

— Creo que es mejor que no digas nada más, Blackmoor, no sea que quedes en ridículo. Voy a ser clara. En lo que a mí me consta, no eres ni mi marido, ni mi padre, ni mi rey. Por lo tanto, cualquier tipo de control que hayas imaginado tener sobre mí es

solo eso, imaginario —continuó. La ira hacía que le temblara la voz—. Si quiero dar un paseo por los jardines con Stanhope o con cualquier otra persona, es mi problema. Así que te agradezco que no te metas en mis asuntos. ¿O necesitas que te recuerde que no fue con Stanhope con el que tuve que tener cuidado en una terraza hace poco?

Cuando la pregunta cayó entre ellos, el rostro de Blackmoor se convirtió en piedra. Ella percibió la furia en su mirada antes de que él hiciera una pequeña reverencia y se alejase, siendo tragado casi inmediatamente por la aglomeración de gente que observaba la escena.

Con los puños apretados con furia, Alex lo miró alejarse.

—Bueno... —musitó Stanhope una vez que Blackmoor desapareció—, sin duda ha sido más revelador de lo que había esperado.

—¡Oh, cállate, Freddie!

—Mis labios están sellados, gatita... pero ¿puedo hacerte una sugerencia? Dos, en realidad.

—Como si pudiera impedírtelo.

—En primer lugar, yo no mencionaría tan alegremente que has estado en una terraza con Blackmoor, y menos cuando estamos rodeados de gente. No muestra una imagen halagadora de él... y podría ser perjudicial para su reputación.

—Gracias, Freddie. —Su voz destilaba sarcasmo—. No me había dado cuenta de eso.

—El sarcasmo no te pega, gatita —continuó él—. En segundo lugar... me imagino que Blackmoor se indignó cuando te pusiste ese vestido...

—Más que enfadarse —respondió ella— se puso lívido.

—Semántica...

—Bien, ¿cuál es tu segunda sugerencia?

—Ten cuidado.

—¿Eso es todo? ¿Ese es el mejor consejo que me puedes dar?

—Muy bien, ten mucho cuidado.

·CAPÍTULO 13·

Alex se paseó a solas por los jardines esa noche. Había salido a hurtadillas después de la debacle con Blackmoor, temblando de furia. Estaba furiosa con él por haber sido tan grosero, furiosa consigo misma por enfadarse tan rápido y furiosa con Freddie porque él parecía entender todo lo que estaba pasando, cuando ella no alcanzaba a comprenderlo.

Caminó por el sendero del jardín, sintiéndose más desgraciada a cada paso que daba, alejándose de la casa por momentos.

Lo cierto era que no debería haber mencionado la escena en el balcón delante de Stanhope. No era que le preocupara que se lo fuera a contar a nadie; a pesar de la opinión que Blackmoor tenía de él, Freddie era un hombre al que le gustaba actuar de forma correcta y no se le pasaría por la cabeza hacer o decir algo que pudiera poner en peligro su honor.

No, no debería haber dicho nada sobre el balcón porque tendría que haber sabido que Blackmoor se sentiría insultado y ofendido. Odiaba verse sorprendido, se enorgullecía de ser capaz de predecir por dónde iba a discurrir una conversación, y ella lo había traicionado, no solo por lo que había dicho delante de Stanhope, sino por haber mencionado *aquello*, rompiendo su acuerdo tácito de no recordarlo de nuevo.

Tal vez eso era lo que le molestaba tanto... que él se hubiera esmerado a fondo en ignorar el hecho de que, por un fugaz momento, podrían haber sido algo más que amigos. ¿No era eso lo que ella quería? ¿No? ¡No! Sin duda alguna, no. E incluso si lo hiciera, no quería casarse, lo que significaba que no sería demasiado conveniente andar besándolo por las terrazas o, para el caso, en cualquier otro lugar. Por supuesto, deseaba que la hubiera besado esa noche. Tenía mucha curiosidad por esa parte del asunto. Y ahora era lo único que daba vueltas en su cabeza cuando pensaba en él. Suspiró.

—Alexandra, ¿desde cuándo eres tonta de remate?

La pregunta susurrada flotó en el aire, pero no hubo revelación alguna. Suspiró hondo y se sentó en uno de los bancos de mármol que se distribuían por los jardines de los Salisbury. Se quitó los zapatos y ocultó los pies debajo del vestido al tiempo que los subía al banco para poner los brazos alrededor de las rodillas.

Débiles sonidos provenientes del baile flotaban en el aire; risas y charlas mezclados con las notas de una danza tradicional. Se preguntó si Vivi y Ella estarían bailando, y con quién. Los suaves murmullos se confundían con la tenue luz que se derramaba por los jardines, en los que apenas se podía ver en la oscuridad. Apoyó la barbilla en las rodillas y cerró los ojos mientras se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de mantenerse alejada de aquel salón antes de que alguien notara su ausencia y fuera a buscarla. Iba a tener que regresar en algún momento y pedirle a alguien que la escoltara a su casa; sin duda, no pensaba recurrir a Blackmoor para que lo hiciera.

Oyó un crujido a su espalda y se puso nerviosa; sabía que podía verse en un montón de problemas si era descubierta por un caballero soltero. Trataba de ver algo en la

oscuridad cuando apareció una figura femenina apresurándose por el sendero del jardín; parecía hablar consigo misma. Alex entornó los ojos y reconoció a Ella, que se hallaba claramente inmersa en sus propios pensamientos y caminaba sin fijarse por dónde iba.

—¿Qué estás haciendo aquí sola? —Alex no ocultó la sorpresa mientras miraba a su amiga.

La pregunta pilló a Ella desprevenida, que emitió un gran alarido al tiempo que pegaba un brinco. La imagen fue tan graciosa que a Alex le dio un ataque de risa. Cuando se calmó, vio que Ella se había llevado la mano al pecho como si intentara que el corazón le dejara de palpar.

—No me parece tan divertido como a ti —dijo Ella con severidad.

Alex sonrió a su amiga.

—Eso es porque lo ves desde el prisma equivocado, pero eres muy graciosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Ella recuperó la curiosidad con rapidez.

—Por si no lo recuerdas, yo pregunté primero.

—Lo recuerdo vagamente. ¿Fue justo antes de que me quitaras doce años de vida?

—Sí, en ese momento.

—Pues creo que deberías responder tú primero si tenemos en cuenta que me asustaste y después te reíste de mí.

—Es una historia un poco larga y ridícula; por momentos me parece increíble e irracional. Preferiría no hablar sobre ello.

Ella ladeó la cabeza.

—Mmm... haces que suene muy interesante. Te permitiré que me la cuentes más tarde, pero solo porque mi historia es la bomba.

—¿Ves por qué te adoro? No solo me ahorras la vergüenza, sino que lo haces de una forma entretenida.

—Cierto.

Alex volvió a sentarse en el banco y dio unas palmaditas en el espacio vacío a su lado.

—Siéntate a mi lado y cuéntame esa historia tan entretenida.

—Estaba tratando de evitar bailar con el propietario del siguiente nombre anotado en mi tarjeta —comenzó Ella tras sentarse donde le había indicado.

—¿Con quién te tocaba?

—Lord Grabeham.

—Ahh... lord Tocón. —Alex asintió con aire comprensivo.

—Sí —continuó Ella—. Así que me escapé a la terraza, donde vi al barón Montgrave adentrándose en el jardín.

—¡Oh, Ella! Tu obsesión se está convirtiendo realmente en algo preocupante.

—¡No es una obsesión! Lo entenderías si me dejaras terminar una frase.

—Si eso no es ver la paja en el ojo ajeno, no sé lo que es, pero... —Alex hizo un gesto

exageradamente magnánimo—, por favor, continua.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias. ¿Por dónde iba?

—No estoy muy segura. Creo que ibas a explicarme cómo te adentraste en la oscuridad para seguir a ciegas a un hombre que te triplica la edad.

—Shh. En primer lugar, no es que fuera a ciegas. Sabía lo que hacía, lo seguía a una discreta distancia.

—¿Perdón?

—¡Y en segundo lugar, baja la voz! Si te oye alguien, podría acabar arruinada.

—¡Cierto! —Alex susurró—. ¿Cómo se te ocurrió seguirlo?

—Iba a una discreta distancia —repitió Ella.

—Está bien, a una distancia discreta, en un jardín desierto.

—Bueno, no parecía que estuviera totalmente vacío —señaló Ella—, pero ya llegaremos a eso más tarde, tranquila. No sé por qué lo hice... Curiosidad, aburrimiento, lo que fuera. Realmente es irrelevante ahora, de verdad. La cuestión es que lo hice.

—¿Y?

—Y... creo que... —Ella bajó la voz hasta convertirla en un susurro que Alex apenas pudo oír—. Creo que he escuchado algo que no debería haber oído.

—¿El qué?

Las dos tenían sus cabezas inclinadas tan cerca que casi se tocaban.

—No estoy del todo segura. El barón se reunió con otro caballero en el jardín, pero no pude distinguir a la otra persona ni la conversación con demasiada claridad; hablaban en voz muy baja y solo tenía una leve sospecha de que estuvieran discutiendo sobre algo...

Alex esperó a que Ella terminara aquella pausa dramática; adoraba dar aquel énfasis dramático a sus palabras.

—Vil —susurro Ella por lo bajo, y Alex no pudo evitar la media sonrisa que apareció en la comisura de su boca.

—¿Vil?

Ella asintió con la cabeza bruscamente.

—Sí. Perverso.

—Muy bien, Ella —dio un tono cómico a su voz cuando su amiga se sentó a su lado en el banco—. Dime, ¿qué cosa «perversa» crees que oíste?

—Una vez más, no puedo estar segura del todo —Ella no tardó en responder—, pero hay algunas cosas de las que estoy segura. —Empezó a enumerar con sus dedos mientras hablaba—. En primer lugar, él acudía a una reunión acordada previamente. Fue directo al lugar, sin perder el tiempo.

—Está bien, pero eso no significa gran cosa, ¿sabes?

—En segundo lugar —continuó, haciendo caso omiso de Alex—, la persona con la que se encontró no iba vestida de etiqueta. Tuve la impresión de que el otro hombre no

era un invitado de los Salisbury. Y... ¡se saludaron en francés!

—Eso es extraño, teniendo en cuenta que el barón es el francés —dijo Alex con ironía.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—En tercer lugar, conversaron en una especie de código. Decían discutir «el problema» y «la situación». En un momento dado, el otro caballero dijo algo acerca de que la situación se resolvería esta noche sin demora.

Alex abrió la boca con la intención de hablar, pero la mano levantada de Ella impidió que dijera nada; quería poner el broche final.

—Y... por si todo eso no fuera suficiente... Juraría que escuché que el barón se refería a un *voleur*.

—¿Un ladrón? ¿Estás segura?

—No del todo... pero es lo más probable. ¿Quién habla de esa manera? Si me preguntaras, te diría que solo los espías.

Alex se rio en voz alta.

—Lo de que pocas personas hablan de esa manera, te lo concedo —dijo—. Pero todavía tenemos pocos indicios de que el barón sea algo más que un amable viejecito un poco excéntrico. Desde luego, no tenemos ningún indicio de que sea un espía, ¡por amor de Dios! El padre de Vivi y el tío de Blackmoor lo conocen y le dan la bienvenida a su círculo, por lo que no veo ninguna razón para suponer que sea un villano. ¿Quieres oír mi teoría al respecto?

—Sin duda alguna —respondió Ella con entusiasmo.

—Has estado pensando demasiado en tu novela... y tu imaginación está hiperactiva —dijo con una sonrisa.

—Podría ser. —El tono de voz de Ella sugería que no se le había ocurrido esa posibilidad.

—¿Podría ser? ¿Acaso crees que ese dulce anciano está tratando de derrocar a la Corona?

—Exacto. —Ella se aclaró la garganta—. Pero fue una ocurrencia rara.

—Sin duda. Dudo mucho que sea un asunto de seguridad nacional. ¿Cómo terminó la conversación?

—Con calma. Se dieron la mano y se separaron. Esperé cinco minutos más o menos y, cuando regresaba, me encontré contigo. —Su tono se volvió emocionado y curioso—. ¿Qué estás haciendo aquí, Alexandra Stafford?

—Nada —dijo Alex como tal cosa—. Tomando el aire nocturno, meditando sobre los misterios de la vida, sobre la venta de secretos de Estado a los franceses...

Ella se rio entre dientes.

—Una actividad común esta tarde, según parece. —Hizo una pausa, esperando que Alex hablara. Al ver que no lo hacía, volvió a hablar Ella—. ¿Vas a contármelo?

—Tenía la esperanza de no tener que hacerlo.

Ella asintió con la cabeza, pensativa.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo medito sobre un caso leve de vergüenza e irritación.

—Ah. Entonces estarás bien.

—Sin duda.

Las dos permanecieron sentadas en un amigable silencio, fruto de años de amistad, permitiendo que esa compañía las sosegara. Alex respiró hondo y miró hacia el cielo estrellado, preguntándose si las echarían de menos si se quedaran allí durante el resto de la velada.

Desgraciadamente, lo harían.

—Deberíamos regresar —dijo Alex sin apartar la vista del cielo.

—Supongo que sí.

Se pusieron en pie y recolocaron las faldas. Después cruzaron los exuberantes jardines hasta la sala de baile. Cuando subieron los escalones hacia las puertas abiertas, donde había varias parejas tomando el aire, Ella habló un poco más fuerte de lo normal.

—Hemos dado un bonito y refrescante paseo, ¿no te parece?

Alex sonrió.

—Y muy tranquilo. Gracias. Muchas gracias por pensar en ello.

Ella saludó a lord Denton, que hizo una reverencia cuando pasaron junto a él, escuchando su conversación sin disimulo.

—No fue nada —respondió Ella con una sonrisa cuando entraron de nuevo en el salón de baile.

Se detuvieron unos instantes, tratando de orientarse. De pronto a Alex se le pusieron los pelos de punta. Supo antes de mirar que Blackmoor estaba de pie muy cerca.

Allí estaba, a una distancia apropiada, mirándola con una combinación de aburrimiento e ira en los ojos.

Tenía la impresión de que su aburrimiento era fingido, pero estaba bastante segura de que la cólera era absolutamente real.

Ella miró por encima y se fijó en él con una sonrisa.

—Buenas noches, Blackmoor —lo saludó—, veo a Vivi junto la mesa de refrescos... Voy a reunirme con ella. ¿Nos vemos luego?

—Sí.

La respuesta de Alex se perdió en la multitud cuando su amiga se alejó.

—Para ser tan observadora —murmuró para sí misma con un suspiro—, puede ser muy distraída a veces.

Se volvió hacia Blackmoor.

—Si estás aquí para reprenderme, te aseguro que es innecesario.

—Estoy aquí para decirte que me voy. Si te preocupa cómo vas a regresar a casa, deberías empezar a despedirte. —Su voz era fría y distante.

Consideró brevemente negarse y pedirle al marqués de Langford que la llevase a

casa, pero sabía que eso haría que Blackmoor aún se enfadase más, y no estaba de humor para llevarlo al límite.

—Muy bien, milord —repuso con una voz tan fría como la de él—, estaré lista en unos minutos.

Regresaron a casa envueltos en un silencio sepulcral, sin interés en perdonar u olvidar los acontecimientos de esa noche. Cuando el carruaje llegó a Worthington House, Blackmoor, siempre un caballero, salió del vehículo para ayudarla a salir.

—Gracias, milord —ofreció Alex, con calma, cuando estuvo en el suelo.

Él no respondió, limitándose a hacer una breve reverencia antes de darse la vuelta. Ella entró en la casa y cerró la puerta sin esperar a ver si regresaba al carruaje o no. Dio gracias al lacayo que había esperado su regreso a casa y lo relevó de sus funciones para que pudiera ir a dormir. En cuanto dio la orden, la voz de su madre llenó el vestíbulo desde la biblioteca.

—¿Alexandra? ¿Eres tú?

Tras emitir un suspiro, Alex fue a su encuentro.

—Sí, la princesa ha regresado del baile —bromeó mientras se dejaba caer sobre un sillón de cuero. Se quitó los escarpines y ocultó los pies debajo del cuerpo antes de comenzar a desabrocharse los guantes largos.

Su madre y su padre estaban sentados en sillones idénticos, cumpliendo un ritual del que había sido testigo cientos de veces, cuando uno de sus hijos estaba fuera de la casa y se esperaba que volviera tarde. En esas ocasiones se quedaban despiertos y esperaban juntos a que su hijo regresara a casa. Su padre acunaba un vaso de *whisky* en la mano, mientras su madre leía, pero siempre terminaban charlando. Alex se había quedado dormida en el suelo de la biblioteca, con el sonido de sus conversaciones como fondo, en innumerables ocasiones cuando era niña. Por difícil que hubiese sido la noche, la sosegaba unirse a ellos.

Fue su padre quien habló primero.

—Eso no ha sonado como la respuesta de una joven que haya pasado una noche divertida fuera de casa —tanteó con una sonrisa.

—¿No fue agradable el baile, cariño? —preguntó su madre.

—El baile estuvo bien —compartió Alex al tiempo que se quitaba uno de los guantes, que dejó sobre el brazo del sillón—. Nicola estaba preciosa y tan divertida como siempre, y lord y lady Salisbury se comportaron como... bueno... como lord y lady Salisbury.

Esto último dibujó una sonrisa en la cara de sus padres.

—Si ese es el caso, ¿por qué pareces tan abatida? —preguntó su padre, bromeando—. ¿Acaso algún zoquete te ha pisado los dedos de los pies durante una cuadrilla?

Alex esbozó una media sonrisa que no cuajó del todo.

—Me gustaría que hubiera sido así. No. Si queréis saberlo, Blackmoor y yo tuvimos una discusión.

—¿Sobre qué? —preguntó la duquesa.

Suspirando, Alex se concentró por completo en el otro guante y se puso a tirar de cada dedo de satén.

—Bueno, todo iba bien hasta que bailé con alguien que a él no le pareció apropiado.

—¿Quién? —la animó el duque.

Retirando el guante de la mano, lo sacudió en el aire en señal de frustración.

—¡Freddie Stanhope! ¡El inofensivo Freddie Stanhope!

—Pensaba que Stanhope y Blackmoor eran amigos. —Su madre miró a su padre buscando confirmación.

Él no habló mientras Alex continuaba.

—Así era, hasta esta temporada. Will, Nick, y Kit parecen disfrutar de la compañía de Freddie igual que siempre, pero Blackmoor piensa que se ha convertido en un canalla y que no es buena compañía para las mujeres, especialmente para mí. Lo cual es ridículo, teniendo en cuenta que Freddie y yo somos amigos desde hace años.

—Es bastante extraño. Siempre me ha gustado bastante el joven Stanhope —convino la duquesa.

Esto provocó la risa de su padre.

—Me imagino que exactamente esa es la razón por la que Gavin piensa lo que piensa. Durante generaciones a las mujeres les han gustado «los hombres Stanhope». —Se volvió hacia Alex—. ¿Ha hecho el joven Stanhope algo inadecuado en tu presencia? —preguntó.

—Nunca —habló Alex con vehemencia—. Todo lo contrario, Freddie ha sido un buen amigo en el que siempre he podido confiar; sin duda se ha vuelto un poco libertino, pero es inofensivo. Después de todo, lo conozco desde hace años y es muy buen amigo de Nick. Nos lo pasamos bien juntos y Blackmoor parece dispuesto a arruinar cualquier cosa que me entretenga. Se toma su papel de hermano sustituto demasiado en serio, y esta noche ha sobrepasado sus límites soltándose una advertencia. —Se detuvo, acomodó la falda de nuevo. Su voz se apagó al terminar la frase—. Ha sido indignante.

El duque se rio al ver la tímida manera en que había dicho la palabra, pero su madre no parecía tan divertida.

—Oh, Alexandra —preguntó conocedora—, ¿qué hiciste?

—¡Nada! —La cara y el tono de Alex eran la viva imagen de una actitud a la defensiva—. Empezó declarando que era mi guardián, ¡como si fuera algún tipo de animal! No confía en que yo sepa lo que es mejor para mí misma ni en que pueda cuidarme sola, así que le dije justo lo que pensaba.

—Intrigante —dijo el duque, en tono divertido—. En privado, espero.

—Bueno... er... ese es el problema.

Alex sintió que un ardiente rubor cubría sus mejillas cuando su padre se rio en voz alta y su madre contuvo el aliento.

—¡Alexandra Stafford! —La duquesa miró a su marido—. La culpa de esto es tuya por ser demasiado blando con ella —arremetió contra él antes de volverse de nuevo a Alex—. ¿Dónde se lo hiciste saber exactamente? —preguntó.

La respuesta fue rápida.

—En la pista de baile... pero nadie me escuchó.

—¡Alexandra! —exclamó su madre.

—¿Nadie? —repitió su padre.

—Bueno, solo Freddie.

—Apuesto a que, teniendo en cuenta la opinión de Blackmoor de Stanhope —dijo su padre en tono de broma—, seguro que lo considera alguien.

—En efecto —añadió su madre—. Bueno, eso explicaría por qué habéis discutido.

Alex estaba a punto de defenderse una vez más, cuando el sonido de Harquist aclarándose la garganta la interrumpió.

Se volvió con sorpresa, Harquist rara vez se dirigía a ellos por la noche.

—Milord, miladys —intervino el anciano con rapidez—. Lord Blackmoor está aquí y solicita ser recibido.

Alex miró con sorpresa a sus padres, que parecían tan sorprendidos como ella.

—Papá, por favor, no lo recibas —susurró con urgencia—. No podré soportar otra vez esa actitud autoritaria.

—Claro que lo recibiré, Alexandra —respondió el duque—. Vas a tener que aguantarte. Harquist, ve a buscarlo.

Alex lanzó una mirada suplicante a su madre, que no hizo ademán alguno para rescatar a su única hija. Alex se preguntó si tendría tiempo suficiente para escapar de la habitación antes de que Blackmoor hiciera su aparición.

—Milord —saludó Gavin mientras cruzaba el umbral—, pido disculpas por presentarme a una hora tan intempestiva.

«Jolines, no tengo escapatoria», pensó Alex para sus adentros intentando no mirarlo.

—Nunca es demasiado tarde para ti, Gavin. —El padre de Alex se puso de pie—. Tienes mal aspecto. ¿Qué te ha pasado?

Alex miró a Gavin al escuchar el tono de su padre. Sin duda se le veía mal. Tenía la cara roja y respiraba con dificultad, como si hubiera corrido desde su casa. ¿Sería posible que hubiese venido a pedir disculpas? Arqueó una de las cejas con curiosidad justo cuando él abría la boca para hablar.

—Nunca los hubiera molestado si no fuera por algo de particular importancia. —Alex se inclinó hacia delante. ¿Estaría allí para confesar sus actos en la cena de Worthington House? ¿Qué otra cuestión podía haberlo llevado allí en medio de la noche?—. Se trata de Blackmoor House. Me han robado.

·CAPÍTULO 14·

Recorrió airado sus habitaciones; estaba muy furioso. Esa noche había sido esencial para sus planes. Había logrado convencer a sus socios para que le diesen una oportunidad más, un día más para averiguar lo que estaban desesperados por descubrir. Sabían que el difunto conde poseía ciertos documentos, y él les había prometido que los encontraría. Les había jurado que podía hacerlo, porque sabía que si alguien encontraba esta información antes que él, sería su cuello el primero en colgar de la soga del verdugo.

Y había fracasado.

No había podido registrar el estudio como quería. Había empezado... Había vaciado el escritorio y buscado en los armarios. Cuando apenas había comenzado a rebuscar en las estanterías, vio las luces del carruaje que llegaba a Worthington House y supo que el tiempo se le había acabado.

Ojalá que el cachorro no hubiera llegado tan pronto del baile. Ojalá se hubiera quedado con los demás superficiales y libertinos miembros de la sociedad, que se divertían como si no hubiera un mañana, como si no hubiera nada en el mundo por lo que preocuparse. ¿Qué habría ocurrido para que regresara a casa horas antes de lo esperado? Quizá la boba de los Worthington se había puesto enferma obligando a Blackmoor a acompañarla a casa.

«¡Qué buenos modales!», se burló para sus adentros.

Un instante después, se vio inundado por una innegable sensación de calma. La solución estaba clara, como si nunca hubiera habido duda alguna. Sin información, no había manera de que pudiera ser capturado, y el hijo del difunto conde era la única persona convencida de que había algo extraño en aquella muerte. El muchacho era el problema, siempre lo había sido. El conde de Blackmoor era lo único que se interponía entre él y su libertad. Su seguridad. Sin él, nadie se molestaría en buscar respuestas sobre los acontecimientos ocurridos en una lejana finca de Essex. Nadie se preocuparía por descubrir la verdad sobre la muerte del conde.

La solución estaba clara.

Ya tenía las manos manchadas por la sangre de los Blackmoor. ¿Importaba un poco más?

Varias horas más tarde, Alex seguía en la biblioteca con su madre, solo que ahora estaban esperando el regreso de su padre de Blackmoor House, donde había ido inmediatamente después de que Blackmoor hiciese aquel sorprendente anuncio.

Las palabras de Blackmoor todavía colgaban en el aire cuando el duque pasó a la acción; pidió a Harquist que despertase a los criados para enviar mensajes a los oficiales de Bow Street —los investigadores privados que mantenían la paz en Londres— y al marqués de Langford, que era uno de los mejores investigadores de Gran Bretaña. Una vez que hubieron partido los mensajeros, el duque y el joven conde regresaron a Blackmoor House para evaluar la situación. Su excelencia apenas había hablado, salvo para comunicar a su esposa e hija que no debían esperar a que regresara para irse a dormir.

Por supuesto, las mujeres Stafford no tenían ninguna intención de ir a sus aposentos antes de saber exactamente qué había ocurrido esa noche en Blackmoor House y qué se

haría para encontrar al criminal que había robado a Gavin.

Alex había intentado en vano leer, bordar y ponerse al día en su correspondencia con sus primos en el continente. Así que se encontraba despierta a las tres y cuarto de la mañana, escuchando la respiración de su madre, que dormía como si tal cosa en un sillón.

La espera le había dado un montón de tiempo para reflexionar sobre su comportamiento en el baile y en la cena de los Worthington, y también en las dos semanas que separaban ambos eventos. Había examinado sus propios sentimientos hacia Blackmoor, esos que le aterrorizaba admitir. Cuanto más pensaba en él, más se preocupaba; no por el robo, que evidentemente resultaba lamentable pero sería solucionado por Bow Street y su padre. No. Le preocupaba el hecho de que estuvieran distanciándose, le preocupaba que su relación fuera ahora notablemente distinta a la que tenían antes y le preocupaba haber llegado a arruinar cualquier posible amistad que pudiera mantener con él por haber perdido los estribos frente a Freddie. Sencillamente, no se sentía igual desde que estuvieron a punto de besarse.

Porque casi se habían besado, ¿verdad?

Se torturó repitiendo mentalmente la escena en el balcón de Worthington House una y otra vez, y a cada instante se preguntaba si estaba loca por pensar que iba a besarla. Quizá toda esta emoción no tenía fundamento. Tal vez había malinterpretado los hechos; después de todo, no era una situación en la que se encontrara de forma habitual. Tal vez ellos no habían estado a punto de besarse. Tal vez solo eran imaginaciones suyas. Y, de todas formas, no había deseado besarlo.

¡Por supuesto que sí!

Ella quería recibir ese beso. Y todavía lo hacía. ¿Qué había pasado? ¿Cuándo se había vuelto loco el mundo? Suspiró consternada al constatar que la temporada había hecho que la mayor parte de su vida se transformara en un problema complicado.

El reloj del pasillo dio la hora; las tres y media. Hacía horas que su padre y Gavin habían salido de casa para reunirse con los investigadores. Miró al techo, preguntándose cuánto tiempo más tendría que esperar hasta que su padre llegara a casa con noticias.

Acababa de decidir que enviaría un lacayo a Blackmoor House para comprobar el estado de la situación cuando se abrió la puerta principal y escuchó la voz de tenor de su padre.

—No es ningún problema, Gavin. Sabes que tu madre nos cortaría la cabeza si no te ofreciéremos un techo donde dormir esta noche. Y lo que es más importante aún, la duquesa no aceptará otra cosa. Lo sé.

Alex se puso de pie y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca para reunirse con los recién llegados. Cuando los vio, estaban entregando los abrigos y los bastones a Harquist, que se había quedado esperando a su amo.

—Gracias, Harquist. Por favor, prepara una habitación para lord Blackmoor. No te

necesitaré más por hoy, te has superado a ti mismo esta noche —dijo el duque con calidez.

—Sin duda, Harquist —intervino Blackmoor—. Gracias por su ayuda.

—Caballeros, ha sido un placer —repuso el anciano—. Lord Blackmoor, la cámara carmesí ya está lista. La duquesa contaba con que se uniera a nosotros esta noche. —Se despidió con una pequeña reverencia.

El duque esbozó una sonrisa cansada.

—¿Ves? La prueba fehaciente de que eres bienvenido esta noche, muchacho. —Se volvió y notó la presencia Alex—. ¿Todavía estás despierta, pequeña?

Ella asintió con seriedad.

—Por supuesto. Mamá y yo nos quedamos para asegurarnos de que todo estaba en orden. —Hizo un movimiento de cabeza, señalando la biblioteca antes de rectificar—. Bueno, mamá y yo nos quedamos abajo para asegurarnos de que todo estaba solucionado. Que lo hiciéramos despiertas o no es otro tema. —Como si fuera una señal, la duquesa salió de la biblioteca para envolver a Blackmoor entre sus brazos.

—Ya sé que ahora eres conde, Gavin, pero incluso los condes necesitan un poco de amor materno de vez en cuando.

Gavin abrazó con fuerza a la duquesa.

—De hecho, así es —repuso.

La duquesa se retiró y le dio un beso a Blackmoor en cada mejilla.

—Te quedarás con nosotros esta noche. —No era una pregunta.

—Sí, gracias.

La duquesa se despidió con un gesto.

—La habitación carmesí ya está preparada. Alexandra te mostrará el camino.

Gavin asintió.

—Gracias, duquesa.

—Tonterías. Nos vemos en el desayuno. Alexandra —dijo con seriedad—, debes recordar que Gavin ha tenido suficientes emociones por una noche. Por lo tanto, no añadas más.

El rubor oscureció las mejillas de Alex mientras aceptaba el beso de su madre.

—Sí, mamá. Buenas noches.

Y dicho eso, los duques se despidieron de ellos y subieron las escaleras para dirigirse a sus aposentos.

Alex salió del trance en el que se había quedado después de la marcha de sus padres, se giró y volvió a entrar en la biblioteca para apagar las velas y preparar una luz que los guiase a los pisos superiores. La tarea le impedía pensar demasiado en que volvía a estar a solas con Blackmoor.

Regresó con una vela en mano y lo encontró apoyado en el marco de la puerta, frotándose la nuca mientras la miraba fijamente.

Alex necesitó llenar el silencio.

—Blackmoor, ¿estás bien? —preguntó de forma apresurada.

Él le ofreció una breve sonrisa cansada.

—Tan bien como se podría esperar, supongo. Confieso que me alegra quedarme aquí esta noche.

—Y nosotros estamos encantados de acogerte en casa. Me imagino que las cosas se verán mejor por la mañana... o por lo menos serán diferentes.

—Esperemos...

—Ni mi madre ni yo habríamos permitido que te quedaras solo en Blackmoor House esta noche.

Gavin sonrió con cansancio.

—Unidas sois una fuerza irresistible. No se me pasó por la cabeza negarme.

En la pausa que siguió, Alex buscó un tema seguro, uno que le permitiera disimular el nerviosismo por quedarse a solas con él.

—¿Se han llevado muchas cosas en el robo?

Él sacudió la cabeza con rapidez.

—No de hecho, no he notado que falte nada. Parece que el intruso se vio interrumpido. Conservo mis pertenencias, pero habrá que limpiar el desorden que provocó.

—¿Quieres decir que el intruso todavía estaba dentro cuando llegaste a casa? —La idea hizo que le bajara un escalofrío por la espalda.

—Me imagino que sí. —Al ver la alarma en el rostro de Alex, Gavin dio un paso hacia ella—. Pero no lo vi; así que todo está bien.

—Aparte del hecho de que podría haberte matado, te refieres... ¡y todo por mi culpa!

—¿Por tu culpa? —La confusión era evidente en su tono.

—¡Por supuesto! Si no hubiéramos peleado... —se interrumpió.

—Si no hubiéramos peleado, no habría sorprendido al intruso y a saber cuántos valiosos artículos hubieran desaparecido de Blackmoor House. Tal como han sucedido las cosas, solo he ganado tiempo para realizar la investigación.

—Sin embargo... —Alex hizo una pausa antes de hablar mirándose los pies—. Lo siento.

—No hay necesidad de que te disculpes.

—No me estoy disculpando por el robo, aunque lo siento también por eso; me disculpo por lo sucedido en el baile, por lo que ocurrió con Freddie, por hacer que te enfadases y... por todo. —Cuando terminó de hablar, su voz era apenas un susurro.

—Alex...

Ella no se atrevía a levantar la cabeza.

—Alexandra. Mírame.

Lo hizo con un suspiro, y él clavó los ojos en los de ella mientras hablaba con firmeza.

—No tienes por qué disculparte. Te provoqué... Lo sé ahora como lo sabía antes. Fui

un grosero. Debería haber controlado mi comportamiento y no acabar discutiendo contigo en medio de la pista de baile. —Alargó una mano y tomó la vela de la suya para ponerla en una mesa cercana antes de entrelazar sus dedos—. Soy yo quien debería disculparse. No sé qué me pasó allí, con Freddie. Siempre me ha caído bien. Pero esta temporada... Ver que coquetea contigo... Ha sido... difícil de soportar. Y sé que mi comportamiento ha sido reprochable.

—Tienes que dejar de pensar que soy tu hermana, Gavin.

Él esbozó una sonrisa de medio lado.

—Ese parece ser el problema. —Los ojos de Alex reflejaron confusión—. Es que no he estado pensando en ti como mi hermana, ¿sabes? —confesó—. De hecho, la forma en la que he estado pensando en ti es exactamente lo opuesto a fraternal.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire y Alex abrió los ojos como platos cuando entendió lo que quería decir.

Él sonrió como si estuviera despreciándose a sí mismo.

—Veo que lo has pillado. —Soltó sus manos y se pasó los dedos por el pelo, como si no supiera qué hacer con ellas—. No te preocupes. No voy a dejarme llevar por mis sentimientos.

—¿Por qué? —Alex hizo la pregunta sin pensar.

—Ojalá supiera por qué. Comenzó con el inicio de la temporada, y al principio lo achaqué a que te había echado de menos mientras estaba de luto. Y es cierto. Pero en vez de desaparecer al pasar más tiempo en tu compañía, los sentimientos se hicieron más intensos. —Cortó el aire con la mano, presa de la frustración—. Más fuertes.

Alex alzó la vista hacia él y miró los preocupados ojos grises.

—No te he preguntado por qué te sientes así, Gavin, sino por qué no vas a dejarte llevar por tus sentimientos.

Él se quedó paralizado. Ninguno de los dos se movió, cada uno temeroso de dar el siguiente paso.

El primer paso.

El momento se alargó durante lo que pareció una eternidad y Alex comenzó a sentirse incómoda y a pensar que había dicho algo incorrecto.

—Er... Lo siento... No sé qué me impulsó a preguntar tal cosa. —Comenzó a retroceder.

—No. —La palabra fue suave, pero no admitía réplica. Ella se quedó inmóvil mientras él continuaba—. Hay una docena de razones por las que no debo dejarme llevar por ellos. —Acunó su rostro entre sus manos—. Cientos de razones por las que debería darme la vuelta y salir de aquí. —Se inclinó hacia ella hasta que sus narices se rozaron—. Pero no voy a hacerles caso. —Y, dicho eso, la besó.

En el instante en que sintió la boca de Gavin tocando la suya con la suavidad de una pluma, no pudo evitar devolverle el beso, deleitándose en él. Sus labios eran cálidos y firmes, y la sensación de ser besada resultaba tan maravillosa que se le quedó la mente

en blanco. Era su primer beso, y había sido con alguien totalmente inesperado, en un lugar inesperado y en un momento inesperado. Pero era perfecto... y no quería que terminara. Deseaba quedarse así para siempre, disfrutando de ese momento perfecto, de la sensación de sus manos sobre las mejillas, del calor de su cuerpo, del sonido de su respiración, de la forma en que le daba vueltas la cabeza.

Y, por supuesto, terminó. Demasiado pronto. Cuando finalizó, Gavin apoyó la frente en la de ella, cerró los ojos y respiró hondo, como si necesitara recuperarse, antes de dejarla ir.

—Llevo semanas esperando poder besarte —confesó él en tono feliz—. Me sorprende que finalmente haya ocurrido.

Ella sonrió tímidamente.

—Me imagino que no estarás más sorprendido que yo.

—Entonces, ¿no quieres darme un pisotón y salir corriendo de la habitación?

—No. De hecho, la experiencia me ha gustado bastante.

Él se rio entre dientes.

—Me alegra oírlo.

Ella se sonrojó con su risa y miró hacia el suelo, preguntándose cuál era la etiqueta adecuada para esa situación particular. Al instante llegó a la conclusión de que no había absolutamente ningún código indicado en ese momento, ya que su comportamiento había sido totalmente inadecuado. ¿Qué pasaría ahora?

La pregunta flotaba en su mente cuando el reloj del pasillo dio las cuatro. Y vio que Gavin la miraba con sorpresa.

La respuesta llegó cuando él tomó la vela del lugar donde la había puesto antes.

—Creo que es hora de que nos retiremos a nuestras habitaciones, lady Alexandra —dijo—. Ha sido una noche llena de emociones.

Alex ocultó su decepción antes de responder.

—Sin duda alguna. Debes de estar agotado.

Él arqueó una ceja al oír sus palabras y se volvió hacia la puerta.

—Todo lo contrario, me parece que estoy lleno de energía gracias a ti.

Ella se sonrojó de nuevo y agradeció la tenue luz. ¿Qué le ocurría?

Gavin esperó a que ella cruzase la puerta hacia el vestíbulo antes de seguirla con la vela.

—¡Espera! —dijo él en voz baja cuando estaban al pie de la escalera, justo antes de que Alex comenzase a subir. Ella lo miró con curiosidad—. Esta noche, Alex, no te acompañé a casa de forma apropiada —susurró—. Al menos deja que sea un escolta adecuado ahora.

Le tendió la mano y ella la cogió. Subieron las escaleras en silencio.

Mucho más tarde, cuando estaba en la cama, incapaz de dormir por los latidos acelerados de su corazón, Alex imaginó que todavía podía sentir el calor y la presión de la mano de Gavin contra su propia palma.

Su primer beso. Y había sido con Gavin. Las palabras daban vueltas una y otra vez en su cabeza mientras recordaba el momento, el sonido de su respiración, el movimiento de sus manos, la forma en que la luz del fuego iluminaba su dorado cabello mientras caía sobre la frente cuando se inclinó sobre ella.

Suspiró y susurró su nombre en la oscuridad de su dormitorio antes de ponerse de costado y mirar por la ventana las copas de los árboles, iluminadas por la luna que flotaba en el cielo. Sintió que la energía de la noche la inundaba, alejando el sueño. Su mente no paraba de trabajar; había mucho sobre lo que pensar, eran muchas las cosas que habían cambiado. Gavin no sería nunca más solo un amigo. No volvería a pensar en él como en un hermano. Siempre sería el primer hombre que la había besado.

Ahora entendía lo que querían decir cuando hablaban del amor... ese sentimiento que había enviado miles de naves a la guerra de Troya, esa pasión que había empujado a Ginebra a los brazos de Lancelot, esa emoción que había conducido a Fitzwilliam Darcy a confesar su amor por Elizabeth Bennett. Se rio en la oscuridad por tamañas estupideces, mareada por la felicidad. Se había burlado del amor durante años... sin creer nunca que ese tipo de sentimiento maravilloso pudiera existir más allá de las novelas. Y de pronto, esa noche, en los brazos de Gavin, había experimentado esa emoción. Se tapó la cara con la almohada y gritó de emoción antes de rodar sobre su espalda con un suspiro, imaginando a Gavin, que dormía a unas habitaciones de distancia.

Se preguntó lo que le depararía la mañana.

·CAPÍTULO 15·

—A ver si lo he entendido correctamente... —Ella estaba sentada en la cama mirando cómo Eliza rizaba un largo mechón del pelo de Alex y lo aseguraba en lo alto de su cabeza—. Blackmoor llegó a casa más temprano de lo habitual y sorprendió al intruso, consiguiendo que saliera corriendo sin que llegara a robar nada en Blackmoor House.

—Sí. Eso es precisamente lo que creo que pasó.

Las tres chicas estaban en la habitación de Alex, preparándose para el tan esperado baile de los Worthington.

Normalmente, cada una se habría vestido en su casa y acudido al baile por su cuenta, pero esa noche habían acordado que se arreglarían juntas. Eliza, a la que todas adoraban, había accedido a compartir con ellas su pericia para los peinados y el maquillaje. Por esa razón, Vivi y Ella habían llegado a la hora del té, con sus vestidos a cuestas, y ahora esperaban pacientemente a que la doncella terminara de arreglar el pelo de Alex y les tocara su turno.

Alex era realista y sabía que tenía un motivo oculto para invitar a sus amigas; ya habían pasado varios días desde su beso con Blackmoor y, aunque se habían visto unas cuantas veces, la experiencia no se había repetido. No es que él hubiese estado distante. Todo lo contrario, Blackmoor parecía haber vuelto a ser el de siempre. Visitaba Worthington House a la hora del té, aparecía para comer o cenar, bromeaba con sus hermanos, charlaba con ella, con sus padres y, en general, había sido tan encantador como de costumbre.

Pero ¡ni una sola mención al beso! Ni había mostrado, por supuesto, intención de repetirlo. Ni una sola referencia a él; y eso la frustraba y confundía, haciendo que se preguntara si había imaginado que el beso significaba algo más. Después de todo, Blackmoor había tenido un momento particularmente difícil aquella noche y quizá se le hubiera ocurrido besarla por alguna extraña razón. Había barajado esa posibilidad una y otra vez en su mente y, por fin, había decidido que había llegado el momento de contárselo a sus amigas. Estaba cansada de que le diera un vuelco el corazón cada vez que él entraba en la habitación u oía su voz. Le irritaba el carácter huraño que estaba empezando a mostrar por culpa de la situación, y necesitaba una dosis de objetividad para recuperar la cordura.

Por supuesto, todavía no les había dicho nada. No estaba muy segura de cómo decir a sus amigas que Gavin la había besado. La experiencia la hacía sentirse como un pez fuera del agua. La idea de dejarlo caer como quien no quiere la cosa en medio de la conversación le parecía tosca, pero tampoco quería darle más importancia de la debida. Así que, una vez que decidió hacerlo, los informó sobre el robo en Blackmoor House, y ahora solo le faltaba reunir el valor para seguir con el resto.

—Mi padre me dijo que la casa fue saqueada por completo —intervino Vivi desde el sofá situado al otro lado del tocador frente al que estaba sentada Alex—. ¿La has visto?

—No. Aunque Gavin mencionó que el daño se limitó principalmente al estudio.

Parece pensar que el intruso no buscaba algo de valor, sino algo concreto.

—Mi padre me dijo lo mismo —convino Vivi—, aunque parece que nadie sabe qué es lo que podía estar buscando allí, así que no se sabe si el artículo en cuestión fue robado finalmente... o no.

—¿Quizá fuera algo que perteneció al antiguo conde? —sugirió Ella.

—Tal vez. Pero si fuera así, ¿no conocería Gavin cualquier artículo importante que pudiera haber poseído su padre? —preguntó Alex mientras Eliza se esforzaba en dar forma a otro rizo.

—Es posible. —Ella alisó la colcha con la mano—. Pero la muerte del conde ocurrió de forma repentina, así que quizá no pudo hablarle de eso.

—Bueno, lo más importante es que Blackmoor está a salvo. Y ya sea mi padre o el personal de Bow Street, alguien llegará al fondo de la cuestión.

Vivi se puso de pie y se colocó detrás de Eliza, admirando su trabajo.

—Gavin no durmió en Blackmoor House aquella noche, ¿verdad? —preguntó.

Alex sacudió la cabeza, lo que le hizo ser blanco de una severa mirada por parte de Eliza al tirar del rizo con un poco más de fuerza de la necesaria.

—No. Mi madre nunca lo habría permitido. Vino aquí después de que los investigadores acabasen.

—Pobre Blackmoor, debe de haber sido una noche difícil para él —especuló Vivi—. ¿Fuiste capaz de hablar con él cuando llegó? ¿O era demasiado tarde?

—No, mi madre y yo los esperamos despiertas.

Vivi asintió, indicando que ya suponía que, por supuesto, Alex y la duquesa los habrían esperado.

—¿Cómo estaba?

—Estaba... —Alex hizo una pausa, mirando su reflejo en el espejo, fingiendo estar absorta en él.

El trabajo de Eliza había acabado, y se dio cuenta de que había llegado el momento perfecto para decirles a sus amigas lo que había ocurrido exactamente.

—Bien... estaba cansado y, sin duda, demasiado abrumado, pero nosotros... —Respiró hondo y perdió el valor—. Nos quedamos despiertos durante un tiempo y hablamos, él parecía estar de bastante buen humor.

—¿Dijo algo más sobre el caso del robo? ¿Sugirió algún sospechoso? ¿Mencionó alguna pista?

Vivi se rio del interrogatorio de Ella, mientras Alex observaba cómo Eliza insertaba la última horquilla en su cabello.

Brindó a su doncella una sonrisa de agradecimiento.

—No hay nadie en toda Gran Bretaña —aseguró— que arregle el pelo mejor que tú, Eliza.

Se movió al armario para coger la camisola que usaría esa noche debajo del vestido.

Mientras lo hacía, Ella insistió de nuevo, dejándose caer en la cama.

—Bueno, ¿lo hizo o no?

Respirando profundamente una vez más, Alex respondió:

—No, no mencionó nada de eso. Prefiero pensar que estaba demasiado ocupado besándome.

Hubo un momento de silencio mientras las palabras quedaban suspendidas en el aire, y después sonaron tres jadeos en el dormitorio, seguidos de un «ay» de Vivi cuando Eliza tiró accidentalmente de un mechón de su pelo.

Alex no pudo reprimir la risita tonta que se le escapó cuando miró cada una de sus caras. La expresión de sorpresa de Vivi se transformó rápidamente en emoción, Eliza era el retrato de la conmoción y Ella la miraba completamente estupefacta.

—¿Perdón? —Ella fue la primera en hablar.

—¿Te besó? ¿Y no nos lo has contado? —intervino Vivi, que se había girado en la silla, apartando a Eliza.

La criada, por su parte, no se inmutó lo más mínimo por ello, pues estaba demasiado ocupada mirando a Alex arrobada.

—¡Oh! Lady Alexandra... —exclamó soñadora.

Alex se sentó en una silla cercana, avergonzada de ser el centro de atención.

—Sí. Y si no lo había mencionado es porque no me siento muy cómoda hablando de ello. —Miró a Eliza antes de continuar—: No te emociones, Eliza, no hay motivos para pensar que vaya a volver a pasar.

—¿Qué? —exclamaron Vivi y Ella ante su afirmación.

—¿Por qué? —preguntó Eliza.

Alex sacudió la cabeza y miró al techo.

—Porque desde que ocurrió, lo ignora.

—¿Qué quieres decir con que te está ignorando? —preguntó Ella, siempre pragmática—. ¡Pensaba que habías dicho que desde el robo está más agradable! —No he dicho que «me» estuviera ignorando. Dije que «lo» ignora. Lo he visto. Él ha estado aquí, ha hablado conmigo, ha compartido comidas con toda la familia—. Miró su escaupín, apoyada en el brazo de la silla. —Él no lo ha mencionado... ni siquiera parece recordar que me besó.

—¿Cómo es posible? —preguntó Vivi—. Sin duda, estará algo más atento que antes, ¿no? —Miró a Eliza buscando confirmación a su pregunta. La doncella asintió con entusiasmo.

Alex dejó escapar un suspiro de frustración.

—Oh, es un caballero encantador; perfecto y entretenido, como siempre. Gavin no me está evitando. Solo actúa como si nunca hubiera ocurrido, lo cual supongo que es mejor que lo de la última vez.

Ella y Vivi se miraron.

—Disculpa —dijo Ella—. ¿Qué última vez?

—¿Hubo una vez anterior? —preguntó Vivi emocionada.

—¡Oh, lady Alexandra! —dijo de nuevo Eliza.

—Esperad —las interrumpió Alex mirando primero a Eliza y después a Vivi; cortó el aire con la mano mirando a su doncella de nuevo—, no os hagáis ilusiones. Esto no está resultando tan de color de rosa como imagináis —continuó de mal humor—. Y si vais a quedaros mirándome así, nunca estaremos listas para el baile.

—¿Quién puede pensar en un baile en un momento como este? —intervino Vivi, aunque se giró para mirar al espejo de nuevo, ofreciendo su espalda a Eliza—. Simplemente, no puedes esperar que no nos interese más esta conversación que algo tan trivial como peinarnos.

La criada asintió con amabilidad, volviendo al cabello de Vivi.

—Excelente cambio de tema, Alex, pero no has respondido a la pregunta.

—¿Pasó lo mismo la «última vez»? —presionó Ella.

—No exactamente —murmuró Alex.

—Entonces, ¿qué pasó exactamente?

—Serías una excelente investigadora en Bow Street, Ella —dijo Alex malhumorada, ignorando que su amiga asintiera como agradeciéndole un cumplido—. Bueno... La noche de la cena de Worthington House, cuando Gavin y yo estuvimos hablando en el balcón, pensé que me iba a besar. Pero no lo hizo. Y luego me evitó durante quince días.

—Ah... así que eso es lo que te puso de mal humor esos días —señaló Ella.

—¡No estaba de mal humor! —Alex miró por encima del hombro en busca del apoyo de Vivi, pero solo pescó a su amiga compartiendo una mirada irónica con Eliza a través del espejo del tocador—. Traidoras. Sois todas unas traidoras.

Vivi sonrió, intentando no mover la cabeza.

—Continúa...

—No hay mucho más que decir. La otra noche, después del robo en Blackmoor House, nos quedamos solos en la biblioteca y... me besó.

—¡Oh! ¡Lady Alexandra! —exclamó Eliza una vez más, haciendo que Alex se preguntara si su criada había perdido el control de sus facultades lingüísticas.

—¡Qué bien! —exclamó Vivi.

—Bueno, yo pensaba lo mismo... pero ahora... ya no estoy tan segura de que haya significado nada importante.

—Tonterías. Besar es siempre importante. Repito: ¡qué bien!

—Ese romanticismo ciego que muestras no está ayudándome, Vivi. Te aseguro que no significa nada. Es la realidad. Y si nos hubieran atrapado, estaría arruinada. Bueno, técnicamente estoy arruinada de todas formas.

—Tonterías —dijo Ella—, todo el mundo sabe que nadie está arruinado a no ser que te pillen en el momento justo. Te desafío a que me muestres una mujer que haya ido al altar sin besar antes a su prometido.

—¡Arruinada! ¡Qué emocionante! ¡Qué romántico! —canturreó Vivi.

Ella y Alex la miraron como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—No es emocionante, Vivi. Y, definitivamente, no es romántico —protestó Alex—. Romántico es que te besen y luego te cortejen. O que te cortejen y luego te besen. Pero te aseguro que no ha habido ningún cortejo.

Vivi continuó mirándolas con estrellas en los ojos, perdida en la emoción.

—¡Te besó! ¡Blackmoor te besó!

Ella la interrumpió:

—Y toda la casa lo sabrá si continuas gritando, Vivian. Piensa en Alex.

—Gracias —dijo Alex.

Vivi bajó la voz.

—Lo siento. Simplemente me he dejado llevar.

—Está bien. Ya sabía antes de contároslo que sois propensas a reaccionar como si la vida fuera una especie de novela gótica —comentó Alex con un suspiro—. Si bien no soy experta en lo que tendría que pasar ahora —continuó con cierta tristeza en su voz—, de lo que sí estoy segura es de que no debería estar ignorándome.

—Si somos justas, no parece que te esté ignorando —señaló Ella siempre objetiva.

—Entenderás que esa apreciación no mejore mi estado de ánimo —dijo Alex antes de suspirar con frustración—. Esta es precisamente la razón por la que me prometí que no intentaría pillar marido esta temporada. Y es una promesa que debo mantener. ¡No hay quien entienda a los hombres!

—De hecho —dijo Ella, especulando en voz alta—, se trata de un giro extraño en los acontecimientos. Estaba segura de que Blackmoor estaba cortejando a Penelope. —Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

—¿En serio? —Alex la miró sorprendida.

—¡Ella! —la amonestó Vivi—. Sin duda, eso no es lo que Alex necesita oír en este momento.

—Bueno, está claro que es una conclusión incorrecta —dijo Ella, a la defensiva—. Quiero decir: si fuera así, no habría besado a Alex.

—¿Por qué creías que estaba cortejando a Penelope? —la cortó Alex yendo directa al grano.

—Por ninguna razón en especial, en realidad, pero en la mayoría de las reuniones a las hemos asistido, Penelope ha estado... revoloteando muy cerca de él. —Al ver la decepción en el rostro de Alex, continuó con rapidez—. Pero estoy segura de que son imaginaciones mías. Suelo imaginarme cosas, ¿recuerdas?

Vivi se mostró de acuerdo al instante.

—Sí. Lo hago —convino Ella—. Lo más seguro es que Penelope haya estado cerca de él porque es como una hiedra. Encantadora, pero dañina. Blackmoor te besó, Alex, lo que significa claramente que está interesado en ti. No lo habría hecho si estuviera cortejando a Penelope Grayson. No es un hombre capaz de hacer eso. Aunque últimamente su comportamiento contigo...

—¡Ella! —El tono de Vivi fue de sorpresa—. Sería mejor que dejases de hablar hasta

que tengas algo productivo que decir. Hay momentos en los que me asombra tu incapacidad para distinguir entre lo que es apropiado y lo que no.

—Bueno, eso haría que su comportamiento fuera más comprensible —dijo Alex con más calma de la que sentía—. Después de todo, tuvo una noche particularmente difícil y sin duda estaba al límite. Él siempre se ha sentido a gusto conmigo, así que quizá me besó por eso.

—Alex —dijo Vivi ateniéndose a los hechos—, los besos no son algo que ocurra por casualidad.

—No lo sabemos. Nunca nos han besado.

—En eso tienes razón, Alex —intervino Ella.

Alex sacudió la cabeza.

—Pero ¿cómo podemos saberlo? Solo hace dos meses que alternamos en sociedad.

—Podemos saberlo porque sabemos que si nos sorprenden besando a alguien estaríamos forzadas a contraer matrimonio con ese hombre —contestó Ella—, y dado que la mayoría de la gente que conocemos no se ha visto obligada a contraer matrimonio, podemos asumir que no van por ahí besando a nadie. —Ella miró a Vivi con aire de suficiencia—. ¿Ves? Puedo ser útil.

—Oh, por favor —se quejó Alex—. He sido besada una vez y casi besada otra en el lapso de tres semanas, y no me han pillado. No creo que sea un caso excepcional. Tal vez también está besando a Penelope.

—Agg... —Ella no pudo ocultar su disgusto ante la idea—. No quiero imaginar tal cosa.

—¡Si eres tú quien nos ha llevado a esa conclusión! —Eliza terminó de arreglar el cabello de Vivi, y esta se levantó, admirando sus largos y magníficos rizos oscuros—. Mereces estar molesta. Ahora mismo no eres mi persona favorita.

Se giró hacia Alex mientras Ella se sentaba en el banco, frente al tocador, para que Eliza le arreglase el pelo.

—Alex, no sé mucho sobre besos o cortejos —dijo Vivi con sinceridad—, pero sí sé que Blackmoor siempre te ha adorado.

—Entonces ¿por qué me ignora? ¿Por qué no lo ha vuelto a mencionar? ¿Por qué no ha intentado besarme otra vez? —Abrió la boca, cubriéndola con la mano—. ¿Será que mis besos son terribles?

—No lo son —aseguró Vivi.

—Por supuesto que no —convino Ella.

—Oh, ¿y cómo lo sabéis? —indagó Alex, sumida ahora en la duda—. ¡Tal vez lo hice todo mal!

—Este podría ser un buen momento para hablar del beso en cuestión —sugirió Ella—. ¿Cómo fue?

—¡Maravilloso! Quise repetir, al instante. Pero ¿y si fue horrible y yo simplemente no lo sé?

—¡Imposible! —negó Vivi con la cabeza muy seria.

—De hecho —Eliza rompió su silencio—, si te dieron ganas de hacerlo de nuevo, y tan pronto, es señal de que fue un buen beso.

—Tal vez para mí... pero ¿y para él?

—Tuvo que disfrutarlo también, Alex —dijo Ella.

Alex explotó con frustración.

—Entonces, ¿por qué no se ha interesado por mí? ¿Por qué no quiere hacerlo de nuevo? ¡Tal vez está enamorado de Penelope! —Su voz se apagó—. ¿Por qué no me ama?

—Alex —preguntó Ella curiosa—, ¿estás confesando que lo amas?

Alex reflexionó sobre la pregunta de Ella. ¿Amaba a Gavin?

—Bueno... el beso fue maravilloso, sí...

—Por supuesto, lo fue —Vivi dijo—, pero... ¿y el hombre? ¿Es posible que lo ames?

«¿Estoy enamorada de Gavin?».

Miró a sus amigas, las dos le devolvieron la mirada como si fuera a revelar algo que lo cambiaría todo. Aquello era demasiado importante.

—Er... no... no lo sé. Siempre he pensado en él como un hermano. Sin embargo, recientemente... todo ha cambiado. Él me besó y yo lo deseaba, y... todo resulta diferente. Pero no sé qué pensar. Tal vez sean imaginaciones mías. Tal vez para él no significó nada.

Vivi se acercó a Alex y le puso las manos en los hombros.

—Alex, puede que no sepa mucho sobre besos —dijo con convicción—, pero sí sé que Gavin nunca te haría daño. Y eso incluye besarte si no siente algo por ti.

Alex sonrió de medio lado.

—Tienes razón, pero ¿y si ese es el problema? ¿Si solo siente «algo»?

Vivi permaneció en silencio durante un buen rato antes de que su rostro se viera iluminado con una sonrisa de complicidad.

—Bueno... Entonces tendremos que asegurarnos de que termine siendo mucho.

·CAPÍTULO 16·

—¡Dios mío! Nunca pensé que podría haber tanta gente junta en una habitación. ¡Toda la sociedad debe estar aquí reunida! —exclamó Vivi desde lo alto de escalera acompañada de Ella y Alex. Ninguna de las tres podía apartar la mirada del mar de gente que había en el salón de baile de Worthington House.

Se habían ocultado en una alcoba en el segundo piso al ver la cantidad de gente que había acudido en masa al evento. Cada año, los duques eran los anfitriones del más grandioso y legendario baile de la temporada. Nadie que recibiese una invitación se perdía la oportunidad de asistir.

—Bueno, es posible que mi madre haya invitado a *toda* la sociedad —comentó Alex con mordacidad, mirando a la dama en cuestión, que saludaba a la interminable cola de invitados que acudía al baile.

Aquella sala permanecía vacía la mayor parte del año, hasta mediados de abril; entonces se abrían las cortinas, se retiraban los guardapolvos que cubrían los muebles y se hacía una exhaustiva inspección con vistas a la preparación del evento de esa noche. Después, durante semanas, los criados abrillantaban las docenas de candelabros de cristal, pulían el suelo de encina y caoba con cera de abejas y limpiaban los ventanales de suelo al techo para asegurarse de que todo estuviera perfecto.

Y lo estaba. Miles de velas iluminaban la estancia desde las enormes lámparas de araña que colgaban del techo y desde los candelabros que rodeaban la habitación, creando un efecto mágico con su brillo dorado. La orquesta estaba situada en la parte alta del salón, alejada de la entrada y medio oculta por las macetas que se habían dispuesto con intención de crear cierta ilusión de invisibilidad. Además del salón principal, que ahora quedaba justo a sus pies, se habían habilitado múltiples salas, cada una equipada para un propósito diferente; así, estaba la sala para el refrigerio, repleta de limonada, vino, galletas y café; la sala para la cena, que se abría en la mitad del baile; la sala de juegos para que las personas mayores descansasen y jugasen al whist, mientras mantenían un ojo atento sobre cualquier chisme jugoso; la sala de fumadores, para los hombres; y la sala para las damas, que ofrecía un lugar para que las señoras pudieran refugiarse en caso de que sus elaborados trajes resultaran dañados. Su madre había pensado en todo, y esa atención por los detalles era lo que diferenciaba este evento del resto.

—Es un espectáculo impresionante —señaló Ella—. ¿Cuántas personas crees que hay aquí?

—Entre quinientas y seiscientas, creo —respondió Alex distraídamente. Respiró hondo, como si estuviese preparándose para la batalla, y se volvió hacia sus amigas—. Aunque me atrevo a decir que hay tres personas menos de las que debería haber. Preferiría quedarme aquí y ver todo el evento desde lejos, pero tengo la impresión de que alguien vendrá a buscarnos si no aparecemos en breve.

—Coincido contigo. —Vivi miró a sus amigas—. ¡Y vaya entrada más impresionante

vamos a hacer!

Vivi tenía razón, por supuesto. Con la ayuda de Eliza, las tres se habían vestido y aplicado los cosméticos a la perfección. Sus modelos los había realizado madame Fernaud para ese evento en particular. Alex imaginó que formaban un trío impresionante; Vivi lucía un diseño elaborado en preciosa seda de Damasco tejida con hilos de oro, con la cintura alta estilo Imperio y mangas cerradas. El tono dorado acentuaba sus rasgos oscuros y su figura, larga y flexible como un junco. Seguramente provocaría la envidia de todas las mujeres presentes, porque se trataba de un color difícil de llevar y, sin embargo, parecía como si lo hubiera creado específicamente para ella.

Ella, en cambio, había elegido un vestido de corte Georgette en color rosa pálido, con un amplio escote que destacaba su preciosa figura de reloj de arena que tanto gustaba a madame Fernaud. La tela era rosada como el tono más pálido de las conchas marinas y se movía como una telaraña, y complementando perfectamente los colores de Ella, que ya eran de por sí la envidia de todos los miembros del sexo femenino de la nobleza.

El vestido de Alex contrastaba con los de sus amigas, un raso azul hielo tejido con hilo de plata que brillaba a la luz como si estuviera hecho de pequeñas gotas de rocío. Era un vestido digno de admiración, y su madre se había asegurado de ello, alegando que era en el baile de Worthington House donde esperaba que Alex pescase a su futuro esposo. En aquel momento, Alex había estado demasiado absorta en la tercera lectura de *Orgullo y prejuicio* para fijarse en el vestido, pero ahora, con los pensamientos centrados en impresionar a Blackmoor, quiso besar a su madre por tomar tan excelente decisión a la hora de elegir la hermosa prenda.

Mientras bajaban la escalera central de la casa, notaron que varios grupos de invitados se giraban para ver su entrada. Vivi se inclinó hacia sus amigas con una sonrisa brillante.

—Os aseguro que no entiendo el atractivo del turbante —confesó a sus amigas en un murmullo—. Parece como si lady Barrington se hubiera puesto una almohada de plumas en la cabeza.

—Ciertamente —replicó Alex, utilizando el mismo método de comunicación—, aunque teniendo en cuenta la enorme pluma de pavo real que sobresale de esa cosa, incluso podría haber algún tipo de ave exótica atrapada ahí dentro.

—¿Tendremos que intentar rescatarla? —preguntó Ella en tono casual, haciéndolas reír.

—No dejes que tu hiperactiva imaginación te conduzca a los jardines esta noche —dijo Alex al llegar abajo, inclinándose hacia Ella en un susurro que solo escuchó su amiga.

—¡Por supuesto que no! —bromeó Ella al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Aunque yo pensaba que la extraña conversación que escuché la otra noche había tenido algo que ver con la preocupación de Blackmoor. —Hizo una pausa y luego continuó con

una risa—. Bueno... la preocupación anterior de Blackmoor, por lo menos.

Alex volvió a reír.

—Tu mente no concibe la posibilidad de una coincidencia, ¿verdad?

—Nunca. ¡Una coincidencia nos priva del entretenimiento que supone la especulación!

—Sin duda.

Después se vieron atrapadas por el torbellino de la noche. Entraron en la sala unos minutos antes de que empezara el primer baile —un minueto—, y se vieron rodeadas por una multitud de jóvenes caballeros que empezaron a realizar reverencias para solicitar un lugar en sus tarjetas de baile.

Alex se encontró bailando con lord St. Marks, un marqués dulce pero bajo, que siempre le había caído bastante bien. Estaba encontrando el baile bastante agradable, hasta que se dio cuenta de que Blackmoor estaba inclinado sobre la parte superior de la cabeza de su pareja. Parecía pasarlo de maravilla, sonriendo y riendo con la dama que giraba entre sus brazos, que no era otra que Penelope Grayson. Alex se vio asaltada por un ataque de celos. ¿Cómo podía estar bailando con otra después de haberla besado?

—Es mala como un áspid —murmuró Alex para sí misma.

—¿Disculpe, milady?

Miró a Saint Marks con una sonrisa.

—Er... es que estoy leyendo *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare, milord —se disculpó—, y parece que no puedo quitarme de la mente la horrible visión de la muerte de la reina. Muerte por la picadura de un áspid. Algo terrible.

Por la mirada de confusión en el rostro de St. Marks, estuvo segura de que nunca había tenido una conversación tan extraña durante un baile y, de haber dispuesto de otro estado de ánimo, Alex se habría reído de su expresión.

Se movieron de tal forma que ya no podía ver a Penelope y a Blackmoor a no ser que estirara el cuello, así que se limitó a contar los pasos hasta que el baile concluyó.

Fueron doscientos cuarenta y tres pasos, para ser exactos. St. Marks paseó con ella hasta el perímetro de la habitación y realizó una reverencia para despedirse, algo que, sin duda, estaba anhelando. Después, Alex fue en busca de alguien que pudiera entretenerla y que la distrajera de sus preocupaciones.

Menos de medio minuto después, se encontró cara a cara con el mismísimo Blackmoor que, con una corbata clara, sus hombros anchos y su brillante sonrisa, consiguió que ella se sintiera irritada

«¿Cómo podía estar pasándolo tan bien?».

—Lady Alexandra —dijo él formalmente, ofreciéndole una sonrisa devastadora y una breve reverencia.

—Blackmoor —repuso ella, incapaz de reprimir una pizca de sarcasmo en su tono—, creía que estabas con Penelope.

—Estuve —respondió él amablemente—, pero se encontró con unos amigos y decidí

echar un vistazo por aquí. ¿Has visto a tus hermanos? —Él escudriñó la multitud, en busca de los chicos Stafford.

Por irracional que resultara, tuvo ganas de darle un pisotón.

—Estoy segura de que están —se limitó a decir con sarcasmo—, sobre todo teniendo en cuenta que este es su hogar.

—Ah, bueno, entonces espero que aparezcan. —Él levantó una mano enguantada y tomó la cinta del lápiz que colgaba de su mano. Miró la tarjeta de baile, y ella notó que le caía un mechón de pelo rubio sobre su frente mientras leía—. Veo que tienes libre el siguiente vals. ¿Puedo?

Distraída por el abrumador deseo de retirarle el pelo de la frente y la clara pregunta de su mirada, se olvidó de todo.

—Sí, por supuesto. —Observó como Blackmoor tomaba la tarjeta, apreciando el trazo firme de su escritura, antes de conseguir arrancarse de aquel arrobó y amonestarse mentalmente por comportarse como una mema.

—¿Vamos?

Blackmoor le ofreció un brazo y la escoltó hasta el centro de la abarrotada pista de baile justo cuando comenzaba el vals. Entonces, se sintió inmediata e inexplicablemente desorientada, sin saber si aquella sensación era producida por los giros de la danza o por el hecho de que se sentía profundamente consciente del calor de su palma, incluso a través de las telas de sus guantes. No pudo evitar concentrarse en el calor, en el peso de la otra mano de Gavin en la parte baja de su espalda, en la forma en que se le rizaba el pelo al llegar al borde de la chaqueta, justo en el espacio en el que el ángulo de la mandíbula se unía con la elegante línea del cuello. Se preguntó si su piel sería tan suave como parecía. Sacudió la cabeza en un desesperado intento por ignorar aquellos sentimientos y cerró los ojos, dejando que él la guiara cada vez que giraban, obligándose a no pensar en él como en el hombre que la había besado hacía una semana, sino como en el que había conseguido ponerla furiosa tan a menudo durante los últimos tiempos. Respiró hondo... él olía de maravilla.

Sintió asco de sí misma. De verdad.

«¡Alexandra, deja de comportarte como una mema!».

—¿Te sientes bien, Alex? —La pregunta fue suave para que solo la oyera ella, y cuando abrió los ojos, percibió la preocupación en su mirada gris.

—Sí, estoy bien —repuso de forma precipitada—. Lo siento... er... supongo que estoy un poco excitada por el baile, por la noche en general.

—¿Mmm? —La interjección fue lenta y llegó acompañada de su ceja arqueada.

—Sí. Ella y Vivi estuvieron aquí toda la tarde y creo que he bebido demasiado té —explicó de forma embarullada.

«¿He bebido demasiado té?». Casi gimió en voz alta.

La respuesta sonó idiota incluso para ella.

—¿Exceso de té? —Blackmoor curvó la comisura de sus labios.

Alex quería poner fin a la conversación.

—En efecto. Y creo que el efecto está en su punto álgido. ¿Sería mucho pedir que permanecieras en silencio?

—Claro.

«¿Era diversión lo que percibía en su voz?».

—Excelente.

Le pareció que pasaba un siglo antes de que terminara el baile. Entonces podría alejarse de él aunque la acompañara una determinada distancia. Solo que él no se detuvo a mitad de camino de la sala de baile. De eso nada; la acompañó fuera de la sala, hacia las puertas que permanecían abiertas dando acceso a los jardines que Worthington House compartía con Blackmoor House. Alex tiró de su mano, tratando de soltarse. Él no se lo permitió.

—¿Adónde vamos?

—Dado que el efecto está en el punto álgido, he pensado que, tal vez, te vendría bien un poco de aire fresco.

—Me parece que me siento mucho mejor. No me gustaría coger un resfriado.

—Oh, no creo que ocurra eso.

Ella detectó un nuevo toque de humor en su voz. Él no la soltó hasta que llegaron a la terraza, que estaba desierta.

—Ahora, ¿te importaría decirme qué es lo que te tiene tan angustiada?

—Te lo he dicho.

—Sí. Lo has hecho. El té. —Él sonrió—. No sabes mentir cuando estás en apuros, picaresca.

—¡No es mentira!

—¿No? —Lo vio cruzarse de brazos y apoyarse en la barandilla de mármol que rodeaba la terraza.

—¡No! —exclamó. Él la miró... Esperando—. ¡De acuerdo! ¡Sí! Es mentira. Ya que quieres saberlo, me siento... nerviosa cuando estas cerca de mí.

—¿En serio? No me había dado cuenta.

Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Deja de reírte de mí.

En honor a la verdad, él dejó de hacerlo.

—Muy bien. ¿Por qué estás nerviosa?

Ella no pudo evitar mirarlo, era como si su cerebro se hubiera fundido.

—Sé sincero, ¿no puedes imaginar la razón?

Él no respondió, limitándose a esperar a que continuara. Ella se agarró a la fría barandilla de mármol y miró hacia las oscuras sombras del jardín.

«¿Qué debo decir?».

En su mente era muy obvio por qué estaba nerviosa... además de expectante. ¿No había sufrido su relación un tremendo cambio en los últimos días? ¿Se equivocaba al

creer que había algo nuevo, fresco, diferente y bastante aterrador entre ellos? Estaba claro que él no lo creía. Pero por mucho que quisiera aparentar que estaba tranquila y serena, no podía hacerlo.

—Me besaste... —susurró.

Él respiró hondo y soltó el aire.

—Sí.

—Y aquella noche pareció que, de alguna manera, todo iba a ser diferente. Solo que no lo fue. Ha sido igual. En el buen sentido... supongo. Pero... yo solo... —Lo miró con sus grandes ojos color verde esmeralda—. Me besaste —susurró de nuevo—. Y eso no se puede borrar.

—Tienes razón. No puedo dar marcha atrás. Ni siquiera intento borrarlo. Porque sería imposible. —Suspiró, enderezándose—. Pero besarte de nuevo sería uno de los mayores errores que podría cometer.

Él vio el destello de dolor en sus ojos, pero, antes de que pudiera explicarse, Vivi atravesó las puertas.

—Oh, ¡gracias a Dios que estáis aquí! Lord Tocón me arrinconó de una forma horrible cuando me dirigía a la sala de refrigerios. No tuve más remedio que escapar; os vi venir a los dos hacia aquí, y os seguí. —Les ofreció una enorme sonrisa—. Espero no estar interrumpiendo nada, pero necesitaba que me salvaran.

Los ojos color esmeralda de Alex estaban vidriosos por lágrimas no derramadas mientras lo miraba.

—Bueno, estás de suerte. Blackmoor se siente muy cómodo en el papel de salvador. —Continuó hablando al tiempo que se giraba hacia el salón—. Si no te importa, Vivi, tengo que volver a entrar.

Y dicho eso, huyó.

·CAPÍTULO 17·

Alex se retiró del baile, desesperada por encontrar un lugar donde recomponer a solas su ego herido. Por supuesto, con más de quinientas personas en su hogar, ese deseo no iba a ser demasiado fácil de conseguir. Pero tenía a su favor todas las veces que se había escondido en la casa. Mientras se deslizaba por la sala de damas para acceder a la zona del servicio, por donde podría acceder a la parte no ocupada de la casa, se preguntó si no podría limitarse a dirigirse a su dormitorio sin llamar la atención. La idea todavía estaba formándose en su mente, cuando se dio cuenta de que nunca podría escapar de la ira de su madre si hacía algo parecido. Según sus cálculos, disponía de un cuarto de hora a solas antes de volver al baile.

Salió de las dependencias del servicio por un corredor en sombras y caminó hacia el invernadero, que siempre había sido su lugar favorito. Los sonidos de la orquesta se desvanecieron en la distancia mientras recorría el pasillo silenciosamente, dando gracias al Creador porque su madre hubiera decidido mantener esa zona libre de invitados. El silencio fue reemplazado por unos murmullos sosegados que procedían de unas puertas cerradas en medio del corredor. Se preguntó si alguien se habría colado en esa parte de la casa y, lo que era más importante, quién y por qué se ocultaría en una zona privada. Alex se detuvo frente a esa habitación y, pegando la oreja a la hoja de madera, trató de escuchar algo; parecían estar discutiendo de política.

—Napoleón está ganando fuerza. Está consiguiendo apoyos por toda Francia. La Corona caerá pronto. No necesitamos espías que nos informen sobre eso —dijo la voz con desdén; sonaba extranjera, pero Alex no podía identificar el acento a través de la gruesa puerta.

—No, por supuesto que no. No quería decir eso. Simplemente estaba señalando que tengo muchas conexiones importantes que podrían resultar útiles en la búsqueda de información. Si la Corona planea un ataque, puedo ayudar a predecirlo. Creo que he demostrado de forma más que suficiente mi compromiso con la causa.

Alex se tapó la boca con la mano para ahogar una exclamación al percatarse de que estaba oyendo a escondidas una conversación particularmente siniestra.

Se quedó en silencio, tratando de escuchar algo por encima del latido de su corazón.

—En efecto. Ha dejado más que claro su nivel de... compromiso.

—Y tengo la intención de hacerlo otra vez. En cuestión de días espero obtener una información muy importante sobre los planes de Wellington.

Alex abrió mucho los ojos al darse cuenta de que uno de los hombres que estaba al otro lado de la puerta era la peor clase de espía; un inglés que vendía secretos de la inteligencia británica.

—Estoy seguro de que lo que piensa es cierto. Pero comprenderá que ya no podemos confiar en que vaya a tomar decisiones inteligentes. Hemos llegado demasiado lejos como para arriesgarnos a perder nuestra tapadera. Simplemente, no podemos permitir que siga involucrado. —La voz era fría, calmada y con un deje de

desdén. Alex podía notarlo incluso a través de la gruesa puerta de roble—. Ha actuado de forma temeraria... y todo en vano. Ha sido incapaz de descubrir qué sabe él sobre nuestros planes. La información se pasea bajo sus narices y su participación es cada vez más caótica. Después nos vemos obligados a perder el tiempo arreglando sus desastres.

—¿Arreglando mis desastres? Soy yo quién lo ha arreglado todo. —Alex notó que la voz vibraba de furia apenas contenida, incluso a través de la puerta—. Si no fuera por mí, toda esta operación habría quedado al descubierto. Usted y todos los demás habrían sido detenidos y ahorcados. Si no fuera por mí, Blackmoor todavía estaría vivo.

Alex abrió la boca con horror al percatarse de la importancia de lo que estaba oyendo. Supo que debía correr en busca de su padre, del padre de Vivi y de todos los demás. Pero no podía irse, por si revelaban más información.

—E incluso con él muerto, no parece que vaya a recuperar la información que poseía el antiguo conde. Somos afortunados de que, por el momento, el joven cachorro no lo haya descubierto todo y no nos hayan colgado por traición. Entre su intento de robo frustrado, en el que estuvo a punto de ser descubierto, y toda esta cadena de errores, ha hecho que el peligro sea mayor.

—No tiene de qué preocuparse. El joven Blackmoor dejará muy pronto de ser motivo de preocupación. Tengo intención de ocuparme de él.

—Discúlpeme, tengo poca fe en su capacidad para mantener esa promesa. —Alex no pudo contener un jadeo al darse cuenta de lo que el villano quería decir. Un ruido rasgó el aire, arrancándola de su trance, cuando se hizo el silencio al otro lado de la puerta.

Voló por el pasillo, sus esarpines de suave piel de becerro le facilitaron una huida silenciosa. Cuando llegó al invernadero, se dejó caer en el suelo en medio de la oscuridad, empapándose con el dulce aroma a cítricos y flores. El corazón le latía muy deprisa por culpa de lo que acaba de escuchar. Apenas podía pensar debido al sonido de su agitada respiración. ¡El conde había sido asesinado! Gavin tenía razón. Sacudió la cabeza, como si esa acción pudiese borrar lo que había sucedido. El antiguo conde de Blackmoor estaba muerto y Gavin corría peligro. Habían dicho que Blackmoor ya no supondría una preocupación después de esa noche. Tenía que encontrarlo antes que ellos.

La idea apenas se había formado en su cabeza cuando ya se había puesto en pie. No pensó en nada más, solo en que tenía que encontrar a Gavin. Estaba saliendo del invernadero cuando oyó un chasquido como si se estuviese cerrando una puerta. Se apretó contra la pared, agradeciendo la oscuridad y las sombras que contribuían a que no la descubrieran. Una figura masculina salió al pasillo, después apareció otra. No pudo identificar a ninguna de ellas, parecían sombras vestidas de traje formal. Pero a medida que avanzaban hacia la luz que procedía de la sala del baile, sus ojos se abrieron con horror. De la identidad de uno de los hombres no estaba segura, pero sí de que el otro caballero era Lucian Sewell, el tío de Gavin.

Se quedó inmóvil durante un momento, congelada por la gravedad de todo lo que

había escuchado y por la aplastante probabilidad de que el tío de Gavin hubiera asesinado a su propio hermano a sangre fría.

¿Cómo iba a decirle a Gavin que su tío había matado a su padre? ¿Cómo iba a informarle de que si no se protegía sería el próximo? Tenía que encontrarlo. Ellos podrían estar ya buscándolo en ese momento.

Después de esperar un rato a que los hombres hubiesen regresado al baile para no correr el riesgo de ser descubierta, volvió sobre sus pasos por el pasillo a oscuras hasta la sala de damas. Incrementó su velocidad cada vez más, y estaba corriendo cuando irrumpió en el salón de baile... donde quedó atrapada al instante por la aglomeración de gente.

Mirando a su alrededor, buscó alguna cara familiar. Frunció el ceño mientras se ponía de puntillas buscando a Gavin o a uno de sus hermanos... o a Vivi, a Ella, a cualquiera.

—¿Estás buscando a alguien? —dijo una voz junto a su oído, haciendo que pegara un brinco. Se giró para encontrarse con un sonriente Freddie.

—¡Oh! ¡Freddie! —Se llevó una mano en el pecho con sorpresa—. ¡No tienes ni idea de lo feliz que estoy de que seas tú!

—Como puedes imaginar, las mujeres me lo dicen continuamente —bromeó él, pero el brillo perverso de su mirada se transformó en preocupación con rapidez—. ¿Qué te pasa, gatita? Parece que has visto a un fantasma.

—Me temo que es algo mucho peor que eso. Pero no puedo hablar sobre ello. Tengo que encontrar a Blackmoor.

El tono de Freddie se volvió oscuro y amenazador.

—¿Te ha hecho daño ese canalla?

La pregunta la habría divertido en cualquier otro momento, pero no esa noche; agitó la mano en señal de frustración.

—No, solo tengo que encontrarlo. ¿Me ayudas?

—Si ha hecho algo inapropiado, le daré una paliza.

—Freddie, deja de ser tan bruto y ayúdame. ¿De acuerdo?

Él asintió con la cabeza, aunque no parecía muy feliz por ello.

—Es importante. Busca en esa dirección —dijo, señalando hacia la orquesta—. Si ves a mis hermanos, a Vivi o a Ella, pídeles que te ayuden a buscarlo. Es una cuestión de vida o muerte.

Empezó a moverse en dirección opuesta a la indicada, pero él la agarró del brazo y la detuvo.

—¿Qué está pasando, Alex?

—No te lo puedo contar ahora. ¡Por favor! —Lo miró suplicante—. Por favor, ¿puedes ayudarme?

Freddie la observó detenidamente durante un breve instante, como si intentase leer sus pensamientos. Algo de lo que vio en sus ojos lo convenció. Con un movimiento de

cabeza, se giró sobre sus talones y desapareció entre la multitud.

Alex lo observó alejarse durante un breve segundo, admirando su lealtad, antes de darse la vuelta para seguir buscando a Blackmoor.

Solo unos minutos más tarde, se encontró con Vivi y Ella, que estaban inclinadas con las cabezas juntas, en lo que parecía una discusión seria... o un chisme jugoso. Alex se acercó a ellas por detrás y, deslizando los brazos en torno a ellas, las interrumpió.

—Gracias a Dios que os he encontrado. Necesito vuestra ayuda.

Las dos chicas la miraron con sorpresa.

—¿Te hemos estado buscando por todas partes! —exclamó Vivi—. ¿Qué fue lo que te pasó? Mirabas a Blackmoor como si fuera un canalla que te hubiese dicho algo terrible. ¿Estás bien?

—Sí. Me dijo algo bastante horrible; sin embargo, eso no tiene importancia ahora. Ha ocurrido algo mucho peor y tengo que encontrarlo.

—¿Cómo que mucho peor? —preguntó Ella, con una mirada de preocupación en sus ojos azules.

—No dispongo de tiempo para explicároslo en este momento.

—¿Ni siquiera a nosotras? —Vivi parecía herida.

—No puedo. Os prometo que seréis las primeras en saberlo... después de que encuentre a Gavin. Algo que debería hacer inmediatamente.

—Alex... —advirtió Vivi en tono ominoso.

—No. Vivi. —Alex la interrumpió con un gesto de su mano—. Os estoy pidiendo ayuda. Os lo contaré todo más tarde. Os lo prometo. Pero, por favor, ayudadme a encontrarlo.

—Se fue —le informó Ella.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Adónde se fue? —Alex se giró hacia su amiga y le agarró los brazos con ambas manos.

Ella miró con asombro a Alex.

—Se fue poco después de que desaparecieras. Dijo algo acerca de que los bailes no eran los mejores lugares para él esta temporada.

—¿Dijo adónde iba?

—No. Aunque se fue por los jardines, así que supongo que se fue a su casa.

—Tengo que ir tras él.

—¿Cómo? —exclamaron al unísono Ella y Vivi.

—Os lo dije, no os lo puedo explicar. No hay tiempo. Tenéis que ayudarme. Atravesaré los jardines. Si alguien pregunta, decid que se me ha descosido el dobladillo y que he acudido a Eliza para que me lo arregle.

—Espera. ¿Estás bien, Alex? —Vivi la miró preocupada.

—Estoy bien. Haced esto por mí, ¿de acuerdo? Ah... y si encontráis a Freddie... Decidle que gracias y que ya encontré a Blackmoor.

—Esto se está volviendo más y más intrigante por momentos —dijo Ella—. Alex, no

puedes marcharte a Blackmoor House tras él. ¡Si te atrapan, tu reputación quedará arruinada!

—Yo... simplemente voy a tener que correr el riesgo —contestó Alex, deseando disponer de más tiempo para disfrutar de su confusión—. Os lo contaré todo a mi regreso. Os lo prometo. —Las besó a ambas en la mejilla—. ¡Ah! Y si no he vuelto dentro de tres cuartos de hora, Vivi, dile a tu padre adónde fui.

—¿Cómo?

—Estaré bien. Es solo una medida de precaución.

—Pero ¿qué tipo de precaución implica a mi padre?

—Te lo contaré todo a mi regreso —repitió. Y dicho eso, salió de la habitación y se encaminó hacia la sala de música, que tenía una salida a los jardines y ofrecía menos oportunidades de que la atraparan mientras escapaba.

Al atravesar corriendo el oscuro jardín que conectaba Worthington House y Blackmoor House, no le dio tiempo de pensar lo que haría si llegaba para interrumpir un momento «inadecuado». Solo pensaba en Gavin, en sus ojos grises como el mar en invierno, en sus sonrisas audaces que le calentaban el corazón, en su espíritu generoso. Pensando en eso se concentró en una sola idea... que tenía que llegar hasta él antes que nadie.

Cuando finalmente cruzó el bosquecillo por el medio de los árboles y se encontró en el jardín de Blackmoor House, se detuvo a pocos pasos de la casa y la inspeccionó. Podía ver a través de las ventanas algunas luces tenues en la planta superior, reservada para los sirvientes, pero el resto de la casa se encontraba a oscuras; parecía deshabitada y prohibida.

Estaba decidiendo la mejor manera de entrar en la casa cuando percibió un movimiento muy cerca. Se escondió pegándose contra un árbol, tratando de mezclarse con las sombras, y vio a una pequeña figura oscura que avanzaba sigilosamente por el jardín trasero hacia la ventana del estudio del conde. Escudriñó la forma, tratando de identificar quién era. Pero por mucho que lo intentaba, no podía distinguir su cara, aunque su físico le parecía vagamente familiar.

Observó con sorpresa que aquella persona manipulaba el pestillo de la ventana, desbloqueándolo con rapidez desde el exterior, y levantaba el cierre para abrir una de las hojas de la ventana.

Estaba claro que intentaba colarse en la casa y también estaba claro que tenía que hacer algo para impedirselo. Reuniendo valor, se disponía a correr hacia él y detenerlo, cuando desde el interior del estudio se encendió una luz brillante, que la sorprendió e hizo que el intruso saliera corriendo como una rata, escabulléndose por la esquina de la casa, hacia el jardín. Cuando lo vio alejarse a toda velocidad, creyó reconocerlo. Estaba segura de que se trataba del barón Montgrave.

—¡Dios mío! ¡Ella tenía razón! —susurró al aire de la noche. Había pensado que lo que Ella le había comentado era producto de la hiperactiva imaginación de su amiga,

¡debería haberla escuchado!

Una vez que el barón desapareció de su vista, se encaminó hacia la ventana del estudio, que seguía un poco abierta. Al llegar, se encaramó al alféizar y se asomó a la habitación para ver a Blackmoor sentado detrás del escritorio, con la mirada clavada en la nada, perdido en sus propios pensamientos.

Lanzó un enorme suspiro, agradeciendo que estuviese sano y salvo, desesperada por tocarlo y confirmar que estaba bien. Golpeó el cristal de la ventana con frenesí, sobresaltando a Gavin y arrancándolo de su ensimismamiento. Él se puso de pie con rapidez y entrecerró los ojos para mirar hacia donde estaba ella. Alex se dio cuenta de que no podía verla por el reflejo de la luz al incidir sobre el vidrio.

—¡Soy yo! —susurró.

Gavin abrió los ojos con sorpresa al reconocerla y se acercó rápidamente.

—Tengo que estar soñando —aseguró—. No es posible que arriesgues tu reputación de este modo. —Abrió la ventana e, inclinándose sobre el alféizar, se la quedó mirando durante un momento antes de acercar su nariz a la de ella—. Dime que estoy soñando, Alexandra —insistió.

—Lamento no poder hacerlo. De hecho, estoy aplastando las flores que hay debajo de tu ventana. —Colocó las dos manos en el alféizar antes de seguir hablando—. Tengo que contarte algo, ¿me ayudas?

Por un momento, pareció que él estaba decidiendo si debía dejarla fuera, en el jardín, aunque después se lo pensó mejor. Se inclinó, la agarró por los brazos y la izó para pasarla a través de la ventana. Ya en el estudio, esperó a que ella recuperara el equilibrio antes de girarse y cerrar la ventana. Alex abrió la boca para hablar, pero él la interrumpió.

—Has arriesgado tu reputación para seguirme hasta aquí y, francamente, espero que tengas una buena razón para estar merodeando por mis jardines en lugar de estar bailando toda la noche en la fiesta que se celebra en tu casa.

—La tengo. De hecho, son varias razones. Incluyendo el hecho de que parece que no soy la única persona que ha estado merodeando por tus jardines esta noche.

Abrió los ojos con sorpresa ante sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

Alex le echó una mirada al reloj de la repisa de la chimenea.

—No puedo quedarme mucho tiempo, y tú tampoco. Tenemos que volver a Worthington House.

—¿Por qué? ¿No hemos estado en suficientes bailes durante la temporada? —se burló él.

—No es por el baile. Es que no puedes quedarte aquí solo. Alguien tiene la intención de matarte. Acabo de ver un intento fallido de entrar en tu casa a través de esta misma ventana. Creo que fue el barón Montgrave. Ahora se ha ido, pero estoy segura; lo asustaste con la luz. —Le imprimió urgencia a su voz—. Sé que esta no es la forma más

correcta de contártelo, pero no disponemos de mucho tiempo. Verás... hace solamente unos momentos, en el baile, escuché una conversación privada entre dos hombres. Por lo que hablaban, parecían estar profundamente involucrados en un caso de espionaje y traición. Uno dejó muy claro que tenía acceso a una información muy peligrosa o, más bien, que tu padre estaba al tanto de alguna información que no debería haber sabido y, lo que es más importante, parecían dispuestos a matarte para asegurarse de que no tuvieras oportunidad de compartir esa información, que puede que sepas o no. No querían arriesgarse a que tuvieras la oportunidad de averiguar cuáles son esos datos misteriosos que sabía tu padre. —Lo agarró de la mano y tiró de él—. Tenemos que salir de aquí. ¡Ahora!

Él no se movió.

—No nos vamos a ninguna parte hasta que no me lo cuentes todo.

Alex suspiró con impaciencia.

—No tengo tiempo para explicártelo ahora. ¡Alguien podría entrar por esa ventana en cualquier momento y sorprendernos!

—Parece una entrada muy popular —observó.

—¿Cómo puedes bromear en un momento como este? —le reprochó ella—. ¿Es que no me entiendes? ¡Alguien está planeando acabar con tu vida!

—Alex. Trata de mantener la calma.

—¿Que mantenga la calma? —Su frustración iba en aumento—. ¡Tú no estabas allí! ¡No los has oído hablar de matarte como si fuera una tarea más! Algo que tuvieran que llevar a cabo entre el desayuno y las visitas de la mañana.

—No entiendes lo que trato de decirte, Alex —dijo con calma—. Lo sé. Todo. Sé que mi padre tenía información suficiente para condenar a alguien a la horca. Sé que se relaciona, de alguna manera, con la guerra. Lo sé. Sé que la información está oculta en algún lugar de Blackmoor House. Sé que quien mató a mi padre anda ahora detrás de mí. Lo sé, y también lo sabe el Ministerio de la Guerra. Todos estamos esperando a que ese canalla haga su siguiente movimiento, y esperamos que sea dentro de poco. Podría haber sido hace un momento, si lo que dices de que un intruso intentaba entrar de forma subrepticia es cierto. Te aseguro que lo tenemos todo preparado.

—¿Qué? ¿Lo sabías? Pero ¿cómo? ¿Por qué nadie me lo dijo?

—Lo sospecho desde hace meses, ya sabes que yo nunca creí que la muerte de mi padre fuera accidental. Las únicas personas que están de acuerdo conmigo son tu padre y lord Langford, pero ninguno de nosotros podía demostrarlo, o eso pensaba. Cuando entraron a robar en Blackmoor House y no se llevaron nada de valor, supe que debía estar relacionado con mi padre. Desde entonces, tu padre, lord Langford y yo hemos estado tratando de pillar al ladrón.

—Pero ¡podrías morir!

Él sacudió la cabeza con firmeza.

—Si bien es cierto que existe alguna posibilidad, entre mis frecuentes y muy públicas

apariciones y los expertos detectives de Bow Street que están patrullando mi casa, no creo que vaya a suceder.

—¿Hace falta que te recuerde que el barón Montgrave estaba merodeando la casa hace unos momentos? ¿Dónde estaban los de Bow Street en ese momento?

—¡Pensé que no estabas segura de que se tratara de Montgrave! —le preguntó, evadiendo la pregunta.

—No lo estoy. Pero creo que es mejor que seamos precavidos dadas las circunstancias. No me verás invitando al barón a tomar el té en un futuro cercano.

—Alex. En primer lugar, y si es que era el barón, te aseguro que podría haber manejado perfectamente la situación —continuó, ignorando la forma en que ella ponía los ojos en blanco—. En segundo lugar, ahora no existe tal «situación». Parte de la razón por la que no estabas al tanto de todo esto es porque todos preferimos que no lo supieras. Os conocemos a Vivi, a Ella y a ti mejor de lo que piensas. Sabíamos que una vez que os enteraseis de esto, os resultaría difícil manteneros al margen. Dicho esto, quiero que permanezcas alejada de este asunto. Alejada por completo. Esto no es un juego.

—Sé que esto no es un juego, Gavin. No soy una niña. Y no voy a quedarme de brazos cruzados, ya es demasiado tarde para ello.

—No, no lo es. Quiero que finjas que no oíste nada de lo que sea que hayas oído esta noche. Si alguna vez existió un momento para que te comportaras como una delicada flor, es ahora. ¿Me has entendido? —No esperó a que respondiese—. Bien. Y dicho esto, aunque me hubiese gustado darte unos azotes por atreverte a cruzar el bosquecillo en medio de la oscuridad, voy a abstenerme, porque no puedo negar que me siento bastante feliz de que estés aquí.

Alex abrió la boca para discutir, pero él la detuvo levantando una mano.

—¿Sabes?, tengo muchas más cosas que decirte. Siento haberte hecho daño antes. Nunca quise que pensaras que nuestro beso fue un error. De hecho, si me preguntaras qué es lo que más he deseado durante la última semana y lo que más deseo en este momento, respondería sin lugar a dudas que no es encontrar al ladrón que saqueó mi casa ni saber la verdad sobre la muerte de mi padre; lo único que deseo es a ti.

Alex sintió su ardiente mirada sobre el rostro mientras continuaba.

—No usé la palabra error para referirme a ti, nunca ha sido por tu culpa. La usé porque tus hermanos son casi como mis propios hermanos, tu padre —hizo una pausa, y después continuó— es lo más parecido que tengo ahora a un padre. Todos ellos piensan que conmigo estás segura. Creen que estás a salvo. Mi comportamiento contigo traiciona esa confianza. Y también la tuya.

—¿Por qué traicionas mi confianza? —preguntó, distraída por sus apasionadas palabras—. Yo confío en ti. Todavía confío en que seas el mismo Gavin que has sido siempre.

—Ese es el problema. Los sentimientos que tengo ahora hacia ti no son los que he

tenido siempre. No soy el mismo Gavin; solía pensar en ti como en una amiga. Ahora te considero algo más.

Alex quería pedirle desesperadamente que fuera más claro. Pero en primer lugar tenía que saber si lo que le impulsaba a hacer esa confesión era ella o el ideal que tenía de ella.

—¿Estás pensando en pedir la mano de Penelope Grayson? —espetó de pronto. Y las palabras salieron de su boca antes de que ella supiese lo que estaba diciendo. Bajó la barbilla con las mejillas ruborizadas. No tenía ni idea de por qué había hecho una pregunta tan inapropiada. Más que eso, sentía un repentino y terrible temor a la respuesta. Si hubiera estado dirigiendo sus ojos hacia él, habría visto la mirada de perplejidad que asomó a su rostro y hubiese conocido la respuesta antes de que él hablase.

—No, Alex. No. Nunca he tenido intención de declararme a Penelope. Ella es muy guapa, pero... —Hizo una pausa—. No eres tú.

Alex alzó la mirada al darse cuenta de lo importante que era ese momento, esa declaración.

—Confieso que a principios de temporada tenía planes para cortejar a Penelope. Parecía la candidata... ideal.

—Un sentimiento encantador —dijo Alex—, es increíble que los hombres tengáis los mismos procesos mentales cuando buscáis esposa que cuando tenéis que elegir a un político.

—Sin embargo... —continuó él, haciendo caso omiso de su exabrupto—, todo eso ha cambiado. No puedo imaginarme con Penelope, parece que solo puedo imaginarme contigo.

Ella intentó ignorar las sensaciones que le produjeron aquellas palabras.

—¿Qué significa eso? —le preguntó.

—Significa que te has convertido en el modelo por el que valoro a las demás mujeres. Si tienen tan buen humor como tú, o tu rápida y afilada lengua, si son tan encantadoras, tan ingeniosas, tan... —se detuvo.

—Sigue —le instó.

Él sonrió ante aquella desvergonzada treta para oír más elogios.

—Tan maravillosas, tan inteligentes, tan guapas... como tú.

Alex se sonrojó con timidez.

—No soy hermosa.

—Sí, amor, lo eres. —Dio un paso hacia ella, acercándose para trazar la curva de su mejilla con un dedo—. Tan hermosa que me hace preguntarme cómo no me había dado cuenta de ello antes de la temporada.

Y dicho eso, la besó. Alex perdió toda su fuerza cuando sus labios tocaron los de ella, y él la sujetó entre sus fuertes brazos sin ninguna dificultad. Ella levantó las manos para enredar los dedos en su suave cabello antes de rodearle el cuello con los brazos y

ceder ante el puro placer del momento.

Después de varios minutos, él levantó la cabeza y sus ojos se encontraron. Ninguno de los dos podía dejar de sonreír. Alex fue incapaz de ocultar sus sentimientos, tranquila después de haber oído su audaz confesión.

—Gavin... nunca había sentido nada así. Nunca serás solo mi amigo, nunca volveré a considerarte un hermano. Si yo soy el modelo por el que mides a las demás mujeres... tú eres más que eso para mí. ¿Cómo voy a encontrar a alguien a quien pueda comparar contigo? Con tus sonrisas audaces, tu mente brillante y tu apuesto rostro... —Le acarició la mejilla, pasando los dedos por su mandíbula—. Es bastante probable que me hayas arruinado para todos los demás.

Se besaron de nuevo, perdiéndose en la sensación hasta que él levantó la cabeza y habló con voz profunda y suave.

—Ahora que te has adueñado de mi corazón y de mi mente, que me has engatusado para confesar mis sentimientos por ti, ¿no crees que deberías volver... antes de que alguien nos encuentre y tu reputación se vea seriamente dañada? Aunque, lo confieso, en este momento se me ocurren peores maneras de poner fin a la noche que casándome contigo... a pesar de tus opiniones sobre el tema del matrimonio.

Las palabras hicieron que le bajara un escalofrío por la espalda, aunque sabía que tenía razón. Se apartó de sus brazos, mirándolo con preocupación.

—¿Estás seguro de que estás a salvo aquí? ¿Por qué no consideras pasar la noche en Worthington House?

Él sacudió la cabeza ante su pregunta, ofreciendo una sonrisa tranquilizadora mientras le colocaba un rizo suelto detrás de la oreja.

—No es necesario. No te preocupes por mí, Alex. Preferiría que olvidaras todo lo que escuchaste esta noche.

Ella puso los ojos en blanco.

—No puedo fingir que no lo escuché, Gavin. Que tu tío está conspirando contra ti, no es algo que pueda olvidar fácilmente.

—¿Mi tío?

El tono de sorpresa en la voz de Gavin hizo sonar campanas de alarma en su cabeza al darse cuenta de que no le había contado todo lo que había descubierto esa noche. Se había abstenido de mencionar el hecho de que había escuchado a Lucian Sewell conspirando contra Gavin, porque no estaba segura de cómo decírselo y porque sabía a ciencia cierta que si le explicaba todo, él no estaría dispuesto a salir de la casa.

—Alexandra, ¿mi tío?

Hizo una pausa, sin saber cómo proceder, qué palabras usar para compartir esa terrible información.

Respiró hondo para reunir todo su coraje y se lanzó a intentar explicarle lo que había escuchado.

—La conversación que oí fue en el anexo de la biblioteca de mi casa, camino del

invernadero. —Continuó cuando él asintió con la cabeza en señal de reconocimiento—. Había dos hombres en la habitación, pero la puerta estaba cerrada, así que no pude reconocerlos por la voz... estaban demasiado amortiguadas. Me escondí en el invernadero en la oscuridad, junto a la puerta, hasta que salieron y, aunque no reconocí al primer hombre que salió, sí identifiqué al segundo. —Se detuvo, haciendo contacto visual con Gavin antes de hacer su revelación final—. Era tu tío Lucian.

Él se quedó inmóvil por un breve momento.

—Te equivocas —dijo con firmeza.

Entonces fue el turno de Alex de sentirse sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no es posible que mi tío esté conspirando contra la familia Blackmoor. No debiste de ver lo que piensas que viste.

—Pero lo hice, Gavin. Vi a tu tío saliendo de esa habitación.

—No, Alex, eso no es posible. Mi tío Lucian es muchas cosas, pero nunca traicionaría a su familia. De eso estoy seguro.

La indignación crecía en el pecho de Alex; estaba empezando a sentir calor por culpa de la ira.

—Con el debido respeto, milord, fui testigo de algo que apunta a lo contrario.

—Estoy seguro de que crees que lo viste, Alex. Pero te estoy diciendo que te has equivocado. Yo no dudo que has visto a alguien que parecía ser mi tío. Sin embargo, no fue él. De eso estoy seguro.

—Yo sé lo que vi. Te encuentras en un grave peligro. Y Lucian Sewell es una amenaza para ti y para Blackmoor House. Gavin, lo escuché admitir que había matado a tu padre.

Vio la fría respuesta en sus ojos.

—No me crees.

—No dudo que lo hayas oído. Pero no lo dijo él. —Al darse cuenta de su creciente enfado, intentó calmarla—. Alex, tío Lucian adoraba a su hermano, fue el primero de la familia en llegar a Blackmoor, fue él quien encontró el cuerpo de mi padre. Ha sido infinitamente útil para mí, me ha ayudado a amoldarme al papel de conde. Ha sido una parte activa de la discusión relativa a que la muerte de mi padre suponía una amenaza potencial para mí. Es un aliado. No es un canalla.

—Pero ¿no es posible que todas esas cosas hagan de él el villano perfecto? —La voz de Alex se elevó por la desesperación al ver cómo se ensombrecía la expresión de Gavin—. Tal vez fue el primero en llegar a la finca de Essex porque ya estaba allí. ¿No has considerado que ayudarte a convertirte en conde no era más que una estratagema para estar más cerca de la información que tu padre había averiguado? Y, Gavin... debes dejar de incluirlo en cualquier discusión sobre tu seguridad. No es de fiar.

Ella lo observó mientras se apoyaba en la mesa, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho, y la frustración que sintió le llenó los ojos de lágrimas. Se negaba a llorar

delante de él. Respiró profundamente.

—Arriesgué mi reputación para venir aquí esta noche —dijo con la voz temblorosa—. Pero lo hice porque era mayor la preocupación que siento por ti que la que siento por mi honor. Nunca hubiera dicho algo que te hiriese de esta manera si no creyese de corazón que era cierto. Y me debes a mí y a ti mismo considerar al menos esta posibilidad.

La expresión de Gavin era sombría cuando le dirigió una fría mirada.

—Tienes razón al decir que has arriesgado tu reputación al venir aquí esta noche, Alex. Parece que también has arriesgado el buen nombre de mi familia al hacerlo. Creo que es mejor que vuelvas al baile y olvides todo lo que viste. Te aseguro que tenemos la situación bajo control.

A Alex le sorprendió aquella despedida tan fría. ¿Sería posible que se sintiera ofendido por su preocupación? Abrió la boca para hablar de nuevo, pero él la interrumpió antes de que pudiera emitir cualquier sonido.

—Ya he oído todo lo que tenías que decirme, Alex. No tienes que repetirlo. Por favor, vete ya. Preferiría que la única reputación difamada esta noche fuese la de mi tío.

—Gavin...

—Buenas noches, Alexandra.

Alex lo vio alejarse de ella con lágrimas en los ojos.

—¡Gavin! —Él se detuvo por un momento, pero no se giró, aunque fue evidente que había escuchado sus palabras—. Ten cuidado, por favor.

Y dicho eso, se dio la vuelta y abrió la ventana lo suficiente para sentarse en el alféizar y deslizarse hasta caer en el banco de flores.

Blackmoor no hizo ningún movimiento para ayudarla a salir, y ella trastabilló al aterrizar sobre el suelo suave, hundiendo una rodilla en la húmeda tierra.

No le preocupaba su vestido, ahora destrozado, ni los escarpines sucios, ni las lágrimas que amenazaban con deslizarse por su rostro. Lo único que le importaba era volver a su casa y encontrar a alguien que la creyese.

·CAPÍTULO 18·

No tuvo que ir muy lejos.

Una vez en los jardines Worthington House, regresó a la terraza de la sala de música. Cruzó el oscuro espacio como si estuviera en trance, sin saber a quién acudir o qué decir. Abrió la puerta para acceder al pasillo desde la terraza llena de invitados, que habían salido de la sala de baile para conversar tranquilamente o tomarse un momento de descanso. Vivi y Ella se precipitaron a través de la puerta, evitando a duras penas caerse de narices. Era evidente que las dos habían estado de pie, apoyadas sobre la madera, haciendo guardia hasta que regresara.

Si Alex no hubiera estado tan conmovida por su encuentro con Gavin, habría estallado en carcajadas.

Vivi se enderezó primero.

—¡Gracias a Dios! —susurró con brusquedad—. ¡Estábamos muertas de preocupación por ti!

—Y también de curiosidad —añadió Ella.

Vivi miró a Ella.

—Eso no es ni siquiera una frase. —Volviendo a mirar a Alex, continuó—. Nos preguntábamos si deberíamos llamar a la caballería.

—Con eso quiere decir —apostilló Ella— avisar a tu padre.

—Con lo enfadado que se hubiera puesto al saber que te hemos dejado salir en medio de la noche, creo que usar la palabra «caballería» es una opción perfectamente aceptable —señaló Vivi.

Los dos miraron a Alex.

—¿Qué ha pasado? —susurraron al unísono.

Y, en ese momento, al mirar a los ojos curiosos y preocupados de sus mejores amigas, Alex hizo lo que había querido hacer desde que salió de Blackmoor en medio de la noche; se echó a llorar.

Ella y Vivi compartieron una mirada llena de ansiedad antes de abalanzarse sobre Alex y arrastrarla a la sala de música, cerrando la puerta con firmeza.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —preguntó Vivi con urgencia, guiando a Alex hasta un pequeño taburete con tapizado acolchado para que se sentase, mientras Ella encendía algunas de las velas que había alrededor.

—Creo que está claro que le ha pasado algo, Vivi —dijo Ella con voz chillona, mientras se agachaba junto a Alex—. ¿Cariño? ¿Estás bien? ¿Blackmoor te ha hecho algo que lo haga merecedor de una paliza?

Alex hipó y respondió con una sonrisa acuosa.

—Sí. ¿Te encargarás de ello?

Ella le devolvió la sonrisa.

—Bueno, me alegra ver que todavía puedas encontrarle un lado humorístico a la situación. Intentaría dársela, lo sabes, pero es un poco más grande que yo.

—Sí, lo es. Pero sobre todo es insoportable. No quiero volver al baile —suplicó Alex, mirando a sus amigas—. Quiero ir a mi dormitorio y morirme de vergüenza.

—Teniendo en cuenta el estado de tu vestido, no creo que pudieras volver al baile aunque quisieras. ¿Qué demonios has hecho? Estás cubierta de suciedad. Y tus escarpines están destrozados —señaló Ella.

—Parece que te has caído sobre un banco de flores —intervino Vivi.

Alex miró con tristeza la falda, levantándola un poco para inspeccionarse los pies.

—Es que me caí sobre un banco de flores —confesó en voz baja con un suspiro.

—Parece una historia apasionante —bromeó Ella—, pero será mejor que nos la cuentes cuando estemos arriba, ¿de acuerdo?

—Claro. —Vivi se puso en movimiento, era la mejor resolviendo problemas—. Ella, ayúdala a escabullirse y yo me haré cargo del resto.

—¿Cómo? —preguntó Alex—. A mi madre le dará un ataque si dejo el baile tan pronto.

Vivi miró a Alex con suficiencia.

—No te preocupes. ¿No lo sabes aún? Yo nunca fallo. —La besó en ambas mejillas y fue hasta la puerta, para abrirla—. Nos vemos dentro de un rato.

Y, dicho eso, Vivi salió de la habitación, dispuesta a convencer a todo el mundo de que era perfectamente normal que Alex hubiese desaparecido durante un baile organizado por su madre en su propio hogar, tomándose la tarea muy en serio.

En cuestión de segundos, Ella y Alex estaban en el dormitorio. Ella la ayudó a ponerse un camisón, ocultando el vestido para una posterior limpieza, que iba a requerir de una cantidad ingente de trabajo. En cuanto a los escarpines, los empujó al fondo del armario con la esperanza de que a nadie se le ocurriera buscarlos allí. Después, se reunió con Alex, que ya se había metido bajo las mantas y mostraba un aspecto mohíno. Ella se quitó sus propios escarpines y subió los pies a la cama. Acababa de acomodarse cuando la puerta de la habitación se abrió para dar paso a Vivi, que traía una sonrisa satisfecha en la cara.

—Problema resuelto —anunció—. Nadie va a venir a buscarte hasta mañana, Alex.

—¿Cómo has conseguido ese milagro? —soltó Alex con una mirada de asombro en su rostro.

—Fue fácil. Hice que Freddie le dijera a todo el mundo que te habías sentido enferma justo antes del baile que teníais apalabrado, y que él te había acompañado fuera con nosotras. Una breve charla con Kit, en la que le expliqué que no habías querido molestar ni preocupar a tu madre, hizo el resto.

Los escarpines de Vivi se unieron a los de Ella en el suelo, justo antes de subirse a la cama junto a Alex.

—Stanhope me ha pedido que le envíes mañana una nota asegurándole que estás bien, me lo pidió antes de decir, y cito textualmente, «Ese Blackmoor es un canalla que merece ser retado a duelo».

Ella se rio y puso los ojos en blanco.

— Esa prepotencia masculina es realmente ridícula.

Alex cerró los ojos:

— He tenido suficiente por una noche — comentó.

— ¿Vas a decirnos ahora qué pasó?

— ¿Por dónde empiezo? ¿Por el momento en que Blackmoor me dijo que besarme había sido un error? ¿O cuando me dijo que él sabía que alguien estaba tratando de matarlo? ¿O tal vez cuando le dije que la persona en cuestión era su tío Lucian y no me creyó?

— ¡¿Qué?! — Ella soltó un jadeo de sorpresa. Sus grandes ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas.

Vivi se sentó y estudió a Alex lentamente.

— ¿Por qué no empezamos desde el principio? — sugirió—. Pareces haber tenido una noche bastante movida.

Alex se remontó al principio, tratando de no dejarse nada (como si sus amigas lo hubieran permitido). Mientras les contaba lo sucedido, Vivi y Ella la escucharon con atención, pendientes de cada palabra mientras describía los acontecimientos de la noche desde el momento en que Blackmoor bailó con Penelope, pasando por su discusión hasta su patosa salida del estudio. Tan pronto como terminó, comenzaron a bombardearla a preguntas para obtener más detalles.

— ¿Así que piensas que el hombre que mató al conde fue Lucian? ¿No sería la otra persona? — preguntó Ella.

— No lo puedo saber con seguridad, ya que no sé a quién correspondía cada voz, pero sin duda está implicado.

— ¿Y Blackmoor ya sabía que alguien quiere matarlo? — Ahora fue el turno de Vivi.

— Sí. Al parecer, lo sabe desde hace quince días.

— ¿Y nuestros padres también lo saben?

— Eso parece — confirmó Alex sin emoción.

— Pero ¿es que nadie sabe cuál era la información que tenía el antiguo conde? — insistió Ella.

— No. — Alex sacudió la cabeza antes de encogerse de hombros—. Al menos, eso es lo que él me dijo. Parece que están esperando a que sea el traidor quien los conduzca a la información que tenía el conde.

— ¿No podría ser que Lucian hubiera encontrado ya la información y que todo esto sea una cortina de humo? — indagó Vivi, tratando de darle un poco de luz al asunto.

— Eso no explicaría por qué Montgrave está implicado — dijo Ella pensando en voz alta.

— Ni el hecho de que los dos hombres a los que oí estuvieran tan claramente preocupados por la posibilidad de que se descubriera su tapadera — señaló Alex.

— ¿Te refieres a Lucian y Montgrave? — se aseguró Ella.

—No sé si era Montgrave quien estaba en la habitación. No lo llegué a ver. Pero si creemos a Gavin...

—Blackmoor es un idiota —intervino Ella.

Vivi asintió, de acuerdo.

—Precisamente —Alex continuó—. De todos modos, si está en lo cierto...

—No lo está —aseguró Vivi.

—De acuerdo —convino Ella—. ¡Menudo burro!

Alex puso los ojos en blanco.

—Bien... —Las miró casi con timidez—. ¿Me creéis? ¿Pensáis que era Lucian?

—¡Por supuesto! —exclamó Ella.

—Sin duda —apostilló Vivi.

—Entonces, ¿por qué no me cree él? —preguntó Alex, dejándose caer sobre las almohadas.

Ella abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera hablar, Alex alzó un dedo en el aire.

—Ella... no me digas que es idiota —advirtió.

Su amiga cerró la boca, pero giró la cabeza para mirar a Vivi en busca de apoyo.

—En realidad, creo que lo entiendo —dijo Vivi con cuidado.

—¿Disculpa? —se sorprendió Ella mirando a Vivi fijamente—. Eso no es precisamente de ayuda.

—Bueno, es la verdad. Después de todo, su tío es todo lo que le queda a Gavin de su padre. La pérdida de un padre es horrible, no puedo imaginar lo que sería descubrir de repente que una persona en la que confías es la culpable de ese dolor.

—Aun así, eso no excusa que sea tan idiota para no creer a Alex —señaló Ella.

—No, por supuesto que no —repuso Vivi—. Aunque creo que le llevará un tiempo darse cuenta de que Alex tiene razón.

—Y lo hará, claro que lo hará —dijo Ella con firmeza—, porque nosotras vamos a demostrar que tiene razón.

Alex levantó la cabeza de la almohada.

—¿Nosotras?

—Claro. —Era una de esas frases que no admitían un no por respuesta.

—Lo primero que se me ocurrió fue ir a hablar con nuestros padres —dijo Alex, sacudiendo la cabeza—. Quería abandonar el baile y revelar todo lo que había escuchado. Pero si Gavin no me creyó, ¿por qué iba a creerme mi padre?

—Eso es una tontería. Tu padre te creerá, claro que lo hará —declaró Vivi con firmeza.

—Supongo que sí. —Sin embargo, Alex no parecía muy convencida.

No estaba segura. La respuesta de Gavin la había trastornado más de lo que había imaginado. Estaba herida, y se sentía confusa por su fría reacción, la había tratado como si fuera una niña traviesa que se hubiera inventado una historia para llamar su atención.

Se sentía devastada por su falta de confianza e incluso si Vivi estuviera en lo cierto y todo fuera culpa de una trama más grande, que poco o nada tuviera que ver con ella, no importaba. Necesitaba desesperadamente que alguien la creyera; tenía información de primera mano que señalaba que el conde Blackmoor había sido asesinado, ¡por amor de Dios! ¿No era eso suficiente?

—Solo hay una manera de asegurarnos de que nos crean —dijo Ella, pensativa, leyéndole la mente—. Tenemos que encontrar la información antes que ellos.

Vivi y Alex compartieron una mirada de sorpresa.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso? —preguntó Vivi.

—Estoy muy segura de que seremos capaces de estructurar un plan. Una vez que descubramos lo que sabía el conde, se lo enseñaremos a nuestros padres y a Blackmoor, por supuesto, y demostraremos que Alex tiene razón.

Alex sonrió para sus adentros.

—Me gusta cómo suena eso de conseguir que Blackmoor reconozca que tengo razón. —Hizo una pausa—. ¿Me convierte en una mala persona que parte de mi interés en ayudar a resolver el asesinato del conde y vengar su muerte provenga de que quiero demostrarle a Gavin que tengo razón?

Vivi sacudió la cabeza.

—No, en absoluto —aseguró—. Su comportamiento fue poco amable y desagradable. Es posible que estuviera preocupado, pero eso no impide que una parte de ti quiera demostrarle que tenías razón.

—Lo que nos lleva a la siguiente pregunta —señaló Ella.

—¿Cuál es? —Alex estaba empezando a sentirse mejor a pesar de todo lo ocurrido esa noche.

—¿Cómo fue el beso?

Alex lo pensó durante un momento, buscando la palabra exacta.

—Fue maravilloso —confesó finalmente con una sonrisa—. Gavin fue maravilloso. El momento fue...

—¿Maravilloso? —se burló Vivi con una carcajada.

Alex le sonrió.

—Bastante. —La sonrisa desapareció tan rápido como llegó—. Pero ahora está furioso conmigo. Dudo que esté disfrutando de lo maravilloso que fue.

—No lo sé —respondió Vivi—. Dicen que cuando algo es maravilloso, es difícil de olvidar. En este momento, tú no estás conforme con el comportamiento de Gavin, y aun así te acuerdas de lo fabuloso que fue.

—Cierto —respondió Alex con un suspiro.

—Ten cuidado, Alexandra, estás empezando a parecer la típica jovencita que quiere lo que quieren todas —le advirtió Ella arrugando su nariz—; matrimonio, hijos, una casa en Surrey.

—¿Qué hay de malo en querer casarse y tener hijos? —preguntó Vivi—. Yo quiero

esas cosas; lo de Surrey, no —corrigió levantando el dedo—, pero sí el resto.

—Cierto, pero contigo es diferente. Tú suspiras por «el elegido» —le recordó Ella fingiendo desmayarse y consiguiendo que Vivi la ignorara.

—Bueno, tal vez Blackmoor es el elegido de Alex.

Ella se volvió para mirar a Alex con incredulidad.

—¿En serio?

Las dos lanzaron a Alex sendas miradas inquisidoras, y ella se tomó un momento para pensar antes de hablar. ¿Era Gavin su elegido? ¿Podía imaginarse pasando el resto de su vida con él? Sin duda, su presencia hacía que se le acelerase el corazón. Cuando él le brindaba esas sonrisas privadas y cómplices, quería dejar de hacer lo que estaba haciendo y limitarse a disfrutar de su cálida atención. Y, por si eso no fuera suficiente, no podía imaginarse viviendo sin él. Evidentemente, si tenía en cuenta los acontecimientos de la temporada, había algo entre ellos. Pero ¿era él «el elegido»? ¿Esa persona existía de verdad? ¿No debería ser más fácil comunicarse con «el elegido»? ¿No debería entenderla mejor? ¿No debería ser capaz de predecir lo que quería de él? Aun así, no sabía a ciencia cierta qué deseaba de Gavin Sewell, octavo conde de Blackmoor, salvo que lo quería a su lado. Ahora. Y tal vez siempre. Miró a sus amigas.

—No lo sé —confesó con sencillez—. Sin embargo, me gustaría averiguarlo.

Las tres chicas siguieron hablando hasta altas horas de la noche y no se durmieron hasta mucho después de que el baile que se celebraba abajo hubiese concluido y los invitados hubieran regresado a sus casas.

Alex nunca se había sentido tan feliz de tener a sus amigas junto a ella como esa noche. Habían logrado transformar una noche horrible en otra bastante tolerable. Y sabía, sin duda alguna, que juntas conseguirían corregir aquella devastadora situación.

·CAPÍTULO 19·

La noche anterior, todo estaba preparado. Su plan había sido diseñado hasta el último detalle; era perfecto, brillante. Había regresado a casa desde el baile en Worthington House para cambiarse de ropa, pensando en encontrar rápidamente a Blackmoor y, por fin, terminar con él, como debería haber hecho hacía mucho tiempo. Mientras se quitaba el traje, había imaginado lo que se sentiría cuando eliminase al joven. Cuán libre y rejuvenecido se sentiría sabiendo que había dejado de existir otro alto y poderoso Blackmoor. Por momentos, había vibrado con la risa, con ganas de matar de nuevo. Se había permitido a sí mismo unos momentos para fantasear sobre la forma en que iba a hacer sufrir al cachorro.

Y, de pronto, todo cambió. Llegó un rápido mensajero que casi no podía respirar debido al esfuerzo. Había sabido incluso antes de leer la misiva que sus planes para esa noche iban a cambiar. Por desgracia, tendría que esperar para ejecutar a otro Blackmoor, porque el mensajero había traído una noticia que daba un giro inaceptable a los acontecimientos, uno que debía ser rectificado con rapidez. No pudo contener la emoción que sintió ante su nueva tarea, a pesar de que multiplicaba por cien el riesgo de ser descubierto. No importaba. Era su oportunidad de demostrar su lealtad. Como siempre, tiró la nota al fuego, observando cómo los bordes del papel se retorcían y curvaban por el calor. Miró como las líneas de tinta negra se volvían de color marrón, para ser consumidas finalmente por las llamas. Tiempo después de que el papel se desintegrara, recordó el mensaje.

«Había una chica en el invernadero. Encuéntrala».

Iba a disfrutar con esto.

A la mañana siguiente, Alex se despertó con la luz del sol y el sonido de un vehemente susurro. Durante unos segundos disfrutó de ese momento entre el sueño y la vigilia, en el que todo parecía nebuloso y confortable, hasta que el recuerdo de los acontecimientos de la noche anterior inundó su mente y sintió el intenso deseo de cobijarse bajo las mantas y no abandonar su cama.

Sin embargo, se dio la vuelta y contempló la fuente de los susurros. Vivi y Ella estaban sentadas con las piernas cruzadas en la *chaise*, una frente a otra, con una bandeja del té en la que había una tetera y un plato repleto de bollos y mermeladas. Vivi mordisqueaba uno y asintió cuando Ella agitó bruscamente las manos en el aire para enfatizar su punto de vista.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto Alex todavía adormilada al tiempo que se sentaba. Sus amigas se volvieron hacia ella con amplias sonrisas.

—Ah, ¡excelente! ¡Estás despierta! —exclamó Ella.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Vivi, sirviéndole una taza de té.

Alex se desperezó antes de estirarse para coger el té y las galletas que Vivi le ofrecía.

—¿Qué estáis tramando?

—Para ser justas —dijo Vivi lanzándole a Ella una mirada mordaz—, solo una de nosotras está tramando algo.

—Mmm... Ya veo. ¿Y qué travesura ha planeado para nosotros lady Eleanor?

—No es una travesura, sino un trabajo de investigación —respondió Ella.

—Ah... claro, por supuesto.

—Mi teoría es la siguiente: si no podemos demostrar el papel que juega Lucian en el complot para matar al conde, podremos al menos descubrir la información que condujo a su muerte. Tal vez eso nos lleve a averiguar lo que traman contra la Corona. Por lo menos, demostrará a Blackmoor que se equivocaba cuando no te creyó.

—Solo hay un problema con eso —dijo Alex.

—¿Uno solo? —intervino Vivi, ganándose una aviesa mirada por parte de Ella.

—Bueno, solo uno pero grande. Si el Ministerio de Guerra, los agentes de Bow Street y Blackmoor no han podido encontrar esa información, ¿cómo vamos a hacerlo nosotras?

—Ah... por fin aparece la voz de la razón —comentó Vivi con una sonrisa.

—Te voy a decir cómo, debido a que tenemos... —Ella enumeró las cualidades con los dedos a medida que las citaba— inteligencia, buena vista para los problemas, curiosidad, un instinto superior al de ellos (como ha demostrado mi presentimiento de que Montgrave estaba involucrado desde el principio) y... —Hizo una dramática pausa—. Lo más importante de todo.

—¿Y qué es? —preguntó Alex.

—El deseo de demostrar que podemos hacerlo —añadió Ella con un deje soñador en la voz—. Y pensad en las repercusiones cuando se den cuenta de que tres jovencitas han hecho algo que un batallón de hombres no pudo conseguir.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y entró la duquesa, mostrando el porte acorde a su posición. Llevaba un vestido de rico raso morado y parecía tan fresca como si llevara horas levantada, a pesar de que la noche anterior había sido la anfitriona en uno de los bailes más grandes en la historia de Londres. Se detuvo tras dar unos pasos en el interior de la habitación y observó con suspicacia a cada una de las chicas, midiéndolas con su fría mirada azul antes de dirigirse a su hija.

—Alexandra, confío en que te sientas mejor.

—Sí, mamá. Gracias.

—¿Qué fue lo que te pasó ayer por la noche?

—Er... esto... —Y aunque le hubiera ido la vida en ello, Alex no fue capaz de recordar la excusa que habían contado Vivi y Freddie—. Me hice daño en el tobillo al terminar de bailar con Freddie, y Vivi y Ella fueron lo suficientemente amables para acompañarme hasta aquí y hacerme compañía.

Su madre arqueó una sola ceja cuando Vivi tosió tras la mano.

—Por lo poco sutil de esa tos, me imagino que Vivian está tratando de decirte que no era el tobillo lo que te dolía ayer por la tarde, sino que te viste aquejada de una fiebre repentina.

Alex se sonrojó bajo el escrutinio de su madre.

—Las madres acaban enterándose de todo, Alexandra.

—Yo no...

La duquesa la hizo callar levantando una mano.

—Prefiero no oír ninguna excusa falsa para explicar tu comportamiento de anoche. Estoy aquí para decirte que, aunque es posible que hayas escapado del baile, no podrás escaparte de mí. Como castigo por marcharte de la fiesta, requiero tu asistencia en otra campestre, en la casa de campo.

A pesar de su alivio porque su madre parecía pensar que solo quería escapar del baile y no que se hubiera escabullido por otro motivo más serio, gimió por lo bajo.

—¡Mamá! ¡No puedes...!

—Todo lo contrario, hija mía; puedo. Y más aún, voy a hacer que tus hermanos también asistan. Estoy segura de que no te quedará un hueso sano, cuando se enteren.

—Se volvió hacia Vivi y Ella, y agregó—: He invitado también a vuestros padres, así que espero veros también allí.

Su declaración provocó una trémula sonrisa de Ella y otra, ligeramente más brillante, de Vivi.

—Bueno, como estáis obligadas a ir también —dijo Alex con voz aguda—, podréis ayudarme un poco. —Se volvió hacia su madre—. ¿A quién más has invitado? —preguntó de mal humor.

—He enviado invitaciones a un buen número de personas influyentes, incluyendo a Blackmoor y Stanhope, a los Salisbury, a lady Twizzleton, a los Waring; conozco tus sentimientos sobre el joven lord, pero es un marqués, y hay que disponer de solteros elegibles. Niñas, estamos casi a mitad de temporada, ha llegado el momento de que concentréis vuestros pensamientos en la búsqueda de un partido adecuado.

La duquesa estaba tan ensimismada señalando punto tras punto que no se dio cuenta de que Alex contenía la respiración cuando hizo referencia a Gavin. Él no asistiría, ¿verdad? O tal vez iría y se limitaría a ignorarla. No sabía qué sería peor. Tal vez podría convencer a su madre para posponer esa estúpida fiesta. Abrió la boca para decir algo, pero Ella se adelantó con una brillante sonrisa.

—¡Oh, su excelencia! —exclamó—. ¡Qué maravilloso grupo de gente! Yo, por mi parte, me siento emocionada de poder asistir. ¿No lo estás tú, Vivi?

Esta le dirigió a Ella una mirada extrañada.

—En efecto —respondió con cautela.

Gratamente sorprendida, la duquesa sonrió a Ella.

—Gracias, Eleanor; comparto tu entusiasmo y estoy deseando tenerte con nosotros. —A continuación se dirigió a Alex—. Harías bien de tomar ejemplo de tu amiga, Alexandra. Espero que mañana, cuando nos marchemos al amanecer, estés de mejor humor.

—¡Mañana! —gritó Alex—. Pero eso es imposible.

Sintió un peso en el estómago al verse inundada por el temor a las posibles consecuencias que podrían ocurrir en una fiesta en el campo. Entre la clara frustración

de Blackmoor hacia ella —que fácilmente podría conducirlo a declinar la invitación y quedarse en la ciudad, haciendo que a Lucian y Montgrave les fuera mucho más fácil encontrar un momento para llegar hasta él y asesinarlo del mismo modo que habían hecho con su padre—, y la posibilidad real de que pudiera unirse a ellos en el campo y de cómo la afectaría el obvio enfado que sentía hacia ella, el corazón le empezó a latir cada vez más rápido; estaba comenzando a sentir pánico.

—Bueno, soy excelente preparando y organizando fiestas —explicó su madre—, algo de lo que serías consciente si te hubieses tomado la molestia de asistir a la de la noche pasada. No veo ninguna razón para esperar. Los invitados se reunirán con nosotros el sábado. Necesitaré tu ayuda para hacer los preparativos. En cuanto a vosotras, niñas, ¿por qué no os unís a nosotras y venís en nuestro carruaje? —sugirió—. Ya he enviado la invitación a vuestros padres. Tanto Alexandra como yo os daríamos la bienvenida y agradeceríamos vuestra compañía.

Ella y Vivi asintieron mientras Alex suspiraba de forma pesada, provocando una sonrisa en la cara de su madre.

—No hay razón para ser tan dramático, Alexandra. Te gusta el campo, ¿recuerdas?

—Lo sé —respondió Alex con renuencia—. Es solo que odio la temporada.

—Bueno, esa es otra razón más para que busques marido; así podrás evitar la próxima —repuso su madre con una amplia sonrisa que le recordó a la de sus hermanos en sus momentos más exasperantes. Se la devolvió con una mirada sombría. Luego, su madre la besó en la frente y se giró para salir del dormitorio—. Verás las cosas de forma más positiva cuando te hayas vestido, cariño —aseguró mientras se marchaba—. Chicas, han servido el desayuno en el comedor. El cocinero se ha superado. ¿Puedo sugeriros que os unáis a nosotros?

Y dicho eso, se fue.

Cuando la puerta se cerró detrás de su madre, Alex se mordió el labio, deseando no haberse escapado al invernadero la noche anterior, y maldiciendo por lo bajo se prometió que nunca volvería a espiar otra conversación. Ahora todo se había enredado de mala manera. No sabía con quién había estado hablando Lucian y no poseía pruebas para demostrar que había oído todo aquello. Pero, por encima de todo, estaba Blackmoor; se lo había contado todo, pero él la había echado de su estudio la noche anterior con cajas destempladas. ¡Un horror!

—¡Es excelente! —dijo Ella poniéndose a dar saltitos después de que la puerta de la alcoba se cerrara.

Vivi y Alex intercambiaron unas miradas de asombro al ver a su amiga. Vivi fue la primera en hablar.

—¿Disculpa? A mí no me parece nada bien.

—Porque no lo veis de la manera correcta. Una fiesta en la casa de Essex nos dará la oportunidad de buscar pistas e información en el lugar donde se cometió el crimen. Me sorprendería mucho que no regresáramos del campo con el misterio resuelto.

—Ella, al paso que vamos, lo que me sorprenderá es regresar del campo con todos nuestros seres queridos indemnes —dijo Alex; sus palabras delataban su frustración. Apartó la sábana y se levantó de la cama para hacer sonar la campanilla, llamando a Eliza para que la ayudara a vestirse—. Hasta aquí llegamos. Voy a contárselo todo a mi padre. No podemos hacer esto solas.

—¡Alex! —exclamó Ella.

—No, Ella. Esto no es un juego. Ya ha muerto un hombre. No estamos en posición de resolver el misterio por nosotras mismas. Si no decimos lo que sabemos, la vida de Blackmoor corre peligro, y la nuestra también.

Vivi asintió con la cabeza.

—Creo que Alex tiene razón, Ella. No podemos vagar por Essex con idea de resolver el complot. Ni siquiera sabríamos por dónde empezar.

Ella hizo un pequeño mohín, pero reconoció la verdad en las palabras de sus amigas. Aunque no pudo evitar suspirar decepcionada.

—De acuerdo.

Los ricos y especiados aromas de un desayuno tradicional inglés subían por la escalera principal de Worthington House. A Alex se le estaba haciendo la boca agua antes de que las chicas se unieran a los Stafford en el comedor para el desayuno.

Toda la familia estaba presente en la mesa, con excepción del duque, que parecía haber desayunado ya; su asiento a la cabecera de la larga mesa de caoba estaba vacío, y solo quedaba allí un periódico ya leído. Alex trató de reprimir su decepción; había bajado con la esperanza de poder hablar con su padre antes de que saliese a ocuparse de los asuntos del día.

Miró al resto de los presentes en la habitación. La duquesa estaba sentada en su lugar habitual, en la otra cabecera, conversando con sus hijos, que ocupaban de forma aleatoria los ocho asientos disponibles a lo largo de los lados de la mesa. Como era de esperar, los chicos habían llenado los platos con pequeñas montañas de alimentos y comían con placer mientras hablaban.

Al darse cuenta de la entrada de las chicas, los tres saludaron a Ella y Vivi como se esperaba de unos caballeros como ellos, y ellas realizaron, a su vez, unas rápidas reverencias en respuesta. Cuando los chicos volvieron a concentrarse en la comida, las jóvenes se dirigieron al aparador, donde la cocinera había servido un festín. Había huevos, beicon y salchichas, champiñones salteados, pan recién horneado y mantequilla traída de Stafford Manor, junto a una docena de opciones más en todas las modalidades de dulce y salado. A Alex le rugió el estómago y se rio de ello, pensando con ironía que, ansiosa o no, su apetito permanecía intacto.

Mientras se llenaba el plato, escuchó las conversaciones que se sucedían a su alrededor.

—Mamá, no puedes estar hablando en serio. ¿Cuatro días en el campo en una casa repleta de pollitas y de sus cluecas mamás? —protestó Nick—. ¿Estás tratando de

torturarnos?

—Yo no puedo —aseguró Will con rotundidad—. Ayer por la noche fue más que suficiente; si me presentan una vez más como el «siguiente duque de Worthington», me muero. Ayer lo oí una y mil veces; fue horrible. Las mujeres no desean de mí otra cosa que mi título... ¡Y todavía no lo poseo!

—Tonterías —dijo su madre—. Eres un hombre joven y atractivo, encantador y entretenido. Tu título tiene poco que ver con que te consideren elegible. Serías un buen partido incluso aunque fueras campesino, carnicero o cualquier otra persona sin título.

Hubo un momento de silencio, durante el cual los jóvenes Stafford se miraron entre sí. Y finalmente estallaron en carcajadas.

—¡Es verdad! —se defendió la duquesa, indignada.

—Madre, no puedes creerlo en serio —dijo Kit—. Esas madres quieren dinero y tierras para sus pequeños ángeles. Pregúntate cómo te sentirías si Alex te dijera que quiere casarse con un carnicero. ¿Cómo se sentirían los condes de Marlborough si lo hiciera Ella? ¿O el marqués de Langford si fuera Vivi la que tuviera tal ocurrencia?

Las tres chicas levantaron la vista de sus platos, sorprendidas al verse involucradas en la discusión, y la duquesa se salvó de hablar porque fue Alex, que se había sentado al lado de Will, quien tomó la palabra.

—¡Ah, no! No vas a sacar el tema de nuestras perspectivas matrimoniales. No tenemos nada que ver con esto.

—Pues lo parece, picaresca —replicó Will—; de hecho, eso es lo que ha provocado esta situación, ya que vosotras tres os habéis asegurado de que todos resultemos sancionados por vuestro comportamiento de anoche.

—Así que gracias —intervino Nick—. Debería calentarte el trasero, Alex... y Freddie debería recibir también. En cuanto a Ella y Vivi —añadió—, vosotras dos os libráis porque no sois de la familia ni hombres.

La duquesa intervino desde la cabecera de la mesa, haciendo que su declaración pareciera más bien un decreto.

—Estoy cansada de esa actitud vuestra sobre el matrimonio y el futuro. Todos asistiréis a la fiesta en Stafford Manor; es más, todos lo pasaréis bien.

—No nos puedes obligar a disfrutar de algo, mamá —contrapuso Kit con una sonrisa.

—Te olvidas de que soy duquesa, Christopher. Puedo hacer lo que quiera.

Esbozó una sonrisa brillante cuando sus cuatro hijos gimieron al unísono ante sus palabras, lo que provocó las risas de Vivi y Ella.

—Sigo sin entender por qué tenemos que ser castigados por la «enfermedad de Alex» —dijo Will.

Alex miró a su hermano mayor de reojo.

—Te aseguro que es un castigo también para mí —le respondió con sequedad—. Hay pocas cosas que me resulten más desagradables que verme atrapada en el campo

contigo.

—Me pregunto exactamente por qué mamá nos obliga a asistir a todos —señaló Nick—. ¿No sufrimos ya suficiente en el baile?

Alex sonrió con dulzura.

—¿Quieres saber por qué? Para que vuestras vidas sean más difíciles.

Tres pares de ojos masculinos se entrecerraron cuando a Ella le entró un ataque de tos y Vivi sonrió desde detrás de la taza de té.

La frase todavía flotaba en el aire cuando se abrió de golpe la puerta del comedor, haciendo que todos mirasen hacia allí.

Alex sintió que se le encogía el estómago y que su apetito se desvanecía de golpe cuando Blackmoor entró en la habitación. Estaba vestido con ropa de viaje, una capa de color marrón sobre una camisa de lino blanca y pantalones de gamuza, que se adaptaban a sus largas piernas de una manera que no pudo dejar de apreciar. Los pantalones estaban metidos dentro de unas altas botas de montar realizadas en cuero que habían sido abrillantadas a conciencia. Estaba muy guapo, aunque parecía un poco distraído, con su cabello dorado revuelto y una mirada impaciente. Tenía en una mano una fusta, y el sombrero y un par de guantes de piel de cordero en la otra.

La mirada de Alex voló a Vivi, que se la sostuvo con firmeza y asintió con la cabeza de forma casi imperceptible, como si estuviera animándola a ser fuerte, y luego a Ella, que observaba a Blackmoor con los ojos entrecerrados sin disimular su descontento con él para que lo percibiera cualquiera que se fijara, algo que afortunadamente no ocurrió, y Vivi la empujó antes de que se convirtiese en un problema.

—¡Gavin! —dijo la duquesa con alegría, ofreciéndole su mano para que Blackmoor la besara—. Eres bienvenido a este grupo heterogéneo. Tal vez puedas traer algo de paz a nuestra mesa. Hay un montón de comida, ¿has desayunado ya?

—Es un placer, como siempre, excelencia. —La rica voz de tenor de Blackmoor hizo que a Alex le bajara un escalofrío por la espalda—. Pero, por mucho que me gustaría quedarme, me temo que ya he desayunado y estoy aquí para recoger a sus hijos.

Alex se dio cuenta de que, aunque miraba a todos los presentes, evitaba clavar los ojos en ella.

—Partimos hacia Essex.

—Ciertamente. —Will se levantó de la mesa.

—¿Hacia Essex? ¿Para qué? —preguntó Ella bruscamente.

—Para correr una aventura a la que no están invitadas mujeres —bromeó Kit, y carraspeó al ver que nadie se reía. Se puso en pie para dirigirse al pasillo y ordenar que les llevaran sus abrigo y sombreros.

Nick se quedó sentado.

—Habíamos planeado organizar una partida de caza en la casa de Essex esta semana. La fiesta de mamá ha resultado una gran sorpresa para todos, aunque sospecho que eligió ese lugar porque sabía que no tendríamos excusas para evitarlo.

—De hecho —dijo la duquesa—, tu madre no solo posee belleza, sino también inteligencia. Blackmoor, ¿te unirás a nosotros para la fiesta campestre? —Las palabras, aunque se habían enunciado como una pregunta, eran más bien una orden.

Una rosada sombra casi imperceptible coloreó las mejillas de Blackmoor, aunque solo se dio cuenta Alex, porque estaba concentrada en él, esperando su respuesta.

—Intentaré estar presente, milady.

—Excelente —dijo la duquesa, acompañando a los chicos—. Ordenaré que te preparen una habitación; estoy segura de que podrás asistir.

La puerta se cerró detrás del grupo, dejando a las chicas en el comedor, ahora visiblemente más tranquilo. Alex soltó el aire que no sabía que estaba conteniendo, en forma de largo suspiro, y miró a sus amigas con tristeza.

—Ni siquiera me ha mirado una vez —comentó—. ¿Os habéis dado cuenta?

—Yo sí —dijo Vivi con suavidad—. No se puede esperar que asimile tan rápido todos los acontecimientos de la noche pasada, Alex. Es algo complicado para cualquier persona.

—Es cierto —intervino Ella—. Los hombres no están tan evolucionados como las mujeres, ni son tan inteligentes, resulta evidente.

Alex esbozó una sonrisa ladeada, pero se dejó llevar por la decepción. Vivi tenía razón, tendría que haber esperado una fría respuesta por parte de Blackmoor, pero el distanciamiento dolía; dolía mucho.

Aunque entendía lo difícil que era para él aquella situación, eso no cambiaba el hecho de que comenzaba a cansarse de luchar por él, de tener que empezar de nuevo una vez más. Deseó volver al principio y ser solo amigos. Eso sería suficiente. ¿Verdad? Suspiró y se apartó de la mesa.

—Voy a buscar a mi padre. Tengo que hablar con él sobre lo que ocurrió anoche.

Ella le impidió levantarse.

—Espera. Ya sé que dijimos que íbamos a contarle todo al duque, pero tengo una idea.

—Ella... —El tono de Vivi era de advertencia.

—Lo sé, lo sé. Pero esto es totalmente inofensivo —se defendió Ella con rapidez.

—Por qué será que lo dudo mucho —dijo Alex—. Sin embargo, te ofrezco el beneficio de la duda.

—Gracias. Bien, Blackmoor se ha ido hoy de su casa, ¿verdad? —Los ojos de Ella brillaban de emoción—. Y no tenemos mucho que hacer.

—No, Ella —dijo Vivi—. Intuyo por dónde vas y es una idea terrible.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos escabullirnos, echar un vistazo por Blackmoor House y regresar de nuevo? ¡Nadie lo sabrá!

—Ella, sé cuánto quieres formar parte de esta aventura —pronunció Alex en voz baja—. Reconozco que yo también, pero ahora estamos en un punto en el que tenemos que pedir ayuda a alguien que sepa un poco más sobre estas materias que nosotras. No

estamos hablando del bastón desaparecido de la duquesa viuda de Lockwood, sino que se trata de un asesinato y de alta traición. Lo siento, Ella. Tengo que contárselo a mi padre.

Dicho eso, Alex se levantó y se dirigió a la puerta, la abrió y llamó a Harquist.

—Harquist, ¿está mi padre libre? Quiero hablar con él.

—No, milady, me temo que su excelencia salió temprano esta mañana —informó el mayordomo con una profunda reverencia—. Estará en el Parlamento durante toda la mañana y, desde allí, se desplazará directamente a Essex, donde se unirá a sus hermanos.

Alex sintió una punzada de decepción.

—Gracias. Supongo que no me queda más remedio que esperar para hablar con él. Lo haré cuando estemos en Essex.

Cerró la puerta y se volvió hacia sus amigas, que la observaban con atención, esperando su próximo movimiento, que apoyarían sin dudar. Alex miró a Ella a los ojos y notó que, aunque trataba de ocultar sus pensamientos, estos se reflejaban claramente en su cara.

—Muy bien, Ella. Tú ganas. Vamos a echar un vistazo por Blackmoor House.

·CAPÍTULO 20·

Recorrer de forma sigilosa los jardines hasta Blackmoor House resultaba muy diferente a la luz del día; no tenía nada que ver con lo que Alex había hecho a oscuras durante el baile. De hecho, era casi como dar un paseo; nada que ver con un recorrido clandestino. Ella parecía muy satisfecha por la actividad que estaban realizando. Podría deberse al hecho de que había un grupo de jardineros enfrascado en el mantenimiento de la flora a solo unos metros de distancia —aunque los hombres no demostraron ningún interés en lo que ellas estaban haciendo— o a que Ella no había escuchado de forma casual aquella horrible conversación. Sin embargo, Alex sospechaba que su actitud era fruto del regocijo por haberse salido con la suya.

—¿Cómo podremos acceder al estudio de Blackmoor? —preguntó su amiga, incapaz de reprimirse—. ¿Subiste tú sola?

—No, fue él quien me alzó para ayudarme a entrar por la ventara.

—Mmm... bien. Entonces Vivi tendrá que impulsarnos para que podamos entrar.

—¿Querrá? —planteó Alex.

—Bueno, ¿de qué otra forma podremos colarnos?

—Yo había pensado que podríamos llamar a la puerta y que Bingham nos permitiera entrar —propuso Alex de forma prosaica, haciendo referencia al viejo mayordomo de Blackmoor, mientras guiaba a sus amigas alrededor de la casa hacia la entrada principal.

—¿Qué? ¡No podemos hacer eso! —Ella se detuvo indignada.

—¿Y por qué no? —se interesó Vivi, siguiendo a Alex—. Parece una manera perfectamente aceptable de entrar. De hecho, creo que es la que he usado durante toda mi vida para entrar en las casas.

Al ver que era superada en número, por no mencionar que la estaban dejando rezagada, Ella corrió y las alcanzó cuando se encaminaban ya hacia la puerta.

—¿Y qué vamos a decirle para que nos deje entrar en la casa sin una acompañante? —susurró irritada mientras Alex llamaba a la puerta. Se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio.

—Imagino que ya se me ocurrirá algo. —La puerta se abrió y le dirigió una brillante sonrisa al anciano que apareció detrás de la puerta—. ¡Bingham! ¡Buenos días!

Alex se abrió paso, Vivi y Ella avanzaron pegadas a sus talones. Una vez dentro de la casa, se desató las cintas del sombrero.

—Blackmoor pidió que nos diésemos una vuelta por aquí —continuó sin esperar respuesta— para que recogiéramos algunos libros en el estudio. Quiere prestárselos a mi padre antes de que salgan a cazar con mis hermanos. Últimamente está muy olvidadizo —añadió con rapidez—, ¿no cree?

—Yo también lo pienso —intervino Vivi, siguiéndole el juego cuando el mayordomo estaba a punto de hablar—. La otra noche se dejó el bastón en la cena de Worthington House. Nick tuvo que devolvérselo a la mañana siguiente, ¿recuerdas?

—En efecto. Qué tonto. —Levantó las manos en un gesto ridículo—. ¿Le importaría dejarnos entrar para que podamos recogerlos? —Alex ya se dirigía hacia el estudio, dejando atrás al pobre anciano con un gesto de impotente estupefacción en el rostro—. No hay necesidad de que se quede esperando por nosotras. La lista que nos dio es un poco larga. ¿No es así, Ella?

Esta la miró sorprendida.

—¿En serio?

Vivi suspiró, fingiendo exasperación.

—Ella, eres casi tan olvidadiza como Blackmoor. Metiste la lista dentro de tu bolsito, ¿o no?

Alex miró a su amiga con los ojos muy abiertos.

—Te has acordado de traer la lista, ¿no? No tendremos que volver a casa a por ella, ¿verdad?

Por fin, Ella lo pilló.

—No. ¡No! Por supuesto que no. La tengo aquí. —Empezó a hurgar en el bolso y sacó su diario, lo abrió rápidamente y arrancó una página, que agitó delante de la nariz del mayordomo, que las miraba interactuar como si fuera testigo de un partido de tenis sobre hierba.

Ella enterró su nariz en la «lista».

—*Tendencias agrarias en los condados de Essex y Staffordshire, desde 1750 hasta 1790* —comenzó a enumerar—. ¡Santo Dios! Tu pobre padre. Esperemos que haya alguna novela en la lista.

Vivi apretó los labios en un desesperado intento por contener la carcajada que amenazaba con brotar de su boca.

—Vamos, Ella —dijo en cambio, con un afectado gemido femenino—. La mercería de Bond Street acaba de recibir un nuevo envío de sedas; no quisiera pasarme el día entre los viejos y mohosos libros de Blackmoor. —Mostró una brillante sonrisa al mayordomo antes de seguir hablando—. ¿Cuál es el camino, Bingham?

El mayordomo señaló en silencio la dirección del estudio, y las tres chicas cruzaron la puerta antes de que el anciano pudiera pronunciar una sola palabra.

—Cuántas corrientes de aire hay aquí —gritó Alex una vez dentro, lo suficientemente alto como para que él la pudiera escuchar—. Ella, ¿serías tan amable de cerrar la puerta? No me gustaría coger un resfriado.

La puerta se cerró con firmeza, dejando al pobre anciano al otro lado, sin palabras, preguntándose por la estupidez de las mujeres y agradeciendo al Creador que sus amos no hubieran tenido hijas, antes de continuar con sus deberes matutinos.

—Ese pobre hombre no ha tenido la más mínima oportunidad —dijo Alex, acercándose al escritorio de Blackmoor—. Estuvisteis magníficas.

—Aunque Ella ha estado a punto de arruinarlo todo —señaló Vivi con una sonrisa.

—Cierto —convino Alex—, por un momento parecía que no nos seguías, pero te

recuperaste con rapidez. Confieso que me quedé muy impresionada cuando soltaste lo de las *Tendencias agrarias*. Fue un buen golpe de efecto.

—Gracias. Yo también lo pienso. —Ella asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Será mejor que una se encargue de escoger un buen montón de libros que llevamos de aquí. No vaya a pensar Bingham que estábamos mintiéndole. —Vivi se acercó a una estantería y empezó a recopilarlos, haciendo que las otras dos se rieran.

Después, las chicas iniciaron su búsqueda por partes opuestas del estudio, trabajando de forma ágil pero cuidadosa, asegurándose de dejar las cosas como las habían encontrado. Vivi comprobó los estantes mientras buscaba algunos libros que pudieran parecer relevantes para el duque de Worthington. Con idea de impedir que nadie pudiera fisgonear sus actividades, construyó una torre con los libros delante de la puerta; así, si alguien la abría, derribaría los volúmenes advirtiéndolas de que estaban a punto de ser descubiertas.

Después de varios minutos de búsqueda infructuosa, Alex se sentó en la silla del conde.

—Esta estancia ha sido revisada una y otra vez —anunció—. Si hubiese algo aquí, ya lo habrían encontrado.

Ella sopló para apartar un mechón de pelo de la cara y cerró el gabinete en el que había estado rebuscando.

—Estoy de acuerdo. Pero, entonces, ¿dónde estará lo que buscan?

—No lo sé, pero no vamos a encontrarlo ahora —declaró Alex—. Yo solo os prometí acceso al estudio de Blackmoor. Nada más. Debemos irnos; si descubren que hemos estado aquí, tendremos graves problemas.

—Esto es interesante —anunció Vivi sosteniendo un libro con las cubiertas de cuero entre las manos—. Alguien ha levantado la cubierta de este libro.

—¿Qué libro es? —preguntó Ella.

—Trata sobre la historia de Essex. Lo seleccioné porque pensé que podía guardar relación con el inexistente *Tendencias agrarias de Essex*, que en principio habíamos venido a buscar. Pero la unión está floja... —Vivi se interrumpió cuando apareció despegada una parte de la cubierta de cuero. Abrió la boca al ver que salía del libro un trozo cuadrado de papel. Al verlo, Alex y Ella corrieron desde donde se encontraban para reunirse con ella.

—¿Qué es? —preguntó Ella presa del entusiasmo.

—No te emociones demasiado, Ella —advirtió Alex—. Probablemente no sea nada. Recuerda que ya han registrado esta habitación en busca de información.

—No en esta estantería —discrepó Vivi—. Estos libros están cubiertos por el polvo de al menos seis meses.

Vivi abrió con cuidado el papel mientras las otras dos se inclinaban para mirar el contenido. Allí, garabateadas con fuerte trazado sobre el quebradizo pergamino,

estaban las palabras que habían esperado —y temido— encontrar.

«27 de diciembre de 1814

Sospecho que están planeando otra guerra, y hay un inglés ayudándolos en el complot.

Aunque quiero creer que no es cierto, tengo que actuar ya, antes de que se den cuenta de que lo he descubierto. Si encuentran esta carta y yo he fallado, utiliza el libro como guía. Todo está en peligro, en particular el nombre. Mantenlo a salvo...».

—¡Santo Dios! ¡Es del conde! —musitó Alex.

—No... no podemos asegurarlo —vaciló Vivi.

—Vivi, lo sabemos a ciencia cierta —repuso Alex—. ¿De quién más podría ser? Dios mío... Encontró pruebas de una traición y murió por ello.

—«Todo está en peligro, en particular el nombre», pero ¿a qué nombre se refiere? —preguntó Ella en voz alta.

—El nombre de Blackmoor —adivinó Alex en voz baja, casi para sí misma.

Recordó la conversación con Blackmoor la noche anterior, en esa misma habitación. Le había preocupado que sus acusaciones hacia su tío pusieran en peligro la reputación del nombre de Blackmoor. Justo como había temido su padre.

—Dios mío, yo tenía razón —susurró Alex. Levantó la vista y habló con rapidez al tiempo que arrebatava el papel de manos de Vivi y lo guardaba de nuevo en el libro, presa de una honda sensación de temor—. Tenemos que dejarlo aquí. De inmediato. Tenía razón.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando los libros colocados ante la puerta se derrumbaron. Las tres se giraron hacia la puerta, esperando que fuera Bingham quien hubiera interrumpido su conversación, rogando para que no fuera Lucian Sewell.

Pero sus oraciones no se vieron atendidas. Enderezaron la espalda a la vez cuando Sewell entró en la habitación, abriéndose paso entre los libros y mirando con desagrado la pila de volúmenes desparramados por el suelo antes de clavar los ojos en ellas.

Alex se obligó a sonreír, buscando una rápida salida a ese embrollo.

—Lord Sewell —dijo con efusividad—, ¡menudo susto nos ha dado!

—¡Y tanto! —corroboró Vivi cuando encontró la voz.

Ella avanzó hacia los libros esparcidos por la alfombra y se agachó para volver a amontonarlos.

—Soy tonta de remate. No era el lugar adecuado para amontonar los libros. Como hemos visto, cualquiera podría haber chocado contra ellos.

—En efecto. —La voz de Lucian sonó lenta y suspicaz—. Un lugar extraño para apilar los libros. Y me resulta más extraño todavía que unas chicas hayan levantado una torre para impedir el paso.

—¿Para impedir el paso? —Ella se rio de forma estridente mientras salía sosteniendo con fuerza el volumen de *Una historia de Essex* en la mano—. Milord, es usted muy gracioso; le aseguro que preferiríamos estar comprando cintas en vez de perder el tiempo recogiendo una selección de libros para el padre de Alex; Blackmoor debería habérsela entregado él mismo. De hecho, eso es precisamente lo que vamos a hacer ahora. —Cogió algunos libros de la pila que llevaba Vivi en brazos y los apoyó sobre su cadera mientras se volvía hacia Alex—. Creo que estos son todos, ¿verdad? Creo que deberíamos pedirle a Bingham que envíe un lacayo para ayudarnos.

Alex se acercó a ellas, muy consciente de la mirada vigilante de Sewell.

—No —repuso intentando parecer indiferente—. No creo que eso sea necesario. Al final tardaríamos más y perderíamos la mayor parte del día con esto.

Vivi asintió con la cabeza.

—Tienes razón. —Girando sobre sus talones, realizó una breve reverencia y le ofreció una cálida sonrisa a Sewell—. Milord, le pido de nuevo disculpas por haberlo asustado.

Él curvó los labios en una sonrisa falsa y pagada de sí misma.

—Se necesita más que un par de chicas para asustarme —aseguró—. Lady Vivian, lady Eleanor.

Saludó con la cabeza a Vivi y a Ella al salir de la habitación, haciendo que Alex sintiera un escalofrío. ¿Había doble sentido en sus palabras? Respiró hondo e hizo una reverencia idéntica a la de Vivi, obligándose a salir de la habitación antes de delatar todo lo que sabía.

—Lord Sewell...

—Lady Alexandra. ¿Podemos hablar un momento?

«¡No!», gritaba su mente, pero ¿cómo iba a evitarlo? Tenía que parecer despreocupada, y la única manera era seguir la corriente a ese hombre despreciable. Ella y Vivi estarían a solo unos metros ¿qué daño podría hacerle?

—Por supuesto —respondió con una mirada que, esperaba, pareciera intrigada.

Él bajó la voz y habló brevemente.

—Se preocupa mucho por mi sobrino, ¿no es cierto? —Alex asintió con la cabeza antes de que él continuara—. ¡Excelente! Yo también lo hago. Usted parece una chica inteligente que haría todo lo posible para detener a cualquier extraño que tratase de llevarse algo que no le perteneciera. No querrá que Blackmoor resulte herido por su culpa, ¿verdad? Ni tampoco esas encantadoras amigas tuyas que siempre parecen acompañarla.

—No... no entiendo lo que quiere decir —susurró Alex, con voz vacilante.

—Entonces esta conversación era innecesaria —aseguró él con una sonrisa inexpresiva—. Perfecto. —Lo vio adentrarse en el estudio antes de continuar hablando—. Que pase un rato agradable en Bond Street.

Alex estaba aterrorizada, furiosa y frustrada, todo a la vez. Aterrorizada por si él las

seguía y trataba de atacarlas, furiosa porque aquel infame se había atrevido a amenazar a los que más quería, y frustrada porque se sentía impotente y no sabía a quién acudir. Se volvió para salir de la habitación, con la respiración acelerada y entrecortada.

—Milady, una cosa más.

—¿Sí, milord? —Intentando controlar el temblor en su voz, se volvió y lo encontró hojeando la correspondencia.

—Disfruté mucho anoche en el baile de sus padres. Se lo hará saber de mi parte, ¿verdad?

—Claro, milord.

—Y asegúrese de decirles que me gusta especialmente su invernadero.

Alex huyó de la habitación con un único objetivo; llevar a Ella y Vivi tan lejos de Lucian Sewell como fuera posible. Lo más rápido que pudiera.

·CAPÍTULO 21·

Alex se despertó sobresaltada cuando el coche abandonó la carretera principal para tomar el camino que las llevaría a Stafford Manor. Ya había anochecido, llevaban viajando durante todo el día tras salir de Worthington House al amanecer, y no llegarían a su destino hasta bien entrada la noche. Durante la primera parte del viaje, Ella y Vivi se habían hecho mutua compañía, charlando sobre todas las cosas raras que veían mientras recorrían la costa oriental de Gran Bretaña. Tras la primera parada, cuando se detuvieron a tomar el té y cambiar los caballos, las dos se acurrucaron en su asiento frente a Alex y su madre, y se quedaron dormidas, dejando a Alex —que no era capaz de conciliar el sueño— con la única compañía de su madre. Charlaron durante un rato tranquilamente, ocupadas en organizar las actividades para la fiesta campestre en Stafford Manor, que comenzarían a última hora de la mañana, cuando llegara la primera remesa de invitados.

A las pocas horas, también la duquesa sucumbió a la tentación del sueño, debido la cadencia del traqueteo del coche y a las largas horas de viaje transcurridas dentro del acogedor y caliente habitáculo. Al final, Alex se encontró a solas con aquellos pensamientos que la acosaban mientras repasaba los acontecimientos de los dos últimos días una y otra vez.

Por supuesto, encabezaba la lista el enfrentamiento que había tenido el día anterior con Lucian Sewell; no podía fingir que sus palabras no la habían afectado. Había admitido que nada lo pararía, que estaba dispuesto a lastimar a su sobrino o a cualquier otra persona que se interpusiera en su camino, incluso a Ella y a Vivi.

Alex no había malinterpretado sus palabras. Él tenía intención de hacer daño a sus seres queridos si le contaba a alguien sus sospechas. Se ciñó la manta de viaje a su alrededor con más fuerza para contener el escalofrío que acompañó ese recuerdo. ¿Sería posible que Gavin le hubiese contado su conversación? ¿Que supiera que lo había espiado? No podía imaginarlo haciendo algo así, pero era una opción que debía considerar.

Puede que hubiera arriesgado las vidas de Ella y de Vivi llevándolas a Blackmoor House. Antes, el tío de Gavin no les había dedicado ni un solo segundo en sus pensamientos. Ahora, parecían estar en su punto de mira. Y eso solo era culpa suya. Sabía que tenía una gran tarea por delante para garantizar la seguridad de sus amigas sin revelarles que, además de sus sospechas, debía haber algo más. Cuanto menos supieran de las amenazas de Lucian Sewell, mejor sería para ellas.

Su segunda parada interrumpió sus sombríos pensamientos, y mientras los mayordomos y cocheros cambiaban los caballos de nuevo, las cuatro mujeres tuvieron la oportunidad de apurar una cena caliente antes de enfrentarse a la etapa más larga del viaje. La comida, combinada con aquel día tan largo, hizo que se quedara dormida en cuanto subió al carruaje, se acurrucó debajo de la manta de viaje y se despertó justo en ese momento.

Alex respiró hondo, inhalando el aire fresco. Pensó con ironía que justo un día antes había rogado a su madre que no la obligara a viajar a Essex y ahora no veía la hora de llegar a la casa de campo.

Se estaría mintiendo a sí misma si afirmase que su afán por llegar allí se debía simplemente a su deseo de proteger a sus amigas. Mientras miraba por la ventana hacia la oscuridad, fue muy consciente del hecho de que estaba mirando ciegamente en dirección de Sewell Hall, hogar familiar de los Blackmoor. Sabía que si Gavin no estaba en la sala de billar en Stafford Manor con sus hermanos —ignorando su inminente llegada—, estaría en Sewell Hall, a solo medio kilómetro.

A medida que pasaba el tiempo desde el enfrentamiento en su estudio, había ido disminuyendo su enfado con él. Ahora se sentía triste, echaba de menos el trato cómodo y agradable de su relación. Antaño, aunque el genio de ambos hubiera estallado de la misma manera, no se habrían dicho aquellas palabras hirientes y a él nunca se le hubiera ocurrido pedirle que se marchara. Era evidente que esa camaradería formaba parte del pasado, y se sentía devastada por ello.

Quizá Blackmoor tenía razón; tal vez besarse había sido un error. De lo que no cabía duda era de que les había complicado la vida, porque ahora no podía imaginar vivir sin él. Lo había considerado un cuarto hermano desde el principio, pero ahora era mucho más. Sí, era un amigo, pero no podía negar lo profundamente atraída que se sentía por él, lo mucho que anhelaba su aprobación, su cariño, su amor. ¿Amor?

Se sintió sorprendida ante la idea. Siempre había sido un término un tanto divertido y efímero, un concepto que nunca había entendido y en el que no había estado realmente interesada. Que existiera «el elegido» quizá era adecuado para Vivi, pero no para ella. Pero ahora, mientras examinaba sus sentimientos por Blackmoor —sentimientos que solo se podrían definir como amor—, se sentía identificada con el concepto.

Solo podía hacer una cosa. Tenía que hablar con él lo antes posible y demostrarle que todo lo que tenían, todo lo que habían dicho, hacía que valiera la pena asumir el riesgo. Que debían enfrentarse juntos a la verdad. Debía convencerlo de que lo que sabía de su tío y su padre era cierto... que se equivocaba al no creerla... que ella nunca le haría sufrir sin motivo. Sabía que sería un riesgo, un camino que o bien la conduciría a la felicidad de compartir su vida con el joven que estaba empezando a darse cuenta de que estaba destinado a ella desde niña o la miseria de vivir sin él. Era un riesgo que no tenía más remedio que asumir.

Reunió todo su valor diciéndose a sí misma que podía enfrentarse a su próximo encuentro y que podría superar la decepción en el caso de que la rechazase de nuevo. El carruaje recorrió la última curva antes de llegar a la mansión. Vio la enorme casa de piedra que se erguía en medio de la oscuridad y se sintió reconfortada por el simple hecho de que había sido el hogar ancestral de los Stafford durante generaciones. Ya que iba a hacer algo tan angustioso como enfrentarse al hombre al que amaba, no existía

otro lugar en el mundo donde prefiriese hacerlo.

Tocó a su madre para despertarla y luego se inclinó sobre el asiento y avisó tanto a Ella como a Vivi para sacarlas de su letargo. Las tres se despertaron con esa frustración que muestran los que están durmiendo a gusto aunque en postura incómoda.

—¡Ya hemos llegado! —les comunicó con una alegría que no acaba de sentir.

El carruaje se detuvo mientras Vivi bostezaba.

—¡Excelente! ¿Cuánto tardaré en encontrar una cama? —murmuró.

—Si tuviera fuerzas, te retaría a una carrera por esa cama —murmuró Ella, dibujando una sonrisa en la cara de la duquesa.

Cuando la puerta del carruaje se abrió, Alex descendió con la ayuda de un lacayo. Vivi y Ella la siguieron; la joven alzó la vista hacia la casa donde había transcurrido la mayor parte de su infancia y sonrió para sí al ver la invitadora luz que parpadeaba tras las ventanas de las habitaciones que se habían preparado para su llegada.

La luz amarilla iluminaba la noche de la misma manera que amaba desde que era niña, llenando la oscuridad campestre.

Alex respiró hondo, inhalando una bocanada de lo que su padre denominaba «aire fresco Stafford», y recordó lo que había afirmado su madre el día anterior. Amaba el campo. Había algo en la forma en que brillaban las estrellas, parecían mucho más brillantes allí que en la ciudad y el tiempo seguía un ritmo más lento. El olor de aquella noche fría de mayo hacía que todo pareciera más sencillo. Mejor.

La puerta de roble de la casa se abrió y Alex levantó la vista para ver la figura de su padre enmarcada por las brillantes luces de la entrada. En ese momento no parecía un duque; no llevaba chaqueta ni chaleco, ni siquiera una corbata. Su camisa estaba metida dentro de los pantalones de ante, pero las mangas estaban enrolladas dejando a la vista sus brazos bronceados, y Alex se rio al pensar en lo que la aristocracia de Londres pensaría si lo viera en ese momento; uno de los hombres más poderosos de Inglaterra vestido como un «salvaje».

Vio el blanco destello de los dientes de su padre cuando sonrió al grupo que se había detenido al pie de las escaleras.

—¡Vaya! —exclamó desde su posición—. ¡Parece que alguien ha dejado un grupo de huérfanas ante la puerta!

Las cuatro se rieron de su broma, y él bajó corriendo las escaleras, tomó a Alex entre sus brazos para darle un cálido abrazo y la besó en la frente. Dio la bienvenida a Vivi y Ella, y luego se volvió para ayudar a bajar del carruaje a la duquesa.

—Creo que soy algo mayor para ser una huérfana —aseguró su madre cuando sus pies tocaron el suelo mientras miraba a su padre.

—Tonterías —respondió el duque con cariño, rodeándola con sus brazos—. Pareces más joven cada día que pasa. —Y la besó profundamente en la boca.

Vivi y Ella se sonrojaron y miraron hacia otro lado mientras Alex movía la cabeza con aire burlón.

—Vuestro comportamiento es realmente incivilizado. ¿No deberíais ser un ejemplo para las nuevas generaciones?

—A mí me parecen un ejemplo excelente.

Las palabras hicieron que le bajara un escalofrío por la espalda cuando reconoció la cálida y amistosa voz. Se volvió para encontrarse con Blackmoor, vestido de forma tan casual como su padre, que bajaba las escaleras para saludarlas. En la oscuridad, no pudo estar segura, pero parecía mirarla fijamente. El estómago se le encogió cuando lo observó acercarse, y se sonrojó con intensidad al pensar que él estaba hablando de esa forma tan directa de los actos de sus padres

—Podrías tener lo mismo, Gavin, solo necesitas casarte —señaló la duquesa, besándolo en ambas mejillas.

Vivi, Ella y Alex se quedaron boquiabiertas al escuchar la descarada respuesta de la duquesa.

Definitivamente había algo en el aire del campo.

Entraron y disfrutaron de una frugal cena tardía con toda la familia Stafford. Los muchachos les relataron las anécdotas de la cacería con grandes aspavientos, y las chicas cumplieron con su parte, actuando como una audiencia apropiadamente fascinada que hizo sonidos apreciativos cuando era necesario.

—¡Cogí un pez que pesaba un quintal! —se jactó Nick, mirando a Kit para que respaldase su afirmación.

—Cierto. —Kit asintió, apoyándolo—. Pero lo mío fue épico, ¡le di a un conejo con unas patas tan grandes como mis pies!

—Mmm —Will asintió—. No es comparable con la codorniz que atrapé. ¡Era del tamaño de un águila! ¿No es así, Blackmoor?

Blackmoor sonrió de oreja a oreja, echándose hacia atrás y mirando a un hermano tras otro.

—No estoy muy seguro de querer participar en esta conversación en particular —comentó con una sonrisa.

—¿De veras? —le preguntó Alex con cierto brillo en sus ojos, sabiendo por qué no quería participar—. ¿Es posible que sea porque esta generación de Stafford ha mantenido esta misma charada desde hace años, desde que fueron lo suficientemente mayores como para ir de caza?

—Podría ser... —repuso Blackmoor con una sonrisa.

—Y quizá porque desde hace años, después de que los chicos Stafford hayan narrado sus increíbles hazañas, su padre les arruina la diversión al decir la verdad, que ninguno de los tres podría atrapar un pez, un conejo o un pájaro aunque su vida dependiera de ello —señaló el duque, sonriendo a todos los que se sentaban alrededor de la mesa.

—¡Ay!, parece que la vida salvaje de la finca no tiene nada que temer de vosotros —dijo Vivi.

—Lo compensáis al ser bastante inteligentes —los consoló Ella.

—Y no te olvides de que también somos atractivos —añadió Nick, de buen humor.

—¡Oh, por supuesto! —respondió Alex con sarcasmo—. ¿Cómo íbamos a olvidarlo?

La duquesa soltó una carcajada.

—Me temo, queridos míos —dijo dirigiéndose a todos—, que debo retirarme a mi habitación. Ha sido un día muy largo y mañana lo será también. ¿Puedo sugeriros que os vayáis pronto a acostar?

Después de eso, se puso fin a la cena y los duques se retiraron, seguidos de cerca por Vivi y Ella, que se encontraban más cansadas cada minuto que pasaba y deseaban meterse en la cama. Alex anheló en silencio que sus hermanos se retirasen pronto, lo que le daría la oportunidad de quedarse a solas con Blackmoor para poder decirle todo lo que había decidido durante el trayecto. Pero parecían no plegarse a sus deseos e ignorar su silencioso ruego. Al darse cuenta de que no iba a tener ningún momento privado para conversar con Blackmoor esa noche, se puso de pie y anunció su intención de dirigirse a la cama. Al salir de la habitación, encendió una vela en el pasillo y subió las amplias escaleras que comunicaban la planta baja con las habitaciones superiores de la casa.

Había recorrido todo el camino hasta su dormitorio y tenía ya una mano en la manilla de la puerta cuando se dio cuenta de que Blackmoor la había seguido escaleras arriba.

Sabía antes de mirar hacia atrás que lo encontraría entre las sombras, y cuando se giró, el corazón comenzó a latirle con fuerza.

—¿Qué haces aquí?

—Retirarme a mi habitación.

—¿Por qué no te vas a tu casa? —La pregunta salió con más brusquedad de lo que deseaba.

—¿Estás enfadada? No voy a molestarte, Alex.

—¡No! No, es que pensé que... ya que... vives al lado... —Se detuvo, sintiéndose bastante idiota—. No... no me importa dónde duermes —añadió.

—Excelente. Entonces, si te da lo mismo, creo que lo haré aquí.

—Está bien.

—De acuerdo.

Se volvió hacia la puerta y la abrió mientras él se acercaba por el pasillo. Empezó a entrar en la habitación, pero se detuvo. En su lugar, se volvió justo cuando él pasaba por su lado.

—Espera.

Se detuvo a unos centímetros de ella, tan cerca que tuvo que entrar en la habitación para evitar quemarlo con su vela.

—¿Sí? —preguntó él en un susurro.

—Yo... —Se detuvo de nuevo, silenció el torrente de palabras que se agolpaban en su

boca. ¿Qué debería decir? ¿Por dónde empezar? ¿Era este el lugar adecuado? ¿Realmente importaba si lo era?—. Quiero decirte algo.

—Ya, tenía el presentimiento —bromeó él.

—Tal vez debería retirarme.

—Preferiría que no lo hicieras. —Enarcó una ceja—. Discúlpame, Alex. Por favor, continúa.

—Este no parece el lugar adecuado...

—A mí me parece lo suficientemente adecuado.

—Un pasillo oscuro. En mitad de la noche.

—¿Se te ocurre un escenario mejor?

Ella recorrió el pasillo con la vista, luego extendió la mano para agarrarlo del brazo y tiró de él con rapidez para meterlo en su dormitorio, cerrando la puerta después de hacerlo. Los dos se quedaron paralizados durante un momento, igual de sorprendidos por su impulsivo comportamiento.

—Bueno, estoy bastante seguro de que este no es el lugar adecuado —dijo él lentamente.

Ella se sonrojó.

—Está bien iluminada, y eso hace que sea más adecuado que el pasillo. —Esperaba que pareciera que conocía algunas normas que podían hacerles ignorar el hecho de que él tenía razón.

—¿Y el hecho de que es tu dormitorio?

—Irrelevante.

—¿De veras? —repuso él en un insinuante susurro—. ¿Y por qué tengo la sensación de que si cualquiera de los miembros de tu familia nos vieran podrían pensar de forma diferente?

Ella levantó la mano, interrumpiéndolo con eficacia.

—Sea como sea, ahora estás aquí.

—Así es.

—Voy a tratar de ser rápida.

—No es necesario. No me gustaría que me pillaran saliendo de esta habitación en particular. Tengo para una hora al menos, hasta que estemos seguros de que tus hermanos se han retirado a sus habitaciones. —Se adentró en la habitación y se sentó en un taburete con volantes de color rosa. Alex no pudo evitar reírse ante la imagen que tenía delante.

Él se fijó en su asiento y se unió a su risa.

—¿No es exactamente un retrato de masculinidad? —preguntó Gavin.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—No exactamente.

Se echó hacia atrás y la miró con franqueza.

—Te echo de menos, Alex.

Ella se quedó sin aliento al escuchar sus palabras.

—Se suponía que era yo quién debía decírtelo.

—Pues has esperado demasiado tiempo. Así que he decidido hablar en primer lugar.

Alex se sentó en el borde de su cama, frente a él.

—Muy bien, entonces adelante.

—Gracias. —Él hizo una breve pausa y luego se inclinó hacia adelante—. Te echo de menos. En todos los aspectos. Desde esa noche en tu casa, en la cena de tu madre, en la que metí la pata. Ya no sé cómo hablar contigo.

—Me parece que estás haciéndolo muy bien ahora —señaló Alex, bromeando.

Él sonrió.

—Picaruela. Te debo una disculpa enorme. Al tratar de comprender mejor todo lo que ha ocurrido en los últimos meses, me he olvidado de la forma de llegar a ti. ¿Cómo puedo volver a hacerlo?

Su corazón empezó a latir con fuerza cuando detectó la seriedad en su tono. No supo qué decir.

Al principio de la noche, solo había querido obligarlo a escuchar sus pensamientos sobre Lucian, pero ahora no se atrevía a mencionar a su tío en esta conversación. No quería arriesgarse a que se encerrase de nuevo en sí mismo.

Se mordió el labio inferior, preguntándose si no debería renunciar a tratar el tema con él. Pero ¿y la resolución que había tomado en el carruaje? ¿Lo de su compromiso de ser honesta y sincera con él para comprobar si podían llegar a confiar el uno en el otro? Se había jurado que hablaría con él sobre todo ello. Se prometió que conseguiría hacerle entender. No tuvo que hacerlo. Fue él quien abordó el tema antes de que ella pudiera encontrar las palabras adecuadas.

—Lo que trataste de decirme sobre mi tío... debería haberte escuchado.

Ella abrió los ojos sorprendida.

—¿De verdad?

—No fui justo. Habría escuchado a tus hermanos si cualquiera de ellos me hubiera contado la misma historia. —Él sonrió antes de continuar—. Tal vez no les hubiera creído, pero, sin embargo, los hubiera escuchado.

Apoyó los antebrazos en los muslos y se inclinó hacia ella.

—Me gustaría hacer las paces contigo, si aún deseas hablar de ello.

Ella respiró hondo, mirando sus ojos gris claro, y se dio cuenta de que ya no tenía elección. Iba a tener que correr el riesgo que se había prometido a sí misma que correría.

—Sí, aún deseo hablar sobre ello —dijo en voz baja.

—Te escucho.

Y se lo contó todo, tratando de mantener la calma y transmitir hechos en vez de sospechas. Relató de nuevo la conversación que había escuchado, contándole todo lo que había presenciado en el pasillo, junto al invernadero, y en el jardín, frente a su estudio, y luego, armándose de valor para soportar su enfado, le contó cómo habían

engañado a Bingham para buscar en el estudio de Blackmoor House cuando sabían que él no estaba; su posterior encuentro con Lucian y, por último, le habló de la nota que habían encontrado con las palabras del conde.

Él permaneció en silencio, aunque iba enderezando la espalda a medida que iba surgiendo su historia. Cuando terminó, solo hizo una pregunta.

—¿Tienes la nota?

Le contesto que sí, por supuesto, y se levantó de la cama para ir a buscarla dentro del baúl, que había llegado la noche anterior, todavía metido dentro de *Una historia de Essex*. Le entregó juntos el libro y la nota, sin saber qué más decir.

Gavin abrió el pergamino y su expresión se volvió pétrea al leer las palabras de su padre, palabras que parecían venir de más allá de la tumba. Alex hizo una mueca, sabiendo el dolor que estarían causándole. Él se quedó quieto durante un buen rato, luego la miró con una pregunta en los ojos.

—¿Qué nombre crees que está en juego?

—Suponíamos que se refería al de Sewell. Al linaje de Blackmoor —respondió con cuidado, sin saber qué pensaba él.

Gavin asintió con la cabeza y miró el reverso de la hoja.

—¿Y el libro? ¿*Una historia de Essex*? Cada hogar del condado debe tener una copia.

—No lo sabemos. Tiene que haber algo especial en este ejemplar. ¿Te acuerdas si tu padre habló alguna vez de ello?

Él sacudió la cabeza, girando el libro entre sus manos para estudiarlo. Después de unos momentos, alzó los ojos hacia ella.

—Alex, debería haberte hecho caso cuando me hablaste sobre la conversación que presenciaste. Debería haberte hecho más preguntas, escuchado con más atención... —La voz de Gavin vaciló mientras luchaba contra sus emociones.

—Gavin... —musitó, sin saber qué decir para ayudarlo.

Él se puso de pie y caminó hasta ella para sentarse a su lado, a los pies de la cama. Ella le cogió la mano en un gesto sencillo y se quedó callada, esperando a que hablara.

Tardó un buen rato.

—Yo creía en él. Creía que, a pesar de sus rarezas, de su frialdad, por encima de todo era mi tío. El hermano de mi padre. Mi familia. Supongo que quería creer en él porque es lo más cercano al padre que ya no tengo. Buscaba algo en él que me recordara a mi padre. Me moría por encontrar ciertas similitudes. No he sido capaz de hacerlo. Y ahora... Ahora parece que no solo no es como mi padre, sino que es la razón de que lo perdiera.

La tristeza y la conmoción en su voz eran devastadoras y ella lo envolvió entre sus brazos. Gavin permaneció inmóvil; durante los primeros segundos no respondió a su intento de consolarlo, pero finalmente, consumido por la emoción, la estrechó con fuerza, enterrando la cara en su cuello. Se quedaron así, abrazados, compartiendo su fuerza en silencio.

Y luego, después de lo que pareció una eternidad, él se retiró, relajando los brazos pero sin soltarla del todo.

Le apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Qué debería hacer? —le preguntó.

Ella sonrió con suavidad, poniendo la mano en su áspera mejilla.

—¿Te refieres a qué debemos hacer?

Él sacudió la cabeza.

—No, Alex. Es demasiado peligroso para ti. Ya te ha amenazado.

—Tonterías. He sido yo quien lo ha descubierto todo. ¡Podemos hacerlo juntos! ¡Podemos desenmascarar sus fechorías y asegurarnos de que sea castigado por ellas, juntos! Ya he estado pensando qué podría estar buscando en Sewell Hall.

Él se negó de nuevo.

—Por supuesto que no. Tienes prohibido acercarte a medio kilómetro de Sewell Hall. Lo que sea, lo haré solo. No voy a poner en peligro a otra persona a la que amo.

—¿Y qué voy a hacer? —La voz de Alex temblaba de indignación—. ¿Limitarme a observar como el hombre que amo sale ahí fuera sin prestarle mi ayuda? El concepto es tan ridículo que resulta inconcebible. Me gustaría ver como intentas prohibirme que te ayude. Gavin, no soy una delicada flor.

Él le ofreció una sonrisa de medio lado al darse cuenta de la referencia a las lecciones de su institutriz.

—No eres ninguna delicada flor en este momento, Alex. Eso es cierto. Lo discutiremos por la mañana, cuando los dos estemos más tranquilos —propuso, ignorando su ceja arqueada con furia—. ¿No crees que deberíamos aprovechar este momento para considerar el pequeño detalle de que parece que estamos enamorados?

Ella agrandó los ojos al escucharlo y repasó los últimos momentos de la conversación mentalmente. «Estamos enamorados». Él la miró a los ojos, sin dejar que apartara la vista mientras hablaba.

—Pareces haber pasado por alto el significado de mis palabras. Permíteme repetir las con más claridad. Te amo, Alex.

La muchacha lo miró, sorprendida. Había estado tan concentrada en asegurarse de que iba a incluirla en sus planes que había pasado por alto sus palabras. Abrió la boca, luego la cerró; temía hablar por miedo de arruinar un momento perfecto.

Él se inclinó hacia delante y apoyó la frente contra la de ella, sonriendo mientras hablaba en voz baja.

—Te adoro. Adoro tu risa y tu ingenio, tu inteligencia y tu confianza en ti misma. No puedo pensar en otra mujer con la que preferiría estar. Eres tan brillante como hermosa y, probablemente, debería haberme dado cuenta hace años, pero al parecer era un poco estúpido.

Alex sacudió la cabeza.

—En este momento en particular, estás comportándote como un genio.

—¿De veras? —dijo él, medio en broma—. ¿Y qué más estás pensando?

Alex sonrió con dulzura ante aquel obvio intento de provocarla para que revelara sus sentimientos.

—Estoy pensando que tienes los ojos más bonitos del mundo. Y que tus hombros han crecido mucho desde el año pasado. Y que tu sonrisa es lo único capaz de hacerme que me olvide de mí misma y que haga cosas que son totalmente inapropiadas. Sin embargo, por encima de todo estoy pensando que has sido mi salvador durante años... desde que puedo recordar... y mi amigo durante todo ese tiempo. Y, sinceramente, creo que nada podría haber evitado que me enamorase de ti. Era solo cuestión de tiempo.

—Dilo —la azuzó.

—Te amo, Gavin. Me gusta el chico que eras y el hombre en el que te has convertido. —Nunca había estado tan segura de nada en su vida.

—¡Excelente! —pronunció, y la besó a fondo, despeinándola con los dedos, haciendo que las horquillas cayesen al suelo y su corazón se acelerase.

Después de varios minutos, interrumpió el beso buscando su mirada y sosteniéndola durante varios segundos.

—Gavin —dijo con firmeza—. Prométeme que no vas a actuar de forma precipitada con tu tío. Prométeme que no vas a intentar hacer nada por tu cuenta. Prométeme que vas a pedir ayuda.

—Lo prometo. Si tú me prometes que no os implicaréis más de lo que ya lo estáis hasta el momento. Te ataré y encerraré en un ropero si es necesario para mantenerte a salvo.

—De acuerdo.

—Dilo.

—Lo prometo.

Estuvieron juntos durante toda la noche, disfrutando del amor que acababan de descubrir. Hablaron hasta que la luz del alba empezó a filtrarse por el horizonte y ella no pudo mantener los ojos abiertos durante más tiempo. Tras darle un último beso en la frente, Blackmoor se escabulló por el pasillo para intentar llegar a su habitación sin que nadie lo viera.

·CAPÍTULO 22·

Observó la campiña de Essex a través de la ventanilla del carruaje. Llevaba viajando toda la noche.

Hervía de furia. Lo había perdido todo. Y todo por culpa de ese maldito cachorro. Sus socios franceses habían roto cualquier contacto con él tras decirle que ya no necesitaban sus servicios. Era cuestión de tiempo que vinieran a por él; sabía demasiado: sus identidades, sus planes, su paradero...

Había que hacer algo con aquellas jovencitas. No iba a ser superado por una pandilla de niñas irritantes. Y sabía, sin lugar a dudas, que habían estado buscando algo en el estudio de Blackmoor House. De hecho, estaba seguro de que habían estado buscando lo mismo que él, la información que podía conducir a su captura y a la de sus socios. Información que podría conseguir que los colgasen a todos.

Aunque estaba seguro de que esas chiquillas no habían encontrado nada; después de todo, si él no había podido encontrar las pruebas que podrían incriminarlo, esas tres chicas tontas jugando a ser detectives tampoco podían haberlo hecho, pero lo que más le preocupaba ahora eran las crecientes sospechas de Blackmoor.

Y cuanto más desconfiaba el cachorro, más se desesperaba él. Todo aquello por lo que había trabajado se había perdido, y no podía arriesgarse a perder también su vida. Ese joven conde tan ridículo no era ninguna amenaza, apenas le llegaba a suela de los zapatos a su padre. Pero esas chicas... tenía que silenciarlas. Empezando por esa entrometida Worthington, que parecía no temer a nada. Si algo le ocurriera a esa cría, el conde quedaría destrozado.

Sonrió sombrío deseando que los caballos corriesen más veloces.

Alex se despertó y se desperezó lentamente, consciente de que el sol estaba ya en lo alto, lo que le hizo suponer que ya era tarde. Podía oír a dos doncellas hablando frente a la puerta de su habitación mientras avanzaban por el pasillo limpiando el polvo. Una de ellas se rio, y el sonido tintineante atravesó la puerta. Alex sintió una sacudida de felicidad al escucharlo.

Por supuesto, le sería difícil contener su estado de agitación esa mañana después de la maravillosa noche que había compartido con Blackmoor. Su Blackmoor. Sonrió para sus adentros al tiempo que la recorría una sensación de apremio. Se preguntó si habría perdido la oportunidad de verlo en el desayuno, si todavía estaba en la casa, si lo podría pillar antes de que participara en cualquier excursión que hubieran preparado sus hermanos para evitar estar en la casa cuando llegaran los invitados de sus padres. Apartó las mantas, salió de la cama de un brinco y tiró del cordón para llamar a Eliza.

Estaba en el fondo de su vestidor, revisando su vestuario, cuando llamaron a su puerta.

—¡Adelante! —gritó esperando que fuese Eliza.

Pero en su lugar entraron Ella y Vivi, y se detuvieron en el medio de la habitación, sorprendidas por la escena que se encontraron.

—Disculpa, pero ¿qué estás haciendo? —preguntó Vivi, incapaz de esconder la

curiosidad en su voz.

Alex dio un paso atrás.

—¡Oh! ¡Gracias a Dios! —exclamó—. ¡No tengo ni idea de qué ponerme! Tenéis que ayudarme. ¿Qué me pongo que me haga parecer... —hizo un gesto con la mano en el aire mientras buscaba la palabra adecuada— hermosa? ¿El vestido verde o el de color lavanda? ¿O es mejor otro? ¡Ayudadme!

—¿Para qué? ¿Desde cuándo te preocupas por la moda? —preguntó Ella, incapaz de ocultar su confusión.

Vivi la entendió inmediatamente.

—Ella, mira que llegas a ser realmente lenta a veces. —Se acercó a Alex, abriéndose paso por el amplio vestidor—. Estás tratando de impresionar a Blackmoor, ¿verdad?

Alex se ruborizó e hizo ver que examinaba un vestido de noche de color crema.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—No puede decirse que hayas sido un modelo de discreción —señaló Vivi.

Alex levantó un traje de montar de color turquesa para que Vivi y Ella lo vieran.

—¿Tan obvia soy?

—Solo para los que te conocemos bien —dijo Ella, arrugando la nariz y moviendo la cabeza para rechazar el traje y aprobar en cambio el vestido de paseo de corte imperio en tono amarillo pálido que mostraba Vivi—. Ese.

En cuestión de minutos, Alex estaba vestida y las tres se dirigieron a la terraza, donde se reunieron con la duquesa y con Will, que estaban sentados bajo una gran sombrilla de lino para protegerse del sol.

—¡Me muero de hambre! —anunció Alex al tiempo que se dejaba caer en una de las sillas colocadas para ellas.

La duquesa cogió la tetera y le sirvió una taza mientras continuaba trabajando en la lista de las tareas que necesitaba completar antes de la llegada, a primera hora de la tarde, de los invitados.

—Todavía no estoy del todo segura de cómo organizar las habitaciones. Pensé que lo tenía todo listo, pero entonces me di cuenta de que había puesto a lady Twizzleton y a lord Vauxwel en habitaciones comunicadas. Y eso no puede ser. —Puso dos pastas en un plato y le pasó el improvisado desayuno a su hija.

—¿Por qué no puedes mover a uno de ellos a una habitación que esté libre? —pregunto Will.

—Mi querido muchacho, porque no hay ninguna habitación vacía.

—¡Madre! —exclamó Alex con la boca llena de pastas—. No puedes estar diciendo en serio que no hay habitaciones disponibles en esta casa. ¡Tenemos veintitrés alcobas!

—Veinticuatro, en realidad. Parece que ese es justo el número de invitados.

—Sin duda, menuda coincidencia. ¿Cuántos jóvenes elegibles has invitado? —preguntó Alex con exasperación.

—No tantos como me hubiera gustado —respondió la duquesa. Will se rio

disimuladamente, aunque dejó de hacerlo de inmediato cuando escuchó el resto—. Y también tenía que invitar a las jóvenes elegibles... y a sus padres, por supuesto.

Alex sonrió dulcemente a su hermano.

—Por supuesto. Ah, qué maravillosa es la justicia divina. Vas a tener que tratar con las niñas y sus madres.

Will frunció el ceño.

—Por lo menos no soy el único varón elegible que acudirá.

—Hablando de eso ¿dónde están Nick, Kit y Blackmoor? —preguntó Alex tratando de sonar casual.

—Christopher y Nicholas están todavía en la cama —respondió su madre, sacudiendo la cabeza—. He enviado a sus ayudas de cámara para que los despierten dentro de un cuarto de hora si todavía no han aparecido. Con respecto a Blackmoor, se levantó temprano para regresar a Sewell Hall y revisar algunos asuntos de la casa. Espero que esté de vuelta antes de la cena de esta noche.

—Lo hará —corroboró Will—, Blackmoor juró que no me dejaría enfrentarme solo a la jauría de lobos.

Alex tomó un sorbo de té para ocultar la decepción que suponía no volver a ver a Blackmoor hasta el anochecer. Había esperado pasar parte del día con él, se habría conformado incluso con contemplarlo en la distancia. Suspiró en silencio contra la taza de té, preguntándose si volvería pronto para verla.

Su hermano le lanzó una mirada irónica.

—Me siento de la misma manera —dijo Will con simpatía, pensando que ella estaba resignándose al destino que le esperaba como hija soltera de una casamentera empedernida.

Alex entendió el significado y sonrió, divertida por su errónea conclusión.

—Lo cierto es que lo dudo.

—Bueno, los dos vais a tener que esforzaros mucho para superar la decepción —dijo la duquesa de forma distraída sin apartar la vista de la lista que sostenía en la mano—. Eleanor, Vivian, ¿os importa que os traslade a las habitaciones comunicadas? De esa manera, puedo poner a lord Vauxwel entre el tío de Gavin y lord y lady Waring, y lady Twizzleton al lado de los Stanhope.

En la cabeza de Alex comenzó a sonar una alarma al escuchar las palabras de su madre. Cruzó su mirada con la de Ella para confirmar que había oído correctamente. Su amiga asintió en silencio.

—Madre, ¿has dicho que Lucian Sewell asistirá a la fiesta campestre?

—Sí, eso he dicho. Ya sé que es un hombre extraño, pero no podía invitar a Blackmoor y dejarlo a él fuera de la lista. Sobre todo porque ha sido de una gran ayuda desde la muerte del conde.

Vivi tosió para disimular la sorpresa que le produjo lo que acababa de decir la duquesa. A Alex le bajó un escalofrío por la columna vertebral.

—Claro. Simplemente me ha sorprendido —intervino, eligiendo las palabras de forma cuidadosa—. ¿Cuándo esperas que llegue?

—Creo que ya debe de estar de camino; llegarán aquí mucho antes de la hora de cenar.

—¿Ellos? —Ella no pudo reprimir la pregunta.

—Él y el barón Montgrave parecen muy amigos. Así que pensé que si lo invitaba también, Lucian se sentiría más cómodo.

—Seguro... —respondió Alex con la voz tensa.

—¿Chicas? —preguntó la duquesa, mirando a Vivi a Ella—. No os importa tener habitaciones comunicadas, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No, en absoluto, su excelencia —repuso Vivi—. Estaremos encantadas de compartirla.

—Excelente. Entonces voy a disponer los cambios. —La duquesa se puso en pie y luego se volvió hacia ellas—. No os vayáis muy lejos. Y no dejes que tus hermanos desaparezcan en caso de que los veas. Creo que podría requerir más ayuda; de hecho, William... —Él gimió, sabiendo lo que estaba por venir—. ¿Por qué no vas y los despiertas?

—Iré tan pronto como haya terminado de leer este artículo —aseguró el primogénito señalando con la cabeza el periódico que estaba leyendo. La duquesa se dio media vuelta, satisfecha tras haber conseguido que se cumplieran sus deseos, y salió de la terraza para entrar en la casa.

Alex la miró alejarse y luego se volvió hacia Will, que estaba parapetado tras el periódico.

—Will, ¿qué opinas del tío de Blackmoor? —le preguntó con cautela.

—Es algo extraño, pero inofensivo —contestó, distraído—. Supongo que entiendo por qué lo ha invitado mamá, pero me resulta muy raro que haya aceptado asistir. Por útil que le haya resultado su tío, Blackmoor es completamente capaz de ocuparse solo de sus deberes. Creo que ha llegado la hora de que regrese a su vida anterior.

—Sin duda —dijo Ella, buscando la mirada de Alex.

Con un movimiento, Will cerró el periódico y lo dobló para devolverlo a su forma original antes de dejarlo sobre la mesa, frente a él. Se irguió en toda su estatura e hizo una leve reverencia a las chicas, que seguían cogiendo pastas de la bandeja.

—Supongo que debería ir a despertar a los chicos. Tened cuidado... cuando regresemos, devorarán todo lo que esté a la vista. —Provocando de esa manera la risa de las tres, entró en la casa para despertar a sus hermanos.

Alex cogió otra pasta de la bandeja de té, totalmente de acuerdo con la predicción de Will. Tenía que comer todo lo que pudiera antes de que llegasen Nick y Kit, o no tendría ninguna posibilidad de calmar su apetito.

—¿Lucian Sewell y el barón Montgrave están de camino aquí? —dijo Alex en voz

baja a sus amigas una vez que Will se alejó lo suficiente para no oírlas—. Hubiera jurado que no vendrían a pesar de la gran reputación como anfitriona de mi madre.

—Probablemente no —convino Vivi—. Creo que cuando Blackmoor regrese de Sewell Hall, deberíamos sentarnos con nuestros padres a discutir cuáles serán nuestros próximos pasos.

—De acuerdo.

Ella asintió con la cabeza, luego sacó el familiar cuaderno del bolso.

—Bueno, ya puedo tachar este punto de la lista —explicó—. Pasé gran parte de la noche leyendo *Una historia de Essex*. Y supongo que he descubierto...

—¿Qué? —Alex se inclinó hacia adelante, con la esperanza de que fuese una revelación importante.

—Absolutamente nada. Aparte del hecho de que Essex tiene una historia muy poco interesante. —Ella colocó el libro sobre la mesa, en el centro.

Alex levantó el libro y pasó los dedos por las letras en relieve de la cubierta.

—Le devolví el libro a Blackmoor. ¿De dónde ha salido esta copia?

—De la biblioteca de tu padre. Me parece increíble que todas las casas del condado tengan una copia de este libro tan aburrido. Y me parece todavía más increíble que el conde lo haya usado para enviar su último mensaje.

—Tal vez tuviera algo que ver con el amor que sentía por su tierra —sugirió Vivi.

Ella negó con la cabeza.

—Tal vez, pero parece demasiado aleatorio. Tiene que haber una razón para que eligiera este libro.

Las dos chicas continuaron con sus hipótesis, mientras Alex movía el libro una y otra vez entre las manos, rememorando los últimos días, tratando de recordar todo lo que podía sobre el libro y el lugar en el que lo habían encontrado. Si Ella estaba en lo cierto y no fue una decisión fruto del azar. Sí, había sido la suerte la razón de que lo encontraran... pero no fue una casualidad lo que hizo que el conde eligiera ese libro para transmitir sus últimas palabras. ¿Qué tenía de especial un libro que se podía encontrar en todas partes?

La voz de Ella se hizo eco de sus pensamientos.

—No hay una casa en el condado que no tenga un ejemplar... —Eso ya lo había escuchado antes y recordó a Gavin diciendo lo mismo, cada hogar en el condado poseía un ejemplar.

—¡Eso es! —exclamó Alex con la voz llena de asombro. Miró a sus amigas, que la miraban con los ojos muy abiertos—. El conde no eligió el libro porque estuviese muy cerca de su corazón. ¡Lo hizo porque en cada casa tiene un ejemplar! No es el volumen de Londres el que tiene la información, es el que está en Sewell Hall.

Las palabras brotaron como un torrente. El libro que contenía la información que condenaría a Montgrave y a Lucian Sewell, y salvaría a Blackmoor. Tenía que conseguirlo antes de que lo hiciera otra persona. Como los caballeros llegarían esa

misma noche, antes de cenar, solo restaban unas pocas horas para hacerlo. Se levantó de la mesa tan rápidamente que tiró la taza de té y Vivi la enderezó por ella.

—Tengo que encontrar a Blackmoor. Ahora.

Ella se puso de pie.

—Te ayudaremos.

Alex negó con la cabeza.

—No. Esto es algo tengo que hacer yo sola. No sé lo que encontraremos en ese libro, pero sea lo que sea, va a hacerle daño. Tiene que enfrentarse a ello a solas. —Cogió las manos a sus amigas y se las estrechó—. Podéis ayudarme distrayendo a mi madre.

—Sí, claro, como lo hicimos tan bien la última vez... —señaló Ella con ironía.

Alex sonrió con rapidez y avanzó hacia las escaleras que conducían a los jardines.

—¡Gracias! Volveré pronto, con Blackmoor a cuestas.

Observaron cómo se marchaba, corriendo por el jardín y el largo camino de arena que la llevaría a través del campo de brillantes primulas amarillas que separaban las propiedades de Stafford y Sewell.

—Como no tenga cuidado, acabará con la reputación arruinada —comentó Ella.

—Tonterías. Él se casaría con ella ahora mismo si pensara que lo aceptaría —respondió Vivi.

Una media hora más tarde, Will regresó después de haber despertado a sus hermanos y salió de nuevo a la terraza. Cogió el periódico y se inclinó hacia ellas.

—Me temo que debo abandonaros. Parece que a un coche se le ha roto un eje en la carretera y recae sobre mí el papel de ser su salvador.

—Echaremos de menos tu compañía, Will —respondió Vivi con una sonrisa.

—Y yo la vuestra —devolvió la cortesía—. Mis hermanos estarán aquí dentro de nada, aunque solo podrán quedarse hasta que los requieran los primeros invitados.

—¿Ya ha llegado alguien? —preguntó Ella curiosa.

—En efecto. El barón Montgrave, pero tiene planes de visitar Sewell Hall esta tarde.

Vivi contuvo el aliento cuando escuchó la rápida respuesta de Ella.

—¿Por qué va a ir a Sewell Hall?

Will, que se estaba poniendo los guantes de piel de becerro y pensaba solo en la tarea que estaba a punto de acometer, sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No lo sé. Me imagino que porque Sewell ha llegado temprano.

Las dos chicas se levantaron de sus asientos al oír sus palabras.

—¿Qué ocurre? —preguntó Will con brusquedad a ver su expresión preocupada.

—Creo que será mejor que hablemos con tu padre —dijo Vivi temerosa.

·CAPÍTULO 23·

Alex abrió la puerta de Sewell Hall y se coló en el interior, respirando de forma agitada. Deseó no haberse puesto el corsé tan apretado esa mañana.

—¡Al diablo la vanidad! —resopló para sí misma—. Estar atractiva no me será muy útil si caigo muerta por falta de oxígeno antes de que encuentre a Blackmoor. —Había estado tan ansiosa por llegar a Sewell Hall y ponerse a buscar el libro y a Blackmoor, que había corrido durante todo el camino, algo que no hacía desde su infancia, cuando correteaba por el páramo detrás de sus hermanos.

La casa estaba en silencio y a oscuras. Resultaba evidente que Blackmoor no había avisado al personal de que iba a pasar por la casa esa mañana, así que no había nadie que los pudiera ver. Sin embargo, ella prefería la casa de esta manera porque eso le daría una oportunidad de encontrar el libro sin tener que explicar el motivo de su visita, y nadie podría pillarlos juntos.

Había pensado ir a buscar primero a Blackmoor, pero alteró sus planes cuando llegó a la mansión para dirigirse hacia la biblioteca en busca el libro. Algo en su interior se resistía a dejarlo en paradero desconocido durante más tiempo. Se detuvo junto a la puerta y se puso a escuchar durante un momento por si había algún movimiento o conversación. Al no percibir ruido alguno, se movió en silencio a través del vestíbulo central de la casa y entró en la biblioteca para comenzar el registro.

La biblioteca de Sewell Hall había sido diseñada para amantes de la lectura. Resultaba cálida y acogedora a pesar de sus altos techos; las estanterías que ocupaban la enorme sala estaban llenas de libros encuadernados en piel, lo que hacía que el espacio pareciera más pequeño. Durante generaciones, los condes de Blackmoor se habían enorgullecido de su colección literaria. Alex recordaba de forma muy vívida al padre de Gavin sosteniéndola en su regazo para leerle cuentos de Shakespeare y de Homero sobre mitología griega y romana.

Incluso ahora, años más tarde, había momentos en los que aún podía escuchar su voz profunda explicándole la historia de Cupido y Psique cuando ella le preguntaba o leyéndole *Mucho ruido y pocas nueces*; le encantaba que Beatrice se mostrara testaruda. Respiró hondo, los recuerdos la inundaban cuando inhalaba aquel aroma familiar, el aroma de los libros encuadernados en piel.

Por lo general, se habría pasado los primeros minutos en la estancia vagando sin rumbo por el laberinto de estantes, maravillada por la distribución de la sala, por las altas ventanas que dejaban pasar suficiente luz para que los rayos de sol bailaran con las motas de polvo, pero sin dañar a los libros. Sin embargo, en ese momento no había tiempo que perder.

El conde siempre había sido muy organizado en lo que respectaba a la biblioteca, los libros estaban ordenados por géneros; después, por títulos.

Todo lo que tenía que hacer era encontrar la colección de libros sobre la historia del condado y enseguida daría con lo que estaba buscando. Empezó estudiando

detenidamente las estanterías, parándose el tiempo suficiente para identificar el tema sobre el que trataba la sección de libros que tenía enfrente; ciencia, medicina, poesía, los clásicos de Shakespeare y Chaucer. Encontró la sección de historia con rapidez y pasó los dedos por los lomos de los que estaban relacionados con el Lejano Oriente, América, el continente europeo y, por último, historia británica, donde apreció una variada colección de títulos sobre los diferentes condados de Gran Bretaña. Se inclinó para verlos con mayor claridad, identificando varios volúmenes de Essex, pero no el que estaba buscando.

Estaba segura de que su teoría era correcta y el conde tenía un segundo ejemplar de la publicación. Sopló para apartar un mechón de pelo de la cara.

—¿Dónde está ese maldito libro? —dijo en voz alta a la habitación vacía.

Tal vez el conde lo había escondido o peor aún, tal vez no había tenido tiempo de esconder su último mensaje. Tal vez lo mataron antes de que lograra completar la tarea.

—No. —Sacudió la cabeza en señal de frustración y se sentó en el suelo tras recoger todos los libros de la estantería; fue abriéndolos uno por uno, pasando sus manos por las guardas, comprobando si había dejado su última misiva en un libro diferente. El montón de libros crecía a su lado, en el suelo, mientras buscaba en la colección. Cuando finalmente vació el estante, suspiró mirando la torre que había formado mientras se preguntaba dónde más podía estar. Miró de nuevo a la estantería, decepcionada, y allí, escondido detrás de otros volúmenes, había un pequeño libro encuadernado en cuero verde. Supo el título incluso antes de mirarlo de cerca... *Una historia de Essex*.

Con el corazón acelerado, Alex lo abrió, sabiendo con absoluta certeza que estaba a punto de encontrar lo que había estado buscando. Sin apartar la vista, contuvo el aliento. El libro había sido vaciado y en lugar de las páginas había un fajo de papeles. Los sacó del escondite y estaba a punto de leerlos cuando se dio cuenta de que no eran sus secretos; pertenecían a la familia Sewell, a los condes de Blackmoor. Tenía que encontrar a Gavin.

Salió de la habitación corriendo y cruzó el ancho vestíbulo tan concentrada en su objetivo que no se detuvo antes de abrir la puerta del estudio para introducirse en la habitación. Gavin estaba sentado detrás del escritorio, y vio la sorpresa en sus ojos cuando entró. Se detuvo junto a la puerta.

—¡Lo encontré! ¡He encontrado la información que tu padre escondió! —exclamó eufórica.

Solo después de que hubiera pronunciado esas palabras notó las duras líneas de su rostro, la clara tensión en su boca y la ira que mostraban sus ojos —que por un fugaz momento fue sustituida por la sorpresa, debida a su llegada—. Él ya no la miraba. Su vista estaba clavada en un punto detrás de ella. Oyó que la puerta del estudio se cerraba de forma ominosa y supo antes de mirar que había alguien más en la habitación.

—Excelente, mi querida niña. Eres más inteligente de lo que aparentas.

Alex se dio la vuelta al escuchar las palabras y se le puso rígida la espalda cuando

tomó consciencia de lo que estaba pasando. La persona que estaba de pie justo al lado de la puerta, ahora cerrada, era Lucian Sewell. Y estaba apuntándole con la pistola que sostenía en la mano.

—¿Por qué no eres una buena chica y me das el libro, Alexandra? —continuó hablando con una mano extendida hacia ella—. No hay necesidad de hacer esto más difícil.

Alex miró a Gavin, pero él no le quitaba los ojos de encima a su tío.

—No seas tonta, Alexandra —volvió a hablar Lucian, ahora con más violencia—. Las reglas de este juego son muy simples. O me das el libro o te mato.

Esa odiosa persona había traicionado a su país, asesinado a un hombre al que adoraba y ahora amenazaba con matarla. No pensaba hacer lo que le pedía. No sin pelear. No supo de dónde surgió aquella actitud desafiante, pero ahí estaba, fuerte e intensa.

—No.

—Alex. —Esta vez fue Gavin quien intervino. Su tono no admitía réplica—. Dale el libro.

—No, no lo haré. —Sostuvo el volumen más apretado contra su pecho, mirando más allá de Gavin, que todavía no la miraba. Volviéndose hacia Lucian, clavó sus ojos en él sin miedo.

—No me matará. Mi padre y los demás hombres del condado lo buscarían y lo colgarían.

—Te olvidas, niña, de que se me da muy bien que las muertes parezcan accidentales. —Sewell sonrió con el mal reflejado en sus ojos—. ¡Qué triste sería que buscando un momento de privacidad los dos amantes se cayesen al mar!

—Me imagino que crees que si el plan te funcionó una vez, va a funcionar de nuevo, ¿no? —preguntó Blackmoor.

La sonrisa de Sewell se convirtió en una mueca feroz antes de responder.

—Funcionó perfectamente la primera vez. ¿Acaso tengo que recordarte que no estaríamos en esta situación, si no hubieras sido tan reacio a aceptar las circunstancias de la muerte de tu padre?

—Así que lo admites. Mataste a mi padre. Tu propio hermano.

—Esos acontecimientos no estaban incluidos en el plan original. Tu padre aún estaría con nosotros si se hubiera mantenido alejado de mis asuntos. Nunca se interesó por la gestión de la finca... no logro entender por qué pensó que era aceptable interferir en mi vida.

—¿Quizá porque estabas utilizando sus tierras para quebrantar la ley? —intervino Alex de forma inteligente.

—Ah, por lo visto has leído la información que mi hermano escondió en el libro. Habrá que hacer algo al respecto...

—En realidad, no he leído nada, pero tu estratagema es bastante obvia. Puedes hacer

lo que quieras conmigo, aunque alguien descubrirá que estás vendiendo secretos a los franceses. No nos puedess matar a todos.

—Una vez que destruya ese libro, no tengo ninguna necesidad de matar a nadie más. Y para ser claros, yo no «estaba vendiendo» secretos a los franceses, «los vendo» a cualquier persona que esté interesada en comprarlos. Sin dinero y sin tierras con las que ganar dinero, no puedo ser exigente con mis clientes. —Se volvió hacia Alex—. Dame el libro, chica. Se me ha acabado la paciencia y no quiero continuar esta conversación.

—¡No se lo daré!

—¡No voy a pedírtelo de nuevo! —Lucian alzó la voz, lleno de ira. La joven se estremeció cuando lo vio alzar la pistola y comenzar a amartillar el gatillo.

—¡No! —exclamó Gavin, con voz cargada de emoción—. Dale el libro, Alex. Por favor.

Al escuchar su voz, Alex se volvió hacia él, percibiendo el dolor en sus ojos por primera vez.

—¿Por qué, Gavin? Este libro contiene toda la información que necesitamos para vincularlo a la muerte de tu padre. ¿Por qué debo dárselo y permitir que quede en libertad?

Él no respondió, pero Lucian lo hizo, riendo de forma ominosa.

—¡Qué dulce, mi querido sobrino! —exclamó antes de dirigirse a ella—. Imagino que está dispuesto a renunciar a la información porque se cree enamorado de ti, ¿o no lo ves? Para él no vale la pena vengar a su padre si es a costa de tu vida. La verdad es que resulta conmovedor.

Alex miró a Gavin, que rehuía su mirada.

—Vamos a ver si lo contrario también es cierto —dijo Lucian, y antes de que se diera cuenta, estaba apuntando con la pistola a Gavin y ladeando la cabeza.

—¡No! —gritó ella, incapaz de contenerse.

—Ah, el amor —dijo con disgusto—. Qué predecible... —Miró de nuevo a Alex—. No estoy jugando. Dame el libro.

Alex dio un paso hacia adelante, titubeante, con el libro en las manos. Sostuvo el volumen ante él, pero Sewell se acercó hacia ella.

—¡Alex! ¡No!

Giró la cabeza a tiempo de ver que Gavin saltaba por encima del escritorio en el momento en que Sewell cogía el libro y, antes de que pudiera hacer nada, aquel villano la tomó de la muñeca, que apresó como un grillete, y la atrajo hacia él.

—Me la llevo. —Las palabras fueron un gruñido, justo cuando ella sentía el frío metal de la pistola contra el cuello.

Blackmoor se movió hacia ellos.

—No hagas nada de lo que te vayas a arrepentir, sobrino —le advirtió Sewell, haciendo que se detuviera—. No querría que cometieras una imprudencia.

La furia de Gavin era evidente.

—Te he dado el beneficio de la duda en todo esto, tío. Pero permíteme avisarte de que si Alex resulta dañada de alguna manera, desearás que hubiera sido yo quien se cayó al mar el día que mataste a mi padre.

—Grandilocuentes palabras, muchacho —dijo Sewell incrementando el agarre sobre la chica, lo que le hizo esbozar una mueca de dolor que hizo que el joven se tensara visiblemente—. Creo que voy a disfrutar secuestrando a tu amiguita. Ha llegado el momento de que el conde de Blackmoor aprenda que no puede tener todo lo que desea.

—¿Así que fue por eso por lo que mataste a mi padre? ¿Por celos?

—¡Tu padre lo tenía todo! —El tono de la voz de Lucian hizo que Alex se estremeciera, y palideció por el volumen y la falta de control que delataba—. El dinero, la tierra, el título, la mujer más bella de Londres. Fue el conde perfecto y no podía soportar tener un hermano tan imperfecto. Constantemente buscaba mis defectos, hasta el día en que murió. —Presionó con fuerza la pistola contra Alex, que sintió que Sewell estaba perdiendo la paciencia—. Durante toda nuestra vida, Richard siempre fue el más fuerte, el más inteligente, el más venerado, el heredero del gran condado de Blackmoor.

»Y ahora eres tú... —dijo a Gavin de forma venenosa—. Tú has heredado la finca, el título... ¡todo! ¡Tú, un mocosito que recibió todo el amor y la aceptación que deberían haber sido míos!

La voz de Lucian se estaba volviendo cada vez más histérica, forzando a Alex a hacer una mueca de dolor cada vez que enfatizaba sus palabras apretando el cañón de la pistola contra su cuello.

—¿Y qué ha quedado para mí? ¡Nada! No me dieron ningún título, ni siquiera uno de categoría menor. No me legaron tierras. En cambio, cuando llegué a la mayoría de edad, se me sugirió que me uniera a la Marina y que fuera a la guerra para hacer fortuna. No tengo más familia que mis compañeros, soldados en el campo de batalla. Fuimos a la guerra, donde no recibimos ningún reconocimiento y apenas una miseria de sueldo... y luego volví a casa para descubrir que mi hermano había estado trabajando en el Ministerio de la Guerra y se había convertido ¡en una leyenda!

Alex notó que Lucian estaba desquiciándose; fue muy consciente de su ira y frustración.

—No eres más que un niño, ¿y ahora eres el conde? —continuó él, presa de sus emociones—. ¡Luché por mi país! ¡Lo salvé! Y no he recibido nada a cambio. Así que ahora estoy apropiándome de lo que más valoras, porque no mereces más felicidad de la que se merecía tu padre. Yo soy quien necesita un poco de felicidad. Yo soy quien se la ha ganado.

—¿Ganado? —Gavin preguntó con incredulidad, sin darse cuenta de que estaba empujando a su tío al límite—. ¿Cómo te la has ganado exactamente? ¿Matando a tu hermano? ¿Carne de tu carne y sangre de tu sangre?

—Muchacho insolente. ¡No entiendes nada! —Alex sintió que levantaba la pistola de su cuello para apuntar a Gavin. En su ira, había aflojado un poco la fuerza con la que la

agarraba y tenía espacio suficiente para moverse, pero solo dispondría de una posibilidad para salvarlos a ambos.

Sin detenerse a considerar el fracaso, levantó el pie y golpeó el empeine de su captor con todas sus fuerzas al tiempo que se retorció para escapar de él cuando se doblara por el dolor. Oyó el disparo, y el tiempo se detuvo mientras miraba a Gavin, que corría hacia Sewell con un rugido, con el rostro lleno de ira.

Blackmoor derribó a su tío, haciéndolo caer al suelo, y lanzó la pistola lejos, a través de la habitación, antes de propinarle dos rápidos golpes en la cara. Alex se volvió en busca de algo pesado que pudiera utilizar como arma para someter al tío de Gavin, pero se vio interrumpida por la aparición del duque de Worthington, que se precipitó en el interior del estudio, y el barón Montgrave pegado a sus talones, con una pistola. Los seguía Will.

Al observar la escena que se desarrollaba delante de él, el duque se apresuró a separar a Gavin de su tío, que gemía en señal de protesta.

—¡Montgrave tiene una pistola! —anunció Alex alarmada.

—Gracias a Dios que la tiene. Podríamos haberla necesitado —comentó Gavin mientras se acercaba a ella, mirándola con preocupación—. El barón está de nuestro lado, Alex. —La tomó en sus brazos y pasó las manos por su cuerpo buscando alguna herida.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Te ha dado la bala? ¿Estás herida?

—Estoy bien —repuso ella alejándose de él, se sentía avergonzada de que él la estuviera tocando de forma tan íntima en una sala llena de hombres—. ¿Está de nuestro lado?

—Sí, milady —respondió el barón mientras ataba las muñecas de Sewell—. Verá, he estado trabajando con el Ministerio de la Guerra para acabar con una red de espías franceses que operan en Essex; la muerte del antiguo conde fue tan extraña que comenzamos a sospechar que estaba relacionada de alguna manera con esas actividades delictivas. Conocí a Sewell durante la guerra, e incluso entonces, vilipendiaba a su hermano y hablaba de arruinar el nombre Blackmoor. Nunca pensé que tuviese el valor de hacerlo, pero cuando me enteré de que estaba aquí, tuve el presentimiento de que estaba involucrado. Por supuesto, no tenía ni idea de que las dos situaciones estaban relacionadas hasta que lady Vivian me lo contó todo esta tarde.

—¡Pero Ella lo vio en los jardines del baile de los Salisbury! ¡Discutiendo sobre un robo en Blackmoor House antes de que ocurriera!

—¿Ella? Estoy impresionado, milady. Mi informante y yo no teníamos ni idea de que nos había seguido.

—Si hay una cosa en la que las mujeres sobresalen, barón, es en el espionaje. ¿Le importaría explicar cómo estuvo implicado en esa discusión? —Alex seguía sin confiar en el francés.

—De hecho, estábamos discutiendo sobre el robo, ya que estaba en marcha, lady

Alexandra. Dejé el baile de inmediato y me dirigí a Blackmoor House. Por supuesto, lord Blackmoor y usted se fueron del baile al mismo tiempo, así que fue Blackmoor quien entró en la casa, poniendo fin a la búsqueda de Sewell antes de que fuera capaz de hacerlo yo mismo.

Alex se volvió hacia Gavin.

—¡Pero no me creíste cuando te hablé sobre tu tío!

—No, no lo hice. —Gavin parecía tan sorprendido como ella—. Y no sabía nada de esto tampoco. Aunque queda bastante claro por qué no estaba al tanto de las malas acciones de mi tío.

—No queríamos molestarte de forma innecesaria —intervino el duque—. No teníamos ninguna prueba sobre la participación de Sewell en estos delitos.

—Hasta ahora —dijo Gavin, recuperando el libro de su padre que yacía a sus pies—. Alex lo descubrió todo —dijo con evidente orgullo, entregando el libro al duque—. Muy bien hecho, por cierto —la felicitó.

Alex ignoró el ramalazo de placer que sintió por sus alabanzas y continuó interrogando al barón.

—Pero lo vi merodeando alrededor de Blackmoor House.

—A eso puedo responderte yo. No entraba en los planes que vieras a Montgrave —intervino Gavin mientras el duque y el barón levantaban a Sewell—. No entraba en los planes que te vieras involucrada. De hecho, ¿no me prometiste que ibas a permanecer alejada de Sewell Hall durante este fin de semana?

Alex ignoró aquel intento de cambiar de tema.

—¡Tú lo sabías! —exclamó—. Sabías que Montgrave no era una amenaza y dejaste que pensara que sí lo era. No me lo dijiste. ¿Qué más no me contaste? ¿Qué más tengo que saber? ¿Qué otra cosa me has ocultado? ¿Hace falta que os recuerde que fui yo quien encontró los mensajes de tu padre? Fui yo quien descubrió la conexión entre la red de espionaje y el asesinato de tu padre, la que encontró el libro, la que te salvó la vida hace unos momentos. ¿Dónde estaban los de Bow Street y el barón durante ese tiempo?

—Alex, cálmate. Decidimos que era mejor que no lo supieras.

—¿Quién lo decidió? —pregunto Alex con creciente furia.

—Alexandra —interrumpió su padre—, al contrario de lo que parece creer, hay algunas situaciones en las que las jovencitas no deben verse involucradas.

—Como esta, por ejemplo —añadió Will tratando de ser útil—. Vivi y Ella nos contaron lo que estaba pasando aquí, pero no vinieron a rescatarte. Se quedaron en casa.

—¡Yo fui la que nos salvó! —protestó Alex, buscando la mirada de Gavin—. ¡Díselo!

—En efecto. Lo hizo. Es posible que mi tío tenga un pie roto —dijo al duque y al barón, que parecían no preocuparse por ningún dolor que su prisionero estuviera sufriendo.

—¿De verdad? Bien hecho, Alex —comentó Will, sorprendido—. Bueno, en

cualquier caso, hay una razón para que dejáramos atrás a Vivi y a Ella.

—¡Estamos aquí! —anunció Ella desde la puerta sorprendiéndolos a todos. Las dos entraban en la estancia casi sin aliento, debido a la carrera a través del páramo.

—¡Y hemos traído a la policía! —añadió Vivi, que llegaba acompañada por el corpulento policía del condado, que tuvo que detenerse para recuperar el resuello y la compostura antes de agarrar a Sewell y, con la ayuda del barón, sacarlo de la habitación.

Ella arrugó la nariz mientras observaba la escena.

—¡Maldición! Nos lo hemos perdido.

—Eso parece —convino Vivi con decepción.

—Bueno. A ver si la próxima vez... —se consoló Ella esperanzada.

Alex sonrió mientras el duque y Will comenzaban a reprender a sus amigas.

—Me alegra verte sonreír de nuevo —le dijo Gavin al oído, inclinándose hacia ella.

Alex se volvió hacia él.

—Sigo enfadada contigo, milord. ¡No puedo creerme que no me dijeras la verdad sobre Montgrave!

—Alex, no voy a discutir contigo. Puedes estar enfadada si quieres, pero casi te pierdo hoy, así que preferiría hacer otras cosas en vez de discutir.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Alex.

—Por ejemplo —la rodeó de nuevo con sus brazos, acelerándole el corazón antes de continuar—, preferiría alegrarme de que estás a salvo. Y de que eres mía.

Alex le sonrió.

—Soy tuya, milord. Pero tú también eres mío.

Gavin la estrechó con fuerza contra él, hasta que se oyó un carraspeo en la estancia que les hizo recordar que tenían audiencia.

—Blackmoor —dijo el duque; su tono informal desmentía su intensa mirada—, ¿te gustaría explicarme por qué rodeas a mi hija con los brazos?

CAPÍTULO 24

Esa misma noche, en un Stafford Manor tranquilo después de que los invitados se retirasen a sus habitaciones. Ella, Vivi y Alex estaban acurrucadas muy juntas en una amplia y acogedora *chaise longue* en la biblioteca, para discutir por primera vez en el día los acontecimientos acaecidos esa tarde. Habían regresado a la casa justo a tiempo para cambiarse y dar la bienvenida a los primeros invitados a la fiesta campestre y habían pasado el resto del día y la velada entreteniendo a los invitados y haciendo como si no prefiriesen estar en otro lugar que no fuera ese.

Mientras, en otra parte de la casa, estaban reunidos el duque, Blackmoor, Will y el marqués de Langford. Se habían encerrado en el estudio durante el resto de la tarde y la mayor parte de la noche para estudiar los documentos que el antiguo conde había escondido en *Una historia de Essex*. Y todavía seguían allí horas después por lo que, aun agotada como estaba, Alex se negó a irse a la cama sin conocer sus conclusiones. Ella y Vivi, que sentían la misma curiosidad, habían accedido a hacerle compañía.

Alex bostezó ampliamente, relajándose en el asiento.

—Es difícil creer que todos los invitados que han llegado sean completamente ignorantes de lo que ha pasado esta mañana.

Vivi se estiró antes de asumir una posición similar en el sofá, apoyando la cabeza contra el hombro de Alex.

—Es verdad. Tu madre cubrió la ausencia de nuestros padres extremadamente bien. Pero ojalá hubiera hecho lo mismo con nosotras y nos hubiera permitido dormir una pequeña siesta. Pensé que me iba a quedar dormida en la cena.

Ella se acostó y puso la cabeza en el regazo de Alex.

—Echar una siesta suena maravilloso —comentó—. De hecho, creo que me voy a quedar dormida ahora mismo... despiértame cuando haya noticias.

Alex esbozó una sonrisa cansada y puso una mano en el hombro de Ella y la otra en la rodilla de Vivi.

—Por lo menos, el día de hoy me ha enseñado que tengo las amigas más maravillosas que una chica pueda pedir —dijo con sentimiento—. Gracias por ignorar mis instrucciones de no informar a nuestros padres sobre mi ausencia. No sé si habríamos logrado capturar al tío de Gavin sin la ayuda de mi padre, el barón y Will.

En ese momento, se abrió la puerta de la biblioteca y entró Will, que pareció sorprendido de encontrarlas despiertas.

—¡Pensaba que estaríais dormidas!

Alex se irguió.

—¿Qué pasó? —preguntó—. ¿Habéis acabado?

—Por el momento, sí —repuso él—. Todavía hay mucho trabajo que hacer, pero el conde dejó unos registros notablemente detallados de todas las actividades ilegales que tuvieron lugar en las tierras de Sewell durante los meses previos a su muerte; pensó que alguien hacía contrabando de armas ahora que la situación con los franceses se había

calmado. Parece que el conde sospechaba que el culpable era Lucian, pero solo desde unos días antes de su muerte.

—¿Por qué no se lo dijo a nadie? —preguntó Vivi—. Era muy amigo de nuestros padres, siempre se comportaron como hermanos. Podrían haberle ayudado.

—Por orgullo —respondió Will—. El deseo de proteger su apellido. Tal vez incluso la creencia equivocada de que podría proteger a su hermano.

—¿Qué pasa con los socios de Sewell? —preguntó Ella.

—Hay pruebas suficientes para incriminar a varios ingleses acomodados y algunos franceses que se han estado reuniendo con Sewell para intercambiar dinero por información. El alguacil nos ha comunicado que Sewell ya ha dado media docena de nombres con la esperanza de recibir un castigo menos severo.

—No importa lo que él confiese, sigue siendo un traidor y un asesino —dijo Vivi en un tono que la hacía resultar muy parecida a su padre—. Es difícil ser indulgente con los crímenes que tiene en su haber.

—En efecto —comentó Will, relajándose en el gran sillón de cuero frente a ellas—. Ahora, hermanita —indagó con cierto humor en su voz—, ¿te importaría explicarnos qué ha pasado exactamente entre tú y Blackmoor durante las últimas semanas?

Alex lo miró con franqueza.

—Lo cierto es que no quiero explicar nada.

—¡Vamos! Es evidente que estáis enamorados.

—¿De verdad? —trató de sonar aburrida, pero con poco éxito.

Will se rio.

—Olvidas que te conozco de toda la vida, picaruela. Y sé cuándo hay algo importante en esa hermosa cabeza tuya.

Alex se quedó callada, no estaba dispuesta a morder el cebo que estaba tendiéndole su hermano.

—También se te olvida —dijo él en un tono engañosamente casual—, que he pasado el día con Blackmoor.

Alex se enderezó, haciendo que Vivi perdiese el apoyo para la cabeza.

—¿Dijo algo sobre mí? —preguntó con interés—. ¿Qué fue?

Will se rio, disfrutando del poder que tenía ahora sobre ella.

—Vaya, vaya. ¿Es esta la misma hermana que pasó los meses anteriores a la temporada manifestando por un lado que los hombres eran irrelevantes en su futuro y que sentía una gran falta de interés por el matrimonio y todo lo que implicara romance?

—Yo no he dicho que los hombres fueran irrelevantes para mi futuro. Eso es ridículo. Y tampoco he mostrado total falta de interés por el romance. —Ignoró los tres pares de cejas que se alzaron en una silenciosa pero elocuente respuesta a su declaración—. ¿Qué ha pasado? ¿Papá se lo ha puesto difícil?

—Pensaba que no estabas interesada en hablar sobre Blackmoor.

—Oh, William, si no tienes nada que decir, sería mejor que estuvieras callado —

gruñó Alex con irritación, luego se sentó—. No me interesa. Solo estaba tratando de mantener una conversación.

Sus tres acompañantes se rieron.

—No pensarás de verdad que se va a tragar eso, ¿verdad? —preguntó Vivi antes de dirigirse a Will—. Ten piedad de ella. ¿Nunca te has preguntado qué pensaba una chica de ti?

—Nunca —mintió él descaradamente con una amplia sonrisa en el rostro—. Bueno, solo diré que papá y Blackmoor están manteniendo en estos momentos una conversación muy seria.

—¿Qué? —Alex se inclinó hacia adelante, aplastando la cabeza de Ella en su regazo, lo que hizo que su amiga gritara y se incorporara—. Perdona, Ella —dijo antes de presionar inmediatamente a William—. ¿Sobre qué están hablando?

—No tengo la menor idea. —Se recostó en la silla y estiró sus largas piernas—. Pero me parece probable que tenga algo que ver con esa inapropiada exhibición que disteis esta mañana.

Alex se puso de pie.

—¡Oh, no! ¿Crees que papá está enfadado? ¿Crees que le está echando un sermón a Gavin? ¿Crees que debería ir allí?

—Voy a responder en orden: no, no creo que papá esté enfadado; sí, creo que Gavin está escuchando un buen sermón, que es lo que se le da mejor a papá, ¿recuerdas? Y no, definitivamente no creo que debas ir al estudio mientras sigan encerrados allí. Creo que debes sentarte y tratar de relajarte —aseguró, hablando como el hermano al que adoraba y no como aquel al que quería asesinar a veces.

—También podríais intentar bajar la voz —sugirió Vivi—. Vais a despertar a toda la casa como sigáis así.

Alex se sentó.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Es solo que... bueno, me parece que estoy algo emocionada.

—¿De verdad? —repuso Ella con sarcasmo, recostándose en el sofá con una mano sobre los ojos, exhausta pero arreglándose las todavía para obtener una sonrisa de todos los demás.

—¿Qué es lo que os parece tan divertido? —La voz llegó desde la puerta de la biblioteca, atrayendo la atención de todo el grupo. Cuatro cabezas se volvieron hacia Blackmoor, que entró con una cansada sonrisa en el rostro.

Alex se recreó con su imagen; estaba despeinado, en algún momento se había despojado del chaleco y la corbata, su pelo rubio parecía ingobernable y caía sobre su cara. Debía de llevar horas pasándose los dedos por él, un gesto que repetía cuando se concentraba, e incluso se veía en su piel la sombra de una barba incipiente, ya que no se había afeitado desde esa mañana. Nunca le había resultado tan guapo e imponente. Y jamás había deseado tanto estar más cerca de él.

Sus ojos grises cayeron sobre ella desde el otro lado de la habitación, y ella sintió su preocupación mientras la estudiaba.

Ansió poder disponer de un espejo durante cinco minutos para arreglarse el pelo, pues sabía lo que él estaba viendo; el moño se había deshecho, y algunos mechones sueltos caían alrededor de su rostro; debía de tener los ojos rojos y el vestido arrugado. Puso un mechón detrás de la oreja y le sostuvo la mirada, reconociendo su intensidad. Era la misma emoción que había visto esa tarde, y la noche anterior. Contuvo el aliento. Él la amaba.

Salió de su ensoñación cuando Vivi y Ella se levantaron a la vez.

—Me siento agotada —dijo Vivi, estirándose de forma exagerada.

—Estoy igual. Ha sido un día larguísimo —intervino Ella, que no tuvo que fingir el bostezo que siguió a sus palabras.

Se miraron la una a la otra con un movimiento de cabeza, y después a Will, que seguía cómodamente sentado en el sillón.

—¿Y tú, Will? —insinuó Vivi cortésmente—. ¿No estás cansado después de un día tan largo?

—No, me encuentro lleno de energía.

Ella y Vivi se miraron, y Vivi lo intentó de nuevo, con un tono ligeramente más firme.

—Tal vez te darías cuenta de lo cansado que estás si estuvieras en tu habitación.

—No lo creo. —Will curvó la comisura de los labios, haciendo patente su diversión.

—William, serías capaz de acabar con la paciencia de un santo —insistió Vivi con una sonrisa—. ¿Tengo que pedirte que escoltes a dos jovencitas asustadas hasta la oscuridad de la planta de arriba?

Él se rio en voz alta.

—¿A vosotras? ¿Asustadas? Me parece muy difícil de creer.

Ella perdió la poca paciencia que le quedaba.

—Will, sal de una vez de la biblioteca. Ve a donde quieras. Pero da a Alex y a Blackmoor un poco de intimidación, por favor.

Will le guiñó el ojo a Ella.

—Esa sí que es una petición que no puedo ignorar. —Se levantó, esperó a que Ella y Vivi besaran a Alex deseándole buenas noches, y luego les indicó que lo precediesen para salir de la habitación.

Cuando salieron, Gavin cruzó la habitación para unirse a Alex, que sintió una repentina oleada de nerviosismo.

—Parece que sentimos una especial predilección por las bibliotecas a altas horas de la noche —comentó, para ocultar sus nervios—. ¿No crees?

Él se detuvo y ladeó la cabeza, pensando en su declaración. Le encantaba que hiciera eso. Como si realmente considerara lo que ella pensaba. Incluso cuando decía una estupidez, como esa sobre las bibliotecas.

—De hecho, eso parece —respondió él por fin, reuniéndose con ella en el diván y cogiendo sus manos entre las suyas.

—En realidad, cuando lo piensas, es interesante, ya que la biblioteca es una habitación utilizada generalmente por la tarde debido a la dificultad de leer bajo la luz de las velas y sus techos altos. La luz se difumina. No en las de mis padres, por supuesto, como es evidente. También puede tener corrientes de aire, pero, de nuevo, en este caso...

Gavin la besó, interrumpiendo sus divagaciones. Poco después, había olvidado ya lo que estaba diciendo.

—Alexandra —dijo, alejándose un poco y mirándola a los ojos con intensidad—. ¡Dios mío, te amo!

Alex bajó la cabeza con timidez ante el comentario.

—No sé lo que habría hecho sin ti hoy —dijo con emoción—. No sé de qué manera habría manejado a mi tío y no soy capaz de imaginar cómo habríamos encontrado la información que mi padre escondió, pero lo más importante, no sé si habría sobrevivido a las últimas horas, leyendo toda esa información hasta que por fin entendí las razones que había detrás de la muerte de mi padre, si no hubiera sabido que estabas aquí, esperándome.

—Lo siento mucho, Gavin. Lamento todo lo que ha pasado.

—Yo no —repuso él, besándole ligeramente la punta de la nariz.

—¿No? —preguntó, sorprendida.

—Siento que mi padre esté muerto. Haría cualquier cosa para traerlo de vuelta... y me imagino que me sentiré así durante el resto de mi vida. Pero de lo demás... no me arrepiento. Ya ves, me llevó a ti.

Se abrazaron durante un buen rato, compartiendo los alientos y saboreando el final de un día horroroso y agotador. Minutos más tarde, Blackmoor se apartó de ella.

—¿No quieres saber de qué hemos hablado tu padre y yo? —preguntó.

—No; es decir, no a menos que quieras que lo sepa. Entiendo que es posible que desees mantener en privado esa conversación.

—¿De verdad? Es muy maduro por tu parte. —Se recostó en la *chaise* y cerró los ojos con una risa jugueteando en sus labios.

—Gracias. —Ella cruzó las manos sobre el regazo, sin saber qué decir. No podía preguntarle, sería muy impropio de una dama. Permanecieron sentados en silencio durante lo que pareció una eternidad, hasta que estuvo segura de que se volvería loca de curiosidad—. ¡Muy bien! ¡Sí! ¡Por supuesto que quiero saberlo!

Antes de que las palabras hubieran acabado de salir de sus labios, Gavin había empezado a reírse.

—Nueve segundos. Pues sí que has logrado estar mucho tiempo sin preguntar...

Ella sonrió.

—¿De veras? Me pareció mucho más tiempo. Al menos un cuarto de hora.

Él se rio de nuevo y tiró de ella hacia él, dejando que apoyase la cabeza sobre su pecho. Ella pudo oír el latido de su corazón bajo su oreja, lento y constante. Cuando habló, sintió las palabras al tiempo que las oía.

—Hablamos de que estoy enamorado de ti y sobre mi deseo de cortejarte.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

—¿Y qué te dijo?

—Me lanzó un sermón muy detallado sobre el orden correcto de los acontecimientos en este tipo de petición. En concreto, piensa que el padre debe saberlo antes de que su hija corra el riesgo de verse arruinada.

Alex hizo una mueca, se ruborizó avergonzada ante la idea de que su padre pensara que podía estar arruinada.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

—Tienes unos ojos preciosos.

—¿Le dijiste a mi padre que tenía unos ojos preciosos?

Él sonrió.

—No. Es que me distraes. Le dije a tu padre que, aunque estaba muy agradecido por la lección, dudaba que volviese a necesitarla otra vez porque solo pensaba cortejar a una mujer en mi vida.

Ella contuvo el aliento.

—¿Y qué te respondió?

—¿Importa?

—No, en realidad no.

—¿Te das cuenta de que si me permites que te corteje vas a tener que reconsiderar cualquier oposición al matrimonio?

Alex sonrió, fingiendo inocencia.

—¿De qué oposición me hablas?

—Excelente.

—Pero pienso que deberíamos tener un noviazgo largo.

—¿Por qué? —La miró sorprendido.

—Porque me parece que he desarrollado cierta afición por la aventura.

—Eso suena peligroso. Y no es nada acorde con el carácter de una delicada flor.

Alex se rio.

—Ambos sabemos que nunca he sido una delicada flor. Además, no serán aventuras demasiado peligrosas.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella le sonrió dejándolo sin respiración.

—Porque en mi próxima aventura te tendré a mi lado.

Él la sentó en su regazo y se besaron; la emoción del día y la promesa del futuro convirtieron aquel beso en algo dulce y maravilloso. Ella suspiró cuando él se retiró y le ofreció una de sus amplias y hermosas sonrisas. Embargada por la felicidad, le rodeó el

cuello con los brazos y se echó a reír, preguntándose cómo había tenido tanta suerte.

·LA NOBLEZA·

Pares del Reino son aquellos que ostentan uno o más de los cinco títulos nobiliarios que existen, los cuales pueden haber sido heredados de sus antepasados o concedidos por la Corona Británica. En la mayor parte de los casos, estos títulos son heredados y pasan del padre al hijo primogénito. Sus esposas adquieren el título al contraer matrimonio. Un título puede desaparecer si no existe un heredero varón o un familiar varón en la línea de sucesión que pueda heredarlo, aunque algunas de las familias con títulos más antiguos han hecho arreglos para que el título pueda pasar a una mujer en un caso extremo.

Los cinco títulos, por orden de importancia son:

Duque/duquesa, el trato de cortesía es su excelencia, duque o duquesa.

Marqués/marquesa, el trato de cortesía es lord o lady.

Conde/condesa, el trato de cortesía es lord o lady.

Vizconde/vizcondesa, el trato de cortesía es lord o lady.

Barón/baronesa, el trato de cortesía es lord o lady.

·TÍTULOS NOBILIARIOS QUE APARECEN EN LAS DEBUTANTES·

Dependiendo de la antigüedad de su título nobiliario, así como de su conexión con la corona, un par del Reino puede poseer varios títulos, aunque usa siempre el del mayor rango.

El nombre y título completo del duque de Worthington es:

Garreth Stafford, sexto duque de Worthington, octavo marqués de Weston, cuarto conde de Farrow, undécimo barón de Baxter. ¡Todo un trabalenguas! Su excelencia usa el título de duque, que William, como hijo mayor y heredero, tomará a la muerte de Garreth. Como los ducados británicos mantienen el trato de cortesía para los hijos mayores, Will posee el título de marqués de Weston, al ser el siguiente título más importante, y como primogénito de un duque, tiene derecho a recibir el mismo trato de cortesía que se le debe a un duque.

Las cosas en el ducado de Worthington son un tanto inusuales, pero no por ello inauditas. Ya que el duque ostenta otros dos títulos, al nacer Nick y Kit solicitó permiso a la Corona para poder conferir estos títulos a sus hijos más jóvenes. Así, Nick es el conde de Farrow, y Kit, el barón de Baxter. A la muerte de Garreth, los títulos volverán a formar parte del Ducado, y Nick y Kit serán lord Stafford, razón por la que raramente usan sus títulos.

·AGRADECIMIENTOS·

Por mucho que me gustaría decir que mis personajes surgieron de la nada, totalmente perfilados como si fueran las propias musas las que me los ofrecieran, lo cierto es que Alex, Ella y Vivi nunca habrían cobrado vida si no fuera por un grupo de personas realmente notables. Así que menos mal que existen los agradecimientos o me sentiría un fraude.

Primero y ante todo, creo que «gracias» es una palabra que se queda corta para retribuir a mi brillante editora y maravillosa amiga Lisa Sandell todo lo que ha hecho. Lisa, posees mi gratitud eterna por creer en Alex y en Gavin y, sobre todo, por creer en mí. Eres la mejor editora que un escritor podría tener, la combinación perfecta de perspicacia, ideas e inspiración. Lisa forma parte del increíble equipo de Scholastic, que incluye a: Susan Jeffers Casel, Jody Corbett, Elizabeth Parisi y Chris Stengel, que trabajaron sin descanso para que los personajes de Alex, Ella y Vivi vieran la luz. Asimismo, debo expresar un reconocimiento especial al inigualable equipo de Comunicaciones Corporativas, que me animó desde el inicio de este viaje.

Las debutantes es, en esencia, una historia sobre el poder de la amistad femenina, y he sido bendecida con la de un grupo de mujeres increíbles que me han apoyado desde el primer día: Susan Lawler, Cynthia Noble y Gayle Jacobson, que dejaron muy alto el listón de la amistad desde el principio; Lindsay Thibeault y Beth Jarosz, que compartieron con entusiasmo mi obsesión por la ficción histórica durante los primeros días; todos mis colegas de la universidad de Smith; Lynn Goldberg, que me enseñó todo lo que sé acerca del mundo editorial y mucho más; y, por supuesto, a mis niñas, Lisa, Meghan Tierney, Sarah Gelt y Amanda Glesmann, que entendieron que dejara que mi buzón de voz contestara a sus llamadas, sobre todo durante los últimos meses, y aun así no dejaron de quererme. Ellas y otras incontables mujeres maravillosas fueron mi inspiración. Solo espero que el libro les haga justicia.

Nunca habrá palabras suficientes para transmitir a mi familia lo esenciales que han sido durante este viaje ni cuánto los amo. Un «gracias» enorme a mi hermana, Chiara, quien me enseñó el poder que puede tener la palabra escrita en la formación de los sueños; a mi madre, Gylean, que nunca ha flaqueado a la hora de alentar mis alocadas ideas; a mi padre, Zenón, que siempre ha defendido mis excentricidades; y a Baxter, que se sentó en silencio a mi lado mientras escribía; es mi más leal compañero.

Y, por último, a Eric. Ya poseías mi corazón, pero ahora atesoras también mi eterna gratitud por tu paciencia, tu fuerza, tu visión y tu amor. Este libro no existiría sin ti.

·SOBRE LA AUTORA·

Como hija de un exespía británico y un miembro de la *jet-set* italiana, que se conocieron en París y vivieron, entre otros lugares, en Roma, Londres, San Francisco y Nueva York, debería decirte que soy la verdadera Lara Croft, que pasa los días regateando en los bazares de Marruecos, de tiendas por los Campos Elíseos, atravesando en moto el desierto de Gobi o escalando antiguos templos mayas.

Por desgracia para todos nosotros, sería una enorme mentira. Mis padres se establecieron en Rhode Island mucho antes de que yo naciera, y no me quedó otra opción que la de recurrir a los libros para encontrar aventuras y romance. Y lo cierto es que las encontré. Cuando estaba en la escuela primaria, debí de leer la bibliografía completa de Roald Dahl unas cinco o seis veces, era adicta al *Club de las canguro* y recuerdo vívidamente la sensación de haber encontrado, al fin, a alguien que me entendía cuando leía a Judy Blume.

En la escuela secundaria y gracias a mi hermana mayor —mucho más sabia que yo —, comencé a obsesionarme con la ficción histórica. Me enamoré de todas las épocas y leía cualquier cosa que cayera en mis manos sobre el tema. Pasé por diferentes fases, la guerra civil americana, la Inglaterra medieval, los vikingos, el Renacimiento italiano. Después descubrí a Jane Austen... Y me enganché. Había encontrado un autor —¡una mujer, nada menos!— que había ido contra todo lo que se había escrito antes y que creó un nuevo género literario. Se alejó del melodramático romance gótico que había dominado la «literatura femenina» durante décadas y que las hermanas Brontë —a las que nunca he podido soportar— elevaron casi a la canonización; en su lugar escribió un romance divertido, gracioso y real. Las heroínas de Austen eran descaradas e irónicas; sus héroes, oscuros y melancólicos, y su único defecto era la arrogancia. La combinación de ambos fue, tanto para la adolescente que era entonces como para la mujer de veintitantos años que soy ahora, electrificante.

Fue entonces cuando me enamoré de la Inglaterra de la Regencia. Me imagino que yo, y todo el mundo a mi alrededor, pensó que era solo otra de mis fases históricas, pero nunca la abandoné. Pasé gran parte de mi adolescencia con la nariz enterrada en libros de romance histórico, lamentando el hecho de haber nacido más de un siglo tarde para entrar en el torbellino del *beau monde* y bailar en esos brillantes bailes de Londres, disfrutando de mi propia temporada.

Sin embargo, no todo estaba perdido. Gracias a un golpe de buena suerte, acabé en el Smith College, donde yo era libre para explorar mis salvajes obsesiones. Y tenía un grupo de amigas que compartían mi amor por la ficción histórica; intercambiamos romances, hablamos de Austen, nos imaginamos cómo sería ser cortejada, cortejada de verdad. Me especialicé en historia y en algún momento del camino aprendí una rima que enumera en orden los reyes y reinas de Inglaterra. Después de la graduación, realicé un viaje a Gran Bretaña con mi madre. Nos detuvimos en Hampshire, donde me senté en los jardines de la casa de Jane Austen y respiramos el mismo aire que la tía

Jane.

A continuación, me desplazé a Nueva York, donde empecé a trabajar en una editorial y todos esos años de lectura dieron fruto. Estuve una temporada cambiando de trabajo y conseguí un título de posgrado, me hice con una enorme colección de libros sobre la Regencia, suficiente para llenar todas las estanterías de mi casa en Brooklyn. Tengo la suerte de tener un marido y perro que pasan por alto estas excentricidades mías y, a veces, me aman más por ellas.

Y ahora me siento feliz de decir que, gracias a la escritura, tengo la oportunidad de dejar fluir mis alocadas ideas y mi vida ecléctica y, aunque puede que nunca consiga vivir las aventuras que corrieron el espía británico y la chica de la *jet-set* italiana, mis personajes sin duda lo podrán hacer.

Table of Contents

·Prólogo·	
·Capítulo 1·	
·Capítulo 2·	
·Capítulo 3·	
·Capítulo 4·	
·Capítulo 5·	
·Capítulo 6·	
·Capítulo 7·	
·Capítulo 8·	
·Capítulo 9·	
·Capítulo 10·	
·Capítulo 11·	
·Capítulo 12·	
·Capítulo 13·	
·Capítulo 14·	
·Capítulo 15·	
·Capítulo 16·	
·Capítulo 17·	
·Capítulo 18·	
·Capítulo 19·	
·Capítulo 20·	
·Capítulo 21·	
·Capítulo 22·	
·Capítulo 23·	
·Capítulo 24	
·La nobleza·	
·Títulos nobiliarios que aparecen en Las debutantes·	
·AGRADECIMIENTOS·	
·SOBRE LA AUTORA·	